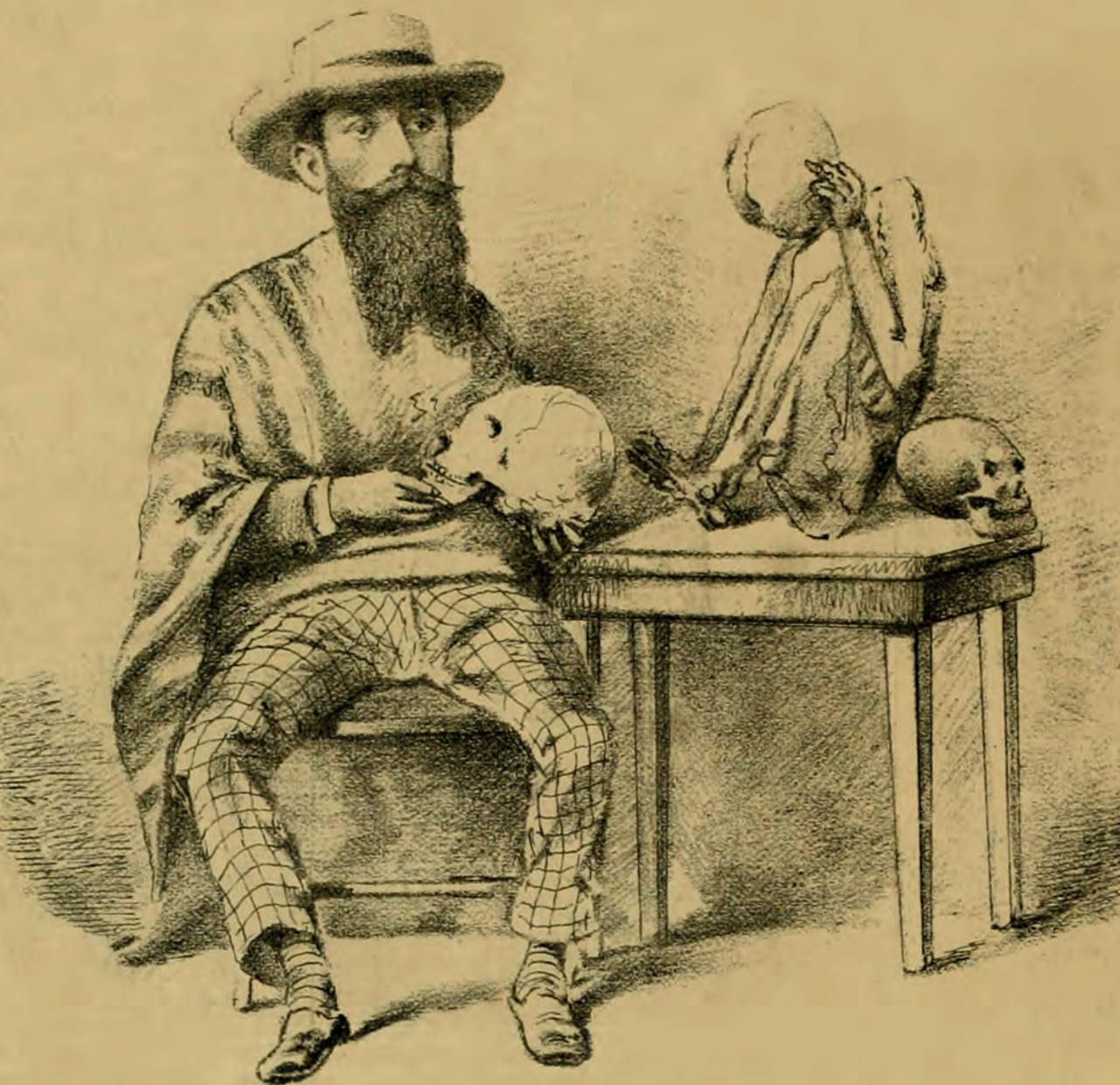


María Elena Bedoya Hidalgo

Antigüedades y nación

Coleccionismo de objetos precolombinos
y musealización en los Andes, 1892-1915





Antigüedades y nación

Antigüedades y nación. Coleccionismo de objetos precolombinos y musealización en los Andes, 1892-1915

Resumen

Este libro analiza el proceso de construcción de un saber especializado sobre el pasado y sus objetos realizado por intelectuales-coleccionistas en la región andina, entre 1892 y 1915. Durante estos años, las antigüedades, en particular las indígenas, fueron vestigios valorados en múltiples dimensiones: desde la transacción diplomática, el credo hispánico, el discurso de la arqueología transatlántica, las sociabilidades intelectuales y el museo nacional. Esta investigación aborda las distintas experiencias locales y sus conexiones globales que arrancan en 1892 con la conmemoración del “descubrimiento” de América y se extienden hacia las primeras décadas del siglo xx, con la fundación de academias, sociedades e institutos de historia. El estudio crítico de estos procesos de musealización y sus proyecciones públicas, en perspectiva cruzada, nos permiten comprender el complejo escenario en el que se erigen las representaciones nacionales y los distintos sentidos atribuidos a los objetos que fueron exhibidos, obsequiados, negociados o coleccionados.

Palabras clave: Arte precolombino, 1892-1915, exposiciones, colecciones, orfebrería precolombina, arqueología trasatlántica.

Antiques and Nation. Collecting Pre-Columbian Objects and Musealization in the Andes, 1892-1915

Abstract

This book analyzes the construction of specialized knowledge about the past and its objects, carried out by intellectuals-collectors in the Andean region between 1892 and 1915. During these years, antiques—in particular, indigenous ones—were valued vestiges in multiple contexts: diplomatic transactions, the Hispanic belief system, the discourse of transatlantic archeology, intellectual sociabilities, and national museums. This research addresses different local experiences and their global connections, which began in 1892 with the commemoration of the “discovery” of America and reached into the first decades of the twentieth century, with the foundation of academies, societies, and institutes of history. The critical study of these musealization processes and their public projections, in a cross perspective, allow us to understand the complex scenario in which national representations are created, as well as different meanings attributed to objects that were exhibited, presented as a gift, traded or collected.

Keywords: Pre-Columbian art, 1892-1915, exhibitions, collections, pre-Columbian goldsmithing, transatlantic archeology.

Citación sugerida/Suggested citation

Bedoya Hidalgo, María Elena. 2021. *Antigüedades y nación. Coleccionismo de objetos precolombinos y musealización en los Andes, 1892-1915*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario. <https://doi.org/10.12804/urosario9789587846034>

Antigüedades y nación

**Coleccionismo de objetos
precolombinos y musealización
en los Andes, 1892-1915**

María Elena Bedoya Hidalgo

Bedoya Hidalgo, María Elena

Antigüedades y nación. Coleccionismo de objetos precolombinos y musealización en los Andes, 1892-1915 / María Elena Bedoya Hidalgo. – Bogotá: Universidad del Rosario, Pontificia Universidad Javeriana, Universidad Santo Tomás, 2021.

xxiv, 265 páginas: ilustraciones
Incluye referencias bibliográficas.

1. Orfebrería precolombina – Colecciones – 1892-1915. 2. Arte precolombino – Colecciones – 1892-1915. 3. Arte precolombino – Exposiciones. 4. Arte precolombino – Coleccionistas y colecciones. I. Bedoya Hidalgo, María Elena. II. Universidad del Rosario. III. Pontificia Universidad Javeriana. IV. Universidad Santo Tomás. V. Título.

069.5 SCDD 20

Catalogación en la fuente – Universidad del Rosario. CRAI

DJGR

Diciembre 15 de 2020

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

© Editorial Universidad del Rosario
© Universidad del Rosario
© Pontificia Universidad Javeriana
© Universidad Santo Tomás
© María Elena Bedoya Hidalgo
© Luis Gerardo Morales Moreno, por el Prólogo

Editorial Universidad del Rosario
Carrera 7 n.º 12B-41, of. 501
Tel.: 2970200, ext. 3112
editorial.urosario.edu.co

Primera edición: Bogotá D. C., 2021

ISBN: 978-958-784-602-7 (impreso)
ISBN: 978-958-784-603-4 (ePub)
ISBN: 978-958-784-604-1 (pdf)
<https://doi.org/10.12804/urosario9789587846034>

Coordinación editorial: Editorial Universidad del Rosario
Corrección de estilo: Gustavo Patiño Díaz
Diseño de cubierta: Luz Arango y César Yepes
Diagramación: Precolombi EU-David Reyes
Impresión: Xpress. Estudio Gráfico y Digital S. A. S.

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Los conceptos y opiniones de esta obra son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no comprometen a las instituciones ni sus políticas institucionales.

El contenido de este libro fue sometido al proceso de evaluación de pares, para garantizar los altos estándares académicos. Para conocer las políticas completas, visitar: editorial.urosario.edu.co

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo por escrito de las editoriales.

Contenido

| | |
|--|------|
| <i>Lista de figuras</i> | xi |
| <i>Agradecimientos</i> | xv |
| <i>Lista de siglas</i> | xvii |
| Prólogo | xix |
| <i>Luis Gerardo Morales Moreno</i> | |
| Introducción | 1 |
| Capítulo 1. 1892; los objetos <i>precolombinos</i> tejen historias | 13 |
| 1.1. “Exponer” en un sentido universal..... | 17 |
| 1.2. Exhibir y conmemorar 1892: la construcción de una representación del pasado a través de los objetos..... | 22 |
| 1.3. Colombia en la Exposición: organizadores, tesoros y expectativas | 27 |
| 1.4. Del <i>tesoro</i> como regalo | 30 |
| 1.5. El <i>Catálogo</i> y los Restrepo: objetos y gestión | 39 |
| 1.6. El Centenario de 1892 en el Perú..... | 44 |
| 1.7. De los tránsitos de las antigüedades peruanas..... | 45 |
| 1.8. El conjunto escultórico Rosselló | 50 |
| 1.9. Del Ecuador en 1892..... | 55 |
| 1.10. Las antigüedades y la exposición | 57 |

| | |
|---|------------|
| Capítulo 2. De las numerosas huacas. Colectando los objetos precolombinos de la nación peruana a finales del siglo XIX | 65 |
| 2.1. El Perú de los incas: un foco transatlántico de atención arqueológica..... | 69 |
| 2.2. Cráneos: los objetos preciados | 79 |
| 2.3. Del escrutinio científico exterior a la mirada “hacia adentro” | 86 |
| 2.4. Antonio Raimondi: entre geografía, etnología y vestigios..... | 87 |
| 2.5. La Sociedad Geográfica de Lima..... | 92 |
| 2.6. El <i>Boletín</i> | 94 |
| 2.7. Entre lenguas, monumentos y antigüedades indígenas..... | 98 |
| | |
| Capítulo 3. Coleccionistas, objetos precolombinos y museo. Un relato de las antigüedades en Colombia en el ocaso del siglo XIX | 109 |
| 3.1. Vicente, del minero-científico al historiador: viajes circulares..... | 112 |
| 3.2. Entrecruces de la investigación histórica y los oficios..... | 117 |
| 3.3. Del <i>ethos</i> áureo antioqueño | 121 |
| 3.4. ¡Batatabatí!: Los “indios” y el oro | 125 |
| 3.5. Legados familiares: una primera mirada a Ernesto Restrepo Tirado | 129 |
| 3.6. Del museo decimonónico y sus objetos | 132 |
| | |
| Capítulo 4. De publicaciones, colecciones y museo. Las antigüedades precolombinas en el Ecuador en el ocaso decimonónico e inicios del siglo XX..... | 139 |
| 4.1. Sobre Federico González Suárez y el convulso tránsito de siglo | 141 |
| 4.2. Entre ruinas y antigüedades | 147 |
| 4.3. Del <i>Atlas Arqueológico</i> de 1892: dibujar piezas, localizar orígenes..... | 151 |
| 4.4. De los orígenes de la nación y sus objetos..... | 156 |
| 4.5. De gUAQUEROS, minas y objetos colectados..... | 159 |

| | |
|--|------------|
| 4.6. De un museo de antigüedades precolombinas con destino incierto..... | 167 |
| 4.7. La Sociedad y las reliquias históricas..... | 169 |
| 4.8. Advertir y saber coleccionar..... | 174 |
| | |
| Capítulo 5. Entre academias, institutos y museos. | |
| La nación y los objetos precolombinos a inicios del siglo XX..... | 181 |
| 5.1. El museo colombiano en el naciente siglo XX..... | 183 |
| 5.2. De las incidencias en el Museo..... | 187 |
| 5.3. Ernesto Restrepo Tirado y el Museo..... | 191 |
| 5.4. Restrepo Tirado y los objetos precolombinos en la colección del Museo..... | 193 |
| 5.5. Entre catálogos e informes..... | 197 |
| 5.6. El Instituto Histórico y el Museo: Perú y sus antigüedades a inicios del siglo XX..... | 201 |
| 5.7. Max Uhle: de un museo metropolitano al Museo Nacional..... | 210 |
| 5.8. Uhle y las colecciones: inventariar, excavar, acopiar y legislar..... | 212 |
| 5.9. Julio Tello y el Museo Nacional de Arqueología..... | 219 |
| 5.10. De museos vivos, Manco Cápac y “panfletos”..... | 220 |
| 5.11. De momias con “olores”..... | 223 |
| | |
| Epílogo..... | 229 |
| | |
| Fuentes y bibliografía citadas..... | 235 |

Lista de figuras

| | |
|--|-----|
| Figura 1. Ejemplar del libro <i>América y España en la Exposición Universal de París de 1889</i> | 19 |
| Figura 2. Imagen de la instalación de Colombia | 36 |
| Figura 3. Ejemplar del <i>Catálogo general</i> de Colombia..... | 40 |
| Figura 4. Página interior del <i>Catálogo general</i> de Colombia..... | 40 |
| Figura 5. Imagen de la instalación del Perú | 53 |
| Figura 6. Imagen de la instalación de Ecuador..... | 61 |
| Figura 7. Ilustración <i>Un colector de antigüedades</i> | 67 |
| Figura 8. Ejemplar del libro <i>Vue des cordillères et monumens des peuples indigènes de l'Amérique</i> | 71 |
| Figura 9. Páginas interiores de <i>Vue des cordillères et monumens des peuples indigènes de l'Amérique</i> | 71 |
| Figura 10. Ejemplar del libro <i>Antigüedades Peruanas</i> | 72 |
| Figura 11. Páginas interiores de <i>Antigüedades Peruanas</i> | 73 |
| Figura 12. Ejemplar del libro <i>Memorias sobre las Antigüedades Neo-granadinas</i> | 74 |
| Figura 13. Página interior de <i>Memoria de Antigüedades Neo-granadinas</i> | 74 |
| Figura 14. Ejemplar del libro <i>Peru incidents of travel and exploration in the land of the Incas</i> | 83 |
| Figura 15. Página interior de <i>Peru incidents of travel and exploration in the land of the Incas</i> | 83 |
| Figura 16. Ejemplar del <i>Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima</i> | 95 |
| Figura 17. <i>Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima</i> : ejes temáticos de la publicación de 1902 (tomos I-XI)..... | 96 |
| Figura 18. Publicaciones en humanidades y legado de Raimondi..... | 99 |
| Figura 19. Ejemplar del libro <i>La Piedra de Chavín</i> | 101 |
| Figura 20. “Estela” de Raimondi, ilustración del libro <i>La Piedra de Chavín</i> | 101 |

| | |
|---|-----|
| Figura 21. Ejemplar del libro <i>Monografías Histórico-Americanas</i> | 104 |
| Figura 22. Página interior de <i>Monografías Histórico-Americanas</i> | 104 |
| Figura 23. Ejemplar del libro <i>Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia</i> | 114 |
| Figura 24. Página interior de <i>Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia</i> | 114 |
| Figura 25. Ejemplar del libro <i>Los Chibchas</i> | 120 |
| Figura 26. Lámina XXIII de <i>Los Chibchas</i> | 120 |
| Figura 27. Contratapa del libro <i>Geografía y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia</i> | 124 |
| Figura 28. Páginas interiores del libro <i>Geografía y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia</i> | 124 |
| Figura 29. Ejemplar del libro <i>Ensayo etnográfico y arqueológico de la Provincia de los Quimbayas en el Reino de Granada</i> | 130 |
| Figura 30. Retrato de Federico González Suárez..... | 143 |
| Figura 31. Ilustración de un arqueólogo del siglo XIX..... | 143 |
| Figura 32. Clasificación por material detallado en el <i>Atlas arqueológico Ecuatoriano</i> , 1892..... | 153 |
| Figura 33. Ejemplar del <i>Atlas Arqueológico Ecuatoriano</i> | 154 |
| Figura 34. Láminas interiores del <i>Atlas Arqueológico Ecuatoriano</i> | 155 |
| Figura 35. Dibujos precolombinos..... | 163 |
| Figura 36. Dibujos precolombinos..... | 164 |
| Figura 37. Algunos miembros de la Sociedad Ecuatoriana Histórico-Americana..... | 171 |
| Figura 38. Ejemplar del Tomo I del <i>Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos</i> | 172 |
| Figura 39. Ejemplar del <i>Boletín de la Academia Nacional de Historia</i> | 172 |
| Figura 40. Ejemplar del libro <i>Advertencias para buscar, coleccionar y clasificar objetos arqueológicos pertenecientes a los indígenas antiguos pobladores del territorio ecuatoriano</i> | 175 |
| Figura 41. Páginas interiores del <i>Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos</i> | 177 |
| Figura 42. Publicaciones de Pablo Patrón..... | 202 |
| Figura 43. Páginas interiores del libro <i>Incahuasi. Ruinas de un edificio peruano del siglo XVI</i> | 204 |
| Figura 44. Ilustraciones del periódico <i>La Crónica</i> | 206 |
| Figura 45. Plano propuesto por Tello para el Museo Nacional..... | 221 |

*CUCHARA ANTIGUA. Una cosa les está reservada
a los más grandes épicos: poder darles de comer a sus héroes.*

WALTER BENJAMIN

*El historiador no se evade nunca del tiempo de la historia:
el tiempo se adhiere a su pensamiento como la tierra a la
pala del jardinero. Sueña, claro está, con escapar de él.*

FERNAND BRAUDEL

*You could leave when the wall falls down
I can tell by the look in your eyes
You're alone on the rope
And if you can't find no hope
Don't look down.*

NOEL GALLAGHER

Agradecimientos

La publicación de este libro no habría sido posible sin el apoyo de muchos colegas y amigos que estuvieron conmigo durante todo este proceso. En primer lugar, quisiera expresar mi gratitud a Pilar García Jordán, quien dirigió con mucha paciencia y atención el proyecto doctoral del cual nació este texto. A la Universitat de Barcelona y al Programa Sociedad y Cultura, por todo el apoyo académico durante esos años de estudio. A los miembros de mi tribunal de tesis —Irina Podgorny, Jesús Bustamante y Chiara Pagnota—, por sus valiosos comentarios y sugerencias.

En segundo lugar, agradezco mucho la presencia de personas clave que han sido un soporte incondicional en este proceso, especialmente a mis colegas, docentes, amigos y amigas —Ana María Carrillo, Pamela Cevallos y Fabiano Kueva—, quienes me apoyaron con sus lecturas, conversaciones y comentarios en distintas fases de este proceso. También debo reconocer los consejos, ayudas y comentarios recibidos de mis colegas durante el transcurso de mi investigación: Elisa Sevilla, Alexandra Kennedy, Mariana Françoza, Galaxis Borja, María Patricia Ordóñez, Amada Carolina Pérez y Juan Maignashca. A Sven Schuster, colega y amigo de la Universidad del Rosario, sin el cual no habría sido posible esta publicación. A Luis Gerardo Morales, maestro y amigo, por todas sus reflexiones y apoyo. A María Antonieta Vásquez, por su gran ayuda en transcripción y recogida de documentación valiosa para este proceso.

Debo dar un agradecimiento especial a mucha gente que me ayudó durante el proceso de investigación: Wendy Morán León, Edwin González, Antonio Ochoa Flores, Juan Carlos Lupú, María Elena Rodríguez, Ángela Urrea y Michelle Andrade. A todos ellos, mis más sinceras gracias por haberme apoyado

en todo momento de este proceso con la información solicitada. A Karina Barragán, por gran parte del trabajo fotográfico que acompaña este libro y, en especial, a María José Jarrín, por sus valiosas colaboraciones a este proyecto. A mis estudiantes, quienes siempre me inspiran en este camino.

Agradezco a todo el personal del Archivo del Museo Nacional de Historia, Arqueología y Antropología del Perú y de la Biblioteca Nacional; al Centro de Documentación del Museo Nacional de Colombia, por todas sus atenciones y facilidades para el acceso a la información. Al Instituto Riva Agüero, de Lima. A Yesenia Villacrés, Leonardo Loaiza y Leonel Sánchez, del Fondo de Ciencias Humanas del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador, y del Archivo Histórico, a Honorio Granja y Carlos Morales; a Adriana Díaz, Bernie Tomaselli y Jackeline Chamorro, del Museo Nacional de Quito. A Manuela Fischer, del Museo Etnográfico de Berlín, y al personal del Instituto Iberoamericano de Berlín. A Andrés Gutiérrez, del Museo de América de Madrid.

Es importante mencionar que esta investigación fue posible gracias a la concesión de la Beca Senescyt, Convocatoria 2012, de la Secretaría Nacional de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación del Ecuador. A modo de devolución, extiendo mi agradecimiento a dicha institución por permitirme desarrollar el presente estudio.

Finalmente, a quienes me acompañan siempre en estos caminos: Yann Paré y Thomas Paré Bedoya, mi hermosa familia, por todo el amor, cariño y paciencia mostrados durante los años del largo proceso de investigación doctoral y ahora en la producción editorial de este trabajo. A mis hermanos, Thelma y David, por su apoyo. A mi padre y mi madre, Jorge y Elena, por toda la confianza y afecto depositado de por vida, que me ha permitido ser quien soy.

Quito, 18 de noviembre de 2019

Lista de siglas

| | |
|-----------------|---|
| ACMRREE, Lima | Archivos de Cancillería, Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú |
| ACMRREE, Bogotá | Archivo de Cancillería, Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia |
| ACC | Archivo de la Curia de Cuenca, Ecuador |
| AHMCP | Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador |
| AHMREE, Quito | Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador |
| AGN, Bogotá | Archivo General de la Nación, Bogotá, Colombia |
| AGN, Lima | Archivo General de la Nación, Lima, Perú |
| AMNAAH | Archivo del Museo Nacional de Antropología, Arte e Historia del Perú |
| AMNC | Archivo del Museo Nacional de Colombia |
| ANH | Archivo Nacional de Historia del Ecuador |
| BEAEP | Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit |
| BLAA | Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá, Colombia |
| BNE | Biblioteca Nacional de España |
| FRUNMSM | Fondo Reservado de la Biblioteca de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú |

Prólogo

Antigüedades y nación. Coleccionismo de objetos precolombinos y musealización en los Andes, 1892-1915 abarca el último suspiro de la Belle Époque hasta el momento en que la Primera Guerra Mundial (1914-1918) cambió por completo la geopolítica internacional. Desde la agonía del siglo XIX, María Elena Bedoya ofrece una mirada crítica sobre los museos de la región andina de Colombia, Ecuador y Perú con un enfoque poco común en la literatura especializada de esos países sudamericanos: la práctica del “coleccionismo de antigüedades”. Esa praxis transcurrió en un contexto de varios entrecruzamientos, como la paulatina consolidación de los Estados nacionales, la “crisis modernista” de la Iglesia católica ante la impronta del liberalismo y el racionalismo y la institucionalización académica del “pasado precolombino”. Todo ello en un ambiente de continuas negociaciones, tensiones y disputas entre los afanes del coleccionismo privado y el interés público en la esfera educativa y científica.

Los gobiernos de esos países compartieron la curiosidad metódica por el pasado, al mismo tiempo que se mantuvieron en sintonía doctrinaria con el progresismo industrializador y la educación racionalista occidentales. Con ese gesto abrieron una brecha entre el pasado precolombino y el presente nacional. Pero ¿de cuál nación hablamos? ¿En cuál de esos pasados afianzarse?, ¿en el de los incas?, ¿en el de los cañaris?, ¿en el de los aimaras, los chibchas o los muiscas? ¿El pasado de las cordilleras andinas, o el de los litorales del Pacífico y el Caribe? ¿El pasado precolombino, el colonial o el nacional republicano?

Durante gran parte del siglo XIX, las antigüedades circularon como simples curiosidades hasta que un “mercado trasatlántico” las demandó como piezas de colecciones para los museos de Europa y los Estados Unidos. Ello, a su vez,

convergió con un interés genuino por construir un territorio local o nacional en la región de los Andes.

El punto de partida temporal, de la investigación de Bedoya, sugiere la trama: la participación de estos países en la Exposición Histórico-Americana de Madrid, en 1892, como memoria conmemorativa del cuarto centenario del “descubrimiento de América”. Paradójicamente, los países sudamericanos, al igual que México, se sumaron al proceso de construcción de la identidad española en su lucha por contrarrestar la influencia panamericanista de los Estados Unidos.

En particular, la autora destaca la “diplomacia zalamera” que acompañó al gobierno conservador de Colombia que regaló a la monarquía española el Tesoro de los Quimbayas en agradecimiento por su intervención favorable en el tratado de límites fronterizos con Venezuela, en 1891. Se trata de una “política del favor” que la mentalidad oligárquica lleva a cabo con el regalo de objetos confeccionados en metales preciosos o de diversa índole. Ese “tesoro” se expuso en el Museo Arqueológico Nacional de España desde su donación, en 1893, hasta 1945, año en que fue trasladado al Museo de América de Madrid. La colección donada consta de 122 piezas de orfebrería de oro de objetos corporales y piezas de uso ceremonial.

Mientras el gobierno colombiano se autodespojaba de su tesoro, la respuesta mexicana fue por completo distinta. La misma exposición colombina sirvió para consolidar el Museo Nacional, cuyo director, Francisco del Paso y Troncoso (1889-1892), le imprimió un mayor enfoque arqueológico e histórico, junto con una nueva sección de antropología y etnografía. En los Andes, en cambio, el uso de las antigüedades de la nación como regalos para congraciarse ante la monarquía española o el papa León XIII muestran una “diplomacia zalamera” poco articulada con un proyecto de Estado nacional.

Pero no todo estuvo perdido. Bedoya aborda con meticulosidad el surgimiento de lo que denomina “intelectuales-coleccionistas”, como Federico González Suárez y Vicente Restrepo, quienes movilizaron la creación de academias, instituciones y museos con los que se produjo un discurso de lo nacional imaginado. El ambiente en que transcurren estas acciones es contradictorio y complejo.

El fin de siglo sudamericano estuvo inmerso en luchas fratricidas entre los bandos liberales y conservadores. La guerra del Salitre o guerra del Pacífico, que enfrentó a Chile contra Perú y Bolivia (e involucró a Ecuador y Venezuela), entre 1879 y 1884, así como la guerra de los Mil Días en Colombia, de 1899 a 1902, cuyo epílogo dramático fue la separación de Panamá, en 1903, enmarcan

la dificultad para establecer un consenso no únicamente sobre el pasado, sino también sobre el futuro de esas naciones. *Antigüedades y nación* viene a contribuir a la discusión sobre las tradiciones inventadas de los países latinoamericanos.

Al respecto, conviene recordar la obra del historiador mexicano Edmundo O’Gorman, quien propuso, en 1958, la tesis ontológica de la “invención” de América, en lugar de su “descubrimiento” por Cristóbal Colón. Sin proponérselo, desató un proceso deconstructivo en la historiografía sobre la colonización del *imaginario* de las Indias Occidentales¹. La cultura material del Nuevo Mundo quedó inscrita en un conjunto disperso de “objetos de extrañeza” que formarán parte del coleccionismo de la modernidad temprana de Europa occidental. De ahí que la investigación sobre las representaciones sociales que se manifiestan en las expografías o los museos —como lo hace Bedoya— resulta útil para el conocimiento de la difusión de los saberes, es decir, de la relación entre pensamiento y comunicación. El estudio de los museos de historia natural, histórico-antropológicos o de arte, en las Américas, constituye un auténtico cruce de conceptos sociológicos y hasta psicológicos. Se interconectan lo que se observa como “objeto curioso”, “objeto extraño” o “desconocido”, con las recreaciones que ese “otro” hace del nuevo orden clasificatorio —antropocéntrico— de la naturaleza.

Desde esta perspectiva del coleccionismo y los museos, la noción de *imaginario* devino en una construcción de sistemas clasificatorios (conceptos, taxonomías, genealogías) de gran eficacia y coherencia, tanto en su elaboración como en sus diversos usos. El “imaginario” cameralista de los siglos XVI-XVIII sobre las cosas de América no solo significó que “fueran la imagen de...”, sino también una incesante recreación, principalmente indeterminada, de formas/ imágenes, en virtud de las cuales solamente podrían “referirse a algo”. Se abre así una distancia entre las cosas y las palabras que las significan, según su contexto de uso. De ahí que el “imaginario” no tiene tanto un objeto que referir, sino solo deseos proyectados. Y estos, quizá, pueden interpretarse mediante el simbolismo. A partir de este terreno de las relaciones simbólicas entre campo de la cultura y reproducción social, los museos operan también como dispositivos de autoobservación, recreación y hegemonía (o dominación).

¹ Edmundo O’Gorman. *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*. Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1958.

En la historiografía contemporánea pos-O’Gorman, a la que pertenece *Antigüedades y nación*, el proceso de *invención* de un Nuevo Mundo no puede interpretarse más como un “descubrimiento”, ni mucho menos como “un encuentro”, sino como parte de la *reinvenición* de Europa a partir de la necesidad de codificar una *nueva otredad*². A partir de ese lugar, se construirá en la escritura histórica, arqueológica y etnográfica una frontera invisible de representaciones. Los extraordinarios relatos de aventureros y exploradores de aquellos tiempos de conquista y colonización *simbolizan* las alteraciones —las mutaciones— provocadas en una cultura por su no identificación con otra. Desde ese momento histórico, Europa reinventa para sí misma una visión “del otro” fundando una modernidad escriturística de la extrañeza. Incorpora “la otredad” en gabinetes de curiosidades, museos y exposiciones universales, e instala fronteras esencialistas en su territorio: primitivos y civilizados. Un ejemplo de ello lo encontramos en la Exposición Universal de París, inaugurada el 14 de abril de 1900, en una superficie de 120 hectáreas, en la que participaron más de 60 países y a la que asistieron unos 51 millones de personas. Se considera la exposición más grande hasta ahora realizada y estuvo dedicada básicamente a celebrar las glorias del pasado, fundamentalmente de Francia y el resto de Europa. Todo ello debía exaltar los avances tecnológicos y científicos de los países industrializados. El gobierno francés declaró que la exposición debía cumplir como un símbolo de paz y armonía para toda la humanidad. Aunque la mayor parte de las naciones que participaron en París eran europeas, también hubo pabellones de Estados Unidos, China y la mayoría de los países latinoamericanos. Sin embargo, como un recordatorio de dónde radicaba el verdadero poder, gran parte de la exposición incluía “pabellones coloniales” especialmente de Francia, Gran Bretaña, Portugal, Holanda y Alemania. El exotismo asiático o africano quedaba claramente diferenciado del progreso civilizatorio europeo.

Como lo muestra el trabajo de Bedoya, en la modernidad poscolonial de América Latina proliferaron durante los siglos XIX y comienzos del XX, historias patrióticas, museos y expografías de temas histórico-arqueológicos y republicanos. Este movimiento cultural en lo que fueron los dominios del Imperio español, se orientó muchas veces hacia una tensión intelectual entre hispanistas e indigenistas. En sus representaciones convirtieron su memoria

² José Rabasa. *De la invención de América*, Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana/Fractal, México, D. F., 2009.

moderna no solo en el anhelo de un futuro promisorio, sino también en una *comunicación intencionada del olvido*, ya fuera de su pasado virreinal, su ancestralidad autóctona o sus raíces africanas, o también de las derrotas infligidas por vecinos expansionistas. En su reinención como naciones, las Américas han prohiado *la ficción historiográfica, etnográfica y museográfica* de su preexistencia antes de la llegada de Colón a las Antillas. Lo han hecho también mediante otras formas de representación, como han sido la novela histórica, la literatura romántica, la pintura, el teatro o la música.

En consecuencia, la manera como han contribuido los nacionalismos culturales a subsanar la contingencia histórica de la modernidad republicana de Iberoamérica y el Caribe constituye un capítulo fundamental de su historia cultural e intelectual. Las reliquias arqueológicas, los tesoros, convertidos en colecciones de museos tejen continuidades donde solo hay un tiempo dislocado, como lo hay entre la América precolombina o virreinal y el siglo xx latinoamericano.

Los estudios comparativos sobre la institución museística en América Latina, como el que aquí se presenta, pueden insertarse en una teoría crítica de la *representación simbólica* dominante. Hay un vaivén entre un lado del Atlántico (Europa occidental), donde los mismos materiales antropológicos, históricos o estéticos son referidos en los museos como “lo exótico”, “lo autóctono” o “lo primario”, y los museos de la orilla opuesta, donde “se identifican con lo propio y hasta con uno mismo”³. Esto significa que, por un lado del sistema clasificatorio del imaginario colonial está la mirada europea sobre las artes primarias, la naturaleza exuberante y la extrañeza de lo desconocido, y por el otro, la mirada americana de lo que se considera como diferente, original o propio.

Para quienes nos ocupamos desde hace mucho tiempo de estos temas, nuestro interés consiste en comprender la expansión del museo como una transferencia cultural que recrea sus formas, horizontes y prácticas en lugares diferentes. Desde la tradición de la temprana museología angloamericana de finales del siglo XVIII, hasta el periodo de 1880-1930, los museos que provenían

³ Jesús Bustamante. “Museos, memoria y antropología a los dos lados del Atlántico. Crisis institucional, construcción nacional y memoria de la colonización”, *Revista de Indias*, núm. 254, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid enero-abril 2012, 15-34; y Luis Gerardo Morales, “Museología subalterna (sobre las ruinas de Moctezuma II)” en *ibidem*, 213-238.

de la tradición ilustrada colonial se transformaron en espacios científicos del saber, escaparates de la nación republicana y dispositivos de enseñanza objetiva.

En el momento en que esos campos visuales naturalistas, históricos y/o etnográficos/arqueológicos fueron reapropiados y transformados por una lectura local, produjeron una de las representaciones simbólicas más exitosas de la América Latina republicana. Los museos arqueológicos, históricos y etnográficos, tanto de México, como de Colombia, Ecuador y Perú, produjeron escaparates persuasivos de la modernidad poseedora de una tradición antigua, escindida o parcialmente escindida del contacto español.

Luis Gerardo Morales Moreno

Departamento de Historia
Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Introducción

En 2008 iniciamos una investigación acerca del coleccionista, político, empresario e historiador ecuatoriano Jacinto Jijón y Caamaño (1890-1950). En aquella ocasión tuvimos acceso al acervo personal de Jijón, el cual reposaba en los archivos del entonces Banco Central del Ecuador, hoy Ministerio de Cultura y Patrimonio. Durante varios meses pudimos revisar cartas, comunicaciones, fotografías, diarios de campo, dibujos y trabajos especializados, que nos contaban una historia de amplias dimensiones. Este coleccionista, en particular, tenía una inmensa red de contactos internacionales, compraba objetos antiguos de distinta procedencia, publicaba sus investigaciones, realizaba excavaciones y participaba activamente en congresos alrededor del mundo. Su práctica de colección y el ejercicio de una disciplina científica como la arqueología estaban ligados a un escenario transatlántico y a un espíritu colegiado local surgido a principios del siglo XX en ese país.

Esta primera experiencia de investigación con Jijón y Caamaño en el tema nos llevó a preocuparnos por indagar en las particularidades de un coleccionismo realizado por ciertos intelectuales de los Andes y la proyección de sus legados entre 1892 y 1915. En nuestro caso, esta práctica se articulaba a la construcción del relato sobre el pasado de la nación asociado a las antigüedades “indígenas” y “patrias” y a una serie de condicionamientos surgidos en la producción de conocimiento sobre el pasado dentro de una comunidad científica transatlántica. En este sentido, es interesante anotar que a finales del siglo XIX y principios del XX, las sociedades científicas tuvieron una importancia preponderante tanto en Europa como en América Latina, y en realidad, a escala global. El trabajo de dichas sociedades científicas se visibilizó en la fundación de academias, la promoción de estudios y los circuitos de pensadores, todo un conjunto de

acciones que formaron parte de una generación de intelectuales para quienes este “asociacionismo”, les permitió la entrada a un escenario de discusión pública, a la vez que legitimar su práctica científica desde la canalización y el control de dicha actividad.

En este contexto histórico en particular, y tras la conmemoración del “descubrimiento” de 1892, hemos localizado el surgimiento de un común denominador: la idea del “objeto precolombino”. Esta marca impregnada en los restos antiguos de las sociedades indígenas de la región se vinculó con la construcción de un tiempo histórico definido por la llegada de Cristóbal Colón. Este fenómeno de representación del pasado transatlántico lo hemos encontrado en la labor de muchos de los actores involucrados en dicha celebración, y que, además, fueron quienes continuaron en cargos ligados a la construcción de una memoria nacional. Hacia inicios del siglo XX, vemos cómo estas antigüedades indígenas van ligándose a un tipo de asociacionismo que buscaba formalizar una práctica científica y que promovió la creación, el sostenimiento o la refundación de museos para albergar y organizar las colecciones conforme a la configuración de una temporalidad para la nación.

El ejercicio de colección de personajes ubicados en Colombia, Ecuador y Perú y de cómo surgió una paradójica y compleja necesidad de conservación, rescate, compra, donación, valoración y estudio de antigüedades es parte del interés de análisis en el presente trabajo. Muchos de estos intelectuales locales transitaron internacionalmente en escenarios de tráfico, comercio y movilidad de vestigios, hacia la incorporación de estos a una narrativa material de la nación bajo una representación del pasado marcada por la visión de la conquista hispánica de los territorios americanos. Es importante anotar que el tránsito de siglo en los países andinos estuvo marcado por momentos de mucha agitación social, política e ideológica, por ejemplo, en el caso colombiano, el fin de la Guerra de los Mil Días (1899-1902); en el Ecuador, la Revolución Liberal hacia 1895, consolidada con la Constitución Liberal de 1906, y en Perú, después de la Guerra del Pacífico (1879-1883), a partir de 1890 y hasta 1920, cuando se desarrolló lo que algunos historiadores denominarán “República Civilista”, de un gran florecimiento económico y el periodo de oro de la clase dominante.

Hemos localizado varios intelectuales-coleccionistas de variopinto origen: mineros, ingenieros, religiosos, lingüistas, médicos, etc. Entre ellos destacamos a los colombianos Vicente Restrepo y Ernesto Restrepo Tirado y al ecuatoriano Federico González Suárez, así como a sus pares europeos: el italiano Antonio

Raimondi y el germano Max Uhle. El discurso de todos ellos fue preeminente dentro de las sociabilidades instituidas localmente en la primera década del siglo xx. En este naciente espíritu interesado en el pasado de la nación, varias figuras seguirán este legado; entre ellos, los jóvenes intelectuales, como el peruano Julio Tello o el ecuatoriano Jacinto Jijón y Caamaño, quienes serían protagonistas importantes del nacimiento y la consolidación de la arqueología en la región.

Damos inicio a esta investigación en el ejercicio de conmemoración del cuarto centenario del “descubrimiento de América”, celebrado en 1892 en el contexto de la *Exposición Histórico-Americana de Madrid*. Este evento reunió a varias personalidades de la época, quienes mostraron su interés en exhibir públicamente el pasado precolombino: desde la confección de productos editoriales —como libros— para ser presentados en el contexto de la exposición, y escaparates nacionales y catálogos con fotografías hasta la donación de “tesoros”, como agradecimiento a transacciones diplomáticas realizadas en la época. Este acontecimiento, sin duda, fue un punto de referencia en la construcción de un *sentido del pasado* ligado a esas materialidades. Desde esta experiencia, el anclaje a la idea de lo universal, lo hispánico y civilizatorio de la conquista se confrontó a la inquietante necesidad de historiar a los pueblos antiguos, construir una alteridad e insertarlos en el relato de la nación. Hemos determinado un punto de cierre de este trabajo alrededor de 1915, cuando localizamos, para estos países, un momento de cambio importante que tiene que ver con el afianzamiento del campo científico arqueológico de manera formal y una participación, de cierta manera, más activa del Estado en sus proyectos museísticos.

El surgimiento de una sociabilidad especializada —o en proceso de serlo— y vinculada a las disciplinas del estudio del pasado, como la arqueología o la historia, fue una marca importante a inicios del siglo xx. Academias, sociedades e institutos fueron los núcleos de producción del saber y se constituyeron en puntos neurálgicos dentro del quehacer histórico cultural de la época. Así, la Academia Nacional de Historia en Colombia fue fundada en 1902, por orden del Ministerio de Instrucción Pública. Para el caso peruano, cabe mencionar la fundación del Instituto Histórico del Perú, en 1905. En el caso ecuatoriano, se constituyó en 1909 la Sociedad de Estudios Históricos Americanos, que se consolidó en 1920 como Academia Nacional de Historia. Estas sociedades fueron agentes activos en los proyectos de reestructuración de varios museos de la zona —o la proyección de ellos— y aparecieron con fuerza durante las primeras

décadas del xx en la región, junto con un proceso de consolidación del estudio de disciplinas científicas como la arqueología, la antropología y la historia.

En este contexto articulamos varias interrogantes y quisimos explorar cómo se configuraron ciertos procesos de *musealización* y representación de un pasado nacional. En primer lugar, fue importante determinar qué papel cumplió un tipo de sociabilidad intelectual y científica en la construcción de un imaginario nacional adscrito a la existencia de ciertas antigüedades. En segundo lugar, consideramos importante analizar cómo, desde ciertas agencias intelectuales, se representó a la nación y sus objetos precolombinos de cara a los procesos celebratorios de conmemoraciones centenarias como la de 1892, así como la promoción y el fortalecimiento de una institucionalidad cultural interesada en el desarrollo de una cultura nacional y su historia a principios de siglo. Y, finalmente, apuntamos a hurgar en la manera como fueron valorados, seleccionados, colectados, auspiciados y estudiados los objetos culturales indígenas, por ciertas prácticas de coleccionismo de carácter científico, sus complejidades y su proyección pública, promovida, a su vez, por una intelectualidad de época.

Nuestra hipótesis central consideró que *la construcción de un saber especializado sobre el pasado se configuró en torno a una primigenia y compleja sociabilidad científica —articulada a una materialidad y a unas prácticas adscritas a ella— que actuaba de manera dispar, desde diferentes intereses y necesidades, generados en ambos lados del Atlántico, durante el último cuarto del siglo xix y principios del xx. En el caso de los países andinos, esta sociabilidad se vinculó no solo a la problemática de la configuración de los orígenes de la nación, sino a la de cómo ese pasado podría utilizarse para diversas estrategias científicas, político-diplomáticas y pedagógicas, que podrían ser visibilizadas en un campo que se configuraba como museal. Este reconocimiento hecho hacia los objetos antiguos indígenas como fuentes originarias fue contingente a las formas como el discurso de la nación fue erigido, exhibido y negociado.*

Dentro de nuestras hipótesis complementarias, creemos que el estudio de una materialidad indígena entre los intelectuales andinos supuso un continuo escenario de negociación, tensión y disputa, desde el ámbito público y el privado. Empero, dicha escena estaba constituida por una serie de factores vinculados y vinculantes a las maneras como se construía un sentido para el pasado de los objetos. Fenómenos como el tráfico de objetos vía transatlántica, el panhispanismo y su promoción, así como los conflictos limítrofes, la situación posconflicto bélico o las confrontaciones ideológicas, fueron móviles para el uso del pasado

en momentos de complejidad social, política y económica. Si bien el Estado se interesó, de cierta manera, en el rescate y la conservación de dichos bienes, también desarrolló una política aún vacilante sobre el destino de dichas antigüedades y su lugar en el discurso nacional. En este sentido, probaremos cómo la agencia intelectual y la promoción de una sociabilidad científica vinculada a la reflexión del pasado cobraron importancia entre siglos para permitir la construcción de un tipo de institucionalización cultural y establecer el estudio del pasado y su materialidad, como fuentes de la creación de un imaginario de la nación.

Enfoque de análisis

El debate sobre el coleccionismo se ha convertido en una de las problemáticas más discutidas en el campo de la historiografía desde múltiples perspectivas: de la historia de la ciencia a la antropología histórica y el estudio de los museos. También es ahora parte del debate internacional sobre el origen de las colecciones en los museos metropolitanos europeos frente a los procesos de colonización. Muchas de estas preocupaciones del ámbito de las políticas culturales han abierto un complejo espectro de discusión sobre el retorno o la repatriación de dichas colecciones, que han dialogado con perspectivas decoloniales y poscoloniales (De l'Etoile 2007; Laurière 2012; Savoy 2018).

Cuando pensamos en el escenario de las prácticas del coleccionismo ingresamos a un tipo de análisis que cubre varios espectros: las instituciones culturales, las sociedades científicas y las prácticas de archivo (Daston 2012; Podgorny 2005). Históricamente, los museos han cumplido el papel de repositorios de bienes culturales, y han permitido un cierto tipo de “acceso ampliado” a sus colecciones, y aunque dichos proyectos tendrían un interés inicial en lo educativo y lo científico, su injerencia en la sociedad serviría para proponer a la población una adhesión pasiva y despolitizada de la construcción del poder (Castilla 2010, 19). Además, el museo surge como institución cultural ligada al carácter de “cultura nacional” (Chastel 1984, 420), avalada por las nociones patrimoniales en boga; muchas de ellas, construidas desde agencias particulares en contextos históricos específicos. Hablamos, pues, de toda una compleja dinámica existente detrás de la configuración de esta institucionalidad cultural.

Ya en la primera mitad del siglo xx, en su *Libro de los pasajes*, el filósofo Walter Benjamin había recogido una serie de reflexiones filosóficas en torno a la figura del coleccionista y la colección, entendiendo a esta última como un sistema histórico construido. Según dicho autor, en la acción misma de coleccionar

reposa una serie de convenciones; particularmente, porque al coleccionar “el objeto se libera de todas sus funciones originales” y cada cosa se “convierte en una enciclopedia que contiene toda la ciencia de la época, del paisaje, de la industria y del propietario de quien proviene” (Benjamin 2004, 223). Con esa perspectiva, el acto de coleccionar es, entonces, una forma de recordar mediante la praxis, y en este sentido, podría decirse que es un vehículo para la memoria.

La disciplina antropológica producirá una serie de reflexiones —que ya son “clásicas”— sobre el papel de las colecciones y la construcción de los discursos. En esta línea, existen algunos aportes anglosajones importantes, vinculados a la materialidad, y de los cuales recogeremos algunas breves experiencias. En *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (1991), el antropólogo Arjun Appadurai pone en consideración la importancia de la circulación de los objetos y los intercambios como formas de reciprocidad, sociabilidad y espontaneidad. Este autor tiene en cuenta, además, el concepto de regímenes de valor, “que no implica que todo acto de intercambio mercantil presuponga una completa comunión cultural de presuposiciones, sino que el grado de coherencia del valor puede variar grandemente de situación en situación y de mercancía en mercancía” (1991, 30). Existe un interés en las constantes transferencias de las fronteras culturales y en cómo la cultura puede entenderse como un complejo sistema de significados, limitado y localizado. Dentro de esta misma publicación, el autor Igor Kopytoff presenta una perspectiva que apunta a estudiar la biografía de los objetos; es decir, analiza qué mensajes transmiten estos “objetos”, siguiendo el hilo de las respuestas culturales que hallamos en el contexto biográfico, donde los “juicios estéticos, históricos y aún políticos, y de convicciones y valores moldean nuestra actitud hacia los objetos clasificados como arte” (Kopytoff 1991, 93). En otra línea tenemos los aportes de James Clifford (1995), en su texto titulado *Dilemas de la cultura: antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, y quien sugiere que en todos los procesos de documentación las inclusiones reflejan reglas culturales más amplias de taxonomía racional, de género, de estética; esto es, que se encuentra en ellas una necesidad excesiva, incluso rapaz, de *tener*, que se transforma en un deseo significativo gobernado por reglas: el sujeto que debe poseer, pero no puede tenerlo todo, aprende a seleccionar, ordenar y clasificar por jerarquías, a hacer “buenas” colecciones.

En el caso que nos ocupa, el estudio de la relación entre el coleccionismo y los museos, para el caso de América Latina, es una temática que se ha abordado

con mucho interés en estos últimos años. Si bien, las colecciones y sus prácticas expositivas fueron ligadas a los proyectos colonizadores europeos y a la generación de una alteridad, para el caso latinoamericano estas se vincularon a la “construcción de una memoria nacional” (Bustamante 2012, 23). A finales del siglo XX, el estudio sobre los museos en la región se había enfocado en recoger algunos datos interesantes y descriptivos sobre su nacimiento y su desempeño a lo largo del tiempo. Entre los casos estudiados para la región, con dicha perspectiva, entre los más relevantes se encuentran Tello y Mejía (1978), Ravines (1989) y Hampe (1998) para el caso peruano; también, Morales (1994) y Florescano (1993), para el de la museología mexicana, y Segura (1995), para el caso colombiano.

Actualmente existen algunas líneas de trabajo que han puesto acento en las interrelaciones entre el coleccionismo, los museos y la ciencia. En primer lugar, encontramos el dossier titulado “Independencia y Museos en América Latina”, publicado en 2010 en la revista *L'Ordinaire Latino-américain*, y coordinado por Irina Podgorny. En dicho texto existía un interés en entrar a debatir aquellas ideas que circulaban en la historiografía, centrándose, particularmente, en los debates sobre las ideas acerca de la historia y proponiendo, más bien, estudiar qué tipo de relación “existió entre las prácticas ligadas al estudio de esa cultura material que iban creando el patrimonio histórico y la consolidación de determinadas prácticas historiográficas” (Podgorny 2010, 8). De cierta forma, la propuesta se acercaba a una reflexión sobre la “creación de imaginarios materiales nacionales”. Dentro de este enfoque surgen varias publicaciones que recogen algunas reflexiones, y entre las que se encuentran: *El museo en escena: política y cultura en América Latina*, de Américo Castillo (2010); *Museos al detalle: colecciones, antigüedades e historia natural, 1790-1870*, de Miruna Achim e Irina Podgorny (2013); también, el dossier especializado en museos titulado *Museos, memoria y antropología a los dos lados del Atlántico. Crisis institucional, construcción nacional y memoria de la colonización*, publicado por la *Revista de Indias* en 2012, y coordinado por Jesús Bustamante¹. Entre ellos, a su vez, se destacan

¹ Son interesantes los trabajos elaborados para el dossier *Ingenieros sociales en América Latina: el papel de la Antropología y su institucionalización en las nuevas repúblicas*, coordinado por Jesús Bustamante, en la *Revista de Indias*, 2005, vol. 65, número 234. En este dossier Bustamante hace un análisis, en la línea de historia, de las disciplinas, sobre el caso del Museo Nacional de México.

los trabajos de Pérez Vejo (2012), para el caso del Museo Histórico de México y los dilemas de la construcción nacional, y el estudio de Casaús (2012), para el caso de Guatemala. Finalmente, también tenemos el texto de Beatriz González Stephan y Jens Andermann (2006) *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*, que recoge algunas experiencias en torno al tema de las exposiciones y su visualidad en distintos momentos históricos en América Latina.

Existen otros análisis en torno a las colecciones, los museos y los proyectos educativos o de “apropiación de la historia” para el siglo XIX en el Cono Sur, como los de Podgorny, Margaret y Malosetti (2010), o las reflexiones sobre museos, educación y evidencia científica (Podgorny, 2005). Entre las contribuciones más contemporáneas sobre museos en la región andina están las de Amada Carolina Pérez (2011; 2015), en torno a las colecciones del Museo Nacional de Colombia y el problema de la representación de la nación y sus sujetos. Además, en el caso colombiano contamos con el estudio de Clara Isabel Botero (2006), titulado *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas 1820-1945*. Dicho texto plantea una revisión panorámica del coleccionismo en distintas épocas y una revisión del coleccionismo científico en Colombia para los siglos XIX y XX. También existen otras aproximaciones que analizan la relación entre arqueología, ciencia y ciertos tipos de coleccionismo privado en los casos de Perú y Chile. En esta línea se encuentran los trabajos relevantes de Stephanie Gänger (2006; 2008; 2011; 2014; 2014). Finalmente, también tenemos los trabajos de Raúl Hernández Asensio (2012; 2018) sobre museos, arqueología y guaquería en el Perú.

Para nuestro análisis hemos considerado, acorde con la perspectiva de Stephanie Gänger, que las antigüedades son categorías², no objetos de colección

² Encontramos una interesante bibliografía producida en los últimos años sobre la historia de la disciplina arqueológica en algunos de los países andinos. Aunque somos conscientes de la importancia de dicha literatura académica, debemos aclarar que nuestro enfoque busca ampliar la mirada sobre esta disciplina científica en particular. No hablamos específicamente de “objetos precolombinos” como “arqueológicos”, sino, más bien, como “antigüedades” dentro de las variaciones semánticas en las cuales fueron leídos en su época, desde distintos escenarios. En la línea de análisis de investigación de la disciplina, consideramos importantes los trabajos de *Historia de la arqueología en el Perú del siglo XX*, de Henry Tantaleán y César Astuhamán (2014), así como la obra *Una historia de la arqueología peruana*, de Henry Tantaleán (2016), por mencionar algunos de los más interesantes. Para el caso

específicos, y que los discursos de quienes trabajan con ellas —anticuarios, historiadores, arqueólogos— construyen y crean varios significados para estos vestigios; significados que, a su vez, son activados en las acciones de intercambio, así como en las de circulación, que se promueven (Gänger 2014, 6). En “estas maneras de hacer” se constituyen mil prácticas reapropiadas en un espacio determinado, que, a la vez, ponen en juego un “ratio popular” y “una manera de pensar investida de una manera de actuar, un arte de combinar indisociable de un arte de utilizar” (De Certeau 2000, 44-45). Así, las prácticas del coleccionismo pueden entenderse como escenarios de negociación de significados, de generación de valores y sentidos, de la fijación o la instrumentalización de los objetos que funcionarán como dispositivos para el aprendizaje de la historia y la nación; particularmente aquellos vinculados a la creación de una conciencia histórica y una representación del pasado, así como del tiempo histórico.

Dentro de esta malla reflexiva, hemos optado por el uso de la categoría de análisis de “musealización”³, la cual entendemos como un entramado de prácticas culturales que cruzan diversas fronteras entre lo simbólico y lo material. Tomamos en cuenta que dicha “musealización existe más allá del museo” y que en este proceso el museo es apenas un “mediador”, y no el principal actor, de dicha musealización (Brulon 2015, 53). Por un lado, estas prácticas apuntan a la construcción de sentidos sobre los objetos que se van constituyendo como “nacionales” en amplios contextos; por ejemplo, el uso de una recursividad visual para ordenar las colecciones, explicarlas, exhibirlas y catalogarlas, así como la articulación de prácticas de colección que configuran nuevas representaciones del pasado como “hechos museables”, acorde ello a demandas diversas (científicas, diplomáticas, expositivas, etc.). Por otro lado, no solo podemos dar cuenta de

ecuatoriano, tenemos algunos vistazos breves del desarrollo de la disciplina arqueológica y las problemáticas de la práctica contemporáneas; entre ellos tenemos a Ernesto Salazar (2013; 1997), Florencio Delgado (2010) y Francisco Valdez (2010). En Colombia tenemos algunos trabajos enfocados en la historia de la ciencia, como los de Piazzini (2015; 2010) y los de Langebaek (1996), referentes a la institucionalización del campo, así como los de Gnecco (2008; 2002), más orientados a la mirada de los viajeros y los anticuarios del siglo XIX, por mencionar los más relevantes.

³ En términos generales, este concepto fue trabajado inicialmente por el museólogo Zbynek Stránsky, quien analizó las maneras como los procesos de selección y exhibición, así como el contexto, cambian el estatus del objeto dentro del museo. Véase, Desvallées y Mairesse (2010).

instancias que rebasan la noción de museo-institución como algo “preexistente”, sino que observamos las contradicciones y las paradojas que permiten mirar cómo se configura un campo para lo museal en un momento dado. En tal sentido, es interesante observar cómo operan estas prácticas, que se sostienen muchas veces en el interior de complejos procesos sociales, culturales y políticos en cada país, y son contingentes a los sucesos globales vinculados al coleccionismo, las conmemoraciones y la ciencia, así como a un espíritu de asociacionismo en boga para los intelectuales afincados en los Andes en el tránsito de siglo.

Sobre la crítica de fuentes

La metodología de nuestra investigación es cualitativa y consideró tres tipos de fuentes primarias como soportes del trabajo de análisis. La primera tuvo que ver con los archivos de cancillería en el contexto de la conmemoración de 1892, las negociaciones localizadas entre los países y las publicaciones editoriales relevantes al hecho. La información recopilada fue valiosa, puesto que nos permitió conocer una serie de estrategias diplomáticas formales e informales de la época que se movilizaron para la celebración de dicho acontecimiento, y que se ligaron a la configuración de un sentido de historia y civilización universal, con una fuerte asociación al legado hispánico.

En segundo lugar, buscamos fuentes primarias que nos dieran cuenta de la constitución y el desarrollo de las sociabilidades científicas en cada país respecto a la indagación del pasado. Nos interesaba ubicar las conexiones con intelectuales o sociedades a escala internacional; es decir, aquellas vinculadas a las academias o los institutos, así como sus promociones editoriales relativas al trabajo con las antigüedades precolombinas en la zona estudiada. Esta pesquisa puso particular énfasis en el rescate de las voces intelectuales locales, frente a la fuerte preeminencia del discurso y la producción científica europea en la región. Además, fijamos nuestra atención en la documentación relativa a nuestros estudios de caso, sus comunicaciones personales, sus diálogos entre pares, sus vínculos con órganos estatales o instituciones, etc., de nuestros personajes. Finalmente, también dimos gran importancia a la documentación de los archivos de los museos nacionales y a los procesos de adquisición de obra, o de promoción de excavaciones a inicios de siglo, así como a los catálogos o las guías, además de las actividades generadas desde las asociaciones surgidas en aquellos años.

Este libro se halla estructurado en tres grandes coordenadas. La primera parte se adentra a la *Exposición Histórico-Americana de Madrid* de 1892 como un hecho museal desde donde podemos localizar varias aristas en el análisis de los objetos precolombinos. En una segunda coordenada exploramos las distintas trayectorias intelectuales y de producción de discurso que se encuentran en los casos de Perú, Colombia y Ecuador. Allí nos enfrentamos a cómo ciertas formas de asociacionismo en torno a la discusión del pasado y ciertas trayectorias individuales nos permiten ver el complejo escenario en el que desarrollaron su actividad entre los siglos XIX y XX. Finalmente, en una tercera parte indagamos en los procesos de musealización hacia la construcción de la idea de “antigüedades nacionales”, y, particularmente, los objetos precolombinos en el contexto del surgimiento de las academias y los institutos de historia y la promoción de los museos nacionales a principios del siglo XX. Para cerrar nuestra investigación, presentamos una sección de conclusiones donde recogemos las respuestas que nos planteamos en esta investigación, además de abrir algunos debates necesarios sobre el tema que hemos planteado. Finalmente, presentamos una sección general de fuentes y bibliografía consultadas durante nuestra pesquisa, así como los distintos archivos y las bibliotecas visitadas en los tres países y en otros centros de investigación.

Capítulo 1

1892; los objetos *precolombinos* tejen historias

Y así, puede decirse que el descubrimiento de Colón no solo reveló la existencia de un mundo nuevo, sino que aseguró para siempre la preponderancia del elemento europeo, dándole el dominio material de un hemisferio y la expansión indefinida de su raza y de su cultura en el tiempo y en el espacio.

FIESTAS CÍVICAS EN CELEBRACIÓN DEL 4.º CENTENARIO, Lima, 1892

En 1862 el presidente ecuatoriano conservador, Gabriel García Moreno, ordenó a Antonio Flores Jijón, su representante de negocios en el extranjero, que le entregara como regalo a la regente británica, la reina Victoria, una *corona de oro* identificada como “inca”. Esta hermosa pieza, extraída de la parte sur del país andino, mostraba una valiosa muestra de orfebrería de los pueblos originarios. El motivo de dicha transacción fue “congraciarse” con la monarca, a fin de que ayudase, en este caso al gobierno ecuatoriano, con la cuestión de límites pendientes con la República del Perú. Este objeto viajante se convirtió no solo en un regalo, sino también, en una forma de negociación: condensaba un deseo, un objetivo y un valor. Este recuerdo que hemos traído hasta aquí nos ha permitido ver, brevemente, cómo entre los objetos, sobre los objetos o con los objetos, se tejen historias. En este capítulo en particular nos interesa indagar cómo se construyeron ciertos sentidos sobre los vestigios llamados precolombinos y cómo se representaron mundos-pasados a partir de estas huellas en la *Exposición Histórico-Americana de Madrid* de 1892. Los objetos que participarían en dicho evento fueron asociados a la idea de nación, historia y civilización; además, serían parte de procesos para ser recogidos, exhibidos y regalados.

Es interesante ver cómo a finales del siglo XIX, la conmemoración de los 400 años del “descubrimiento” de América cobró relevancia como fenómeno histórico en el panorama internacional y fue objeto de una serie de rencillas culturales entre países, como es el caso de Estados Unidos, Italia¹ y España. La figura de una fiesta universal que solemnizara la llegada de Cristóbal Colón a estos territorios fue una estrategia político-cultural, en la cual podemos observar un variopinto escenario de discursos y tácticas de sus participantes frente al acto celebrativo. Más que hablar solo de naciones en contextos locales, vemos la construcción de representaciones del pasado asociadas al fenómeno conmemorativo de 1892. En este sentido, lo que buscamos es ubicar la diversidad de transacciones, negociaciones y reinterpretaciones implicadas que operaron en este escenario, y que han permitido revisar las dinámicas de construcción del pasado y sus objetos en las naciones andinas, en el contexto de la *Exposición Histórico-Americana de Madrid* de 1892.

Sobre las exposiciones universales y su incidencia en el siglo XIX respecto a los países latinoamericanos, se han escrito algunos estudios (Schuster 2018; Rodrigo 2017; Muñoz 2013 y 2012; Ramírez 2009; Andermann y González Stephan 2006; Quiñones 2007; Tenorio Trillo 1998; López Ocón 2002; Muratorio 1994), en los cuales se hace un recuento de su incidencia como escaparates de representación del mundo, del libre comercio, de la tecnología y de la industrialización mundial. La particularidad de las exposiciones universales es su éxito en configurar una trilogía a partir de la cual organizar su presencia, potente, pero efímera, en el siglo XIX: *ciencia, industria y nación*, amparadas en la ideología del progreso como el credo moderno, a partir de lo cual se puede reconocer todo el mundo, o bien, la manera como se puede alcanzar una modernidad cultural, vista como una cuestión de forma. Las exhibiciones luchaban por conseguir esa forma que creían que era la más cercana al estilo moderno (Tenorio 1998, 55).

La *Exposición Histórico-Americana de Madrid* de 1892 se convierte en un lugar de memoria (Nora 1984), en tanto que el tiempo pretérito fue asumido en su

¹ Debemos aclarar que también Italia se interesaría en los festejos a través de la conmemoración de la figura de Cristóbal Colón como genovés. Por ello, organizaron la *Exposición Italo-Americana* en ese mismo año, de un carácter menos pomposo y menos difundido que las otras celebraciones. Como bien lo señala Dení Ramírez, en Italia las celebraciones quedaron reducidas a un ámbito marcadamente nacional, con varios festejos y la organización del Congreso Pedagógico y el Congreso Geográfico, sin mucha resonancia internacional (Ramírez 2009, 284). En esta investigación haremos algunos pequeños acercamientos, pues creemos que es necesario abrir investigaciones sobre el tema.

dimensión simbólica, más que como una realidad puramente histórica: el pasado era una representación visibilizada en objetos e imágenes. La historiadora Rebeca Earle (2008) nos ha mostrado, por ejemplo, la importancia que tuvieron para el periodo independentista las imágenes de indígenas, aquellas que distanciaban el periodo colonial del pasado precolombino: el Sol, las deidades, los símbolos y los personajes indígenas² fueron recuperados. Empero, hacia mediados y finales del siglo XIX, esto cambió, y las élites volcaron su interés en los héroes independentistas, así como en la recuperación de los conquistadores para la tradición historiográfica local, y así pusieron los orígenes culturales de Hispanoamérica en el periodo colonial. Earle enfatizaba en cómo “lo precolombino” se dejó de lado, en dicho movimiento de búsqueda simbólica de emblemas patrios. Según esta autora, no es solo que las imágenes indígenas, “tan comunes en la época de la independencia fueron con frecuencia eliminadas de los emblemas nacionales, sino que no fueron reemplazadas por otras imágenes indígenas hasta bastante entrado el siglo XX”, como los propios indigenismos y las teorías sociales de las décadas de 1920 y 1930 desarrolladas en esta región (Earle 2008, 34)³.

² No obstante, cabe destacar que en el mundo literario surgen en la región algunos autores que recogen, a través de sus novelas, algunos pasajes épicos a mediados del siglo XIX. En el caso colombiano, durante el periodo de reformas liberales del presidente José Hilario López, aparece una “identificación romántica con el mundo indígena prehispánico” que se plasmó en novelas como *Aquimen-Zaque o la conquista del Reino de Tunja*, o la novela *Calarká*; ambas, de Próspero Pereira Gamba. Otro de los autores que publicaron en estos años fue Felipe Pérez, en 1856, y su novela *Huayna Capac, Atahuallpa y Jilma* (Botero 2006, 55-56). En el caso peruano, contamos con la figura de Manuel González Prada, literato interesado en los debates positivistas, de la ciencia y la Iglesia. Entre 1871 y 1879, escribió muchas piezas poéticas, publicadas en *El Correo del Perú*, donde figuraron tres de sus baladas “indigenistas”: *La cena de Atahualpa*, *Las flechas del Inca* y *El Mitayo*. En su discurso conmemorativo del día nacional de 1888, González Prada habló sobre el problema del indio y sobre sus preocupaciones respecto a las condiciones en las que vivía (Chang-Rodríguez 2012, 143-144). También podríamos mencionar el interés por la investigación lingüística, como, por ejemplo, la gramática quechua de José Dionisio Anchorena, publicada en 1874, o los estudios de Asiselo Villarán sobre *La poesía en el imperio de los Incas*, de 1873; véase, Gonzalo Espino (1999). En el caso ecuatoriano, la novela *Cumandá* (1879), de Juan León Mera, representa aquello que se ha denominado “indigenismo costumbrista” (Araujo 1987, 84); además, encontramos algunos relatos cortos sobre “indios” en *La Luciérnaga*, periódico publicado por la Sociedad Liceo de la Juventud hacia la década de 1870, donde se toca el tema indígena desde un imaginario histórico.

³ Sobre estos nexos existen algunos trabajos, entre los que se destacan los de Natalia Majluf (2005), David Brading (2006) y Karen Sanders (1997).

Si bien Earle ubica acertadamente las tradiciones numismáticas, los pabellones de los héroes nacionales o la literatura nacionalista en las reivindicaciones locales, en el escenario transatlántico los vestigios precolombinos exhibidos y traficados tuvieron un valor como promotores de los cruces historiográficos erigidos *por y desde* el panhispanismo, al igual que en su resonancia con los discursos científicos de la época. A través de estas antigüedades, la diplomacia y los intereses políticos, culturales y económicos encontraron un particular nicho en las prácticas de negociación, más allá de las fronteras nacionales. Queremos anotar que *no es que las imágenes del pasado precolombino se borrraron de los emblemas nacionales, sino que estas pasaron a reconsiderarse en otros escenarios, ligados a los objetos y a la negociación transatlántica de las naciones, así como al desarrollo propio del campo científico y los museos*. En los países que hemos estudiado podemos mirar con atención esta serie de fenómenos sociales y culturales, además de localizar una intelectualidad bastante activa y conectada, pocas veces estudiada para el contexto de los Andes.

Las exposiciones universales también operaron no solo como eventos de atracción comercial o de promoción de inmigraciones, sino que también servían como “*performances* del nacionalismo”; es decir, cada país participaba para mostrar su “posición entre otras naciones”, y, por supuesto, incluían “áreas dedicadas a la historia nacional” (Earle 2007, 147). En el caso que nos ocupa, esta exposición histórica avalaba la labor de Colón, la conquista y el descubrimiento como una conmemoración histórica, pero a la vez moral; es decir, ensalzaba lo hispánico como un don y como gracia civilizatoria universal; de hecho, la forma de nombrar estos objetos antiguos como “precolombinos” da cuenta de la enorme preponderancia que cobraba este personaje en la concepción de una línea de tiempo y en cuanto al sentido histórico, que se pretendía global. Lo “precolombino” —o todo aquello nombrado como tal— pasa entonces a ser un componente de lo hispánico en su existencia particular.

Con esta perspectiva, cuando hablamos de un panhispanismo de época lo entendemos, como lo mencionaba Sepúlveda (2005), en sus “componentes conceptuales”: un fuerte contenido nacionalista español, la reivindicación del pasado colonial y la defensa de la religión católica⁴; pero también, en sus desplie-

⁴ Existen varias denominaciones en torno al hispanismo. Nos hemos adherido a la noción de “panhispánico”, vinculada más a las proyecciones del nacionalismo español de finales del siglo XIX. Existen otras concepciones como hispanoamericanismo, hispanidad e hispanismo,

gues simbólicos, visuales y materiales, como lo son para nuestro caso. América era, a partir de dichos presupuestos, un “objetivo de definición nacionalista” que operaba como “un recuerdo de grandeza pretérita, un espejo de su propia identidad” (Sepúlveda 2005, 103). Así, el territorio americano existía en tanto y en cuanto aceptaba y celebraba esta condición colonial como una prolongación de la obra misma de España.

En suma, hemos organizado este capítulo en dos partes. En la primera hacemos una revisión breve de lo que significaron las exposiciones universales, como motores del progreso mundial. En la segunda parte seguiremos algunos hilos de las transacciones diplomáticas realizadas por los países —Colombia, Perú y Ecuador— y las maneras como los objetos precolombinos fueron valorados en esos contextos. En esta línea, el estudio de la dádiva del tesoro quimbaya nos resulta un caso significativo, ya que funcionó como un medio para la configuración de recursos explicativos sobre el pasado de los pueblos indígenas, anclado a las prácticas diplomáticas. Veremos también cómo se construyen ciertos sentidos en torno a las piezas antiguas indígenas del Ecuador y de conjuntos escultóricos, como el de Roselló, para Perú; ambas, herramientas emblemáticas que operaron en la confección de un discurso histórico para la presentación de los orígenes nacionales en los escaparates presentados.

1.1. “Exponer” en un sentido universal

*Los pabellones, las banderas, están juntos, como los espíritus.
Se alzan como estrofas de alados poemas las fábricas
pintorescas, majestuosas,
severas o risueñas que han elevado,
en cantos plásticos de paz, las manos activas.
Y todas las razas llegan aquí como en otros días
de siglos antiguos acudían a Atenas,
a Alejandría a Roma. Llegan y sienten
los sordos truenos de la industria,
ruidos vencedores que antes no oyeron
las generaciones de los viejos tiempos.
RUBÉN DARÍO, Peregrinaciones (1900, 9)*

entre otras, que corresponden a distintas épocas y proyectos sociales, culturales y políticos. Véase, Sepúlveda (2005, 91-97).

Las exposiciones universales fueron celebradas como íconos de la modernidad en más de diez ocasiones, durante el siglo XIX. Ciudades como Londres, París, Madrid, Chicago, Berlín, entre otras, se convirtieron en ventanas o vitrinas del progreso de las naciones, vistas en conjunto. Si bien la primera exposición con carácter universal se realizó en el conocido Crystal Palace en Londres, en 1851⁵, no fue sino hasta las tres últimas décadas del siglo XIX cuando estas empresas tuvieron una amplia difusión internacional; particularmente, la inaugurada en 1876, en el centenario de la Revolución norteamericana de independencia, y la de 1889, la *Exposition Universelle de Paris*, con motivo del centenario de la Revolución francesa, y en medio de la cual se pregonaron los valores republicanos universales de igualdad, fraternidad y libertad. Como lo señaló Hobsbawm (2012), la noción de “centenario” es, sin duda, una invención de finales del siglo XIX, incorporada al auge del imperialismo colonial y vinculada con la preponderancia de Gran Bretaña como motor de este proceso; es revelador que la primera exposición de carácter universal haya sido realizada en este país (figura 1).

En el último cuarto del siglo XIX, el continente europeo experimentaba una expansión geopolítica y económica que convivía con el ascenso de Estados Unidos como potencia mundial. Este tránsito de siglo del XIX al XX, entre 1875 y 1914, se conoce en la historiografía como la *Era del Imperialismo*, o como el *Imperialismo*⁶, y se ha caracterizado por dos factores fundamentales:

⁵ Sobre las exposiciones universales hay una extensa bibliografía en inglés. En nuestro caso particular, hemos recogido algunas perspectivas teóricas respecto a dichas prácticas expositivas: Bennet (1988); Greenberg (1996) y Kirshenblatt-Gimblett (1998). Existe una interesante recopilación bibliográfica sobre la historia de estos eventos internacionales hasta su actualidad. Véase, Alexander C. T. Geppert, Jean Coffey y Tammy Lau, “International Exhibitions, Expositions Universelles and World’s Fairs, 1851-2005: A Bibliography”, publicado en el siguiente recurso electrónico (la mayor parte es material en inglés), publicado por la California State University y Freie Universitat Berlin: <http://www.fresnostate.edu/library/subjectresources/specialcollections/worldfairs/ExpoBibliography3ed.pdf>. (consultado el 12 de mayo de 2016).

⁶ Existen varios trabajos sobre la época; algunos, ya bastante clásicos. Véase, Hobson, J. A. (1981), Walter Goetz (1957); Hobsbawm (1967 y 1998). Para el caso latinoamericano, está la clásica obra de Pablo González Casanova (1979), además de Avdakov y Polianski (1969); Comín (2011); McNeill (2010), y Ferrer (2013), entre otros. También, la caracterización temporal historiográfica ha hecho hincapié en el periodo entre 1870 y 1930, como es el caso de Halperin Donghi (1993) y Bethell (2000), entre otros.

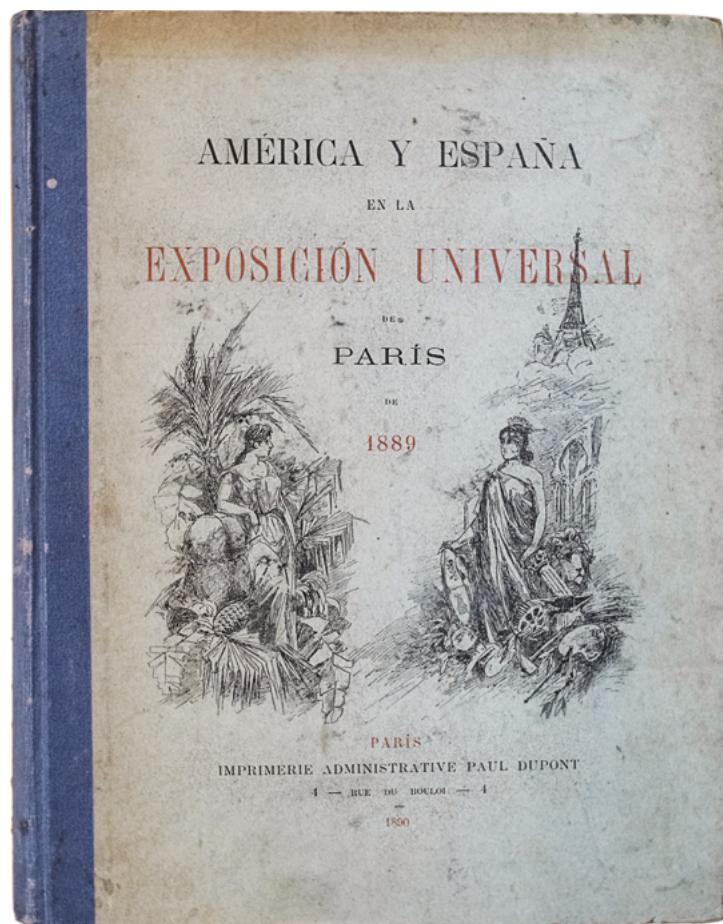


Figura 1. Ejemplar del libro *América y España en la Exposición Universal de París de 1889*

Fuente: Luis Bravo (París: Imprimerie Administrative Paul Dupont, 1890). Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Ecuador.

la progresiva expansión colonial en latitudes planetarias y el asentamiento de la dinámica capitalista a escala global. Ambas circunstancias determinaron, según varias perspectivas, la existencia de relaciones bastante asimétricas y complejas entre las que eran consideradas las grandes metrópolis o potencias —con el Reino Unido a la cabeza— y sus colonias. El nacionalismo como proceso apareció notablemente en esta época, por lo cual el historiador Eric Hobsbawm consideraba que este se “ingirió como un coctel”, pues el atractivo no consistía en su “propio sabor”, sino en la combinación con otro u otros ingredientes, que, se esperaba, “calmaría la sed material y espiritual de sus consumidores” (Hobsbawm 2012, 173).

En este contexto, la exposición universal decimonónica se configura como un dispositivo⁷ de exhibición de los alcances del imperialismo: tanto su incidencia tecnológica como la producción de mercancías, la presencia de curiosidades etnográficas y antigüedades venidas de aquellos rincones donde estaba presente el imperio. Como lo mencionaba Edward Said, “creo que se puede decir, por ejemplo, que un inglés que a finales del siglo XIX se interesaba por países como India o Egipto, lo hacía sin olvidar nunca el hecho de que eran colonias británicas” (2009, 33); en este sentido, la potencia mostraba al mundo sus “dominios” y el control de sus territorios, al exponer cómo se arraiga en un determinado momento una noción de nación moderna y de qué manera esta se inserta en un circuito internacional (Tenorio 1998, 22).

Estos escenarios universales también fueron los lugares de representación de la otredad. Influenciados por las teorías racistas, en boga en la Europa decimonónica, entre cuyas particularidades se incluía presentar no solo objetos curiosos de esas tierras, sino también a sus habitantes, en una especie de “zoológicos humanos”, también muy populares a finales del siglo XIX y principios del XX. Estas “exposiciones” se presentaban en distintas modalidades, acordes con los grupos humanos que iban a ser mostrados; en la de Londres de 1851, se podían ver “pueblos distintos de los cinco continentes, junto a las producciones [naturales y manufacturadas] de diversas regiones del mundo [colonial]”; estos “pueblos” fueron exhibidos no “al lado de los productos del mundo colonial, sino ‘como’ productos de ese mundo” (Báez y Manson 2010, 23). Estas actividades, sumamente populares, habían reunido enormes “audiencias” y se convirtieron en empresas exitosas, como las del alemán Carl Hagenbeck, quien había traficado y secuestrado a un sinnúmero de nativos de sus lugares de origen para llevarlos a este tipo de ferias⁸. Su implementación no solo se amparaba en una alteridad

⁷ Entendemos el dispositivo como estrategias de relaciones de fuerza que sostienen tipos de saberes, y que, a la vez, son sostenidas por ellas. En este sentido, para Michel Foucault, el dispositivo compone un todo heterogéneo de discursos, instituciones, prácticas adscritas a una función estratégica dominante que combina poder y saber. Agamben nos ofrece una interesante genealogía sobre el concepto que elabora Foucault (Agamben 2011, 250).

⁸ Estos procesos han sido documentados por varios autores y objeto de varios documentales. Entre los principales están *Calafate. Zoológicos Humanos*, estrenado en 2012 y dirigido por Hans Mulchi, así como *Zoos humains*, de Pascal Blanchart y Eric Deroo, de 2002. Véase el trabajo de Cristian Báez, Cristian y Peter Manson (2010).

construida sobre la infravaloración de estas poblaciones, sino que utilizaba el dispositivo del espectáculo como norma.

Como lo explica Jacques Rancière, desde su lectura de Debord, este ejercicio de “contemplación de la apariencia” separada de su verdad es una práctica en la cual “lo que el hombre contempla en el espectáculo es la actividad que le ha sido sustraída, es su propia esencia, convertida en algo ajeno, vuelta contra él, organizadora de un mundo colectivo cuya realidad es la de este desposeimiento” (Rancière 2010, 14). Estos *tableaux vivants* no solo posibilitaban crear una “apariencia del mundo” presentando a las colonias “petrificadas en estáticas imágenes” (López Ocón 2002, 106), sino que confirmaban, como lo señala Said, la producción del bagaje literario sobre Oriente, que ya estaba asumido como verdad desde esta “exterioridad”:

La exterioridad de la representación está siempre gobernada por alguna versión de la perogrullada que dice que si Oriente pudiera representarse a sí mismo lo haría; pero como no puede, la representación hace el trabajo para Occidente y, *faut de mieux*, para el pobre Oriente. (Said 2009, 45)

Estos escaparates universales refuerzan, entonces, las propias nociones que se construyen desde dicho supuesto. Así, el conocimiento del Otro solo es posible desde esta exterioridad, a partir de la posibilidad de “mostrar” su vida para el público de las grandes ciudades. Sin duda, este ejercicio de exhibición racista muestra cómo las perspectivas ultramarinas —promovidas desde el germen del imperialismo decimonónico— van configurando una alteridad a partir de “esquemas perceptivos ante la otredad se construían siempre desde el prisma cultural y simbólico de lo propio y, en aparente corolario, cada desviación se entendía y se tildaba como una anomalía” (Hering 2010, 42).

Estos eventos no solo son trascendentales a la hora de concebir las formas como se construye una imagen de la nación moderna, sino que, además, se muestran —o intentan hacerlo— como territorios definidos e integrados, con una cultura cosmopolita, de ideales higienistas y de salubridad y con una muestra de homogeneidad racial notable, a tono con la noción de superioridad blanca en boga en la época (Tenorio 1998, 16). Como bien lo menciona Hering, el racismo conservaba su funcionalidad excluyente para mantener el poder en las relaciones sociales determinadas por la esclavitud, la industrialización y el imperialismo: “divulgar la supuesta condición inferior del indígena, del africano

y del asiático permitía legitimar su conquista y explotación sin crear paradojas éticas con la moral de Occidente” (Hering 2010, 51).

Las urbes, en este contexto, se ubicaban como los motores visibilizadores del orden del mundo, o de la manera como se entendían las matrices universalizantes, en torno a la noción del progreso y la civilización, así como la concepción historicista del tiempo, donde el pasado comienza a ser ponderado como un elemento de prestigio, y el futuro, como posibilidad real del progreso humano. Si tomamos en cuenta la cantidad de personas que visitaban estos escenarios en las ciudades, tenemos que, en sus convocatorias sucesivas, por ejemplo, la primera exposición de Londres convocó a 6 millones de personas, y la de París, de 1867, a 12 millones. Y para 1889, esta misma ciudad había recibido a 30 millones, lo mismo que la exposición de Chicago; finalizando el siglo, la exposición de París, de 1900, acogió alrededor de 50 millones (López Ocón 2002, 104).

En suma, las exposiciones se convirtieron en una suerte de “tecnologías culturales” (Bennet 1988, 76), que operaron como un conjunto de estrategias de tipo educativo y civilizatorio de difusión diversa y se desplegaron en los escaparates de las naciones, así como en los eventos y las acciones asociados a dicho escenario. Estas exhibiciones mostraron un panorama variopinto de cosas: desde objetos de tipo comercial, productos primarios agrícolas, industriales o mineros e inventos de última tecnología hasta obras de arte y objetos etnográficos, así como las antigüedades indígenas; estas últimas, puntos de soporte de la construcción de la representación de los orígenes de un pasado nacional de cara a la conmemoración del “Descubrimiento de 1492”.

1.2. Exhibir y conmemorar 1892: la construcción de una representación del pasado a través de los objetos

El 28 de febrero de 1888 se procedió, por Decreto Real, a la preparación para la celebración de la *Exposición Histórico-Americana de Madrid*. El carácter de “histórico” del evento ensalzó el fenómeno de la conquista como un hecho particular, que ponía en relieve el proceso de formación del imperio, así como la relación de la “madre patria” con sus colonias. Estos reales decretos ofrecían “a los pueblos hispano latinos el medio y la ocasión de resistir las atracciones del Norte, y satisfacer sus aspiraciones de aproximación y enlace con la cuna de su cultura y origen de su civilización” (Decreto citado en Ramírez 2009, 286). El reconocimiento de este sentido civilizador lo encontraremos en varias declaraciones de la época como estas, vinculadas con la idea de la llegada de Colón

y la civilización de un delegado colombiano al Congreso de Americanistas de 1890, pues Colón era visto como el personaje que “abrió nuevas fuentes de riqueza, despertó el espíritu emprendedor de los pueblos, imprimió un poderoso impulso al comercio; y donde antes reinaban la barbarie y la idolatría, plantó la cruz del Cristianismo e izó la bandera de la civilización” (Esguerra 1891, 15).

A la par con el interés peninsular ibérico en la celebración, durante estos años también Estados Unidos promovió un tipo de estrategia “panamericanista” en la región⁹. El país norteamericano veía la pertinencia del nexo geográfico del continente a la promoción de los intereses económicos en la región, frente al desenfrenado impulso del expansionismo imperial europeo. Las preocupaciones del país del norte ya habían tenido sus orígenes en el manifiesto de la propia Doctrina Monroe¹⁰, durante la primera mitad del siglo XIX, y se habían extendido durante el resto de la centuria. Los territorios al sur de la frontera estadounidense tenían que ver con las formas como el capitalismo —en su escala global— necesitaba posicionarse en empresas de conocimiento, que suministraran información práctica y concreta, de utilidad para los hombres de negocios que planificaban viajes de comercio, y que permitieran la expansión del mercado: la búsqueda del conocimiento “útil” (Salvatore 2005, 272). La *Exposición Colombina de Chicago* asumió este espíritu transnacional-regional en su organización, como lo muestra una de sus comunicaciones dirigidas a los países andinos:

⁹ Varios literatos vinculados al movimiento modernista —Rubén Darío y José Martí, entre otros— se encargaron de denunciar este tipo de “imperialismo norteamericano” y veían a esta nación como “una sociedad materialista, mercantilizada, basada en una sociabilidad de masas y, por ende, ‘bárbara’” (Salvatore 2005, 25), a lo que se opuso, particularmente hacia principios del siglo XX, una visión de América Latina ligada a la herencia hispánica bajo el manto del arielismo ilustrado. El propio José Martí, en su libro clásico *Nuestra América*, se había preocupado por este interés norteamericano en las tierras latinoamericanas. Martí había asistido a dichas conferencias y mostrado su preocupación por el tipo de injerencia que quería tener Estados Unidos en nuestros territorios.

¹⁰ Bajo el lema “América para los americanos”, el presidente estadounidense de aquel entonces, James Monroe (1817-1825), sugirió que cualquier agresión al suelo americano sería vista como una amenaza directa a la soberanía de las repúblicas americanas, y sería respondida desde Estados Unidos. Muchos de los estudiosos han interpretado esa actitud norteamericana como una de las primeras señales del interés en ir consolidando la hegemonía de dicho país sobre el resto del continente. Para mayor información sobre este tema, véase, Gaston Nerval (1999).

It is the desire of the President, speaking for the People of the United States, that all the nations of the earth may take part in the proposed exhibition, by appointing, representatives there to and by sending such exhibits as will most fitly and fully illustrate their resources, their industries, and their progress in civilization.¹¹

Empero, en este contexto hablar de Colón era referirse a la relación de España con América. Algunos autores (María Justina Sarabia 1992; Frédéric Martínez 2001; Leoncio López-Ocón 1990, 2002; Ricardo Pérez Montfort 1992; Sepúlveda 2005) han señalado la importancia de las relaciones entre España y sus antiguas colonias a finales del siglo XIX. El interés español se enfocó en restablecer la unidad espiritual y en la necesidad de posicionar a la “raza transatlántica” (Pérez Montfort 1992, 15) desde la valoración del efecto de la conquista en estos territorios. Esa comunidad hispana universal se caracterizaba por cuatro aspectos fundamentales: “la religión católica, el idioma castellano, la organización jerárquica o corporativa de la sociedad y un acentuado etnocentrismo cultural que privilegiaba las contribuciones del espíritu hispano en todas las interacciones con pueblos diferentes” (Bustos 2007, 117). De esta manera, el hispanismo, en un sentido de “panhispanismo” —es decir, en su nivel transatlántico de transcendencia entre la península y las antiguas colonias—, se vería activado —desde la dinámica propia de cada país en el que fue recibido— en el escenario de la celebración colombina: a través de los distintos usos y las formas de representación del pasado atribuidas al “ser histórico” de cada nación.

En cuanto a lo planteado, la estrategia española diferiría visiblemente de la norteamericana, más enclavada en el formato de exposición universal de cara al progreso. Por ejemplo, para el caso de México, esta corriente hispanista “osciló entre la aceptación y la crítica”, pero con la “institucionalización del Estado de la Revolución fue rechazada a favor de otras corrientes como el indigenismo, el latinoamericanismo y el indoamericanismo” (Granados 2005, 7); sin embargo, esta herencia española, amparada en el credo cristiano, la lengua y la raza, se convertiría durante varias décadas en el movilizador de una “moral

¹¹ Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores AHMRREE, Quito. Comunicaciones Recibidas de la Secretaría de Estado de Estados Unidos (1838-1893). Carta dirigida al ministro de Asuntos Exteriores del Ecuador del Departamento de Estado de Washington, febrero 3 de 1891, f. 153.

pública que colocaba a la Iglesia como ente tutelar de la cultura y de la lucha contra las corrientes materialistas” de todo aquello considerado como inmoral venido del mundo de las ideas (Urrego 2002, 43). España, punto de referencia de esta corriente de pensamiento, se erigió como el eje articulador y difusor de esta forma de “gobierno imaginado” de lo hispánico.

Además, para España el “objetivo oficial de las celebraciones era proclamar los derechos históricos de la península ibérica sobre el descubrimiento y el desarrollo posterior de la civilización americana” (Sánchez, citado por Muñoz 2012, 127), en un mundo que necesitaba reconocer, bajo la ética del imperialismo colonial, el potencial de los países como productores de imaginarios universales, asociados a la civilización y el progreso. El literato peruano Ricardo Palma, en una carta enviada a su amigo, el general Vicente Riva Palacio, el 3 de agosto de 1891 a Madrid, relataba cómo los Estados Unidos se promocionaron con la exposición:

¡Cuestión de raza! Los yankees, con su futura Exposición de Chicago, traen alborotada a la América, y su entusiasmo ha sido contagioso; pues hasta el Gobierno de mi tierra ha salido de su habitual apatía. Yo pertenezco al *comité* peruano nombrado por el Ministerio. En tres meses hemos celebrado ya quince sesiones, y la cosa marcha. Verdad que los yankees, venidos en comisión a Lima, nos impulsan bastante. A pesar de todo, más me interesa Santa María de la Rábida, con su Congreso de Americanistas, que Chicago con sus maravillas. (Citado en Rodríguez 2005, 441)

Las acciones enmarcadas dentro de las exposiciones de carácter universal, como la *Exposición Histórico-Americana de Madrid*, dan cuenta de un tipo de “imperialismo informal”¹²; es decir, de empresas de reconocimiento del territorio que promocionan ciertas prácticas culturales, para elaborar un conjunto de representaciones que avalan y justifican una presencia en el territorio colonizado o de antigua colonización. Pensar en la de Madrid como una exhibición “histórica” marca un punto de quiebre en aquel presente, al trabajar directamente con la noción del pasado. Si la mayoría de esos eventos universales estuvieron

¹² Sobre la noción de imperialismo formal e informal ha recalcado en las formas como estos operan en el ámbito de la cultura construyendo narrativas textuales que “enaltecen” su propia misión frente a los pueblos sobre quienes se ejerce dicha dominación, además de apropiar y revalorizar los distintos recursos naturales, humanos y simbólicos. Véase, Ricardo Salvatore (2005; 2006).

interesados en promocionar la fe en el progreso, las maravillas tecnológicas, los productos y las riquezas, la exposición de Madrid sentaría un precedente universal en cuanto a la legitimidad de la conquista española de los territorios y la primacía europea en dichas empresas; todo esto, avalado por el peso de la historia y de los hombres que, según ellos, la escribieron:

[...] nadie puede disputarle á Colón, repito, su supremo lugar en este suceso, ni su excepcional grandeza en la historia [...] que aquel Nuevo Mundo le pertenecía, desde antes de verlo por sus ojos; ¡que por eso pedía precio y pactaba sobre él á modo de caudal que llevaba en su persona! Esta conjunción de pensamiento y la acción; aquello de hacer una propia cosa de la idea y de la empresa más oscuras; el conjunto de la conducta de Colón, en fin, no puede ser identificado, no, con ningún otro hecho humano: no cabe que lo sea intelectual o materialmente. Y puesto que así Colón es tan único, nadie á su puesto puede acercarse, ni de lejos, en la historia (*Estrepitosos y entusiastas aplausos*). (Actas de la Novena Reunión de Americanistas 1892, 29)

La Exposición de Madrid logró compilar —como se menciona en su catálogo— un buen número de “riquezas americanas auténticas y originales”, llegando a un número aproximado de 200.000 objetos. El interés de generar este acervo expositivo estuvo enfocado en la colección de “el mayor número posible de riquezas arqueológicas, antropológicas y, en general, etnográficas, de las generaciones americanas precolombinas y contemporáneas de la conquista” (*Cuarto Centenario* 1892, 2-3). Entre las naciones participantes se cuentan Alemania, Argentina, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Dinamarca, República Dominicana, Ecuador, Estados Unidos, Guatemala, México, Nicaragua, Noruega, Perú, Portugal, Suecia, Uruguay y España, con sus posesiones, hasta aquel entonces, de ultramar (Rodrigo 2018, 63). A la par con la exposición, se organizó el *Congreso de Americanistas*, en Palos de la Frontera, el mismo lugar del que salió Colón 400 años antes, y convocó a cientos de intelectuales de ambos continentes.

Esta exposición fue estratégica y operó como un ejercicio de “gobierno imaginado”, con base en una circulación de narrativas y de construcciones textuales, bien fueran discursivas, visuales o performáticas del *hinterland*, y sus formas de intervención (Salvatore 2006, 13). Así, el pasado era nombrado y honrado en *objetos* y discursos científicos sobre civilizaciones “muertas”, frente

al advenimiento de una civilización nueva, amparada en la monarquía, la lengua y la religión. Si bien en el caso norteamericano es ejemplar el nexo que se establece en la noción de “negocio-conocimiento” y el interés geopolítico marcado por los Estados Unidos sobre el territorio latinoamericano, es España la que logra posicionar esta pertinencia del pasado asentada en los *objetos aborígenes colectados* por las naciones, para ser exhibidos en Madrid. Para la ciencia decimonónica de aquel entonces, estas antigüedades habían sido valoradas por varios científicos europeos años atrás; sin embargo, para los intelectuales andinos, es a partir de la celebración de 1892 cuando tales objetos cobran un real interés en los circuitos de estudio de la historia nacional de finales del siglo XIX y principios del XX. Las tesis panhispanistas calaron profundamente en lo local y determinaron, como veremos más adelante, las formas como los vestigios fueron entronizados como parte de los orígenes del pasado de las naciones andinas. A continuación revisaremos el proceso de donación del tesoro quimbaya, la organización de las exposiciones y la confección del catálogo conmemorativo de 1892.

1.3. Colombia en la Exposición: organizadores, tesoros y expectativas

La participación de Colombia en las exposiciones de Madrid y de Chicago movilizó el interés de las élites y los grupos políticos del periodo de la Regeneración¹³, a finales del siglo XIX. Las comisiones para la conmemoración del “descubrimiento” se nombran por el Decreto Número 1035 y se publican en el *Diario Oficial*, número 8628. En un primer momento, constaban como miembros de dichas comisiones los señores Carlos Martínez Silva (presidente), Carlos Calderón Reyes (vicepresidente), Julio Arboleda (secretario), Vicente

¹³ Para la década de 1880, el modelo federalista colombiano se estaba resquebrajando, lo que permitió que un ala de liberales y conservadores se vinculara con la presidencia de Rafael Núñez —político liberal, elegido como presidente en 1880, en el cargo hasta 1882 y quien ejerció también la presidencia entre 1884 y 1886, y desde 1887 a 1888—. Bajo sus gobiernos se dejó sin vigencia la Constitución de Rionegro y se convocó a un nuevo proceso constitucional. La Constitución de 1886 adoptó varias características que pretendían centralizar el poder en el gobierno, bajo un modelo autoritario. Este periodo es conocido como la Regeneración. En aquel entonces Núñez señalaba: “en vez de la gran frontera nacional, tenemos muchas fronteras locales; en vez de un ejército, tenemos nueve; y cada dos años, con motivo de las elecciones, se habla de proyectos de campaña de un Estado contra otros, o contra la autoridad en general” (citado por Henderson 2006, 19).

Restrepo (vocal) y Ernesto Restrepo Tirado (ambos, padre e hijo, miembros de la Subcomisión de Protohistoria). Posteriormente, se encarga esta comisión a Gonzalo Ramos Ruiz (*Diario Oficial*, febrero de 1892)¹⁴. Para la historiadora Carmen Muñoz, la participación en Chicago, en 1893, captó menos atención que la de Madrid, pues para el gobierno conservador, “enfocar los esfuerzos [...] obedecía al deseo del gobierno regeneracionista de estrechar los lazos con la ‘madre patria’” (Muñoz 2012, 113).

Para las exposiciones de Madrid y de Chicago se publicaron las noticias en el *Diario Oficial*¹⁵ desde 1891. Después de integradas las comisiones oficiales (protohistoria, minería, agricultura, etc.), este periódico publicaba en sus páginas los artículos que el gobierno necesitaba adquirir, mediante dicha comisión por “alquiler, donación, préstamo ó compra”. Entre las características de los objetos solicitados se encontraban¹⁶: 1) documentos, códices, planos, cartas, dibujos y obras históricas desde el descubrimiento hasta mediados del siglo XVII; 2) momias y cráneos indígenas, fósiles o huesos de animales que sirvieran de “comprobante de descubrimientos arqueológicos de aquellas remotas edades”; 3) las colecciones de antigüedades indígenas de Colombia “sea cual fuere la materia de que estén hechas, como oro, cobre, piedra, loza, hueso, madera, textiles, etc.”, a fin de que concurran a la exposición para “dar idea del

¹⁴ Al parecer, durante la conformación de las comisiones hubo algunos cambios de sus miembros y representantes (Muñoz 2012, 118).

¹⁵ Hemeroteca Biblioteca Luis Ángel Arango (BLAA), Bogotá. *Diario Oficial*, diciembre de 1891.

¹⁶ En general, los organizadores de las exposiciones presentaban un manual de los objetos y los productos para solicitarse, dividido en varias categorías, ya fuesen agrícolas, minerales, industriales, artes, etc. Estas guías se remitían a los gobiernos indicados. Véase, *General regulations for foreign exhibitors of the World's Columbian Exposition in Chicago prescribed by the director-general, by authority of the World's Columbian Commission, in accordance with the Act of Congress approved April 25, 1890* (Chicago: Office of the Director-General World's Columbian Exposition), January 7, 1891. En el caso de la exposición de Madrid, se publicaron en *El Centenario*, una revista ilustrada que fungía como órgano oficial de la junta directiva encargada de los actos conmemorativos. Aquí se presentaban los reglamentos y las categorías históricas tomadas en cuenta para la adquisición de objetos: por ejemplo, en la sección primera de la “época precolombina” se solicitaban modelos, reproducciones y objetos de distintos materiales; en las otras secciones se requerían objetos de arte, manifestaciones literarias, etc. Véase, *El Centenario. Revista Ilustrada. Órgano oficial de la Junta Directiva encargada de disponer las solemnidades que han de conmemorar el Descubrimiento de América*. Tomo II (Madrid: Tipografía de “El Progreso Editorial”, 1892).

grado de adelanto alcanzado por los aborígenes al tiempo de la conquista, bajo sus aspectos etnográfico, arqueológico, industrial y artístico”. Finalmente, se señalaba en 1891 que “piden la participación en dicha exposición y excitar el patriotismo” de los colombianos, tomando en cuenta los recursos exiguos con los que se contaba.

Si bien las exposiciones conmemorativas a las que se prestó más atención fueron las de Estados Unidos y de España, también Italia estuvo interesada en generar una convocatoria a través de la *Exposición Italo-americana de Génova*. Entre los países que quisieron celebrar esta fecha, por la relación que se establecía con el marino Colón, como genovés (Ramírez 2009, 285) y por los intereses de la nación italiana en estrechar los lazos diplomáticos y dar a conocer a Italia en América (Muñoz 2012, 120). En una comunicación del 27 de junio de 1892, publicada en el *Diario Oficial*, el señor Pisani Dossi, de la Real Legación de Italia, agradece al Ministro de Relaciones Exteriores, Marco Fidel Suárez, por la participación de Colombia. Para dicha exposición, Suárez también destinó la entrega de donaciones para el Museo; en las comunicaciones dirigidas al cónsul del país, señalaba lo siguiente con respecto a las cajas que viajaron a Italia, rotuladas “Comité de Exposición Génova”:

Contienen dichas cajas treinta piezas de cerámica, dos sartas de cuentas de cristal de roca y varias otras piedras pequeñas. Estos objetos provienen de sepulturas de los Quimbayas, uno de los pueblos primitivos que habitaban el territorio de la República; y el Gobierno hace donación de ellos con la esperanza de que el de Vuestra Excelencia tendrá a bien disponer que después de la Exposición de Génova, se destinen á algún museo ó centro científico.¹⁷

Después de ser presentadas en dicha exposición, las piezas, finalmente, fueron al Museo Nacional Prehistórico y Etnográfico de Roma, según una comunicación del ministro Suárez del 6 de diciembre de 1892, con la respectiva indicación de que son “obsequio” del gobierno colombiano. Además, en una comunicación de Dossi a Suárez, del 18 de septiembre de 1892, publicada en octubre de ese mismo año en el *Diario Oficial*, el primero expresa sus agradecimientos por el envío, para esta exposición, de 234 fotografías de las antigüedades colombianas expuestas en Madrid, y que fueron objeto del regalo al rey.

¹⁷ BLAA, Bogotá. *Diario Oficial*, carta del 27 de junio de 1892, publicada en agosto de 1892.

Estos vestigios quimbayas, de uno de los llamados “pueblos primitivos” —como se menciona en la comunicación—, fueron donados al gobierno italiano. Llama la atención, particularmente, el vínculo que hacen las autoridades entre la donación y su destino: un museo o un centro científico. Ambas instancias podían asegurar la pervivencia de los objetos para su contemplación o su uso, desde el ámbito de la ciencia, en el espíritu decimonónico; empero, es interesante el desapego existente sobre dichos bienes y las maneras como, por ejemplo, se valoran las piezas, entre las sartas de cristal de roca y cerámica, a la donación que posteriormente se hará de las de oro. Los objetos sirvieron de base para asegurar un engarce diplomático, pero también, dependiendo de su factura y amparados en el estudio que se haría de ellos, tenían fines estratégicos claros, como en el caso de la donación de la colección de oro que veremos más adelante.

1.4. Del *tesoro* como regalo

El proceso de donación de lo que se conoce como el “tesoro quimbaya”, por parte de Colombia para la reina regente María Cristina de Habsburgo-Lorena de España, comenzó durante la presidencia de Carlos Holguín Mallarino (1888-1892) y se materializó con la de Miguel Antonio Caro (1892-1898), en el periodo conservador conocido como la Regeneración, y estuvo asociado a un pensamiento marcadamente hispanista. La dádiva fue entregada como pieza cumbre, dentro del marco de la organización de la *Exposición Histórico-Americana de Madrid* de 1892. El famoso “tesoro” había sido comprado a Fabián Lozano, tras el reciente hallazgo, realizado en el municipio de Fi(n)landia¹⁸, región del Quindío, en la finca de La Soledad. Los vestigios de esta exploración eran cientos de piezas —casi 500— que habían sido halladas por un conocido gUAQUERO de la zona: el señor Domingo Álvarez. Este acervo fue adquirido por el gobierno colombiano, por un monto de \$70.000; no obstante, las piezas que viajaron a la *Exposición* de Madrid, y que figuran en el *Catálogo General de los objetos enviados por el gobierno de Colombia a la Exposición Histórico-Americana de Madrid*, de 1892, fueron alrededor de 1012, entre vestigios arqueológicos de tipo metálico, cerámico y otros, así como objetos etnográficos de varias regiones del país y de distintos coleccionistas.

¹⁸ Hemos encontrado ambas denominaciones para la ciudad: Finlandia y Filandia; aunque esta última parece acogerse contemporáneamente al nombre del lugar, preferimos hacer uso de los dos tipos de nombramientos para la ciudad.

En el contexto de la organización de las comisiones de las exposiciones, la entrega de la colección fue traspasada al gobierno, a través de la figura de Vicente Restrepo, encargado oficialmente de su gestión. En una comunicación para el señor ministro de Relaciones Exteriores del ministro de Fomento, Carlos Uribe, el 4 de febrero de 1892, se ordenaba que se diesen instrucciones:

[...] a fin de que la colección de objetos de oro que este Ministerio compró al señor Domingo Álvarez y que está depositada en el Banco de Bogotá, se entregue inmediatamente al Señor Don Vicente Restrepo, Miembro de la Comisión de la Exposiciones de Madrid y Chicago, por inventario.¹⁹

A la par con la donación del tesoro, en 1892 se publicó el *Catálogo General de los objetos enviados por el gobierno de Colombia a la Exposición Histórico-Americana de Madrid*. Dicho texto fue realizado por Vicente Restrepo y su hijo, Ernesto Restrepo Tirado²⁰, quienes fungieron como miembros responsables de la Subcomisión de Protohistoria para la organización del evento, y quienes se encargaron del levantamiento, así como de la sistematización de aquello que representaría a Colombia. Sin duda, el acento fue puesto en la famosa “colección de oro”, y, particularmente, en la asociada a lo quimbaya. Vicente y Ernesto se posicionaron, a raíz de esta exposición, como dos personalidades influyentes en el campo de la investigación y la reflexión del pasado, combinadas con una notoria labor política y económica, que revisaremos más adelante.

El 20 de julio de 1892, en uno de los últimos mensajes presidenciales a las cámaras legislativas, el presidente Carlos Holguín Mallarino puso de relieve que había enviado a Madrid “la colección más completa rica en objetos de oro que habrá en América, muestra del mayor grado de adelanto que alcanzaron los primitivos moradores de nuestra patria”. Además, señaló que “la hice comprar con el ánimo de exhibirla”²¹ para las exposiciones conmemoratorias de 1892,

¹⁹ Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores, Manuscritos 10.

²⁰ Hay que tomar en cuenta que varias piezas orfebres pertenecían a Vicente y Ernesto Restrepo, e, incluso, viajaron y fueron donadas al Field Museum de Chicago por estos personajes, con ocasión de la Exposición Universal de 1893.

²¹ Es importante destacar que la demanda contemporánea de 2009 a la gestión de Holguín Mallarino está enfocada en la ilegalidad del proceso, al ser el presidente quien se atribuyó todas las funciones, y así pasó por encima del Congreso al comprar y regalar dicho tesoro.

tanto en Madrid como en Chicago. Su decisión de obsequiarla al gobierno español respondía al enorme agradecimiento

[...] por el gran trabajo que se tomó en el estudio de nuestra cuestión de límites con Venezuela y la liberalidad con que hizo todos los gastos que tal estudio requería. Como obra de arte y reliquia de una civilización muerta, esta colección es de un valor inapreciable.²²

Además, Holguín Mallarino sugería que dicha colección debería reposar en algún museo de la península. Ante todo, *la dádiva del tesoro debe entenderse en la lógica del arbitraje español*: son no solo objetos, sino posibilidades a futuro. El arbitraje fue un convenio que se firmó en Caracas en 1881, y en el cual se estipulaba que ambas repúblicas, Colombia y Venezuela, acordaban someter al juicio de un árbitro neutral sus controversias limítrofes. En aquel entonces, la figura arbitral recaía en el rey de España, Alfonso XII. El arbitrio tenía como premisa resolutive el hecho de ser inapelable y definitivo. Para 1886 se amplían las funciones de árbitro de derecho a la reina María Cristina. El laudo arbitral favoreció a Colombia, al permitirle el acceso a la zona del alto Orinoco, región oriental, con el interés de desarrollar la “industria pecuaria en las sabanas de Casanare”²³.

En este punto quisiéramos repensar esta transacción dentro de una agenda diplomática y como estrategia simbólica. El regalo del “tesoro quimbaya” es un tipo de intercambio a partir del cual podemos analizar múltiples aspectos del vínculo entre las distintas naciones, sus imaginarios civilizatorios y las estrategias de corte diplomático universales. Para este análisis hemos retomado aspectos de la teoría de los intercambios y reciprocidad, aunque en nuestro análisis partimos de los postulados de Claudio Lomnitz respecto a la conceptualización de la *reciprocidad negativa*: una forma de intercambio que se lleva a cabo a partir de

²² *Mensaje del Presidente de la República a las Cámaras Legislativas* (Bogotá: Imprenta de la Luz, 1892), <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/brblaa720503.pdf>, 29-30 (consultado el 4 de abril de 2015).

²³ En los documentos de época revisados se señala la “posesión colombiana” sobre la región, con énfasis en los asentamientos de poblaciones en la zona. Véase, *Cuestión de Límites entre Colombia y Venezuela. Apéndice a la Sección 5ta del Cuadro Sinóptico. Razones de equidad para conservar la línea del statu quo en la región de Casanare*. AGN, Bogotá, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores, Tomo 120, ff. 94-95.

un acto de coerción, persuasión o explotación. Para este autor, la reciprocidad *positiva* comienza siempre con un regalo o una prestación, y la *negativa* empieza con un robo, una violación, una intimidación o un homicidio, y así se logra que los actos coercitivos se fundamenten en la dominación; es decir, en una “rutinización de una relación de sujeción” donde “la intimidación es seguida por un don simbólico que representa la deuda de la parte subordinada” (Lomnitz 2005, 322). La reciprocidad negativa acaba generando una relación vista como de intercambio positivo.

El interés español en generar una especie de comunidad universal y fraternal hispano-americana marcaba el horizonte de negociación del país íbero sobre el escenario de conmemoración en 1892. Así, la valoración positiva de Colón, la conquista, la colonización y la cristianización de América aparecían como elementos fundamentales para celebrar la llegada de la civilización a este continente. Era el “regalo” de la península a estos territorios y era el espíritu de la *Exposición Histórico-Americana de Madrid*. Para Colombia, dirigida por los gobiernos conservadores de la Regeneración, apegados a los ideales hispanistas, la aceptación de la matriz de sujeción civilizatoria suponía no solo poner el acento en la primacía de estos dones civilizatorios y ensalzarlos en su potencial, sino mostrar, desde los objetos de oro precolombino, el grado de civilización de pueblos considerados “muertos” de estas tierras, pero ricos en producciones metálicas, estimadas valiosas en un sistema internacional sostenido desde lo áureo.

Para entender la mencionada transacción hemos ubicado este proceder entre naciones como una diplomacia zalamera. Esta es una práctica contingente que se asienta en un tipo de degradación moral y de reciprocidad negativa, amparada en una matriz civilizatoria que sirve para acceder a ciertos beneficios; en este caso, territoriales. La distancia que se genera con los pueblos indígenas y sus antigüedades depende de la adhesión a las lógicas del tiempo de Occidente y a la aceptación de las “bondades” de la conquista: es, entonces, una mirada en una línea temporal marcada por la ideología del progreso bajo la égida del hispanismo y lo civilizatorio. Por consiguiente, el ejercicio diplomático fundamenta su gestión en el aprovechamiento máximo, obsecuente y adulador, acorde con una *política del favor*, que se concretiza en el regalo de objetos confeccionados en metales preciosos o de diversa índole. Estos vestigios son, ante todo, cosas sin una procedencia real reconocida, pero sí con una imaginada, dentro de un pasado muerto, visto solo a través del prisma y el aval universales. Los objetos son, además, cosas exhibidas que se ubican en escaparates solo para contemplar.

Esta construcción de imaginarios en tramas sociales se articula a las nociones mismas sobre nación/historia, y nación/riqueza y son, en cierta forma, escenarios donde podemos indagar cómo *se materializan* dichos imaginarios en acciones sociales y simbólicas concretas. Como bien lo menciona Maurice Godelier, para que lo imaginario se convierta en algo social “debe materializarse en relaciones concretas que tomen forma y contenido en instituciones”; además, es necesario que eso se concrete “en símbolos que las representen y las hagan responderse unas a otras, comunicarse”. De esta manera, al existir esta materialización en las relaciones sociales, “lo imaginario deviene una parte de la realidad social” (Godelier 1996, 47). Por ello, en los procesos que analizamos los objetos serán los vehículos a partir de los cuales se materializa esta relación social, como evidencia misma del sentido que se quiere otorgar a este vínculo.

En el discurso de Holguín Mallarino de 1892, al que ya aludimos, el mandatario enlazó el grado de civilización con la producción de objetos de oro en una doble dimensión: por un lado, esta construcción vincula el metal con el prisma civilizatorio de la riqueza, donde el patrón es el oro —fuente de todo tipo de intercambios—, y, a la vez, es arte y reliquia de un pasado muerto; por otro, el reconocimiento del oro histórico es un mensaje de adscripción desde aquello reconocido como perdido en el horizonte de lo civilizado y que debe ser guardado en los escenarios museísticos de la “Madre Patria” en sus fiestas, como regalo por su arbitraje. Como señalaría Lomnitz, la dádiva, en este caso, parte de configurar el hecho de la conquista y la dominación hispánicas en el halo de la reciprocidad negativa: objetos que se regalan y sobre los cuales se asienta una creencia concreta sobre el antes y el después, de pueblos muertos y civilizaciones vivas para un presente hispánico. Así, en estas transacciones diplomáticas se articula una negación histórica que es positivada en ese presente, vinculada a la heredad del territorio que se habita y que se disputa en la ganancia de fronteras.

Años antes de la consumación de la dádiva, el mandatario Holguín Mallarino le había enviado una comunicación personal a Antonio Cánovas del Castillo, presidente en aquel entonces del Consejo de Ministros Español, para informarle que se había adquirido una colección de “oro finísimo”²⁴ hallada en Colombia. Para el entonces mandatario colombiano, la adquisición de dicho acervo respondía, más bien, a una “pequeña muestra de nuestro agradecimiento

²⁴ Carta de Carlos Holguín a Don Antonio Cánovas del Castillo, 13 de diciembre de 1891 (citada por Ramírez 2009, 290).

por el servicio que nos prestó sirviéndonos de árbitro en nuestro pleito con Venezuela sobre delimitación de fronteras, esperando que ella adorne algún Museo de Madrid”. En esta comunicación, estas son “solo” piezas de oro y muestras del metal precioso por excelencia que, para el escenario de 1892, ya se convertirían en las únicas pruebas de la civilización muerta que habitó el antiguo territorio de lo que era Colombia. Así, el pasado representado se convertía en un adorno para contemplar en el espacio museístico.

Vale la pena señalar cómo Holguín Mallarino hacía notar también que el tesoro donado había sido ofrecido a Venezuela para la entrega de parte de ambas naciones a la reina de España. Al parecer, este país rechazó la oferta y Colombia se irguió sola con el gesto, a favor de los resultados del laudo. El 24 de enero de 1893, Julio Betancourt señalaba, con orgullo, el éxito de la instalación de la nación, presentada en el contexto de la *Exposición Histórico-Americana de Madrid*. En dicha comunicación, Betancourt hacía referencia a la “elegancia” de la decoración para la exhibición de las piezas, haciendo énfasis en la distinción de otras, porque “es la única que presenta colecciones de objetos de oro: las demás instalaciones americanas carecen de ellas por completo, fuera de alguna que los exhibe en cortísimo número”²⁵. Después de la visita de la comisión oficial, presidida por varias autoridades de América y España, se decidió conceder la medalla de oro a la representación colombiana (figura 2).

Betancourt relata, en una comunicación al ministro Suárez enviada el 4 de mayo de 1893, la entrega a la reina regente de la “Colección de Antigüedades Quimbayas” como obsequio a España. La descripción que da Betancourt al miembro del gobierno detalla cómo dicho tesoro fue exhibido:

El regalo estaba colocado de antemano en una elegante y preciosa vitrina octogonal, que el Señor Gaibrois mandó hacer, artísticamente decorada, y cuya base se cubrió hoy de flores hermosísimas. Al llegar S.M: la Reina con su numeroso séquito al local destinado al efecto, entregué a ella, después de un breve discurso, las llaves de la vitrina y el inventario de los objetos que encierra, el cual es copia exacta del formado en esa por la Comisión de Proto-historia. La Regente se sirvió corresponder á las frases que le dirigí,

²⁵ AGN, Bogotá, Sección República, Fondo Ministerio de Obras Públicas, Tomo 2016, f. 181r-v.

encargándome de un modo muy especial que manifestase su ‘reconocimiento al Gobierno de Colombia por el testimonio de cariño que envía á España.’²⁶



Figura 2. Imagen de la instalación de Colombia

Fuente: *Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892.*
Biblioteca Nacional de España.

Cuando la exposición de Madrid se levantó y se procedió al embalaje para el envío a Chicago, Julio Betancourt hizo el trámite respectivo comparando los objetos con el catálogo existente. Entre sus observaciones anota que aparecieron más piezas cerámicas, y que una de las piezas de oro, una nariguera, se perdió. Finalmente, Betancourt se lamenta de que la “Colección Quimbaya”, como él la llama, no vaya a Chicago, pues, al parecer, la reina quiso exhibirlas en Madrid, “porque abriéndose aquí otra Exposición, el Gobierno de S.M. quiere, como es natural, que adorne las nuevas instalaciones. Lamento mucho que mi Patria pierda la oportunidad de llamar la atención en Chicago con colección tan espléndida”²⁷. El alijo no estuvo presente en Chicago, no obstante las reiteradas peticiones norteamericanas para que la entonces conocida colección de la

²⁶ AGN, Bogotá, Sección República, Fondo Ministerio de Relaciones Exteriores, Tomo 120, f. 325r.

²⁷ AGN, Bogotá, Sección República, Ministerio de Obras Públicas, Tomo 2016, ff. 4-5.

reina se remitiera al país del norte²⁸. El 24 de enero de 1893, Julio Betancourt señalaba, con orgullo, el éxito de la instalación de la nación, presentada en el contexto de la *Exposición Histórico-Americana de Madrid*. En dicha comunicación Betancourt dice:

Nuestra instalación, que está decorada con mucha elegancia, ha obtenido unánime alabanza de las personas entendidas y varios importantes periódicos han hablado de ella, reproduciendo algunos de sus más curiosos objetos. *Es indudable que brilla en primera línea entre todas las otras, como que es la única que presenta colecciones de objetos de oro: las demás instalaciones americanas carecen de ellas por completo, fuera de alguna que los exhibe en cortísimo número.*²⁹

Las “marcas de riqueza” que ensalzó esta colección tenían que ver más con el metal precioso que con la historia existente tras las piezas o sus sujetos y hacedores; en ese sentido, la estética de la contemplación se pudo condensar en su máxima expresión: los objetos alcanzaron, como diría Benjamin, su único derecho al ser utilizados, se convirtieron en el punto de llegada de aquello que se considera valioso de las reliquias americanas desde el prisma civilizador.

La noticia del *Laudo Regio* definitivo fue recibida con beneplácito por el gobierno colombiano³⁰ y publicada en la *Gaceta de Madrid* el martes 17 de marzo de 1891. Julio Betancourt enviaba al duque de Tetuán, ministro de Estado español, sus agradecimientos y señalaba que:

Colombia mirará siempre este Laudo como un monumento del amor de España hacia los dos Pueblos que en buena hora vinieron á ella cual hijos á

²⁸ AGN, Bogotá, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores Mans.2, Tomo 120, f. 329.

²⁹ AGN, Bogotá, Sección República, Fondo Ministerio de Obras Públicas, Tomo 2016, f. 181r-v. Las cursivas son nuestras.

³⁰ En las comunicaciones revisadas se señala lo siguiente: “Así efectivamente y no tengo para que decirle el contenido y el entusiasmo que la noticia produjo por acá. Hasta personas extrañas una á otra se daban los parabienes en la calle”. Véase, AGN, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores, Tomo 120, f. 133.

la madre, para que pusiese fin á graves dificultades capaces de turbar la fraternal concordia que es sin duda el más grande interés de ambas naciones.³¹

En este punto, la diplomacia zalamera, que miraba con beneplácito la fortuna de obtener el favor de este *Laudo Regio*, asentó sus prácticas diplomáticas en torno a la entrega de objetos “finísimos”, “elegantes” y “distinguidos”, a quienes, se supone, tienen una deuda por un favor o a quienes representan la figura materna: el regalo como don para una “madre” que ayuda a sus “infantes” a resolver sus problemas, o bien, como obsequio de gratitud por la civilización.

El oro aparece como marca de riqueza pasada y presente y posiciona a la nación como un lugar de negociación simbólica y material. Aceptar los preceptos hispánicos como suyos propios configura el sentido de un pasado anclado al devenir hispánico sobre cualquier otro existente y le asegura al Estado-nación un lugar desde donde localizar sus demandas en una escala transatlántica. La dádiva de este “tesoro”³² es, hasta el día de hoy, un acervo patrimonial en disputa, y más allá de la comprensión jurídica de su pertinencia en el debate contemporáneo, fue el enclave que nos ha guiado en la reflexión sobre el papel que cumplieron los objetos en los contextos decimonónicos antes del asentamiento, *in sensus strictum*, de las disciplinas humanísticas y sociales en nuestros territorios.

³¹ AGN, Bogotá, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores, Tomo 120, ff. 107-108.

³² Además de lo mencionado, el proceso judicial señala: “Mediante sentencia del 4 de septiembre de 2009, el Juzgado Veintitrés (23) Administrativo del Circuito de Bogotá amparó los derechos colectivos invocados por el demandante como vulnerados, para lo cual manifestó que el acto de transferencia de las 122 piezas de oro del “Tesoro quimbaya” al Gobierno Español es inconstitucional. En particular manifestó que, independientemente del nombre que se le quiera dar a las 122 piezas de oro del Tesoro quimbaya, ya sea patrimonio cultural, histórico o arqueológico, estos son objetos que hacen parte integrante del Patrimonio Público del Estado; tesis que se refuerza con las disposiciones de la Constitución de 1886, vigente para la época de transferencia de las mencionadas piezas, el artículo 674 del Código Civil, y la existencia de un acto jurídico que se concretó con el contrato de compraventa, en donde se estableció que el señor FABIO LOZANO dio en venta al Gobierno de la República de Colombia, representado por los funcionarios MARCO FIDEL SUÁREZ como Subsecretario de Relaciones Exteriores encargado del Despacho, y por el señor CARLOS URIBE Ministro de Fomento, quienes suscribieron el contrato de compraventa, adquiriendo 433 piezas de oro, por las que se pagó con dinero del presupuesto público, la suma de \$70.000”. Este proceso se presentó en la Sala de lo Contencioso Administrativo, en junio de 2011. Para más información sobre el tema, véase, Pablo Gamboa Hinostroza (2000).

1.5. El *Catálogo* y los Restrepo: objetos y gestión

El *Catálogo General de los objetos enviados por el gobierno de Colombia a la Exposición Histórico-Americana de Madrid* se caracteriza por ser un documento que recoge los criterios de la Subcomisión de Protohistoria y delinea las maneras como se seleccionaron y se clasificaron los objetos que se enviaron para el escaparate colombiano en la feria. En términos generales, el enfoque del catálogo buscaba “describir” cada figura, para “procurar penetrar el simbolismo de las teogonías de los indígenas, escudriñar sus costumbres y tradiciones” (*Catálogo* 1892, IV). Sus autores, Vicente Restrepo y Ernesto Restrepo Tirado, sostuvieron que su criterio se ha formado no por la “contradicción con los autores que han trabajado sobre dichos objetos en el pasado”, sino que han “tenido a la vista un número de objetos muchísimo mayor”, lo que les permitió un ejercicio más pulido de examinación y comparación de los existentes: “se trata de reunir materiales para resucitar pueblos extinguidos” (*Catálogo* 1892, IV) (figuras 3 y 4).

Vicente Restrepo y su hijo, Ernesto Restrepo Tirado, fueron los personajes principales en el manejo de la colección de objetos antiguos que se envió a dicho evento. Como miembros de la Subcomisión de Protohistoria, se encargaron del levantamiento y la sistematización de aquello que representaría a Colombia; sin duda, pusieron el acento en la famosa “colección de oro” —como figuraba en varias comunicaciones oficiales—, y, particularmente, la asociada a lo quimbaya. Vicente y Ernesto³³ se potenciaron, a raíz de esta exposición, como dos personalidades influyentes en el campo de la investigación y la reflexión del pasado, actividades que combinaron con una notoria labor principalmente política por parte del primero, e investigativa, por parte del segundo. Estos personajes participaron activamente en la organización y la puesta en escena de las exposiciones de Madrid y Chicago. Vicente y Ernesto tenían acceso total a las colecciones presentadas; incluso, sus colecciones fueron exhibidas en el escaparate colombiano junto con las de los coleccionistas Pizano y Arango,

³³ El papel de ambos personajes en los planos tanto político como cultural aún necesita ser investigado. En ambos casos, y particularmente en el de Ernesto Restrepo Tirado, no se cuenta con una biografía especializada, como tampoco, de un archivo donde repose su correspondencia personal, etc. Hemos reconstruido estas historias desde los materiales localizados en archivo y en publicaciones. Es interesante observar que la cátedra actual de investigación y promoción más importante del Museo Nacional de Colombia lleva el nombre de Ernesto Restrepo; lamentablemente, no hemos accedido a un estudio más detallado de él, salvo varias publicaciones que han hecho alusión a su trabajo, que las iremos citando en nuestro estudio.

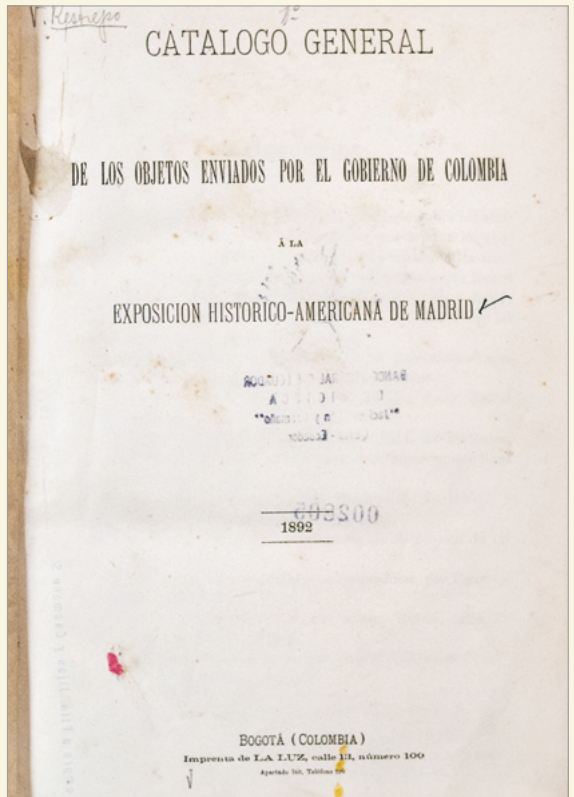


Figura 3. Ejemplar del *Catálogo general de Colombia*

Fuente: *Catálogo General de los objetos enviados por el Gobierno de Colombia a la Exposición Histórico-Americana de Madrid* (Bogotá: Imprenta de la Luz, 1892).
 Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

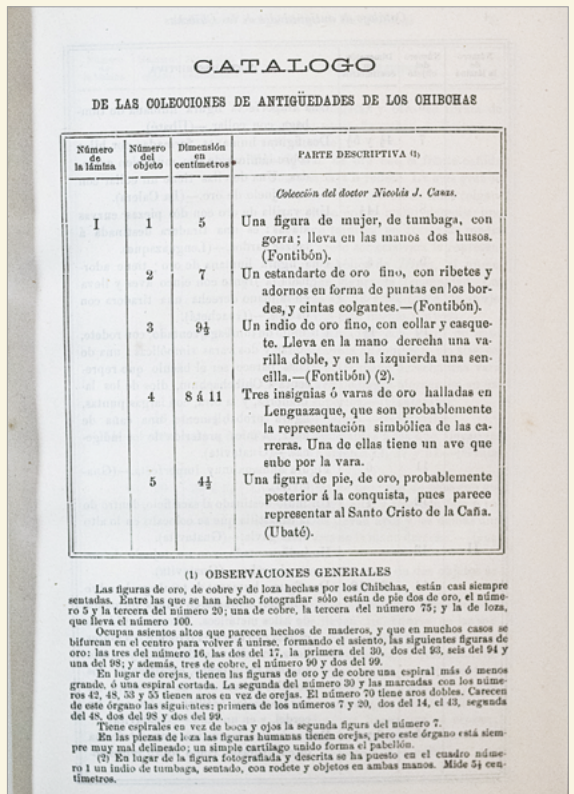


Figura 4. Página interior del *Catálogo general de Colombia*

Fuente: *Catálogo General de los objetos enviados por el Gobierno de Colombia a la Exposición Histórico-Americana de Madrid* (Bogotá: Imprenta de la Luz, 1892).
 Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

entre otros. En las notas enviadas por la Legación de Colombia en España, el 6 de marzo de 1893 se señalaba que ambos podrían disponer de sus colecciones:

[...] se me advierte que el Sr. D. Ernesto Restrepo puede disponer libremente de las colecciones que llevan su nombre, el de su señor padre, el de los Sres. Restrepo y Pizano y alguna cosa más, lo cual constituye la casi totalidad de la instalación, pues la colección del Dr. Nicolás J. Casas pertenece hoy también al Señor Restrepo. Ahora bien, ni el interesado me ha transmitido instrucción ninguna ni aquí hay constancia de que indicara al Sr. Gaibrois el destino que debía darse á sus objetos. Convendría que dicho Sr. Manifestara á ese Ministerio su voluntad de que sus colecciones vayan á la Exposición americana.³⁴

La preocupación del encargado de la legación sobre la exposición, Julio Betancourt, era si las colecciones de ambos personajes viajarían a Chicago o no. Betancourt mostraba su continua inquietud al ministro de Relaciones Exteriores de aquel entonces, Marco Fidel Suárez, por el movimiento de las colecciones en la exposición y por su presentación en ambas exposiciones. Al parecer, el interés electoral colombiano deambulaba por los pabellones de la exposición madrileña, puesto que “los ánimos están embargados en la lucha electoral”³⁵.

Las colecciones de objetos precolombinos fueron utilizadas en concordancia con las decisiones de Vicente Restrepo, tanto para su uso en el escaparate como sobre su movilidad de una exposición a otra. No nos extraña que el propio Vicente Restrepo, en una comunicación al encargado de Madrid en meses anteriores, le notificara que “mi hijo Ernesto puede disponer libremente de las colecciones siguientes que puede vender o permitir que se remitan a Chicago”³⁶. Además, en la lista ponía el acento en sus colecciones particulares, que eran señaladas incluso en el texto del catálogo, y en algunas que pertenecían a coleccionistas

³⁴ AGN, Bogotá, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores, Tomo 120, f. 319v. De Julio Betancourt, Legación de Colombia, Madrid, 6 de marzo de 1893 al Ministro de Relaciones Exteriores Marco Fidel Suárez.

³⁵ AGN, Bogotá, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores, Tomo 120, f. 319v. De Julio Betancourt, Legación de Colombia, Madrid, 6 de marzo de 1893 al Ministro de Relaciones Exteriores Marco Fidel Suárez.

³⁶ AGN, Bogotá, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores, Tomo 120, f. 321r. De Vicente Restrepo, Bogotá 30 de julio de 1892 a Julio Betancourt de la Legación de Colombia. Esta es copia para el Ministerio de Relaciones Exteriores.

locales, como Leocadio Arango. Las que quedaban fuera de rango de uso eran las que le pertenecían al Museo Nacional, una serie de cráneos y la colección que sería donada a la regente española.

Entre las piezas enviadas deambula una relación imbricada entre propiedad pública y privada. Es interesante ver cómo Vicente Restrepo y Ernesto Restrepo Tirado tenían la *potestad* de dirigir la clasificación para la confección editorial del *Catálogo*, así como la movilización, e, incluso, la venta, de las piezas que consideraron pertinentes. Por su parte, la legación colombiana se responsabiliza de aquellas que eran propiedad del gobierno, como las de la donación, y las del Museo Nacional. Ambos personajes, y en particular Vicente, comenzaron, para aquella época, a ser considerados historiadores de prestigio y publicaron algunas obras respecto a temas arqueológicos y coloniales. Empero, vemos cómo perviven, aún en estos años, las formas de reciprocidad que van por el lado mercantil —venta a coleccionistas y tráfico de piezas— y cómo conviven con el horizonte científico, vinculado a su lugar en museos y al estudio de estos objetos; ello, sin contar, además, con las prácticas asociadas al ejercicio diplomático asentado en la existencia de estos objetos. Una década más tarde, Ernesto Restrepo Tirado, durante su gestión al frente del Museo Nacional, se lamentará por la salida constante de piezas al exterior, acción de la que él mismo había sido partícipe.

Esta difusa relación con las antigüedades indígenas fue característica del siglo XIX. Los usos que se les daban a las piezas estuvo al cobijo de la Ley del 13 de junio de 1833, la cual, en lo que se refiere a hallazgos de tesoros, estipulaba que, con el propósito de “fomentar en todos los ramos de la industria y promover del mejor modo posible el desarrollo de la riqueza nacional”, se decretaba que “el oro, la plata y piedras preciosas que se encuentren en las sepulturas, templos, adoratorios y guacas de los indios corresponden íntegramente al inventor o inventores es decir a los descubridores” (citado por Botero 2006, 51). En un escenario donde el tráfico de objetos era común, no cabe duda de que las relaciones se dictasen desde y por el universo privado; en nuestro caso de estudio, en el momento en que se vinculan a las formas de representación de una nación en el ámbito público, vemos cómo esas relaciones se trastocan y se transforman, y así generan unas dinámicas interesantes de interacción entre estos objetos y sus colectores.

Las estrategias de acopio y su posterior clasificación³⁷ de las antigüedades muestra, en el *Catálogo*, un particular universo de cómo se construyó el valor

³⁷ Entre otras colecciones que se presentaron figuraban las de Vicente y Ernesto Restrepo, al

para los objetos, amparado en dos factores: primero, una lectura de la bibliografía antecedente a dicha producción, que se vuelve particular al análisis del material; y, en segundo lugar, la forma como se pondera el acopio de diversas colecciones en el ámbito nacional, debido a la llamada hecha por las exposiciones. Por ejemplo, en el *Catálogo* se señala que, en obras escritas como las de Ezequiel Uricoechea, Liborio Zerda o Alphons Stübel —obras relevantes sobre antigüedades neogranadinas— figuraban apenas un total de “noventa piezas”, y que con esta poca cantidad de objetos “no se podía reconstituir una civilización”. Por ello, la posibilidad abierta de la convocatoria de las exposiciones les permitió recopilar un mayor número de objetos, que permitirían realizar mejores estudios sobre las civilizaciones pasadas.

El *Catálogo* de la exposición presentaba varios objetos para ilustrar las historias de las distintas naciones indígenas. En esta colección los autores ponen el acento en las figuras y los dijes que vienen de la provincia de los quimbayas, y que, según ellos, constituirían una “revelación para los americanistas” en la exhibición. En la descripción del *Catálogo* se señala que, además de estos objetos que hacen parte de esta colección, hay 383 objetos de cobre que suman, en total, 835 piezas, clasificadas de acuerdo con categorías creadas para el efecto. A estas piezas se sumaron algunas de cerámica, lo que daba un total de 1012 objetos, que, según los autores,

[...] bastarán para que los sabios decidan si la tribu bárbara de que tratamos hace honor al espíritu humano por su amor á las artes y por las preciosas muestras que nos dejó en sus sepulcros, de su buen gusto y de sus adelantos verdaderamente prodigiosos. (*Catálogo* 1892, VIII)

En suma, esta relación con los objetos ha develado varios niveles de interpretación de estas huellas del pasado. Las nociones que se establecen entre dichas antigüedades y su pertinencia dentro del discurso de la nación son ambiguas aún y deambulan en horizontes públicos y privados, entre intereses superpuestos de distinto tipo. La idea de pertenencia, su nexos identitario desde ellos o con ellos, no es elemento aún elaborado en el relato de la nación, sino que, más bien,

igual que las de otras personalidades, como Nicolás J. Casas, Carlos Uribe y Leocadio M. Arango, uno de los coleccionistas más importantes de la época; se suman, además, algunas imágenes fotográficas realizadas. Véase, *Catálogo* 1892.

forma parte de una dinámica de valoración de intereses de sujetos respecto a territorialidades específicas y dentro de discursos decimonónicos arraigados en el prestigio que esos vestigios precolombinos adquirieron, en tanto rastros de procesos de civilización.

1.6. El Centenario de 1892 en el Perú

La participación peruana en los eventos relativos a la conmemoración de 1892, tanto en Madrid como en Chicago, fue bastante limitada, debido a la situación de posguerra. En estos años surge, de la mano del entonces presidente, el militar Andrés Avelino Cáceres (1886-1890; 1894-1895), y del también militar Remigio Morales (1890-1894), sucesor de Cáceres, un programa de reconstrucción nacional que preveía el mejoramiento y el desarrollo económico del país frente a la debacle sufrida tras el enfrentamiento bélico del Pacífico. En el gobierno de Morales Bermúdez fueron apoyadas de manera tangencial las iniciativas vinculadas con Chicago y se adscribió al evento de Madrid, pero expresando que la participación se acomodaría a las “aflictivas circunstancias del Erario nacional”³⁸. Los homenajes de conmemoración de 1892 se llevaron a cabo con la declaratoria de “fiesta nacional”, que fue acompañada por un sinnúmero de festejos³⁹ en la capital limeña. En estas circunstancias, la participación oficial en la fiesta universal precolombina fue, hasta cierto punto, modesta, pero no por ello despreocupada, en asuntos que se tornaban relevantes: *los límites territoriales y la conmemoración de lo hispánico*.

A pesar del potencial económico que suponía presentarse en las exposiciones universales, el gobierno peruano no hizo efectiva su participación inmediata por los canales oficiales, sino que hubo iniciativas mayormente promovidas por grupos privados de productores e industriales. Para la exposición de Chicago, existió un marcado interés de las élites del Perú; incluso, en la prensa de la época se publicitaban visitas a la feria, para los ciudadanos peruanos, organizadas por

³⁸ Archivos de Cancillería del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú ACMRREE, Lima, Correspondencia del Ministerio de Gobierno, Policía y Obras Públicas. De Carlos M. Elías al Ministro de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, Agosto 1 de 1892, f. 84.

³⁹ La mayoría de eventos realizados se recogen en la siguiente publicación: *Fiestas cívicas en celebración del 4to. Centenario del Descubrimiento de América* organizadas por el Honorable Concejo Provincial de Lima. El día 12 de Octubre de 1892. Presididas por el Teniente Alcalde Sr. D. Pedro Villavicencio (Lima: Imprenta Torres Aguirre, 1892).

la casa Peter Bacigalupi. En varias ediciones del *Perú Ilustrado* de julio de 1892 se promocionaba el recorrido por la exposición —incluidos pasajes y hotel— por el precio de £100. En la prensa peruana, la Exposición de Chicago fue objeto de varios reportajes que ponderaban la importancia del evento y su magnificencia como fiesta universal; diarios como *El Comercio* retrataron distintos aspectos de la White City⁴⁰.

Una de las figuras más importantes de ese último cuarto del siglo XIX en cuanto a la organización de exposiciones fue Alejandro de Ydiaquez, quien fue comisionado, como sujeto particular por el Perú, para varias exposiciones, incluidas las de París, de 1889, y la de Amberes, de 1885. Según la investigación de Quiñones, la figura de Ydiaquez resulta interesante, ya que se encargaba de crear lazos entre los productores expositores y sus pares en los países anfitriones; el objetivo final era incentivar la exportación de los productos. Dado que el Perú se había abstenido de participar “oficialmente” en la Exposición de París de 1889, esta especie de bróker y gestor de relaciones fue fundamental para las negociaciones *in situ* y para asegurar a los expositores su participación “no oficial” en el evento, lo que, sin duda, fue un problema logístico que debió ser superado a escala local (Quiñones 2007, 114). Si bien el escenario productivo-exportador privado peruano se movilizó en el contexto de las exposiciones, y particularmente para el evento de Chicago, armar un escaparate nacional representó una oportunidad interesante de convergencia de la idea de lo hispánico y los objetos, ¿cómo se mostraron las antigüedades precolombinas en el contexto de 1892?

1.7. De los tránsitos de las antigüedades peruanas

Frente a las ajustadas cuentas del Estado peruano para la asistencia oficial a la exposición, el gobierno volcó el interés celebratorio en las actividades realizadas en Lima y en la presentación de un escaparate acomodado a estas circunstancias. La Sociedad Geográfica de Lima, creada por el presidente Cáceres el 22 de febrero de 1888 y motor del pensamiento científico de la época en Perú, fue participante en el evento de Madrid y sugirió una intervención importante de académicos vinculados con ella. Para las actividades programadas dentro del marco de la exposición, se invitó a varias universidades —entre las que figura la Universidad de San Marcos—, así como a la Escuela de Ingenieros, El Ateneo,

⁴⁰ No hemos localizado mayor información sobre las antigüedades llevadas a Chicago, salvo la de mayor importancia, que fue la colección de Emilio Montes.

la Sociedad de Agricultura y Minería, la Sociedad de Amantes de la Ciencia y la Sociedad Literaria de Arequipa y Tacna⁴¹.

El 1 de agosto de 1892, Carlos M. Elías remite al ministro de Estado, en el Despacho de Relaciones Exteriores, una comunicación que menciona que la representación del Perú ante la Exposición de Madrid, en cuanto al carácter y la extensión de las exhibiciones, debía ser modesta, por los presupuestos; sin embargo, al señalar la necesidad de presentar “objetos de la época incásica”, consideraba que estos tendrían que ir “*no con el fin de que el Perú sea debidamente representado con ellos sino para demostrar que no se olvida el grandioso hecho que se conmemora con el descubrimiento de América y que al Perú le es común con España*”⁴². Esta idea de que los objetos “no representan”⁴³ al Perú resulta en grado sumo interesante. Frente al gran interés que había por las civilizaciones asociadas a lo incaico, desde el ámbito científico, y que repercutía en la visita constante de misiones e investigadores extranjeros, a el fin de explorar la arqueología de la zona, el gobierno se mostraba poco interesado en presentarse como heredero de *lo inca* en el discurso nacional: más bien, se inscribía en los festejos del momento del quiebre de la conquista, desde donde estos vestigios parecerían tener una pertinencia histórica.

En otra de las comunicaciones enviadas por la Legación en España, dirigida al ministro de Relaciones Exteriores el 6 de noviembre de 1891, con motivo de

⁴¹ ACMRREE, Lima, Correspondencia del Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 360, Carpeta 3, Código 5-13, Oficio 29, Lima, 13 de noviembre de 1893.

⁴² ACMRREE, Lima, Correspondencia del Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, Lima, 15 de julio de 1892, f. 75. El énfasis es nuestro.

⁴³ Esta idea es recurrente en las élites peruanas: ya en 1878, Charles Wiener fue el comisario de la Exposición Universal de París, para la que presentó, junto con Clovis Lamarre, un texto sobre sus viajes y sus observaciones en la región, titulado *L’Amérique centrale et méridionale et l’Exposition de 1878*. En dicho folleto se señalaba el interés del científico en presentar el pasado arqueológico: “se trataba de hacer algo ‘absolutamente arqueológico’, e inspirado, al parecer, en Huánuco Viejo y Tiahuanaco. Incluía dos garitas laterales, en que se colocaron dos ‘guerreros’, ataviados con las prendas exóticas del caso. Esto no fue del agrado, en absoluto, de los miembros de la colonia peruana en París, que pusieron el grito en el cielo. ‘Manifestaron’, cuenta Wiener ‘que Europa podía pensar que el Perú estaba habitado por gentes pintorescas como estos centinelas, siendo así que, como era notorio, toda la buena sociedad (peruana) se hacía vestir por Alfred Godchau (y otros sastres elegantes de la capital francesa) [...] el presidente de la Comisión Peruana, J. M. de Goyeneche, mandó retirar tan llamativos guardianes” (Rivera 1998, xxxii).

los preparativos de la Exposición de Madrid, una de las principales figuras de esta representación, Pedro del Solar⁴⁴, mencionaba lo siguiente:

Por mi nota del 19⁴⁵ se habrá impuesto Ud. De lo interesado que está el Gobierno Español, en que el Perú mande á la Exposición que se prepara con motivo del Centenario de Colón, *todo aquello que manifestando el grado de civilización incaica*, haya en el Perú, tanto perteneciente al Estado, como en poder de particulares.⁴⁶

Cabe destacar que el interés del envío de antigüedades incas a la península ibérica, dentro del marco del celebratorio colombino, estuvo primaria y directamente marcado por el deseo español de que dichos artefactos sirvieran como pruebas de fidelidad del grado de civilización inca; de hecho, en la misma consideración, Pedro del Solar consideraba:

No dudo que Ud., dada la importancia del caso, habrá dictado las medidas convenientes; pero hoy me permito molestar una vez más su atención, insistiendo sobre el particular, dada la instancia que aquí se me hace.

El Presidente del Consejo de Ministros, Señor Cánovas, me dio ayer un banquete al que asistieron los Ministros de Estado y otros personajes, y aparte de los asuntos generales que me trataron, la principal conversación versó sobre el Centenario que les preocupa muy mucho.

No me parece pues conveniente, si queremos alcanzar algo favorable en las cuestiones que resuelven sobre nuestros límites con el Ecuador, que no los ayudemos por nuestra parte, al buen éxito de un certamen, el primero de este género que se celebra en Madrid y en que está de por medio el no desmentido orgullo español.

Consecuentemente en mis instrucciones, he expresado al Señor Cánovas y á los Señores Ministros que mi Gobierno se ocupa preferentemente de

⁴⁴ Pedro Alejandrino del Solar (1829-1909) fue un político, abogado y diplomático peruano.

⁴⁵ El oficio referido aquí figura como reservado. No fue posible localizarlo.

⁴⁶ ACMRREE, Lima, Correspondencia del Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 360, Carpeta 2, Código 5-13, Oficio 21, Madrid, 6 de noviembre de 1891. El énfasis es nuestro.

la manera como el Perú sea dignamente representado en la Exposición del Centenario. Dígnese pues Ud. Comunicarme todo aquello que yo pueda hacerles conocer y que justifique los propósitos del Gobierno para secundar los deseos de los iniciadores de esta gran fiesta universal.

Disimule Ud. Mi insistencia, teniendo en cuenta que es mi amor al Perú la causa que la motiva; y el deseo que reporte las ventajas que esta oportunidad le ofrece y que el Supremo Gobierno no conoce perfectamente.⁴⁷

El asunto limítrofe aparece de nuevo en el horizonte de la conmemoración, bajo una práctica de diplomática zalamera; en este caso, la participación aseguraba conseguir “algo favorable” para resolver el asunto de límites con Ecuador. Tal problema limítrofe correspondía a una franja de terreno entre Tumbes y Zarumilla, en la parte occidental, y en la parte oriental, desde Chinchipe al Marañón, cerca de la boca del río Pastaza, pasando por el Curaray, para bajar hasta la desembocadura del río Napo y descendiendo hasta la boca del río Payaguas (Sampedro 1982, 53). Para resolver el diferendo entre ambas partes se suscribió, el 2 de mayo de 1890, el Tratado Herrera-García, firmado por los plenipotenciarios Pablo Herrera, por parte del Ecuador, y Arturo García, por el Perú; sin embargo, el acuerdo, aunque justificado por Cáceres, no fue aprobado por el congreso peruano, ya que grandes zonas de la Amazonía se cedían al país vecino del norte. Esta situación acarreó un nuevo conflicto de límites, que debía considerarse bajo la figura del arbitraje español.

La postura de Pedro del Solar es clave para la negociación con España en la búsqueda de los favores limítrofes. Este personaje era consciente de la importancia del certamen para el país ibérico y de la necesidad de ponderar el “no desmentido orgullo español”. De cierta forma, las acciones tomadas en la organización del escaparate nacional respondieron a una contingencia del momento presente y a la importancia que tenía el tema de la “civilización incaica” para los festejos de 1892. Este tema es recurrente en algunas de las comunicaciones, como, por ejemplo, la enviada desde Madrid el 21 de marzo de 1892, donde se reiteraba la importancia de la participación: “Aquí se da preferente importancia histórica al Perú y a Méjico en el certamen que se prepara, sobre las demás naciones

⁴⁷ ACMRREE, Lima, Correspondencia del Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 360, Carpeta 2, Código 5-13, Oficio 21, Madrid, 6 de noviembre de 1891. El énfasis es nuestro.

americanas, hasta en los detalles, como lo verá V.S. confirmado [...] esta ventajosa situación es conveniente no perderla”⁴⁸. Estas ideas, que se desplegaban por y para la exposición histórica, operan como “hechos museales”; es decir, no aluden a las dinámicas de un museo como institución, sino a un *hecho* que se despliega en dispositivos museográficos que se convierten en herramientas de la memoria. Hablamos, de alguna manera, de una “fantasía historiadora” que se acopla a una coyuntura de conmemoración, y que demanda referentes simbólicos ajustados a la medida de sus intereses. Tal situación intenta dar una nueva vida a los vestigios ya nombrados como precolombinos y a explicarlos a manera de simulacro o “efecto de presencia” del pasado o de lo que se asociaba a él (Morales 2010, 47 y 32).

La importancia de las civilizaciones antiguas, aquellas que se afincaron en los territorios de México y Perú, vuelve a aparecer como elemento trascendental para el festejo centenario en su valoración trasatlántica y forma parte de un imaginario de fama mundial: los indígenas aztecas e incas. Para ello, el gobierno peruano se organizó a fin de recuperar algunos vestigios precolombinos “incas” para ser enviados. En una comunicación fechada el 5 de septiembre de 1892 en Lima, el Ministerio de Gobierno y Policía notificaba al ministro de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores:

[...] en el vapor que sale mañana del Callao será remitida la colección de objetos incásicos que el Gobierno ha comprado para la Exposición de Madrid. Dicha colección se ha acondicionado convenientemente en tres cajones y se han pagados los fletes y seguro marítimo.⁴⁹

En una conferencia dictada en el Ateneo de Madrid, del 11 de febrero de 1892, y titulada “El Perú de los Incas”, Pedro del Solar ponía de relieve la monumentalidad inca y recogía la recurrente comparación de lo inca con lo europeo o con civilizaciones “famosas”, como la egipcia o la etrusca; empero, lo que Del Solar resaltaba era el papel de España en el continente americano: según sus palabras, la labor de la península “se le llevó, en efecto, la regeneradora semilla de las ciencias en todos los ramos del saber humano. Fue esta fecundada por los rayos caloríficos

⁴⁸ ACMRREE, Lima, Correspondencia del Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 373, Carpeta 2, Código 5-13, Oficio 13, Madrid, 21 de marzo de 1892.

⁴⁹ ACMRREE, Lima, Correspondencia del Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, f. 98, Lima, 5 de septiembre de 1892.

de la civilización europea” (Del Solar 1892, 17). Finalmente, aceptado el poderío de la conquista, terminaba considerando que “así operó la transformación, que hizo de un conjunto de pueblos incultos, una nación civilizada” (Del Solar 1892, 17). Dichas aseveraciones están en sintonía con el conjunto escultórico Roselló, que formó parte del escaparate nacional peruano en la disputa civilizatoria de la que, por supuesto, alguna una raza resultaría ganadora.

Aunque no estudiamos la Exposición de Chicago de 1893, es interesante notar que el Perú también estuvo ausente de manera oficial; sin embargo, sabemos que se enviaron algunos objetos de la cultura Ancón, por parte de agentes peruanos, aunque no se tiene certeza de si tal cosa fue iniciativa oficial o particular (Quiñones 2007, 229). El interés en el pasado prehispánico peruano se hizo presente en la feria de la ciudad blanca; de hecho, Manuel Antonio Muñoz⁵⁰ representó al Perú en el Congreso Antropológico, en el que discutió sobre el asunto de las trepanaciones, un tema muy en boga en los circuitos médicos. Los cráneos llevados a dicha exposición por el enviado Emilio Montes⁵¹ recibieron un reconocimiento en la exposición. Esta colección contaba con una serie de momias prehistóricas, cerámica, metales y piedras precolombinas. Como vemos, los objetos precolombinos y los restos humanos transitaron en ambas exposiciones, amparados por la preeminencia de la sociedad incaica y pregonando, sobre todo, la importancia de la conquista para la “transformación de estas sociedades” en civilizaciones “cultas”, tal como el ministro Del Solar lo señalaba.

1.8. El conjunto escultórico Roselló

El 20 de junio de 1892, en una comunicación del Ministerio del Interior del Perú se puso en consideración una propuesta presentada por el artista y escultor Lorenzo Roselló, de origen catalán⁵², para la realización de una obra que representara al país en el pabellón de Perú durante mayo de ese mismo año. La propuesta de Roselló fue aceptada por el gobierno, por el valor de £200, para

⁵⁰ Médico peruano (1861-1897). Su especialidad fueron las enfermedades mentales y la psiquiatría.

⁵¹ ACMRREE, Lima, Correspondencia del Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 396, carpeta 3, Código 5-3, Oficio 146, 29 de junio de 1894, Folio 246.

⁵² Lorenzo Roselló nace en 1867 y muere en Mallorca en 1901. Se inicia en la escultura en mármol en Lima en el taller de su padre. Su familia emigró al Perú a partir de 1870. Se asienta como artista en 1893 en París. Para un estudio más amplio de la producción de este artista, véase, Catalina Cantarellas (2014).

que formara parte del escaparate nacional en la *Exposición Histórico-Americana de Madrid*. La obra fue ejecutada en Europa y ganó el premio a la mejor instalación en el evento. La idea de Rosselló consistía en elaborar “dos tipos de raza indígena”, que serían reproducidos en yeso, y que iban a ser la antesala para dar la bienvenida a los visitantes del espacio peruano. En una carta enviada al encargado de la exposición, Rosselló señalaba:

En tal virtud *he imaginado* la formación de un grupo en que representando con la mayor fidelidad histórica dos tipos de la raza indígena (hombre y mujer) debo desarrollar la idea de la conquista política y religiosa del Perú por los españoles. Al efecto he concebido un ligero boceto que representa á una india a cuyos pies han caído la rueca y el huso con que poco antes hilaba, y que al llegar por segunda vez su amante está recostado sobre unos trofeos que caracterizan la civilización europea, y que él había traído poco antes. Mientras ella con suma curiosidad quiere descifrar los caracteres castellanos, ha vuelto el amante trayendo en la mano derecha una cruz y un pergamino que simbolizan el advenimiento de la civilización nueva y en la mano izquierda un arco y un [...] rotos, que simbolizan la destrucción de la civilización de los incas.⁵³

La construcción de la idea de este conjunto escultórico musealizado respondió a una serie de coordenadas simbólicas sobre las cuales se constituyó un imaginario de la nación andina y de su pasado. La representación de este choque civilizatorio marcó la pauta de cómo los sujetos imaginan sus relaciones y sus creencias sobre su universo social, adscrito a su devenir histórico. A partir de este enclave, lo imaginario se convierte en potencia, en tanto su poder radica en la conversión a creencia-verdad, norma de comportamiento o fuente de moral (Godelier 1996, 52). Al reclamar dicho estatuto, las percepciones sobre el mundo vivido de aquel entonces pueden desentrañar la constitución misma de la alteridad y cómo el pasado fungió un papel específico de constitución de una reciprocidad negativa y en la configuración de ciertos roles de género en la construcción de la mitología nacional.

⁵³ ACMRREE, Lima, Correspondencia del Ministerio de Gobierno, Policía y Obras públicas, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, 20 de junio de 1892, ff. 67-68. El énfasis es nuestro.

Para Rosselló, el choque civilizatorio se asienta en la dualidad hombre/mujer que acompaña su relato. La mujer indígena aparece como el sujeto ingenuo y anhelante de la escena, en tanto no logra descifrar el significado de las cosas que trae su amante, yacente en el suelo; “el advenimiento de la civilización nueva” aparece como un “trofeo”, un “regalo” para estos sujetos: lenguaje escrito indescifrable, visibilizado en la letra y el pergamino, la cruz y la religiosidad, así como los títulos del monarca que “descubre” los territorios (figura 5).

La india suelta el libro y extiende su brazo izquierdo hacia la cruz, obedeciendo al estímulo natural de la sorpresa y a un movimiento determinado por la inclinación religiosa de toda mujer. El pergamino de que he hablado declarará en una inscripción latina el nombre y títulos del monarca por el que se hizo el descubrimiento de América. Las figuras tendrán los vestidos propios de la época y de las costumbres de esta raza: pero en el boceto están desnudas para evitar las complicaciones que por el diminuto tamaño de este ocasionaría la prolijidad de los detalles.⁵⁴

Rosselló hace referencia a los sujetos del pasado: son indígenas en la época de la conquista; por ello, el advenimiento de la “nueva civilización” es contrapuesto a la “antigua civilización”. Este movimiento en la configuración de la imagen construida por el artista es interesante porque no abandona el motor civilizatorio de la puesta en valor. Así, la conquista política y religiosa es positivada, dentro de la percepción del devenir histórico del Perú, y deja para el pasado el relato civilizatorio inca, que, como hemos visto, alcanza su derecho de reivindicación desde el discurso de la monumentalidad histórica decimonónica. Además, el discurso desplegado en la representación de la conquista empata directamente con las coordenadas en las que se asienta el hispanismo de época y, ciertamente, pone el sentido de lo hispánico por encima de las civilizaciones pasadas, como fuente de lo nuevo, del porvenir. Esta es la marca del pasado simbolizada en el presente de la conmemoración.

Esta visión sobre la “raza vencida” o de la “civilización destruida” posiciona una noción de raza en clave decimonónica. Como bien lo señala Marisol de la Cadena (2007), es importante entender los cimientos epistémicos y las

⁵⁴ ACMRREE, Lima, Correspondencia del Ministerio de Gobierno, Policía y Obras públicas, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, 20 de junio de 1892, ff. 67-68.



Figura 5. Imagen de la instalación del Perú⁵⁵

Fuente: *Exposición Histórico-Americana de Madrid*, 1892. Biblioteca Nacional de España.

externalidades (aquello que va más allá) del concepto mismo de raza; es decir, entender este concepto no como algo estable y monológico, sino como producto de una serie de prácticas dialógicas mediadas por las relaciones de poder. La raza surge como apariencia y categoría dialógica e inestable, es una herramienta de producción de la diferencia. Así, la noción de raza es vista como una posibilidad abierta, con “significante flotante” (De la Cadena 2007, 14). Con esto queremos decir que las formas como juegan las políticas de la representación, en esta estrategia discursiva, no dicen nada verdadero o falso sobre el mundo; sin embargo, sí dan cuenta de cómo los sujetos se vinculan con su pasado y celebran su presente desde estrategias como estas.

La táctica del conjunto escultórico ganador de medalla para el pabellón peruano en la *Exposición Histórico-Americana de Madrid* marca una pauta de

⁵⁵ Observamos en el lado izquierdo una vista trasera del conjunto escultórico Roselló. Debajo de esta representación de la conquista podemos ver algunos objetos precolombinos.

cómo se configura la alteridad a través de las huellas del pasado. La base interpretativa de la propuesta enuncia y reconstituye un discurso sobre la realidad; por un lado, hace presente aquello que está ausente y recobra su estatuto de norma y verdad, y, por otro, se constituye con base en su valor de intensidad, aparece como representante de algo; es decir, es la marca histórica del pasado español y peruano, que deja huella en el evento conmemorativo del descubrimiento. Así, el panhispanismo alcanza su derecho universal en un movimiento desde la reciprocidad negativa; es decir, desde la aceptación del país en el evento que conmemora las directrices ideológicas de su discurso, desde “la coerción que implica involucrarse en un ciclo positivo de intercambios con su perpetrador” (Lomnitz 2005, 322), el discurso positivo desde su adscripción a un mismo pasado declarado como universal. Entre el ejercicio de una diplomacia zalamera y la construcción de una representación del pasado, el Perú asegura su lugar, en el discurso hispanista transatlántico, a través de la presencia de los incas y sus objetos como elementos que modelan la historia desde el prisma universal⁵⁶.

⁵⁶ Natalia Majluf señala que este interés en el pasado precolombino “había sido también la respuesta criolla al discurso ilustrado europeo, una forma de asociarse a un debate intelectual que pudiera estar al día con los desarrollos internacionales. Era, por tanto, una empresa claramente divergente del arcaísmo cuzqueño que, arraigado en una tradición local, convertía una memoria netamente política en el factor instrumental de opciones regionales y autonomistas” (2005, 258). La autora se refiere particularmente a los complejos tránsitos desde el siglo XVIII al XIX frente a las formas de apropiarse del pasado inca; en especial, el cuzqueño. Majluf habla de cómo en Cuzco la extirpación de las representaciones incaicas a partir de la revolución de Túpac Amaru había cambiado las formas de relacionamiento con este tipo de símbolos. Para ella, el acercamiento posterior hacia este tipo de representaciones operó como una “retórica democratizante de la antigüedad local” desde la imagen del inca, pero no personalizado o reconocido, sino como una figura genérica que pasa, más bien, a convertirse en una alegoría nacional: “los hijos del Sol”. La autora considera que, por ejemplo, *Antigüedades Peruanas*, de Rivero, justamente marca esa distancia temporal con el pasado, pero excluye a los incas del imaginario político nacional. Consideramos acertadas ciertas reflexiones de Majluf, pero es interesante observar cómo estas materialidades serán ajustadas a distintas negociaciones en el interior y el exterior del país, desde distintos estadios de valoración. El estudio de Majluf abarca una extensa temporalidad, desde 1781 a 1900, pero creemos que valdría la pena hacer un estudio más detallado de la producción no solo de Mariano de Rivero, para poder ahondar esta problemática a mediados del siglo XIX, sino de las distintas transacciones realizadas a lo largo del siglo. Nuestro estudio espera convertirse en un aporte sobre estos complejos matices decimonónicos.

1.9. Del Ecuador en 1892

La bonanza de la exportación de la llamada “pepa de oro” generó una suerte de optimismo por el crecimiento y el desarrollo del Ecuador, así como una constante necesidad de mostrar las potencialidades y la riqueza de su territorio en el exterior. En este contexto, los llamados gobiernos “progresistas”, identificados con los periodos presidenciales de José María Plácido Caamaño (1884-1888), Antonio Flores Jijón (1888-1892) y Luis Cordero (1892-1895), fueron piezas clave para concretar el ideal económico para la nación. Estas administraciones se caracterizaron por su alineación con una tendencia católica de orientaciones liberales; al decir de Blanca Muratorio, un “liberalismo moderado y ecléctico” (Muratorio 1994, 167).

Estos gobiernos mostraron un singular interés por la participación del país en las exposiciones, íconos por excelencia del llamado progreso y vitrinas mundiales para exhibir la producción de las naciones. Tanto la exposición de Madrid de 1892 como la de Chicago de 1893 fueron vistas como objetivos primordiales para hacer visible a la nación en el contexto internacional. Inspirados en su trascendencia como eventos universales, fueron una motivación para gobernantes como Antonio Flores Jijón, quien durante su administración organizó, localmente, la primera “Exposición Nacional”, realizada el 9 de diciembre de 1891, en el quiosco y el paseo de La Alameda y sus alrededores. Según Blanca Muratorio (1994), el escenario nacional le permitió al presidente Flores competir con los poderosos ritos y las representaciones de la Iglesia, con esta primera exposición de carácter nacional, que él definió como “circo pacífico de los luchadores del progreso”. Esta exhibición, organizada como preparación para las de Madrid y Chicago, fue financiada por el gobierno, con el apoyo de los terratenientes y los intelectuales serranos, como Manuel Jijón Larrea⁵⁷ (presidente de la Junta de la Exposición) y Francisco Andrade Marín (presidente del concejo municipal). Allí se desplegó, en todo su esplendor, la iconografía del “liberalismo secular” ensalzando la ciencia, la industria, el comercio y el trabajo, desde una óptica que pregonaba los beneficios del progreso (Muratorio 1994, 122).

Durante el último cuarto del siglo XIX existió un despunte económico claro del grupo agroexportador cacaotero de la región Costa, por lo que es interesante explorar las alianzas de los miembros de dicho grupo con los terratenientes

⁵⁷ Cabe destacar que Manuel Jijón y Larrea fue el padre de Jacinto Jijón y Caamaño, quien para estos años era apenas un infante.

serranos. Los nexos entre estas élites eran preponderantes para la época; incluso, fueron caricaturizados y criticados en los diarios de corte liberal que circulaban, particularmente, en Guayaquil, bajo el título de *La Argolla*⁵⁸. La participación del país en las exposiciones estuvo mediada por la intervención de ambas élites, con representantes como el mismo presidente progresista Plácido Caamaño, quien para entonces se desempeñaba como gobernador de Guayaquil y poseía grandes extensiones de haciendas en la Costa, con producción de madera y de oro, que fueron enviados a la exposición de París de 1889 (Muratorio 1994, 123). También está el caso del terrateniente serrano Jijón y Larrea y sus famosos tejidos, y el de Clemente Ballén, un exportador cacaotero de prestigio en la época. Estas alianzas eran necesarias y operativas ante ese tipo de oportunidades, razón por la que el entonces presidente, Antonio Flores Jijón, se manifestaba a favor de estas vitrinas del progreso en su discurso de apertura:

Los pueblos, cual los individuos no pueden aislarse impunemente. De su mutuo acercamiento y de la comparación de sus industrias nace el cambio y desarrollo de ellas, con recíproco estímulo y provecho. *¿Por qué las comunidades mercantiles gastan hoy tanto en avisos? Porque es medida eficaz para vender y prosperar.* Pues bien: una Exposición es no solo aviso decoroso, vasto mostrador donde cada productor ofrece lo que tienen de venta, sino la arena en que, como en los antiguos juegos olímpicos, compiten el talento, la habilidad, la destreza, el ingenio. Tan conocida es la ventaja que resulta de estas Exposiciones, que los grandes pueblos no vacilan en hacer por ellas costosos sacrificios, los cuales son ampliamente remunerados.⁵⁹

En el catálogo publicado posteriormente acerca de dicho evento encontramos un largo listado de producciones agrícolas, ganaderas y textiles, al igual que fotografías de vistas de las ciudades, cristos, imágenes religiosas, paisajes, cristalería, sombreros de paja toquilla, etc.; todo ello, organizado para su exhibición a escala mundial. Dentro de estas categorías figuraban las antigüedades como

⁵⁸ En las últimas décadas del siglo XIX nos encontramos con un fuerte crecimiento del liberalismo radical en la Costa. La prensa se convirtió en uno de los medios de mayor potencial crítico de aquellos años; particularmente, de los gobiernos progresistas. Existía un diario titulado *La Argolla* que retrataba en varios de sus números estas alianzas, bajo la figura de “Baraja Ecuatoriana”. Véase, María Elena Bedoya (2007) y, Lupe Álvarez (et al.) (2004).

⁵⁹ *El Municipio*, Año VIII, 14 de junio de 1892, N.º 125. El énfasis es nuestro.

piezas consideradas por su valor. En el folleto de estatutos y programa de la Exposición Nacional⁶⁰ ya figuraba un interés por los objetos del pasado, los cuales se reconocerían con una “mención honorífica” a las personas que presentasen obras de arte y curiosidades antiguas, que “por su gusto, originalidad ó perfección, sean dignas de exhibirse y pertenezcan á la Arqueología, tales como los objetos de cobre, piedra y barro elaborados por los Incas” (*Estatutos y programa para la Exposición Nacional...* 1891, 9). Estos vestigios, dignos de exhibirse, lo harán bajo algunas coordenadas del gusto y la consideración de los organizadores, y, claro está, la de personajes como Federico González Suárez, quien para esos años ya contaba con algunas publicaciones respecto a la arqueología de la zona.

1.10. Las antigüedades y la exposición

La junta central para la organización del evento surgió como ente de gestión de la Exposición Nacional de 1892, a partir del 14 de marzo de 1891, durante la presidencia de Antonio Flores⁶¹; sin embargo, las exhibiciones se realizaron en la presidencia de Luis Cordero. Conforme al estatuto, todas las obras que se presentasen en la feria local serían destinadas a las exhibiciones de Madrid y de Chicago. Leonidas Pallares Arteta, ministro del Interior y de Relaciones Exteriores, fue declarado el encargado oficial de dicha junta. Al igual que los casos revisados, la convocatoria para la recolección de objetos se realizó mediante aviso público en los diarios.

En el informe que presentó Pallares Arteta el 17 de mayo de 1892, como presidente de la Junta Central, al presidente de la República, se recogen algunas perspectivas interesantes sobre la manera como se programaron las acciones y las colecciones allí presentadas. Entre las prioridades de objetos adquiridos están aquellos considerados “incas”, así como medallas y monedas. Según señala su colector, la recopilación de estos fue una tarea muy compleja:

⁶⁰ *Estatutos y programa para la Exposición Nacional que tendrá lugar el 9 de diciembre de 1891. Protegida por el S. E. el presidente de la república y patrocinada por la municipalidad* (Quito: Imprenta del Clero, 1891).

⁶¹ Es interesante el impulso que dio Antonio Flores a las exposiciones, dada su condición, en reiteradas ocasiones, de diplomático tanto en Francia como en Inglaterra. Recordemos que fue él la persona encargada de dar el regalo de la corona de oro a la reina de Inglaterra. Sus vínculos diplomáticos han sido poco o nada estudiados, y, sin duda, serían una riquísima contribución para develar las redes de personalidades con quienes se vinculó. Sobre este personaje véase, Cárdenas Reyes, María Cristina (2007).

Entre los objetos incásicos merecen citarse el facsímile en escala del Inga-Pirca, hecho en madera por el reputado escultor cuencano Sr. Vélez y mandado trabajar por la Junta; dos grandes ánforas pintadas de colores, un mortero de piedra verdosa, primorosamente tallado, y cinco figuras de piedra, excavadas en San Pablo, que son de estilo algo semejante al de las momias yacentes de las necrópolis egipcias, y que han debido ser trabajadas indudable de muchísimos años, ó acaso siglos, antes del descubrimiento de América.

También debo hablar de la colección de vistas fotográficas de algunos de los arruinados monumentos incásicos que aún subsisten como Inga-Pirca, Inga-Chungana, Culebrillas, Paredones.⁶²

Para la exposición en Europa⁶³ se contaba con la gran colección del investigador naturalista Auguste Cousin, quien residía en Francia por entonces, y que había realizado su colección en Ecuador. Cousin había presentado su acervo, de aproximadamente 1000 piezas, en la Exposición de París en 1889, dentro del palacio azteca⁶⁴. Ese mismo año sale a la luz la obra de Federico González Suárez *Historia General de la República del Ecuador*, en varios tomos, además del *Atlas Arqueológico* de 1892, con elogiadas ilustraciones del artista Joaquín Pinto. Es interesante la contribución a la exposición de González Suárez, conocido en el país, como el “fundador” de la historia en su sentido disciplinar; además, parece

⁶² *Informe del Ministro del Interior y Relaciones Exteriores al Congreso Ordinario de 1892*, (Quito: Imprenta del Gobierno, 1892).

⁶³ La organización de la exposición en Madrid supuso una serie de factores de gestión que no fueron tomados en cuenta: desde la falta de presupuestos hasta su canalización a la exhibición de Chicago. En varias cartas enviadas por Antonio Flores como cónsul, se señalaba cómo Pallares Arteta tuvo que cubrir, incluso con dinero de su propio peculio, muchos de los gastos que se dieron en la capital ibérica y en los traslados a la White City. Hasta aquel momento, esta fiesta había generado gastos de 14.614,60 francos (cada sucre, 5 francos de la época; presupuesto de gastos: 3.900.000 sucres). Al revisar todas las comunicaciones, la gestión de dicho evento, nos pudimos dar cuenta de que no había sido prevista una logística muy elaborada, y quedaron pendientes los gastos de embalajes y los envíos del mismo escaparate para la feria del país norteamericano, bajo el mismo formato.

⁶⁴ Tanto las colecciones de Wiener como las de Cousin tuvieron su lugar en la Exposición de París. Vale la pena recalcar el lugar en el que fueron expuestas como antigüedades americanas; en este caso, el palacio azteca de la feria de 1889.

ser que el religioso prestó algunos artefactos antiguos para la feria⁶⁵. Entre las colecciones presentadas en la exposición de Madrid figuraba una de propiedad del gobierno, además de las que Pallares Arteta pudo recolectar, y las colecciones del propio expresidente Antonio Flores Jijón, quien posteriormente fue miembro de la comisión de Ecuador como ministro plenipotenciario. También se encontraban los acervos de sus hijas Elvira y Leonor. Junto con todos estos repositorios, se encontraban, así mismo, los objetos de José María Lasso y F. Durán y Rivas, cónsul y vicedcónsul de España en Quito y Guayaquil, respectivamente, y varios acervos pequeños de Emilio Uquillas y Santiago Basurco, así como algunos objetos presentados por F. Liñan, Celiano Monge, Teodoro Wolf, Aurelio Cañadas y la Municipalidad de Ibarra⁶⁶.

Leonidas Pallares Arteta se mostró confiado en haber recopilado la mayor cantidad de “objetos incásicos”; y si bien mencionaba que “aunque la Exposición de Madrid está circunscrita á ‘objetos incásicos’”⁶⁷, se deberían presentar artefactos de las provincias del Oriente. Además, señaló que los pobladores de dichas provincias conservaban “hábitos primitivos” que guardaban relación con los incas, pero que sus indumentarias serían “pintorescas” para la decoración. Estas aseveraciones dan cuenta de varios aspectos relevantes. En primer lugar, emparenta las producciones locales con el ámbito incaico. Al parecer, esa era la exigencia de la metrópoli para la exposición; no obstante, señalaba que otros pueblos, como los de la Amazonía, podrían contribuir con ciertos artefactos “para decoración”. Esto último nos resulta interesante, en tanto que la valoración y la contravaloración parten de un imaginario incaico que toma su valor como civilización por prestigio —como ya lo hemos revisado—, pero termina emparentando a los pueblos orientales, en un prisma que devela la profunda jerarquía en las concepciones de raza y de estadios de civilización.

En segundo lugar, Pallares menciona en su informe que en Madrid quieren reproducir un “parque” con viviendas y “monumentos” primitivos, para lo

⁶⁵ Véanse más datos sobre los objetos presentados por este personaje, *Catálogo General de la Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892, Tomo I* (Madrid: Estudio Tipográfico Sucesores de Rivadeneira, 1893).

⁶⁶ En su mayoría, los objetos eran hachas, vasijas, figurinas, algunas fotografías de sitios arqueológicos y artefactos etnográficos del oriente ecuatoriano. Véase, *Catálogo General*, 1893.

⁶⁷ Véase más información en *Informe del Ministro... 1892*.

cual se debería “enviar indios”. Como lo señala Blanca Muratorio (1994), el relato de Pallares Arteta presenta “dos imágenes vívidas y contrastantes de los indios ecuatorianos de su tiempo: los ‘salvajes’ ejemplificados por los jívaros y záparos⁶⁸, y los ‘indios de Otavalo’”. Los primeros indígenas son retratados por el presidente de la Junta Central como “salvajes”, “aficionados al alcohol”, “sin moral y decencia”, así como poco higiénicos; mientras, los indígenas de Otavalo, “aunque no está pura su raza”, son inteligentes, laboriosos y de buenas costumbres, además de ser atractivos “para entretener al público”. En estas razones Pallares Arteta fundamenta la participación de los indígenas en el Parque de Madrid, a la luz clara de una visión profundamente racista y discriminatoria que actúa en ambas vías: los indígenas amazónicos son la clave del “salvajismo” de la época, y los otavaleños aparecen en el sentido de “vistosos y pintorescos” (Muratorio 1994, 126). Pallares termina su relato acerca de la exposición de Madrid ensalzando la fiesta universal y la “semilla de la civilización” que fue la “Madre Patria” (figura 6).

Antonio Flores mantuvo una extensa comunicación con el ministro de Relaciones Exteriores sobre lo que acontecía en Madrid los meses anteriores y posteriores a la exposición. En una de las anécdotas contadas, escrita el 19 de noviembre de 1892⁶⁹, Flores relataba que Guatemala obsequió un “álbum y un abanico, cuyos primores relatan los periódicos”. El entonces ministro se lamentaba porque “nosotros, por no tener que obsequiar, nos limitamos a tres modestos ramos de flores”. Esta incómoda situación le hizo sugerirle al ministro la confección de otra “reproducción de Inga-Pirca” en madera, como aquella que figuraba en la exposición de Madrid, realizada por el artista azuayo José Vélez, para la Exposición de Chicago. Como vimos, las imágenes de los incas eran las que primaban a la hora de enseñar las antigüedades del país, al ponderar la existencia de ruinas como las de Ingapirca o Culebrillas, y que iban a ser las que se regalarían en copias facsímiles.

⁶⁸ Entre las colecciones presentadas también figuró la etnográfica del expresidente Antonio Flores Jijón.

⁶⁹ Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores. AHMRREE, Quito, 1839 a 1905. *Tomo I. Comunicaciones recibidas de la legación del Ecuador en España*. En este tomo se recogen varias comunicaciones, a manera de diario, entre Antonio Flores Jijón y el ministro de Relaciones Exteriores, que relatan la estancia del primero durante la celebración de 1892 en España.



Figura 6. Imagen de la instalación de Ecuador⁷⁰

Fuente: *Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892*. Biblioteca Nacional de España.

La incorporación del indio en los relatos históricos y en el escaparate de la nación no fue del “indio genérico, sino el Inca, quien era objeto de fascinación en Europa desde el Renacimiento y particularmente en la literatura del Iluminismo francés, hecho que no era desconocido por la elite criolla andina” (Flores Galindo, en Muratorio 1994, 130). Para Blanca Muratorio, la conexión directa con los Incas es un tipo de “racismo aristocrático” —es decir, que se emparenta con la idea de una “nobleza indígena” considerada “real o mítica”—; sin embargo, no creemos que este “racismo” haya operado como la autora lo propone. Más bien, lo interesante de las transacciones hasta aquí analizadas es

⁷⁰ Se señala en el informe que en la exposición había un “jíbaro de madera” realizado por el escultor José Vélez. En la imagen observamos en el centro la representación de un “jíbaro”, nombre peyorativo, despectivo, utilizado para denominar a las comunidades orientales del país.

que, a través de los usos de los objetos, la diplomacia zalamera activa sentidos del pasado anclados a necesidades del presente.

* * *

El imperialismo como proyecto neocolonial está sujeto a una visión de la potencialidad de las estrategias de tipo cultural sobre los territorios. Las exposiciones sirvieron como plataformas perfectas para dichos proyectos, pues hicieron visible una diferencia sostenida desde el prisma civilizatorio hacia una mirada que localiza a las naciones en una jerarquía medida en la trama internacional y acorde con la “utilidad” para el desarrollo del capitalismo global. Las naciones andinas atravesaron este escenario transatlántico por medio de distintas tácticas, donde la nación era vista como una contingencia particular; es decir, desde las posibilidades, los intereses y las dinámicas políticas de los individuos particulares y los gobiernos que se abrían en relación con la potencialidad que encontraron en los objetos y las imágenes provenientes de sus respectivas latitudes. Estas entronizaban sentidos diversos sobre el ser de la nación, de la caracterización de su conjunto, de su historicidad y de su musealización como continuas fuentes de riqueza y prestigio.

Desde todas estas experiencias, es importante caracterizar la relación de los objetos antiguos con este momento conmemorativo de 1892 en tres coordenadas: en primer lugar, un panhispanismo que quiere verse universal legitimando una línea del tiempo histórico que pondere sus frutos y sus efectos para el presente; en segundo lugar, la estratégica posición española respecto a los arbitrajes territoriales, muy comunes en la época, y en tercer lugar, un tránsito indiscriminado de vestigios, desconocidos y exóticos, pero que maravillaban por su confección manual y material. Más que reconocer una “nobleza indígena” o a sujetos particulares adscritos a ella, estas antigüedades precolombinas brindan experiencias estéticas y contemplativas musealizadas, y no sujetos de la historia. Estos escaparates se convierten en una suerte de hechos que logran “efectos de presencia” de un pasado que es un deseo en el presente.

Más allá de una lectura sobre la identidad nacional asociada o adscrita a estos artefactos como un hecho consumado, hemos querido develar cómo, a través de una serie de negociaciones y transacciones, estos vestigios fueron parte de una trama de intereses privados —de personajes y agendas particulares—, así como de proyectos de corte público, enmarcados dentro de las relaciones y las

estrategias diplomáticas de los países. El valor asociado a su tenencia o a su donación se mide no solo desde la óptica de su existencia, sino, más bien, desde su valía y su prestigio en el intercambio o la visibilización en contexto; en este caso, el de la exposición universal. Las estrategias interpretativas de los escaparates en las ferias universales enuncian y reconstruyen un discurso sobre el pasado que ha sido musealizado. Dicha construcción se inserta en las dinámicas de su aceptación universal, amparadas, a su vez, en el hispanismo en boga, y dan cuenta de cómo, bajo el paradigma de lo civilizatorio, la reciprocidad negativa se activó y se legitimó como verdad y norma a finales del siglo XIX.

En suma, las antigüedades indígenas fueron puestas en un horizonte ubicuo y deslocalizado más allá de los linderos del Estado-nación. Ellas se explican en la trama civilizatoria europea operando como medidores del grado de adelanto alcanzado en un pasado muerto, y son, además, ubicadas en un particular sitio de la historia que festeja y hace ver como positiva la llegada de Colón a América. Es así como el imaginario panhispanista se establece en calidad de movilizador de sentidos universales y de una diplomacia zalamera que actúa a favor de los intereses económicos, políticos y territoriales de su momento.

Capítulo 2
**De las numerosas huacas.
Colectando los objetos precolombinos
de la nación peruana a finales del siglo XIX**

*Es preciso no olvidar que la verdadera historia del Perú
está escrita en sus numerosas huacas: solamente visitando y
registrando éstas podremos llegar a un conocimiento más o
menos exacto de la industria, el comercio y la cultura de los
antiguos peruanos.*

EUGENIO LARRABURE Y UNANUE,
Monografías históricoamericanas 1893, 321

El 24 de septiembre de 1887, la revista *El Perú Ilustrado* publicaba una imagen titulada “Un colector de antigüedades”. En ella se retrataba a un hombre sentado en una posición relajada, y que evitaba la mirada del espectador. El individuo vestía un poncho y sostenía entre sus manos un cráneo. Este grabado, inspirado en el típico formato de fotografía decimonónica de estudio, caracterizaba a este personaje desde su oficio, aquel que se encargaba de hacer colecciones de objetos antiguos peruanos. Sobre una mesa situada junto al “colector” se encontraba un esqueleto en posición fetal —tradicional forma de enterramiento en la zona andina— y otro cráneo. Esta imagen, sin duda, es una representación de la percepción de la época sobre este tipo de actividad, y alude, particularmente, al interés en los restos humanos y en las visitas a los sepulcros como lugares primordiales para la extracción de los *huacos*; no por nada, el mismo vocablo

de “huaca” alude a la relación con los entierros indígenas y es el nombre que, comúnmente, se le ha dado a este tipo de piezas en el Perú hasta la actualidad¹.

Como en ninguna otra parte de la región andina, las momias, los cráneos y los vestigios antiguos del Perú se convirtieron en *focos de atención privilegiados* durante la segunda mitad del siglo XIX. Varios viajeros y científicos europeos preocupados por la investigación de lo incaico eligieron este sitio como su escenario predilecto para construir la ciencia acerca del pasado. En estos años Perú se ubica como uno de los lugares más expoliados por el tráfico de objetos precolombinos y de una larga tradición en este ejercicio en América del Sur². Este particular momento histórico coincide con un complejo escenario político, social y económico que corresponde a las condiciones de posguerra suscitadas por la participación de dicho país en la violenta Guerra del Pacífico. Este conflicto bélico puso en jaque a las élites productoras y exportadoras de tres países, Chile, Bolivia y Perú, frente a la bonanza que representaban la exploración del salitre y su comercio internacional (figura 7).

La pérdida de la guerra representó para el Estado peruano un profundo descalabro económico, político y social. Las tropas chilenas habían causado estragos en varios lugares del país, especialmente, en la Sierra central. El conflicto había dejado una fuerte crisis fiscal con “la drástica disminución de los ingresos públicos”, lo cual provocó que el Estado dejase de funcionar en muchos lugares (Contreras 2012, 144). Los años posteriores al conflicto se conocen como la

¹ Según Luque Talaván el término *huaca* recogía algunas acepciones: “Decía el militar e historiador peruano del siglo XIX Manuel de Odriozola que ‘Huaca, como advierte el presbítero Gomara quiere decir llanto ó lloro; porque en sus templos, ó adoratorios se juntaban á llorar para pedir mercedes ó perdones á sus dioses’; complementando su definición diciendo que: ‘Llábase también vulgarmente huacas, aquellas casas, ó palacios en que vivían los indios y en que se sepultaban después de muertos’”. Véase, Luque Talaván (2012, 294).

² Los llamados “libros de huacas” fueron herramientas que se utilizaron en el Virreinato del Perú durante la colonia y estuvieron enfocados en llevar un control sobre lo que se encontraba en los tesoros prehispánicos. Para mayor información sobre ello, véase, Miguel Luque Talaván, “Los libros de huacas en el Virreinato del Perú: fiscalidad y control regio en torno a los tesoros prehispánicos enterrados”, en: *La Moneda: investigación numismática y fuentes archivísticas*. En: http://www.mecd.gob.es/cultura-mecd/dms/mecd/cultura-mecd/areas-cultura/archivos/novedades/la-moneda-investigacion-numismatica-y-fuentes-archivisticas/AHN_13_M_Luque_Talavan.pdf (consultado el 6 de junio de 2016.). Sobre este tema, véase también, Jorge Zevallos Quiñones (1994).



Figura 7. Ilustración
Un colector de antigüedades

Fuente: *El Perú Ilustrado*.
(Lima, sábado 24 de
setiembre de 1887, Año I).
Instituto Riva Agüero,
Lima.

época de la gran “Reconstrucción Nacional”, y fueron protagonizados, en su mayoría, por la injerencia que tendría el militar Andrés Avelino Cáceres (1886-1890 y 1894-1895) en el gobierno, al ser considerado el héroe de la resistencia durante la Guerra del Pacífico.

El plan de reconstrucción de Cáceres estuvo focalizado en fortalecer las bases económicas del país intentando reformular el tributo y el sistema financiero, la creación de impuestos y la renegociación de la deuda externa, a través de la firma del Contrato Grace, “por el que cedió los ferrocarriles y otros recursos a los tenedores británicos de bonos peruanos, organizados en torno de la Peruvian Corporation” (Drinot 2003, 207). Además, este proceso exigió un esfuerzo mancomunado de las élites dirigentes, las cuales necesitaban generar un aparato que posibilitara la reconstrucción nacional. En dicho contexto, el ámbito de la ciencia y el de la cultura jugaron un papel primordial en la generación de un sentimiento nacional. Entre los proyectos emblemáticos, se establecieron dos entidades enfocadas en dichos fines: la Academia Peruana de la Lengua —por la gestión de Ricardo Palma—, en 1887, y la Sociedad Geográfica de Lima, en 1888; ambas, bajo el mandato del presidente Cáceres (Hampe 1998, 163).

Frente al continuo escrutinio científico, ligado a la mirada imperialista europea y a la gestión emprendida por los museos metropolitanos³ para conseguir restos precolombinos, nos encontramos ante un escenario intelectual local complejo, donde varios personajes concurren con sus reflexiones públicas en torno a estas antigüedades. Hemos denominado esta acción como una suerte de *mirada hacia adentro*, la cual operaba como un proceso de apropiación y lectura de estos objetos antiguos, no solo discursivamente, sino también materialmente, por parte de una intelectualidad peruana que busca insertarlos dentro del pasado de la nación. Esta acción tendrá sus matices en los proyectos de exploración sobre el territorio, realizados a mediados de siglo, por viajeros como Antonio Raimondi⁴, quienes fueron acogidos por el Estado, y en la labor llevada a cabo por la Sociedad Geográfica de Lima, en la que figuran algunos trabajos de los investigadores de “antigüedades” y asuntos de “indígenas” —lingüística, costumbres, ritos— como José Toribio Toro, Luis Carranza, José Dionisio Anchorena⁵, Modesto Basadre, Pablo Patrón, Carlos Oyague y Eugenio Larrabure y Unanue, quienes aportaron algunos documentos sobre la arqueología y la antropología peruanas, y así promovieron un tipo de sociabilidad científica que se inaugurará en el tránsito al siglo xx.

Nosotros hemos intentado seguir el hilo de estas intermitencias de producción de conocimiento sobre el pasado precolombino y sus objetos por parte de estos intelectuales andinos y los despliegues de su discurso hacia lo *público-local*; es decir, de sus nexos con proyectos estatales y de la difusión pública sobre los que se consideran objetos o monumentos representativos de “lo peruano”. En este capítulo haremos, en primer lugar, un recorrido por las últimas décadas del

³ Nos adherimos a las tesis de Stephanie Gänger sobre la “mirada imperialista” en la configuración de una “arqueología peruana”; según esta autora, existía una “idea de superioridad metodológica, tecnológica y cultural que justificaba la presencia de científicos extranjeros en determinado país”, prácticas que eran parte del pensamiento europeo de la época. Para más detalles sobre su propuesta, véase, Stephanie Gänger (2006, 78).

⁴ Aunque la figura de Raimondi en el campo de la investigación sobre el Perú es bastante temprana respecto a la temporalidad de nuestra investigación, hemos decidido recogerla brevemente, pues su colección arqueológica y etnográfica fue una de las primeras que tuvieron la intención de ser entregadas al Estado peruano, y evitar así su salida al exterior.

⁵ Anchorena publica en 1874, en la Imprenta del Estado, su libro titulado *Gramática quechua ó del idioma del imperio de los incas*, uno de los documentos más relevantes para el siglo XIX sobre investigación lingüística en el Perú.

siglo XIX y la relación que se establece con las antigüedades precolombinas en escenarios ampliados. En este contexto, veremos la importancia que tuvieron los restos del pasado existentes en el territorio peruano para las distintas misiones extranjeras. En segundo lugar, revisaremos la importancia que tuvo la figura de Antonio Raimondi y la consolidación de la Sociedad Geográfica de Lima en lo que hemos denominado una mirada *hacia adentro*, respecto al interés de las antigüedades como soportes del discurso de la nación —en palabras de Kohl (1998), el nacimiento de una proto “arqueología nacionalista”— y, finalmente, haremos una breve revisión de algunos intelectuales peruanos que comenzaron a reflexionar sobre las culturas del pasado en el tránsito de siglo y fundaron en 1905 el Instituto Histórico del Perú.

2.1. El Perú de los incas: un foco transatlántico de atención arqueológica

Durante gran parte del siglo XIX existió un marcado interés por las “antigüedades o reliquias americanas”⁶ que podemos encontrar en la producción de varias publicaciones históricas ilustradas de la época. Entre el sinnúmero de textos, existen algunos que hacen referencia temprana a estos objetos en la región andina. Entre ellos tenemos la *Disertación sobre el Calendario de los Muiscas*, de José Domingo Duquesne, de 1795; también, otras como las clásicas, del germano Alexander von Humboldt, como *Vues des cordillères et monumens des peuples indigènes de l’Amérique*, publicado en París en 1810; *Les Incas, ou la destruction de l’empire du Pérou*, de Marmontel de 1828; *Antiquités Mexicaines*, de Guillermo Dupaix, entre 1834-1836, y *Antiquities of Mexico*, de Lord Kingsborough o Edward King, en 1831. Para la región andina tenemos tres publicaciones de suma importancia a mediados de siglo: las *Antigüedades peruanas*, de Mariano E. de Rivero y Juan Diego Tschudi, en 1851, y la *Memoria sobre las antigüedades neogranadinas*, de Ezequiel Uricoechea, en 1854; años más tarde, en 1878, vino el *Estudio histórico sobre los Cañaris, antiguos habitantes de la provincia del Azuay en la República del Ecuador*, de Federico González Suárez.

⁶ Para la segunda mitad del siglo XVIII, la gran expedición ilustrada documentada de Alejandro Malaspina por las costas asiáticas y americanas del Pacífico, entre 1789 y 1794, será uno de los hitos más interesantes de reconocimiento del territorio por su interés económico, científico y político. Sobre las expediciones científicas, véase, José Alcina Franch (1988).

En las publicaciones realizadas por Humboldt nos encontramos, sin duda, un marcado interés por los objetos y monumentos antiguos de América. Durante sus viajes emprendidos entre 1799 y 1804 en los territorios actuales de Colombia, Ecuador, México, Cuba y Venezuela, así como en parte de Estados Unidos, este viajero iba ponderando la existencia de los llamados “monumentos americanos” —particularmente ilustrado para las zonas de Perú y México— e irradió una suerte de interés en el estudio del pasado de las culturas prehispánicas (Kaulicke 2010, 10), ligado al interés en la historia natural y amparado por los relatos de numerosas crónicas coloniales sobre lugares históricos, considerados emblemáticos.

Mirar a las sociedades antiguas asentadas en el continente americano desde el prisma de civilizaciones perdidas daba cuenta de la construcción de una teleología temporal determinada, anclada al *continuum* en la línea histórica no solo del Estado-nación del presente que habitaron, sino dentro del espectro de la historia universal decimonónica, si acaso formaban parte de ella. Varios autores, como Majluf (2005), Muratorio (1989) y Earle (2006 y 2008), han señalado las distintas maneras como a los indígenas americanos se los recluyó a ese pasado histórico imaginado de la nación, y así se les negó la posibilidad de ser parte activa del presente como sujetos históricos. Según señala Peter Sloterdijk, la tarea de científicos como Alexander von Humboldt fue solicitar de los “terricolas la contemplación de su planeta desde fuera y se niega a aceptar que los espacios exteriores sólo sean desarrollos de una imaginación regionalmente instalada, hogareño-doméstica, uterino-social” (2007, 41). Así, este “exterior se entenderá a sí mismo”, dice el autor, como una “magnitud extraña de derecho propio”: es la preeminencia de dicho exterior lo que proporciona a las ciencias del hombre su axioma (figuras 8 a 13).

La primacía histórico-cultural de lugares como México, y en nuestro caso en particular, del Perú, fue un punto clave para entender el imaginario decimonónico respecto al pasado y sus objetos. El historiador Pascal Riviale ya caracterizó la presencia de las llamadas “misiones francesas” tanto etnográficas como arqueológicas; especialmente, en el territorio mexicano y en el peruano, así como en otras latitudes del continente americano. Sabemos que para el último cuarto del siglo XIX México sería visitado por nueve misiones auspiciadas por el Ministerio de Instrucción Pública francés. Para el caso peruano, entre 1843 y 1912 se organizarían diez visitas arqueológicas de este tipo, y ocho, de corte

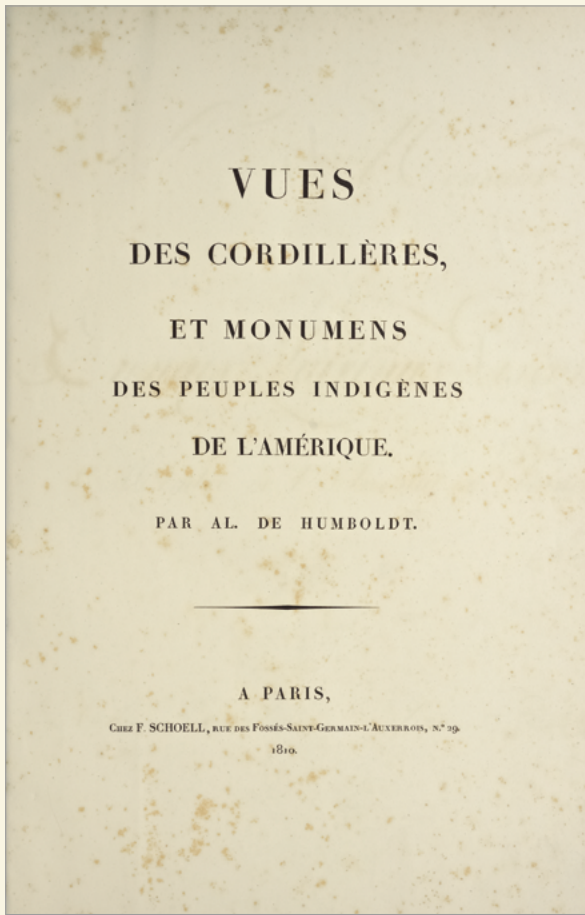


Figura 8. Ejemplar del libro *Vue des cordillères, et monumens des peuples indigènes de l'Amérique*

Fuente: Alexander Von Humboldt (París: E. Schoell, 1810).

Archivo Alexander von Humboldt, Quito.

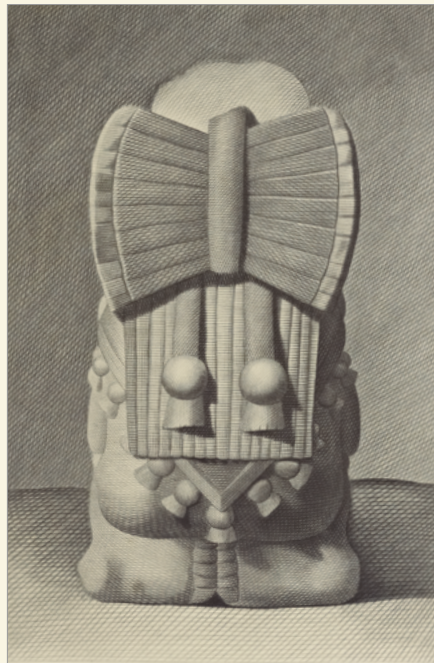


Figura 9. Páginas interiores de *Vue des cordillères, et monumens des peuples indigènes de l'Amérique*

Fuente: Alexander Von Humboldt (París: E. Schoell, 1810).

Archivo Alexander von Humboldt, Quito.



Figura 10. Ejemplar del libro *Antigüedades Peruanas*

Fuente: Mariano de Rivero y Juan Diego de Tschudi (Viena, 1851).
Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

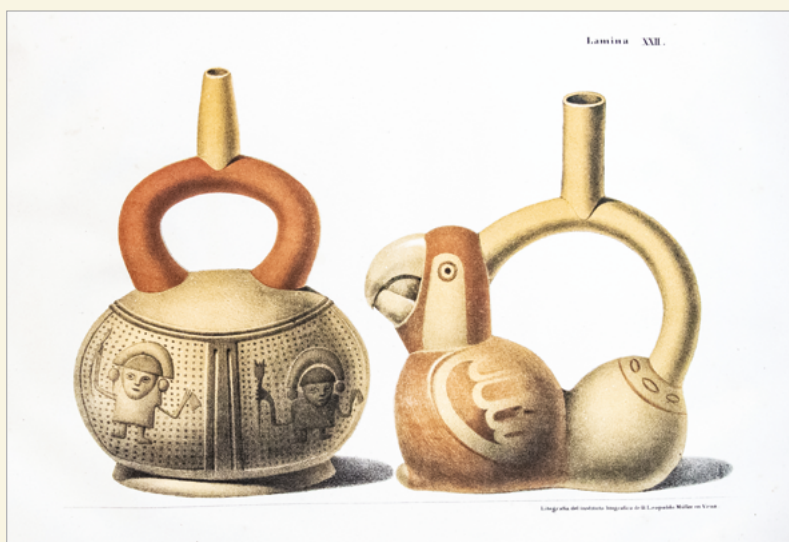


Figura 11. Páginas interiores de *Antigüedades Peruanas*

Fuente: Mariano de Rivero y Juan Diego de Tschudi (Viena, 1851). Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

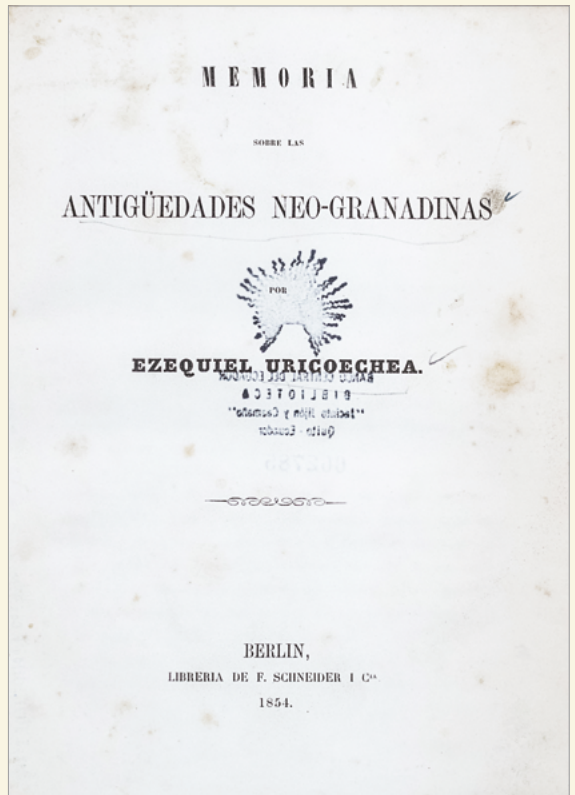


Figura 12. Ejemplar del libro *Memoria sobre las Antigüedades Neo-granadinas*

Fuente: Ezequiel Uricoechea (Berlín: Librería de Schneider, 1854).
 Fondo de Ciencias Humanas del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

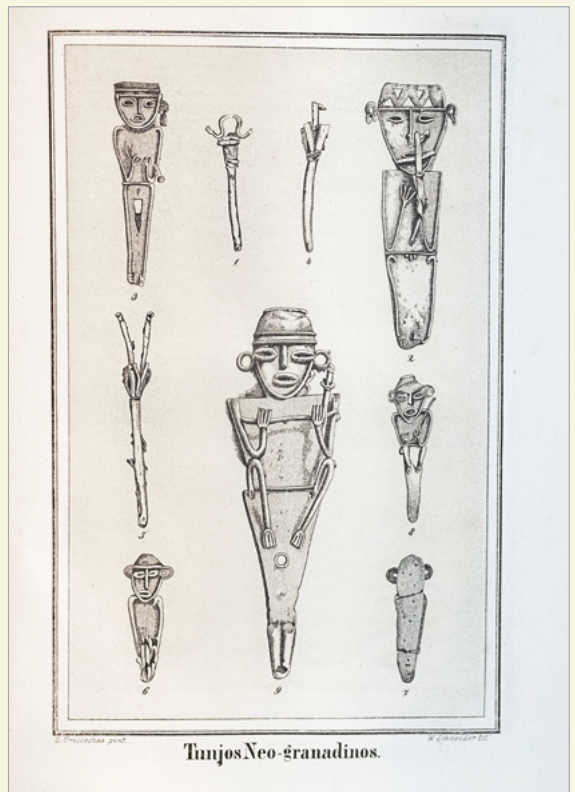


Figura 13. Página interior de *Memoria sobre las Antigüedades Neo-granadinas*

Fuente: Ezequiel Uricoechea (Berlín: Librería de Schneider, 1854).
 Fondo de Ciencias Humanas del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

etnográfico (Riviale 2000, 109)⁷. Durante el mismo periodo, la demanda de objetos precolombinos fue importante, por lo que se registró un tráfico notable —con fines científicos— hacia el continente europeo, y posteriormente, hacia Estados Unidos.

Esta preeminencia de las antigüedades asociadas, en su mayor parte, a lo inca, en el discurso científico que circulaba por la época, resonó entre los intelectuales andinos, quienes manifestaron la importancia de realizar otras pesquisas en la región, más allá de ese interés sobre lo incaico. De cierta manera, el pasado precolombino se asoció a la posibilidad de mostrar “monumentos” o “tesoros” que dieran cuenta de los grados de “civilización” adquirida por los aborígenes de estos territorios, y que, a la vez, permitieran valorar, desde el credo de lo nacional, las particularidades de una república independiente en el concierto internacional de naciones. Por ejemplo, en su obra póstuma, publicada en 1951, el historiador y arqueólogo ecuatoriano Jacinto Jijón y Caamaño ya lamentaba el poco interés que se mostraba en otras regiones frente a la preeminencia de las antigüedades localizadas en México y Perú, que coparon la atención de los escritores castellanos de los siglos XVI y XVII. Para él, las noticias de otros aborígenes eran “pocas y fragmentarias” y halladas solo en algunas noticias de los cronistas de Indias y asociadas a los “historiadores que se dedican a los reinados de los últimos Incas” (Jijón y Caamaño 1951, 23). Agregaba, además que “si del Ecuador tuviésemos la quinta parte de los cronistas que tenemos del Perú, muy otra sería la situación del investigador en su Prehistoria” (Jijón y Caamaño 1951, 28).

De igual manera, en el caso colombiano se muestra la importancia que tenían estos dos polos históricos en la forma como se representaba el pasado en la región. Vicente Restrepo y su hijo Ernesto Restrepo Tirado, ambos delegados para la comisión de la celebración del centenario del “descubrimiento” de América en 1892, señalaban la preeminencia de estas ideas en la comunidad intelectual de la época, y, al igual que su colega ecuatoriano, se quejaban de la

⁷ Riviale señala, por ejemplo, que en la Exposición de París de 1878, Charles Wiener, viajero de origen austríaco-francés que había recorrido los territorios peruanos, colectó un sinnúmero de objetos arqueológicos y etnográficos que fueron expuestos en dicho evento, llamado “exhibición peruana”; la muestra “luego fue trasladada al palacio del Trocadero, donde formó parte de una exhibición mayor, que albergó cerca de 40.000 objetos de distintas épocas y culturas reunidos por algunos viajeros” (Riviale 2000, 151).

ausencia de dichos estudios, “sabios y profundos trabajos se han publicado sobre las antigüedades de México y del Perú, mas de las que dejaron los aborígenes de Colombia⁸ apenas tienen escaso conocimiento los americanistas” (*Catálogo General de los objetos enviados por el Gobierno de Colombia á la Exposición Histórico-Americana de Madrid*, 1892, I). En el caso de los Restrepo, se asumía que parte de la “culpa” la tenían los propios colombianos, quienes, señalaban, “hemos descuidado demasiado los estudios arqueológicos y hemos dejado perder tantos objetos preciosos que debieran enriquecer hoy las reducidas colecciones del Museo Nacional” (*Catálogo General de los objetos enviados por el Gobierno de Colombia á la Exposición Histórico-Americana de Madrid*, 1892, I).

Lo que podemos observar es el creciente interés en las antigüedades “peruanas” durante la segunda mitad del siglo XIX. Tanto es así que, incluso, en 1908 el librero Carlos Prince edita su texto bibliográfico *Los peruanófilos anticuarios del siglo XIX*, trabajo fundamental sobre ese país en temas peruanos. Resulta elocuente también que investigadores como Marcos Jiménez de la Espada, español y miembro de la Comisión Científica del Pacífico, que recorrió América entre 1862 y 1865, pusieran atención a los temas vinculados al Perú (López-Ocón, 2003; Del Pino, 2000). Por ejemplo, en su texto *Tres relaciones de antigüedades peruanas*, publicado en Madrid en 1879, el mencionado científico español señalaba a Francisco de Borja, ministro de Fomento de la época, la importancia de la publicación de “curiosos documentos” coloniales sobre el Perú. Jiménez de la Espada tenía dos objetivos: por un lado, satisfacer el interés por parte de los americanistas en torno a la historia del mundo “por España descubierto y ennoblecido”; por otro, “combatir la vulgarísima especie de que, en su conquista primero y en su gobierno después, solo hubo de guiarnos la *sed del oro*, y que por apagarla, sacrificamos sin piedad a los naturales, ó consumimos sus fuerzas y su ser en el trabajo de las minas”; además, señalaba que:

[...] asolamos sus monumentos, convertimos sus arreos, ajuares y tesoros en lingotes, sin que se nos diera un ardite de su valor artístico y arqueológico, ni menos nos importara averiguar quién eran aquellas gentes, de dónde

⁸ Es interesante observar que desde 1881 se publican ilustraciones de vestigios materiales prehispánicos en el *Papel Periódico Ilustrado*, de Bogotá, publicación a cargo de Alberto Urdaneta. En ella, además de retratos de personajes de la época, se acompañan también de este tipo de ilustraciones.

procedían, qué pensaron, sintieron é hicieron antes que los sojuzgásemos.
(Jiménez de la Espada 1879, xvii)

Jiménez continúa su texto recuperando lo indígena, percibido como monumento del pasado, al igual que la obra de lo español, vista en los escritos de los cronistas, como Cieza de León, Marcos Niza, Juan de Velasco o Juan de Betanzos, y de toda una recopilación de cronistas y misioneros hasta el siglo XVII. Además, el autor recuerda el interés de la monarquía en recuperar cosas de las producciones indianas, como aquella de marzo de 1571, en la cual don Felipe II ordenaba a su consejo que “en lo que toca á las cosas que se descubren y sacan de las huacas, si os pareciere que hay algunas dellas de calidad, que puedan ser vistas acá, me las enviareis” (Jiménez de la Espada 1879, xix). Este ejercicio de conciliación de dos sentidos del pasado, tanto el de las civilizaciones americanas y sus monumentos como el de la conquista y labor de los españoles en el territorio, marca el accionar de Jiménez de la Espada, que así se aleja de las ideas “vulgarísimas” de la “sed del oro”. Se entiende, entonces, que dicha publicación aparecería con motivo de la celebración del Congreso de Americanistas, destinado a celebrarse en Bruselas en 1879, intentando ampliar estos discursos en el interior del panorama americanista.

Años más tarde, en 1887, el mismo Jiménez de la Espada publica otro trabajo, presentado en este evento, y titulado *Del hombre blanco y signo de la cruz precolombianos en el Perú*, impreso en Bruselas. Este es una disquisición sobre las cruces que aparecen en las cerámicas indígenas, que fueron recopiladas por el autor, y su relación con el “hombre blanco” del Perú⁹. En su ejercicio incluyó varias de las imágenes de cerámicas y de sus restos, donde se pueden apreciar ciertas cruces andinas; además, el autor señalaba:

⁹ De hecho, Marcos Jiménez de la Espada consideraba que era necesario dilucidar la leyenda sobre la presencia del “hombre blanco” en Perú y la existencia de la cruz, presente en varios debates de los congresos de americanistas. Para el autor, no existió dicha presencia; de hecho, en su texto señala que en las tradiciones que recogen dicho mito, “el hombre blanco (si lo fue) personificaba, en un solo individuo todo un pueblo, pequeño ó numeroso y de color más claro que los habitantes del país por donde discurrió tratando de atraérselos y de fundar con ellos un centro de cultura, una agregación más sociable que las antes allí conocidas” (Jiménez de la Espada 1887, 118). Este investigador continuará su argumento con la caracterización de dicha relación, y lo vinculará a los usos y las interpretaciones de las crónicas coloniales.

Yo creo que la obra americanista se encuentra en su primero y más largo periodo, que pudiéramos llamar de acopio de materiales; y por lo tanto, lo que nos hace falta es paciencia y constancia, más que ingenio, talento ó habilidad para forjar hipótesis, ó un poderoso criterio para elevarlas á principios fundamentales. (Jiménez de la Espada 1887, 118)

Resulta interesante cómo, en el caso presentado, Jiménez de la Espada asoció el “americanismo” al “acopio de materiales” para la investigación y el ejercicio crítico de la lectura de las crónicas españolas.

Finalmente, para tener una idea más clara del número de las colecciones que salieron desde Perú hacia Europa y Estados Unidos en el periodo de la Guerra del Pacífico, la posguerra y el tránsito al siglo xx, hacia 1967 los investigadores Tello y Mejía recopilaron datos sobre el tráfico de dichos objetos durante la segunda mitad del siglo xix. Según estos autores, existieron muchas colecciones privadas que “casi en su totalidad”, salían a países extranjeros como era el caso de “las de Macedo, vendida en 1886 al Museo Etnográfico de Berlín; de Garcés, procedente de Puno que es adquirida en 1889 por Adolfo Bandelier para el Museo de Historia Natural de Nueva York; de Emilio Montes, del Cuzco, que es vendida en 1893, al Museo de Historia Natural de Chicago; de Rocha, de Tihuanaco, que ingresa a Lima en 1896; de Bolívar Block, proveniente de Trujillo y de Pachacamac, vendida a Alemania, en 1897; de Uhle, procedente de Copacabana, Tihuanaco y Titicaca, llevada a Berlín en 1895; de Pfeiffer, reunida en 1903 y llevada a Alemania...” (Tello y Mejía 1967, 49), entre otras.

A la par con este interés creciente y esta demanda de las antigüedades originarias del Perú, aparecieron con más fuerza las prácticas de la gaaquería y la falsificación de piezas hacia las últimas décadas del siglo. Como bien señala Pascal Riviale, es a partir del último cuarto del siglo xix cuando empieza a instaurarse una “gran presión comercial” que promovió la aparición de una “verdadera industria de la imitación fraudulenta en el Perú” dirigida particularmente a los turistas (Riviale 2000, 344). Este interés por las antigüedades americanas en Europa se plasmó en la manera como los museos participaron de estas empresas de colección durante el siglo, “solo siete años después de la fundación del Museo Etnológico [en Berlín], en 1873, 21.000 piezas, de las aproximadamente 40.000 piezas del Museo, provenían de las Américas” (Voss, citado por Fischer, 2010, 49). Uno de los grandes promotores de este museo, Adolph Bastian, el antropólogo germano decimonónico por excelencia, consideraba insoslayable

la importancia de las colecciones americanas para entender la teoría de las provincias geográficas a través de las cuales se podrían “detectar las variaciones del ser humano debido a las condiciones del hábitat” (Fischer 2010, 49). Así, los objetos peruanos se convirtieron en uno de los vestigios más preciados a partir de distintos escenarios: desde el de los museos y el de la ciencia hasta el mundo de los viajes por placer. Esta característica del Perú es muy particular en nuestra región estudiada.

2.2. Cráneos: los objetos preciados

*It is a place of death, not alone in its silence and sterility,
but as the burial-place of tens of thousands of the ancient
dead. In Pachacamac, the ground around the temple
seems to have a vast cemetery*

GEORGE SQUIER, *Peru incidents of travel and exploration
in the land of the Incas*, 72.

Una de las obras más importantes de las últimas décadas del siglo XIX, titulada *Das Todtenfeld von Ancón in Perú*, de Alphons Stübel y Wilhelm Reiss, ha sido considerada uno de los hitos en la historia peruana, por ser un primer levantamiento documentado y sistematizado de los vestigios arqueológicos. En el pequeño pueblo de Ancón, situado a 40 kilómetros de Lima, se encontraron varios viajeros científicos de origen germano, entre 1874 y 1875. Estos exploradores justificaban su presencia en el Perú con el hecho de que en trabajos anteriores “ni una ruina, ni un cementerio se excavaron con fines científicos” (Stübel & Reiss, citados por Gänger 2006, 76). En los años de génesis de la disciplina arqueológica, llaman la atención estas declaraciones, porque apelan al *carácter científico* que debería primar en el acercamiento a dichos restos del pasado, ligado a la descripción, al detalle y a la recolección de objetos que será parte de la configuración de los museos metropolitanos y la ciencia europea.

En aquel entonces, Stübel y Reiss se maravillaron por la cantidad de fosas mortuorias y de piezas asociadas a estos enterramientos. En sus comunicaciones¹⁰

¹⁰ *Cartas de Ancón, 26 de febrero de 1875*, citadas por Ingrid Hönsch, “Los viajes de investigación de Alphons Stübel por Sudamérica (1868-1877) a través de su correspondencia” en: <http://www.banrpcultural.org/blaavirtual/historia/hue/hue3.htm> (Consultada el 3 de diciembre de 2015).

se caracterizaba el terreno como un clima “que no está en la zaga en sequedad al egipcio”, lo que ayudó a que se lograra una “momificación perfecta”. Además, dichos sepulcros les procuraron una recolección de objetos como evidencia de los “primitivos habitantes de Suramérica”. Los sabios alemanes se asombraron, finalmente, de los tejidos encontrados, “cuya ejecución es tan perfecta que pueden compararse con algunos de nuestros más finos gobelinos” y emparentarse a las figuras tejidas al “estilo etrusco”. Todas estas experiencias de exploración las recogieron en los volúmenes titulados *Das Todtenfeld von Ancón in Perú*. Resulta interesante el uso de las referencias comparativas a aquello que desde Europa se nombraba y se conocía; era este, pues, su método de acceso al conocimiento al mundo del pasado. En muchos casos, particularmente el germano, la Antigüedad clásica era “utilizada como propaganda política en un Berlín que se convirtió en metrópoli internacional” (Kaulicke 2010, 49), y creó así un vínculo que ponía acento en los lugares predilectos de la historia clásica universal europea, como Grecia y Roma¹¹, sus manifestaciones artísticas, la filosofía y los vestigios monumentales, y en sitios de interés monumental, como Egipto y Túnez, enclaves geopolíticos de las potencias europeas en el continente africano¹². Si se trataba de momias conservadas por el clima, el referente era egipcio; y si eran tejidos y diseños, la relación directa era con los gobelinos europeos y los antiguos etruscos de la península itálica.

Como lo ha señalado la investigadora Stephanie Gänger, la burguesía alemana de finales del siglo se caracterizó por un interés marcado en la

¹¹ Es interesante ver la importancia que cobra para la Europa decimonónica su idea de orígenes, particularmente anclada a la historia de Grecia o Roma, y el desarrollo de la lingüística indogermánica, que presentaba detrás de los griegos a los arios como primer origen. Assmann señala la importancia que tienen los pilares desde donde se piensa la memoria de la cultura europea. El autor señala: “Egipto descendió a una de las tantas culturas semitas o semitocamitas que el orientalismo del siglo XIX estudió con tanta curiosidad teórica como arrogancia protectora” (Assman 2005, 73). El desarrollo del interés en la lingüística marca un eje clave para la comprensión de cómo se construye la historia europea.

¹² Pascal Riviale hace mención a la importancia que cobran las misiones arqueológicas del gobierno francés hacia la segunda mitad del siglo XIX. Particularmente, zonas como Egipto o Túnez llaman la atención por sus vínculos directos con civilizaciones como los romanos o los egipcios. El Ministerio de Instrucción Pública del país galo estuvo interesado en promover estos lugares como focos de interés científico. Para el caso de Latinoamérica, Riviale señala las condiciones complejas que debían cumplir las misiones científicas (ausencia de fondos, problemas políticos y económicos locales, etc.) (Riviale 2000, 104-105).

ciencia¹³; en particular, su “prestigio social”, que no radicaba en la “prosperidad económica ni en el poder político, sino en el nivel de educación”. Así, el estudio del pasado de las culturas no europeas era uno de sus objetivos¹⁴. Este ejercicio de asociación comparativa coloca los restos del pasado de lugares disímiles dentro de un discurso científico que apela a configurar una información mundial —como una relación— de la historia del ser humano en su dimensión universal.

Frente a la superabundancia de los llamados “huacos” cerámicos en el Perú, de tejidos, de los *quipus*, así como de sus monumentos antiguos, los restos humanos comparten un lugar de interés particular y articulado a las demandas internacionales de ramas como la antropometría, las teorías eugenésicas, la antropología física y la medicina moderna, en pleno desarrollo y plena difusión en el mundo. Determinar los orígenes de las razas antiguas, establecer comparaciones, hacer un estudio científico de dichos restos funciona como motor intelectual de muchas de las colecciones. El foco de atención se centró en los debates sobre los orígenes del hombre y las razas humanas; muchas de ellas, construidas en torno al caucásico europeo. Dada la lejanía de sitios como México o Perú, el estudio de los tipos humanos era estrictamente necesario puesto que “tendía a poner en duda las clasificaciones tan fácilmente definidas” (Riviale 2000, 198).

Todos los coleccionistas, desde Antonio Raimondi, Muñoz y Sáenz hasta José Mariano Macedo, poseían cráneos y restos humanos en sus colecciones. Llama la atención cómo Ana María Centeno, una de las coleccionistas más famosas de Cuzco —incluso, estudiada por Gänger—, durante la visita de Georges Squier a su casa, le mostró a este su enorme colección, con una atención particular a este tipo de materiales óseos y a las conocidas “trepanaciones creaneanas”, de

¹³ Como bien lo señala Mónica Quijada, citando a Massin, en el caso de los miembros de la Deutsche Gesellschaft für Ethnologie, de Berlín, hacia finales del siglo XIX, de sus 500 miembros, residentes en dicha ciudad, 190 eran médicos, privados o académicos, y otros 55 eran académicos no médicos, bibliotecarios o empleados de museo. Los restantes 255 incluían gente de variado origen: comerciantes, contadores, pintores, fotógrafos, funcionarios de la administración local o colonial, publicistas, libreros, sacerdotes o rabinos, o viajeros; es decir, casi la mitad de los miembros de dicha sociedad estaban interesados en la antropología como un *hobby* (Quijada 2005, 320).

¹⁴ Stephanie Gänger señala cómo la burguesía alemana tenía acceso a varias revistas, como *Globus* o *Das Ausland*, desde mediados del siglo XIX. Además, el interés se centraba en los diarios de viaje y los textos etnográficos y arqueológicos acerca de estas tierras lejanas; de hecho, la autora señala cómo Heinrich Schliemann, el “descubridor” de Troya, llegó a ser uno de los personajes más prominentes de la época (Gänger 2006, 70-74).

enorme interés para el conocimiento de la cirugía; como lo menciona Squier (figuras 14 y 15),

[...] the señora was kind enough to give it to me for investigation, and it has been submitted to the criticism of the best surgeons of the Unites States and Europe, and regarded by all as the most remarkable evidence of a knowledge of surgery among the aborigines yet discovered on this continent; for trepanning is one of the most difficult of surgical processes. (1877, 456-457)

En 1839 aparece el estudio de Samuel George Morton titulado *Crania Americana*. En aquel entonces Morton era profesor de anatomía en el departamento médico del Pennsylvania College, en Filadelfia. La principal característica del trabajo de Morton fue la búsqueda de las tipologías y los detalles de los cráneos recopilados en varias latitudes para determinar los distintos tipos de razas. Su muestra contemplaba restos humanos de los indígenas estadounidenses, peruanos, brasileños y mexicanos. Además, su estudio puso atención a los tipos de deformaciones y al uso de herramientas que se utilizaban para dichos procedimientos. La antropología física, que se estaba gestando en Estados Unidos, se caracterizó particularmente por el impulso que dio a la formación de este tipo de colecciones. Incluso, Franz Boas, el famoso antropólogo estadounidense, inició su carrera académica con trabajos de ese campo. La colección de Morton y Meigs sobre gente prehistórica americana pasó, en aquel entonces, a la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia. Asimismo, existía un departamento especializado en etnología¹⁵, dentro de la *Exposición Colombina de Chicago*, de 1893, a cargo de Putnam, interesado, a su vez, en este tipo de colecciones y sus resultados biológicos.

Sin duda, este fue el momento histórico preciso para el desarrollo de la antropología física, enfoque que “abrazó uno de los más ambiciosos proyectos de cooperación científica a escala planetaria: la formación de un archivo universal de las variedades corporales” (Perazzi 2009, 122). Tanto los antropólogos germanos como los franceses estuvieron interesados en el estudio de los restos humanos, trabajos que emparentaron el creciente interés en la investigación de la llamada “etnogenia europea”; es decir, el estudio de los orígenes primitivos

¹⁵ Estos datos nos resultan interesantes, puesto que al hablar de los primeros arqueólogos peruanos, como es el caso de Julio Tello, su interés en la craneología es destacado.

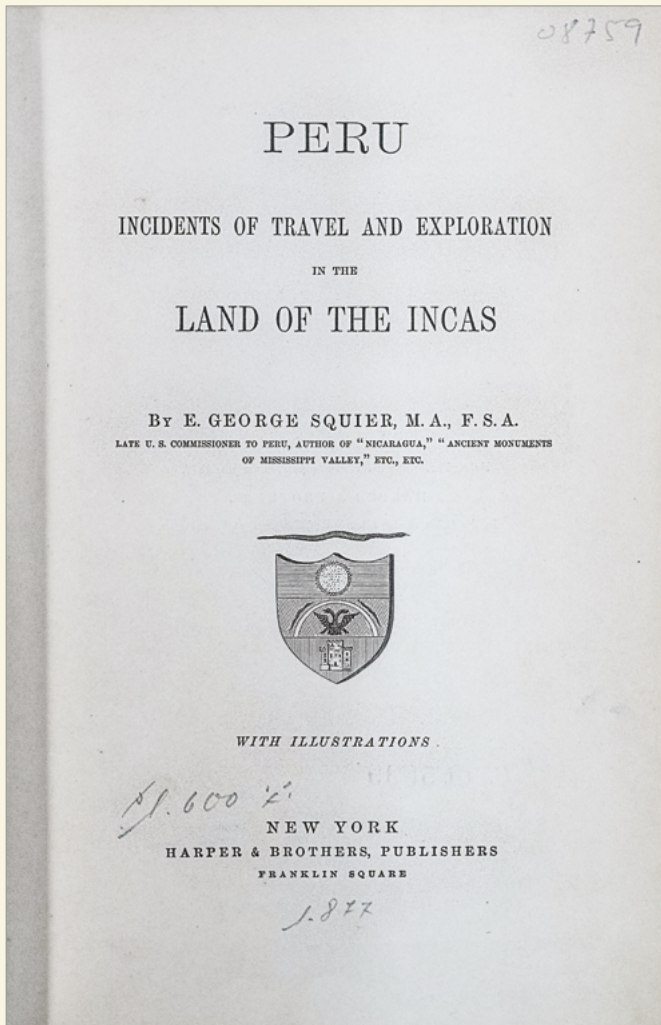


Figura 14. Ejemplar del libro *Peru incidents of travel and exploration in the land of the Incas*

Fuente: George Squier. (New York: Harper & Brothers, Publishers, 1877).
Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.



Figura 15. Página interior de *Peru incidents of travel and exploration in the land of the Incas*

Esta imagen del texto de Squier es muy sugerente dentro del contexto en el que fue realizada. Un sujeto del presente, de perfil, tomando los detalles de su rostro, en concordancia con las vasijas precolombinas como una experimentación al estilo Alphons Bertillon. Véase, Squier (1877, 184).

Fuente: George Squier. (New York: Harper & Brothers, Publishers, 1877).
Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

y de la genealogía de los pueblos de Europa (Pelayo 2010, 24). Este tipo de indagaciones ponía a los cráneos y la craneología en un lugar especial y formó parte de acalorados debates en ambas academias. En Europa, personajes como Paul Broca, Franz Pruner-Bey y Rudolph Virchow fueron los protagonistas de esta corriente académica.

En los números publicados entre septiembre y noviembre de 1891 del *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* se encuentra un diálogo epistolar entre Johann J. Tschudi, uno de los coautores del clásico *Antigüedades peruanas*, y Vicente Fidel López, historiador y político argentino, respecto a la arqueología peruana. Tschudi había recibido una carta de López, en la cual se lo criticaba por los criterios vertidos sobre la “civilización peruana” que se mostraba en las *Antigüedades*; frente a esto, Tschudi tan solo declaraba que la mayor parte del trabajo interpretativo lo había realizado Rivero, y que su colaboración fue, netamente, en el cuidado de las láminas presentadas en el texto, así como el préstamo de sus propias piezas de colección. La crítica de López apuntaba a los aspectos científicos-médicos de los incas, que fueron infravalorados por Rivero y Tschudi en su obra. En *Antigüedades* se mencionaba: “los conocimientos curativos eran empíricos y limitados, y se ceñían a mitigar los síntomas más alarmantes de la dolencia, sin sistema alguno nosológico, o terapéutico”; posteriormente se señalaba el desconocimiento de la “cirugía operatoria” y otros procedimientos; por ello, según estos autores, las

[...] llagas, heridas, contusiones, en una palabra, toda lesión externa la curaban con bálsamos y hojas medicinales, sin la menor idea de la amputación de miembros, ni de la abertura de abscesos con instrumentos cortantes, ni de suturas en heridas graves, ni de la aplicación del fuego, ni de tantas otras operaciones quirúrgicas practicadas en Europa. (Rivero y Tschudi 1854, 122-123)

El debate entre ambos se centraba en estas críticas hacia el conocimiento científico de los llamados *amautas*, u hombres sabios; particularmente, aquella derivada de las observaciones sobre las trepanaciones craneanas. Tschudi rescataba la historia médica de los griegos y los romanos citando a figuras como Hipócrates, Aristóteles y Plinio, como “padres” de la medicina; además, consideraba imposible equiparar las prácticas médicas de estos con las del antiguo Perú. López, en un tono desafiante, postulaba la necesidad de reflexionar sobre

la historia de la arqueología americana y reconocer la “verdad histórica” de la América antigua. López consideraba que a los europeos “las neblinas del Océano Atlántico, les ha enturbiado la vista, y la influencia de las preocupaciones de escuela y de la rutina los detienen en el dintel de aquello que les espanta” (*Boletín Sociedad Geográfica* 1891, 291). En parte, López tomaba como base los estudios que había realizado Georges Squier¹⁶, quien había recogido información particularmente variada sobre los conocimientos quirúrgicos de los *amautas* en el arte de la trepanación; de esta manera, el historiador argentino defendía el quehacer médico precolombino considerando necesario defender las enseñanzas de los *amautas*

[...] de esos sabios desconocidos que han perecido por millares en el espacio de tres años en las carnicerías de la Inquisición y en las profundidades de las minas, buscando los metales preciosos para saciar la avaricia de los tiranos más ignorantes y aún más bárbaros que sus víctimas. (*Boletín Sociedad Geográfica* 1891, 294)

Más allá de las consideraciones de ambos autores sobre la medicina del antiguo Perú, de su falsedad o de su veracidad, es interesante señalar que objetos como los cráneos cobran importancia en debates más amplios sobre el propio desarrollo de la medicina, la neurología en Occidente, y sobre cómo estos se constituirán en objetos preciados para el estudio de la construcción de dicha ciencia y de la valoración de las prácticas medicinales venidas de otros escenarios. Además, es interesante cómo estos procesos empiezan a formar parte de una apropiación de la arqueología y de la medicina, que ahora son reconocidas como “peruanas” y que tendrán una incidencia sobre esas ciencias médicas modernas. La presencia efervescente de restos humanos en las colecciones, así como la dimensión universal en el interés por estos, pone al Perú en un lugar privilegiado como zona de extracción de dichos materiales¹⁷.

¹⁶ Se refiere a la obra *Peru incidents of travel and Exploration in the Land of the Incas*, de 1877.

¹⁷ Para una mayor información sobre la colección de restos humanos andinos y sus distintos usos, véase, María Patricia Ordóñez, “Bundling objects, documents, and practices: Collecting Andean mummies from 1850 to 1930”, en: *Museum History Journal*, vol. 12, n.º 1 (2019): 75-92.

2.3. Del escrutinio científico exterior a la mirada “hacia adentro”

Como ya hemos mencionado, este espíritu científico decimonónico había instalado como un foco relevante de atención transatlántica los objetos precolombinos del Perú¹⁸, y ponía las historias de este lugar en el imaginario de la historia universal de la humanidad, a través de múltiples diarios de viaje, estudios científicos, álbumes, fotografías y grabados. En la literatura existente al respecto para la segunda mitad del siglo XIX en el caso del Perú, figuran relatos tempranos como *Antigüedades peruanas*, de Mariano E. de Rivero¹⁹ y el suizo Johann Jakob Tschudi, de 1851²⁰; también, el norteamericano Georges Squier y su obra *Peru incidents of travel and exploration in the land of the Incas*, de 1877; Alphons Stübel y Wilhelm Reiss, con *Das Totenfeld von Ancón in Peru* (1880-1886), y *Kultur und Industrie südamerikanischer Völker* (1889-1890), y Charles Wiener y su libro *Pérou et Bolivie: Récit de voyage suivi d'études archéologiques et ethnographiques et notes sur l'écriture et les langues des populations indiennes*, de 1880; igualmente, Ernst Middendorf, quien tiene varias publicaciones, de las que destacamos *Die einheimischen Sprachen Perus* (1890-1892). Lo anterior, por mencionar solo algunos de los libros considerados los “clásicos”. Tales estudiosos forman parte de lo que se reconoce como los “orígenes”²¹ de la disciplina arqueológica peruana.

¹⁸ En esta época México es otro de los focos de atención más importantes del continente; sin embargo, no nos ocuparemos del caso mexicano, pues ya ha sido bastante abordado con distintas perspectivas: el museo nacional, el coleccionismo, las exposiciones universales, etc. Nos queda clara la relevancia internacional de este país, tan solo comparable, para nuestro caso, con el Perú. Existen varios estudios sobre la importancia de los objetos y los monumentos mexicanos; entre los más relevantes están los de Miruna Achim (2017), Luis Gerardo Morales (2017) y Mauricio Tenorio-Trillo (2012).

¹⁹ Rivero fue uno de los grandes investigadores peruanos. Trabajó en diversos temas que van desde la mineralogía hasta la química. Vivió y se educó en Europa, donde conoció a sabios de la talla de Humboldt. Este álbum en particular fue hecho para lectores europeos, no para los peruanos, y tuvo algunas traducciones y reimpressiones en inglés y francés, que aparecieron después de su primera edición en español (Villacorta 2012, 177). J. J. Tschudi estuvo en Perú como naturalista entre 1837 y 1842.

²⁰ Según Pascal Riviale, esta publicación tuvo una notable influencia en los americanistas europeos, puesto que era una de las “primeras obras sintéticas sobre la civilización prehispánica del Perú, redactadas no sólo según las crónicas españolas sino también a partir de datos arqueológicos” (Riviale 2000, 40).

²¹ Muchos autores señalan que la arqueología peruana como disciplina aparece con Max Uhle,

Lo que más nos llama la atención es que el lugar suramericano y andino *más visitado, saqueado, guaqueado, exportado y difundido por el interés científico transatlántico* durante el siglo XIX se muestra como un escenario de acción intermitente para el ejercicio reflexivo de varios intelectuales andinos sobre vestigios precolombinos. Con esto queremos decir que en el Perú, al contrario de los casos de Ecuador y de Colombia —que revisaremos más adelante—, la producción de una discusión local relacionada con las demandas del Estado sobre la cuestión de antigüedades y una práctica asociada a su recolección se articuló a una trama compleja de relaciones, donde los objetos del pasado fueron levantados como fuente de información, organizados, explicados y ligados al ámbito de la geografía, la “topografía histórica”²² y los informes de colonización, entremezclados, en algunos casos, con el interés médico²³. Figuras como Antonio Raimondi serán piezas clave en la reconstrucción de este complejo escenario del ocaso decimonónico peruano.

2.4. Antonio Raimondi: entre geografía, etnología y vestigios

Donde no hay verdad, no hay ciencia.

ANTONIO RAIMONDI, 1878

Antonio Raimondi es una de esas personalidades multifacéticas y eruditas características del siglo XIX. Nacido en Milán en 1820, dejó su país natal como

Julio C. Tello y Alfred Kroeber a inicios del siglo XX, tomando del siglo XIX algunas vagas referencias a los autores que citamos aquí; en su mayoría, viajeros foráneos que visitaron la zona para extraer materiales para las colecciones de los museos metropolitanos. Entre las historias de la arqueología peruana más interesantes están las de Henry Tantaleán y César Astuhamán (eds.), (2013), además del clásico de Duccio Bonavia y Rogger Ravines (1970).

²² En el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* del 15 de diciembre de 1891 se denomina “topografía histórica” a una rama que estudia la “topografía” específica donde acaecieron los hechos históricos; por ejemplo, batallas de los conquistadores con los incas, caminos que existían, puentes, etc.

²³ Nos llama la atención la filiación profesional de los coleccionistas y los intelectuales: por ejemplo, José Mariano Macedo, Pablo Patrón y Julio C. Tello. Todos eran médicos de profesión, además de estar interesados en los restos humanos y en la arqueología en general. Es el caso de Tello, quien, inaugurado el siglo XX, coleccionó casi 15.000 cráneos en distintos sitios arqueológicos, que fueron su base para la maestría que cursó en Estados Unidos hacia 1908.

consecuencia de su posición política en el movimiento revolucionario de 1848. Entonces, viajó a tierras peruanas y desembarcó en el Callao hacia 1850. Uno de sus primeros contactos en tierra peruana fue Cayetano Heredia²⁴, quien le proporcionó un trabajo en la catalogación de las colecciones botánicas de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de San Marcos, institución de la que fue, más tarde, docente (Cueto 1989, 48). Durante sus primeros años en territorio peruano, Antonio Raimondi estuvo dedicado a la investigación científica y a la recolección de datos y de objetos y a la observación de fenómenos naturales. En sus largos viajes por el Perú (de 1851 a 1869) recogió materiales de diversa índole, ya de tipo botánico, mineralógico o etnográfico, así como antigüedades de los habitantes del territorio.

Sus travesías por el territorio peruano fueron documentadas y compiladas en los tres primeros volúmenes de la obra *El Perú*, publicación autorizada por el Estado peruano en 1869 —para esos años ya figuraba como consultor del Estado— por el presidente Balta, y lanzadas editorialmente la década siguiente, entre 1874 y 1879. Además, sus colecciones fueron consideradas para el proyecto del “Museo Raimondi”; entre ellas figuraban colecciones mineralógicas, de fósiles, petrológicas, botánicas, ornitológicas, entomológicas y de restos humanos (cráneos y momias)²⁵.

En la primera edición de *El Perú*, de 1874, Raimondi se refiere a sí mismo como naturalista y científico. En su libro hace un seguimiento a las publicaciones sobre la historia natural del Perú desde la colonia hasta mediados del siglo XIX, y muestra una gran erudición sobre los viajes, las exploraciones y las aportaciones de cada uno de los viajeros científicos citados: Alexander von Humboldt, Malaspina, Mariano de Rivero, etc. Además, el italiano defiende su práctica científica desde el conocimiento de la verdad; por ello, diferencia las obras científicas de las de “pura imaginación”. Según Raimondi,

²⁴ Según Marcos Cueto, Cayetano Heredia fue una pieza fundamental para el desarrollo de la medicina en Perú. En 1856 “concentró en un solo cuerpo, la Facultad de Medicina de Lima, todas las responsabilidades oficiales del Estado relacionadas con la salud pública”. Además, Heredia intentó para mediados de siglo “una homogenización profesional desde el punto de vista educativo, legal y en parte científico” (Cueto 1989, 45).

²⁵ Actualmente gran parte del legado Raimondi reposa en el museo que lleva su nombre: <http://www.muscoraimondi.org.pe/es>

[...] el que se dedica á los trabajos científicos, debe ser muy concienzudo, para no apartarse de la verdad intencionalmente; enseguida debe tener un juicio recto, esto es, un buen criterio para distinguir con facilidad la verdad del error, poder sacar las deducciones exactas de las observaciones y experiencias hechas, evitar que lo conduzcan al error las ideas preconcebidas y aplicar con ventaja los conocimientos adquiridos. (1874, 44)

Por lo anterior, el problema de la verdad, de la construcción de un estudio científico, atraviesa gran parte de la obra del italiano y se conecta mucho con la capacidad de análisis que se cultivaba.

A tono con el espíritu positivista de la época, la consecución de una *verdad objetiva* dependía de la práctica científica ligada a lo que el mismo Raimondi consideraba “la observación” y “la experiencia”, apoyadas en el posterior ejercicio de descripción y de prueba de laboratorio que se hiciera. Para él, siempre se necesitaban varias horas de trabajo en el laboratorio o el gabinete con los objetos recolectados, para clasificarlos por tipos o diseños, de acuerdo con la región explorada. El trabajo de campo y las notas de viaje son herramientas importantes para la elaboración de un juicio científico certero. En muchas de esas notas se revela el ejercicio descriptivo de la zona recorrida, de los caminos, del estado de conservación y de los detalles de tipo arquitectónico, tales como tamaño y tipo constructivo, entre otros; por ejemplo, respecto al área de la Pampa de Huánuco Viejo, recorrida hacia la década de 1870, menciona: “se observa un gran edificio cuadrado, sin techo, construido sobre un terraplén con piedras calcáreas muy bien trabajadas”, poniendo atención en detalles constructivos como las piedras, las que, a su parecer, “tienen en su exterior una superficie convexa como las buñas de los edificios europeos. La parte superior del edificio, llamado el Castillo del Inca, tiene en su interior como 60 varas de largo y 40 de ancho” (Raimondi 1942, 71).

La relación intrínseca que Raimondi establece con la representación gráfica de los objetos observados es un aspecto relevante en su quehacer científico; para él, “el arte estaba al servicio de la ciencia. Su misión era catalogar la mayor parte de especies con la mayor fidelidad posible” (Villacorta 2012, 185). La mayoría de sus notas están acompañadas de ilustraciones de las piezas que, como buen coleccionista, recababa. Este registro le permitía tener herramientas para procesar su análisis experiencial, combinado con las destrezas de observación y de clasificación. Según el investigador Villacorta (2012), las imágenes de los

vestigios precolombinos se caracterizaron por dos criterios fundamentales: el primero asociado a los rasgos característicos de los objetos, y otro, a la agrupación estilística y tipológica de estos, acorde con su forma y su diseño. Varias de las ilustraciones fueron reproducidas por el artista de origen francés Alfred Dumontel para la primera obra publicada.

Raimondi, como otros naturalistas anteriores o contemporáneos, relacionaba la labor de “naturalista” con la de “etnólogo”, al recoger objetos y datos sobre costumbres y tradiciones de los indígenas, que debían ser material de análisis como otros vestigios, en la lógica del laboratorio. En varias secciones de su obra *El Perú*, puso un acento especial en dichas actividades; particularmente, en aquellas que, para él, pudieran representar el descubrimiento y el desarrollo de la historia de las razas. También para este cometido, tanto los cráneos como los huesos y las momias eran un bien preciado, pues podían dar cuenta de los antiguos pobladores de estas tierras. En sus descripciones de sus cruzadas etnográficas, señalaba la actitud de los indígenas frente a la recolección de dichos restos, dado que, según las “supersticiones” de estos, podrían tachar al investigador de “brujo” o de tener “pactos con el diablo” (Raimondi 1874, 47). Para las comunidades indígenas, descubrir o abrir una tumba y cargar con restos humanos podría haber provocado enfermarse con los llamados “aires de los difuntos”.

La práctica de la g.uaquería era bastante común en estos años y tenía que ver con la apertura de estos sepulcros, o huacos. En uno de sus relatos, Raimondi contaba que en una gruta cerca de Lacta, capital de la provincia de Huamalíes, había encontrado unas calaveras con hojas de coca bastante bien conservadas que no parecían ser tan antiguas como los restos humanos. Este fenómeno llamó la atención del italiano, y siguió excavando para revisar todos los cráneos de dicha caverna, pero no encontró muestras de la planta. Al parecer, los g.uaqueros que iban en busca de piezas arqueológicas a estos entierros ponían hojas de coca “en la boca de todos los cadáveres que removían, para apaciguar la cólera de los difuntos y evitar de este modo que les sobreviniese algún mal” (Raimondi 1874, 49). En este tipo de acciones relatadas por Raimondi podemos diferenciar las prácticas asociadas al científico de otras, como la g.uaquería, en relación con los objetos.

Por su labor como etnógrafo, Raimondi fue admitido como miembro en varias sociedades de antropología, entre las que se destacan las siguientes: la Royal Geographic Society of London, que lo eligió como socio honorario en

1865; la Sociedad Arqueológica de Santiago de Chile hizo lo propio en octubre de 1875; también la Sociedad Humboldt de México y las de Madrid y de Lisboa lo acogieron como socio correspondiente, además de ser declarado en Florencia socio honorario de la Sociedad Italiana de Antropología, Etnología y Psicología Comparada, hacia marzo de 1883 (Monge s.f., 27). Del sinnúmero de obras realizadas por Raimondi desde 1854, destacan algunos informes sobre el guano en las islas de Chincha, y otros, sobre botánica y medicina. Para la década de 1860 están sus obras sobre la provincia litoral de Loreto, así como trabajos sobre las aguas termales de Yura. Hacia la década de 1870 aparece una de sus obras más importantes: *El departamento de Ancash y sus riquezas minerales*, de 1873; además, durante esos años publica algunos estudios sobre el guano y el salitre. Para 1874 aparece el primer tomo de su obra cumbre: *El Perú*; el segundo tomo vio la luz en 1876, y el tercero, en 1880. Este científico seguirá editando obras sobre minerales y recursos naturales hasta 1887; tres años más tarde (1890) fallece, pero deja un legado importante para el desarrollo de la ciencia peruana.

La diferencia básica entre Antonio Raimondi y otros viajeros científicos extranjeros²⁶ es que en el transcurso de su estancia en Perú, el italiano articuló el papel de la ciencia a la configuración del Estado-nación. Su estrecha relación con el presidente Manuel Pardo (1872-1876)²⁷, en un primer momento, y la consolidación de su obra publicada, más la recopilación y el almacenamiento de objetos que dan cuenta del territorio peruano en su dimensión espacial-geográfica e histórica-arqueológica marcan un punto de quiebre con la continua tradición exploratoria que sobre el Perú se había montado durante décadas. Raimondi, como ningún otro viajero de su época, logró capitalizar esta información para

²⁶ Nos referimos a los ya mencionados Alphons Stübel y Wilhelm Reiss, Charles Wiener, Ernst Middendorf, George Squier, en una primera época, y Max Uhle, entre los más importantes.

²⁷ Manuel Pardo fue fundador del Partido Civil y primer presidente civil, entre 1872 y 1876. De origen aristocrático, fue “el más conocido millonario capitalista que se hiciera a sí mismo durante el apogeo de la era del guano”. En 1862 fundó el Banco del Perú y fue presidente de la Compañía Nacional del Guano. Ocupó varios cargos políticos, desde ministro de Hacienda entre 1866 y 1867 hasta alcalde de Lima entre 1869 y 1872. Su interés en transformar el Perú se enmarcó dentro de la idea de “convertir el guano en ferrocarriles” (Castro-Klaren 2013, 219-220). Este interés en los ferrocarriles y la conectividad de los territorios hizo que su relación con Raimondi fuera tan estrecha; sin duda, el reconocimiento integral del terreno suponía pensar una economía nacional que pudiera unir al país. Así, la práctica científica de la geografía se convertiría en uno de los aliados del Estado en ese tipo de empresas.

construir ese sentido de recursos naturales y humanos de una república que asistía, en el último cuarto del siglo XIX, a una cruenta guerra internacional que la dejaría en una de sus mayores crisis sociales y económicas. Este italiano logra integrar la arqueología en la cartografía para componer una nueva imagen y una síntesis de lo que se reconoce como el Perú (Vilacorta 2012, 201).

Efectivamente, Raimondi había logrado conciliar su investigación científica con muchas de las demandas del Estado: reconocimiento del territorio, recursos naturales, límites regionales e internacionales, presencia de monumentos y civilizaciones precolombinas, pueblos indígenas diversos, etc. Su papel como científico, articulado al proyecto nacional, le permitió, incluso, presentar al Perú en las ferias internacionales. Por ejemplo, en 1878, durante el gobierno del general Mariano Prado, Raimondi fue el encargado de preparar una colección de minerales y minas del territorio peruano para exhibirla en la Exposición Universal de París de ese año, y obtuvo un premio por dicha exposición (Raimondi, citado por Seiner 2003, 42). Además, pudo presentar la obra realizada sobre el Perú hasta aquel entonces: sus dos primeros tomos.

A raíz de su muerte, la Sociedad Geográfica de Lima decide comenzar con la publicación de las notas y los apuntes de los itinerarios de Raimondi. Además, la misma Sociedad nombró una comisión en 1891 para hacer un reporte de los documentos y biblioteca de Raimondi. En el informe, fechado el 12 de junio de 1891, se determinó que aparte de sus colecciones minerales, de flora y fauna, había 72 cráneos y un aproximado de 300 objetos antiguos y de etnografía. En el texto se habla de la: “Colección de vestidos y otros objetos de los salvajes, cráneos, momias, armas antiguas, ídolos de madera y de plata, vasos de plata, etc., al menos 300 objetos” (*Boletín de la Sociedad Geográfica* 15 de julio de 1891, 143). Los firmantes de este eran personalidades reconocidas, como Ernesto Malinowski, José Casimiro Ulloa, Manuel García y Merino, Federico Villareal y Olivo Chiarella. Muchos de estos vestigios pasaron a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos para ser útiles a los fines científicos; otros reposan actualmente en el Museo Raimondi.

2.5. La Sociedad Geográfica de Lima

En el *Boletín Oficial* de febrero de 1888 se anunciaba el nacimiento de la Sociedad Geográfica de Lima, mediante decreto del presidente, político y militar Andrés Avelino Cáceres (1886-1890), quien estuvo a cargo de la reconstrucción nacional de posguerra. En su instalación se consideraba necesario fomentar

los estudios científicos para facilitar la “explotación” y el “incremento” de los productos naturales del país, así como la creación de un centro de datos sobre la geografía del territorio nacional. Entre los socios fundadores se encontraban: Luis Carranza, su presidente por varios años (1889-1898) hasta su muerte; también, Guillermo Billingham, Eduardo de Habich, Ernst Middendorf, José Toribio Polo y Antonio Raimondi. La Sociedad se fundó con una serie de limitaciones de tipo económico, dada la crisis de posguerra por la que atravesaba el país. Sus actividades, en un principio, se organizaron en reuniones con la participación de ingenieros, abogados, médicos, militares, mineros, etc. Según el investigador Raúl Palacios, se puede hablar de una entidad más consolidada hacia el 5 de abril de 1891, “fecha de instalación definitiva de sus oficinas y de la aparición de su órgano de publicidad: el Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima” (Palacios Rodríguez 1988, 44). A través de la existencia del *Boletín* se aseguraba una circulación nacional e internacional y se fortalecía el sentido de comunidad y comunicabilidad científica.

Los datos sobre las características del territorio y el fortalecimiento de sus límites a través del reconocimiento de los cauces de los ríos, la demarcación de fronteras geográficas y los recursos naturales (mineralógicos, botánicos, etc.) fueron los puntales para la investigación. Varios autores (Palacios 1988; Cueto 1989; López Ocón 2001 y 2012) han señalado la importancia del desarrollo del eje científico para la explotación del territorio, aspectos que asegurarían un mejor ingreso al mercado mundial, la demarcación fronteriza y la mejora del control administrativo de las poblaciones²⁸ en todo el espacio nacional, así como el reforzamiento del sentimiento de pertenencia al territorio. Además, el positivismo en boga permitió generar un instrumental de procedimientos para situar a la ciencia como “fuerza redentora” y como la mejor aliada del progreso (López Ocón 2012, 8).

Otro de los intereses de la Sociedad era el reconocimiento minero del Perú; por ello, se atendió particularmente a los trabajos de corte geológico (López

²⁸ Se debe tener en cuenta que en estos años se promovió un interés en la parte oriental del Perú, estimulado por las exploraciones y el comercio cauchero mundial, además de estudiar el papel de las misiones católicas en la nacionalización de estos territorios. Para mayor información, véase, Pilar García Jordán (1998). Además, la autora también ahonda en el tema de la construcción de los orientes peruano y boliviano en el siglo XIX y la primera mitad del XX, en otro trabajo publicado en 2001.

Ocón 2012, 27)²⁹, por cuanto estos podrían emparentarse con la riqueza mineralógica del país. Esta labor impulsó el desarrollo de los estudios sobre el tema; de hecho, Raimondi fue uno de los estudiosos más renombrados sobre la cuestión: recordemos la serie de publicaciones e informes sobre el tema, desde los informes sobre las salinas de Huacho, de 1868, junto con sus descripciones de una variedad de muestras de minerales, extraídos de su monografía sobre el departamento de Ancash de 1873, hasta los detalles compilados por este investigador en su obra magna *El Perú*, hacia 1878, así como en sus textos sobre las minas de oro del Perú de 1886 y 1887.

El historiador Marcos Cueto (1989) ha vinculado la noción de nación y geografía o “nacionalismo geográfico” y de cómo se crea una “ideología territorial” que apuntaba al reconocimiento del territorio como marca de soberanía; además, dicho reconocimiento del espacio geográfico fue concebido y utilizado por los integrantes de la Sociedad “como un soporte de relaciones socio-económicas sobre el que desarrollar un mercado nacional”, además de ser un “referente político” sobre el cual había que “desplegar estrategias geopolíticas, como un medio de construcción de una estructura estatal” (López Ocón 2001, 4). Pero dicha estructura necesita también la construcción de “símbolos y valores” que, al decir de López Ocón (2012), son necesarios para la integración y la cohesión de una sociedad pluricultural a través de una identidad común. Si bien este autor ha señalado la importancia de los saberes geográficos para la articulación y el reconocimiento del territorio, cabe destacar la importancia que fue cobrando el estudio del pasado para el desarrollo del discurso nacional ligado a una memoria archivística y de colección, vinculada esta con la figura del archivo y la recopilación de información.

2.6. El *Boletín*

El primer volumen del *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, lanzado el miércoles 15 de abril de 1891, se presenta como una herramienta útil para la investigación sobre el Perú. El interés perseguido por la publicación es mostrar

²⁹ Según López Ocón, este tipo de trabajo representó el 50 % del total de la dedicación de estudio sobre los temas relacionados con la geografía peruana. Aunque en números, como veremos más adelante, los temas meteorológicos y climáticos fueron los que atrajeron un mayor interés; en la descripción geográfica, se apuntaba generalmente a la idea de “recursos” en la zona explorada. Quizá podríamos entender que el análisis de López Ocón apunta hacia ese rumbo.

una serie de estudios sobre el país, a fin de contrarrestar los “graves errores que observadores superficiales” habían propagado sobre esta república, “ya presentando nuestro clima como impropio para la aclimatación de la raza europea, ó ya creando preocupaciones injustas, por ser infundadas, contra el carácter y los hábitos de nuestras poblaciones” (*Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, introducción escrita por Luis Carranza 1891, 2). Dentro de este espíritu de indagación de los asuntos concernientes al territorio peruano, el *Boletín* sirvió como medio de difusión de contenidos geográficos, hidrográficos, meteorológicos, vulcanológicos, etnográficos, históricos, etc. Uno de los primeros temas tratados fue la preocupación por el asunto limítrofe y la exploración de la situación de las fronteras con los países vecinos: Ecuador, Bolivia y Chile. En una sesión del 28 de junio de 1888, se pide a la Sociedad la formación de un “mapa histórico” de los territorios disputados con el Ecuador (*Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* 1891, 8), que era una entre muchas de las preocupaciones sobre la problemática de frontera (figura 16).

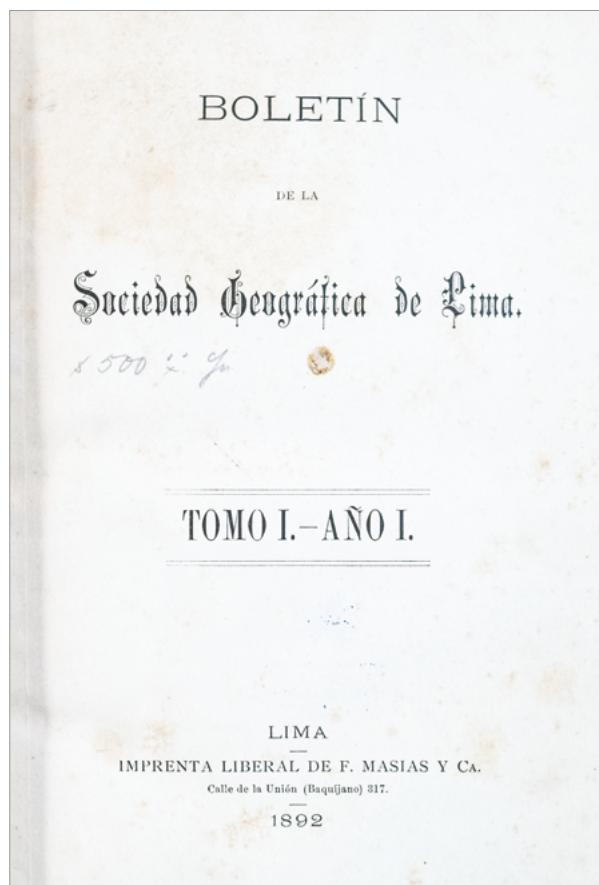


Figura 16. Ejemplar del *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*

Fuente: *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* (Lima: Imprenta Liberal de F. Masias y Ca. 1892, Tomo I, Año I). Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

A los 10 años de dicha edición, en 1902 se hizo un balance temático que recogía todos los autores participantes en estas publicaciones y los artículos escritos hasta aquel entonces, y se organizó su estructura en 20 secciones, divididas de la siguiente manera: 1) Antropología, etnografía y lingüística; 2) Arqueología; 3) Astronomía; 4) Bibliografía; 5) Botánica; 6) Colonización, inmigración e irrigación; 7) Documentos oficiales; 8) Estadística; 9) Geografía; 10) Geología, minería y paleontología; 11) Hidrografía; 12) Meteorología y climatología; 13) Miscelánea; 14) Necrología; 15) Oceanografía; 16) Orografía, topografía y geodesia; 17) Trabajos propios de la sociedad; 18) Variedades; 19) Zoología, y 20) Mapas, planos, croquis y grabados. En la figura 17 observamos, de acuerdo con el número de publicaciones cuantificadas, la presencia relevante de algunas temáticas, en comparación con otras, durante la primera década de circulación del *Boletín*.

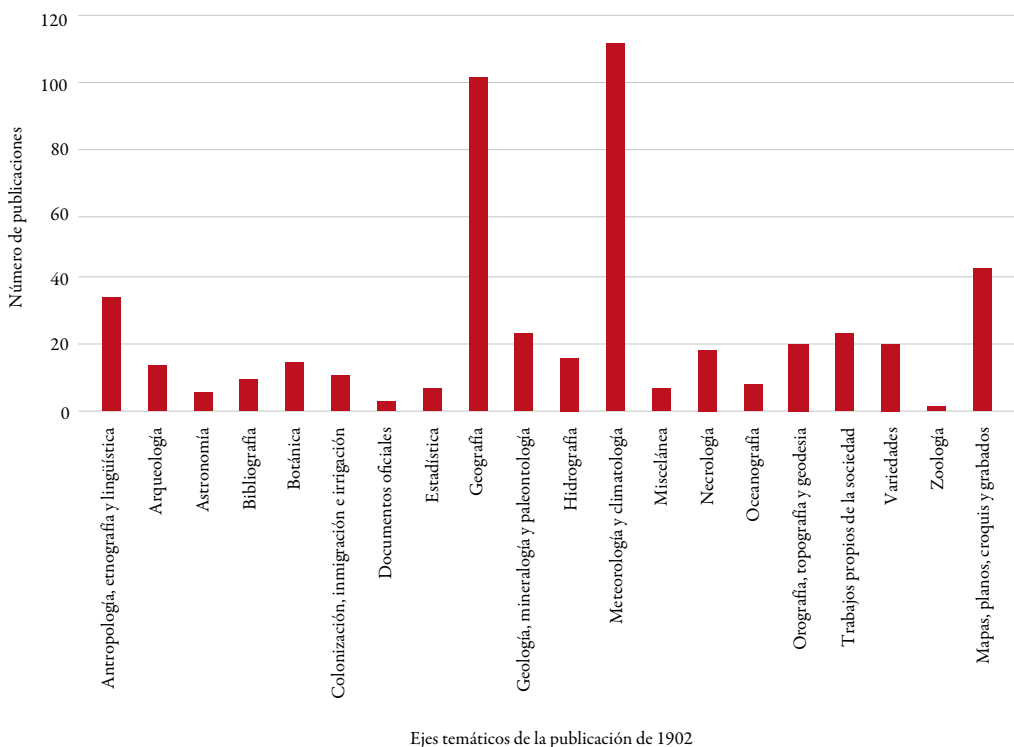


Figura 17. *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*: ejes temáticos de la publicación de 1902 (tomos I-XI)

Fuente: Elaboración propia a partir del índice general del *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*.

En la primera década de publicaciones del *Boletín* existe una preeminencia —con más de 100 títulos— de investigaciones meteorológicas y climáticas, las cuales tienen mayor relevancia, seguidas por las geográficas. Les siguen en importancia los trabajos asociados a la estadística y la cartografía, como mapas, planos, croquis y grabados; en esta línea es interesante constatar el interés en la práctica cartográfica de cada una de las provincias y los distritos del Perú, además de un seguimiento de las estadísticas demográficas que acompañaban a la mayoría de ediciones. En la cuarta posición están las temáticas vinculadas con el estudio antropológico-lingüístico, muy en boga, como veremos más adelante, hacia finales del siglo.

En términos generales, durante la revisión integral que hicimos del *Boletín* encontramos extensas documentaciones de viajes por el territorio, que figuraban como geográficas, además de trabajos de este tipo, encomendados por la propia Sociedad. En estas descripciones se incluían criterios de todo tipo: desde el clima, la agricultura, la ganadería y los recursos mineros hasta una descripción de las comunidades que allí moraban y sus costumbres. Uno de los intereses más relevantes para finales del siglo XIX era la temática organizada bajo el título de “colonización, inmigración e irrigación”, y que abarcaba, especialmente, el interés volcado en los territorios amazónicos y sus “procesos de nacionalización” (García Jordán 2001, 30). Desde su nacimiento, este tipo de materiales editoriales estuvieron enfocados en tener resonancias locales e internacionales importantes. En uno de los informes del primer año de edición, del 15 de diciembre de 1891, se señala que el interés

[...] que siempre ha despertado en Europa la riqueza territorial del Perú y su historia primitiva, ha hecho que la organización de esta Sociedad haya llamado la atención de algunas asociaciones científicas en el extranjero y que se hayan apresurado á solicitar correspondencias y canjes con ella. (*Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* 1891, 330)

Las sociedades europeas y norteamericanas se muestran interesadas en estos materiales. Entre las que solicitan canje de ejemplares se encuentran la Sociedad Geográfica de Manchester, la Real Sociedad Geográfica de Australasia, la Real Sociedad de Londres y la Sociedad Geográfica de Amberes, así como la Sociedad Geográfica de París; la de Neuchatel, en Suiza, y las de Turín y Roma. En el caso de las norteamericanas, encontramos la Sociedad Paleontológica de

Ottawa, así como la de Nueva York y la Sociedad Smithsonian de Washington, por mencionar algunas. Además de esta movilidad y este intercambio internacionales suscitados por la Sociedad, es importante destacar la participación activa de más de un centenar de autores de origen peruano, quienes prepararon trabajos y realizaron investigaciones a lo largo y ancho del territorio en temas de diversa índole, y entre los que podemos destacar a José Balta, Modesto Basadre, Luis Carranza, Melitón Carvajal, Víctor Eguiguren, Manuel García y Merino, Federico Moreno y Federico Villareal, solo por nombrar a unos pocos participantes activos de este *Boletín*.

2.7. Entre lenguas, monumentos y antigüedades indígenas

En estos primeros años del *Boletín* y durante el tránsito al siglo xx, existió un interés en trabajar las temáticas indígenas desde distintos frentes, bien fueran los ligados a la antropología, la etnografía o lingüística, o bien, desde el estudio del pasado, enmarcados dentro de la arqueología o la historia; esta última, particularmente centrada en el periodo de las luchas vinculadas con la conquista. Entre los autores más relevantes que participan con estas perspectivas tenemos a Modesto Basadre, Luis Carranza, Leonardo Villar, Pablo Patrón y Rómulo Cunero Vidal; muchos de ellos, interesados en el legado de Dionisio Anchoarena y los análisis lingüísticos del quechua. En arqueología, los estudios más importantes son los de José Toribio Polo, Modesto Basadre, Luis Carranza, Ernesto de la Combe, Manuel García y Merino y Arturo Wertheman, así como los de Antonio Raimondi, Alphons Stübel y una de las primeras publicaciones de Max Uhle realizadas en el territorio peruano sobre la “Antigua Civilización Peruana”, así como “Las ruinas de Tiahuanaco”³⁰.

Hemos realizado un seguimiento sobre las publicaciones vinculadas a estas áreas del conocimiento entre 1891 y 1903³¹, poniendo atención en la trascendencia que tuvieron, en la existencia del *Boletín* los distintos trabajos de Antonio

³⁰ Publicados en el Tomo x y el Tomo IV, respectivamente.

³¹ Es importante anotar que no pudimos contar con la información completa del tomo producido en 1904, y por ello no lo hemos incluido; sin embargo, a partir de 1903 ya se empieza a hablar de la posibilidad de formar un instituto dedicado a las investigaciones históricas, el mismo que verá la luz en 1905. Dada la proximidad con este hecho, creemos que la información compilada hasta 1903 nos puede dar una muy buena panorámica sobre el interés en estas temáticas que surgió durante la existencia del *Boletín*.

Raimondi. En la figura 18 podemos ver cómo la presentación de los viajes y los estudios de Antonio Raimondi fueron una constante en las publicaciones del *Boletín*. Muchos de ellos no solo ponían de relieve los aspectos geográficos, meteorológicos o demográficos de las regiones que el italiano visitó, sino que recogieron muchas noticias sobre las poblaciones del Perú y sus costumbres, así como sobre su pasado. Asimismo, observamos en la figura 18 cómo las temáticas a las que hacemos referencia fueron tratadas de manera intercalada e intermitente en las distintas ediciones, y, a pesar de que estas publicaciones no superaron a las venidas de las denominadas “ciencias duras”, su presencia fue importante en algunos años; particularmente, las de lingüística, por ejemplo, en 1895, 1896 y 1897, por los trabajos de Leonardo Villar y su lectura de Dionisio Anchorena, o los de Pablo Patrón. Aunque el tema arqueológico está presente en los primeros años del *Boletín*, hacia el tránsito del siglo lo tratará vinculado a los hechos de la conquista y los incas.

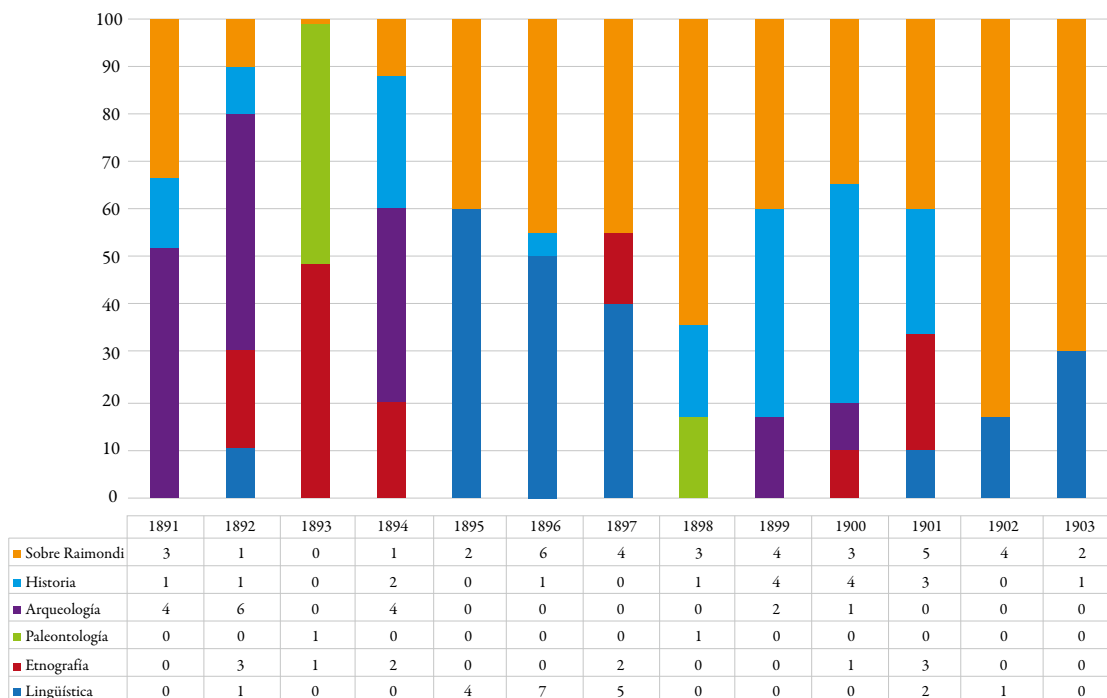


Figura 18. Publicaciones en humanidades y legado de Raimondi

Fuente: Elaboración propia a partir del índice general del *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*.

Cabe destacar que la Sociedad contó con la comisión denominada “Razas, etnografía, Arqueología y Geografía Histórica del Perú”, presidida por el médico cirujano Pablo Patrón. Esta sección estaba dedicada a “estudiar y realizar observaciones fisiológicas y étnicas sobre el cruzamiento de las razas” y a “los éxodos de las tribus históricas del Perú”, así como a un mapa de la geografía antigua y a estudios de tipo filológico y del léxico del quechua y el aymará, al igual que a un mapa de la “Geografía Antigua del Perú” (*Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* 1891, 43). Patrón estuvo a cargo del seguimiento de este tipo de trabajos, y años más tarde se preocupó por estudiar y publicar cuestiones sobre lingüística y antigüedades.

Muchos de los trabajos sobre las lenguas en el Perú, y particularmente sobre el quechua, tenían que ver con la recuperación de los legados de los incas en la historia del Perú. Este proceso se relacionó con la recopilación iniciada en *Antigüedades Peruanas* (1851), de Mariano de Rivero y Jacob Tschudi, y con el trabajo de Acislo Villarán sobre *La Poesía en el Imperio de los Incas* (1873) y la *Gramática Quechua* (1874), de José Dionisio Anchorena. Según Gonzalo Espino (1999), lo interesante de estas publicaciones es entender la “inclusión andina” que suponen estos ejercicios vinculados con el estudio lingüístico; según este autor, para el caso de Anchorena, tenía una “especial preocupación por remitir al pasado remoto de los Incas. Son los incas los poseedores de esas formas que él desea consignar. Pero en los tiempos actuales, en el siglo XIX, muchos de estos textos estaban desapareciendo” (Espino 2006, 100). Así, para Espino, estos ejercicios suponían un complejo “diálogo de culturas” que se iniciaba en las últimas décadas decimonónicas (figuras 19 y 20).

Además de lo anterior, en estos años nos encontramos también con algunas investigaciones realizadas en torno a monumentos indígenas, por intelectuales peruanos. Ejemplo de estas es la de José Toribio Polo, quien entre 1891 y 1892 publicó en la *Revista Americana* una extensa monografía sobre la “Piedra de Chavín”. En dicho artículo, Polo analiza el edificio denominado “El Castillo” y ensaya una lectura sobre la simbología de los grabados presentes en lo que hoy se conoce como la Estela Raimondi, y pone, además, un gran énfasis en la cultura chavín (Dager 2000, 83). En sus declaraciones, que se recogen en la edición de 1900, en *La Piedra de Chavín*, José Toribio Polo recurre a sus relatos iniciales y recupera su análisis a fin de destacar la piedra como

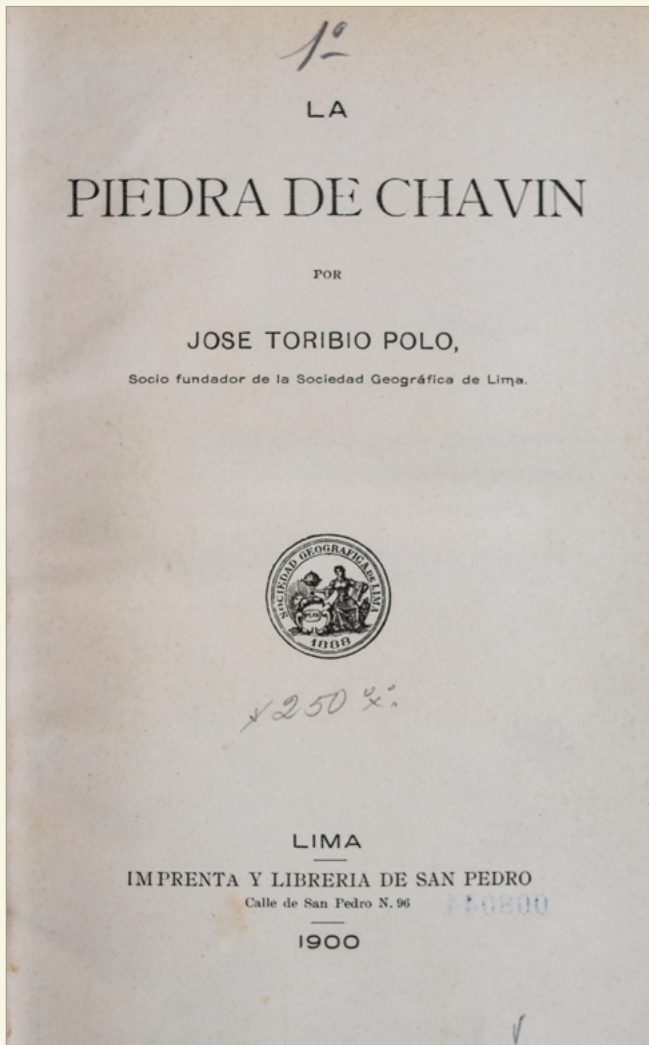


Figura 19. Ejemplar del libro *La Piedra de Chavín*

Fuente: José Toribio Polo (Lima: Imprenta y Librería de San Pedro, 1900).
Colección Nacional Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

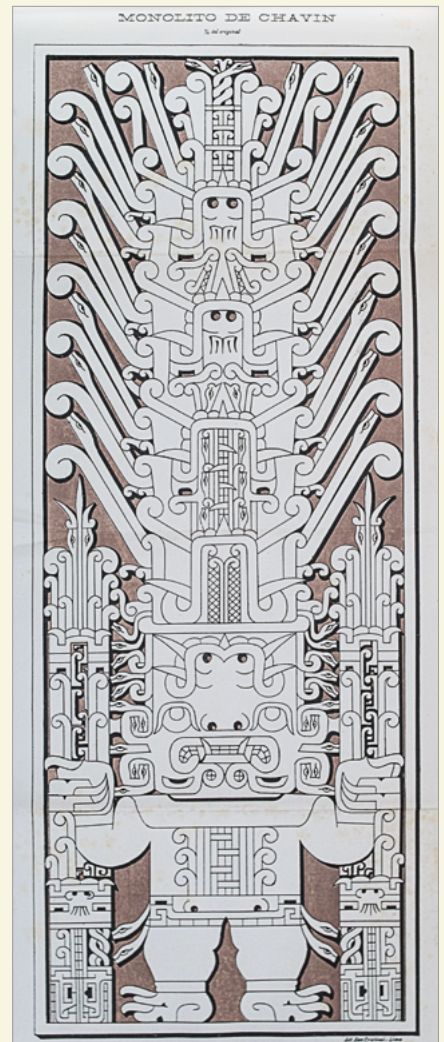


Figura 20. "Estela" de Raimondi, ilustración del libro *La Piedra de Chavín*

Fuente: José Toribio Polo (Lima: Imprenta y Librería de San Pedro, 1900).
Colección Nacional Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

[...] reliquia histórica [que] encierra en sus símbolos un significado oculto, acaso sobre las razas ó religiones primitivas del Perú [...] como parte de un monumento, casi destruído, que la imaginación se empeña en reconstruir, es piedra tiene el atractivo de la antigüedad, y el que adquiere cuando se relaciona con la Patria. (Polo 1900, 1)

Encontramos también que en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* aparecen algunos trabajos de Luis Carranza sobre arqueología y sobre los indígenas y sus costumbres. La mayor parte son ciertas descripciones generales de sitios arqueológicos, como el titulado “Curioso monumento Tumular en Tarma” (*Boletín de la Sociedad Geográfica* 15 de julio de 1892, 177). En otras ediciones también aparecen textos de José Manuel Pereyra, sobre las cavernas del Perú (*Boletín de la Sociedad Geográfica* 31 de marzo de 1892, 448), y de Ernesto de la Combe, sobre la “Fortaleza de Huichay” (*Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* 31 de septiembre de 1892, 144). Este último estudio cuenta con algunos grabados. El lingüista y médico cirujano Pablo Patrón estuvo interesado en varios aspectos de las distintas facetas de la antigüedad del Perú, desde las verrugas prehispánicas, ciertas cuestiones lingüísticas en las lenguas americanas, y la flora peruana, hasta los usos de la papa en épocas “primitivas”³². Desde finales del siglo XIX, entre 1888 y 1894, publicó algunos textos sobre los libros de cabildos de Lima; sin embargo, hacia 1900 inició algunas publicaciones de corte lingüístico, como el discurso pronunciado para su recepción como miembro honorario en la Facultad de Letras, titulado *Origen del Kechua y del Aymará*, impreso en Lima en 1900, o como *Perú Primitivo. Notas Sueltas*, publicado en 1902.

Eugenio Larrabure y Unanue es, sin duda, un personaje que marcó el inicio del siglo XX, asociado a la fundación del Instituto Histórico del Perú, en 1905. Conocía las colecciones de Macedo y Muñiz en Lima y trabajó varios artículos de corte periodístico que fueron compilados en su obra *Monografías histórico-americanas*, de 1893, texto realizado en conmemoración del centenario de la llegada de Colón a América. En sus declaraciones aparece la idea de este “Perú Antiguo” como un lugar de reflexión, pensada desde la potencialidad de las antigüedades. Su pregunta “¿Por qué no formar una colección de todos ellos

³² Estos trabajos figuran en varios tomos del *Boletín*, en sus ediciones V, VII y XI, respectivamente.

[refiriéndose a los “huacos”] para que nuestros museos no estén tan pobres de antigüedades?” (Larrabure y Unanue 1893, 322), es un enunciado que inaugura el siglo XX con una preocupación sobre estas colecciones en suelo peruano. Su libro, lleno de imágenes y datos históricos, recoge algunas notas sobre estos pueblos antiguos; de hecho, Larrabure los considera “antiguos peruanos”, con lo cual les adscribe un estatus de sujetos históricos del país. La portada del texto muestra uno de estos “huacos” en primera plana para sus lectores (figuras 21 y 22).

Es importante señalar la importancia que le dio Eugenio Larrabure y Unanue a la cuestión del pasado indígena; en particular, por la recuperación del drama teatral quechua titulado *Apu Ollanta*, recogido hacia 1818. Este drama fue motivo de polémica en la década de 1880, porque se discutía si considerarlo un drama español o una experiencia netamente indígena. Aunque no ahondaremos en el asunto, es interesante el ejercicio de rescate que pretende Larrabure, al considerarlo una pieza genuina de la civilización inca, y que había sido rescatada a través de la tradición. Para este autor, la civilización incaica debía tener una poesía,

Y ese pueblo tan religioso, tan artista, cuyas hazañas están escritas con numerosos monumentos en nuestro territorio, ¿no fue poeta? ¡Es imposible! Como se ve sería necesario incurrir en contradicción, ó cerrar los ojos ante la historia, para negar la existencia de la poesía incásica. (Larrabure y Unanue, citado por Espino 1999, 330)³³

Recuperar estas tradiciones, el uso del *quipu* —el cual Larrabure menciona— es parte de la construcción del relato histórico de la nación y de su literatura. Es así como este intelectual peruano pone el acento en *Apu Ollanta*, dentro de esa idea de que “la literatura nacional que tenía que incluir esas formas que vienen del pasado, pero del pasado inca”³⁴.

Para los primeros años del siglo XX aparecen algunas publicaciones de corte netamente arqueológico. En junio de 1900 Max Uhle publicó uno de sus primeros

³³ Espino se refiere al ensayo de Larrabure y Unanue que se encuentra en *El Ateneo de Lima*, de 1886.

³⁴ La versión digital del libro de Espino no cuenta con la paginación respectiva. El enlace consultado que cuenta con el contenido de todo el libro es: http://sisbib.unmsm.edu.pe/BibVirtualData/Libros/Literatura/imagen_inclusion_andina/cap4.pdf

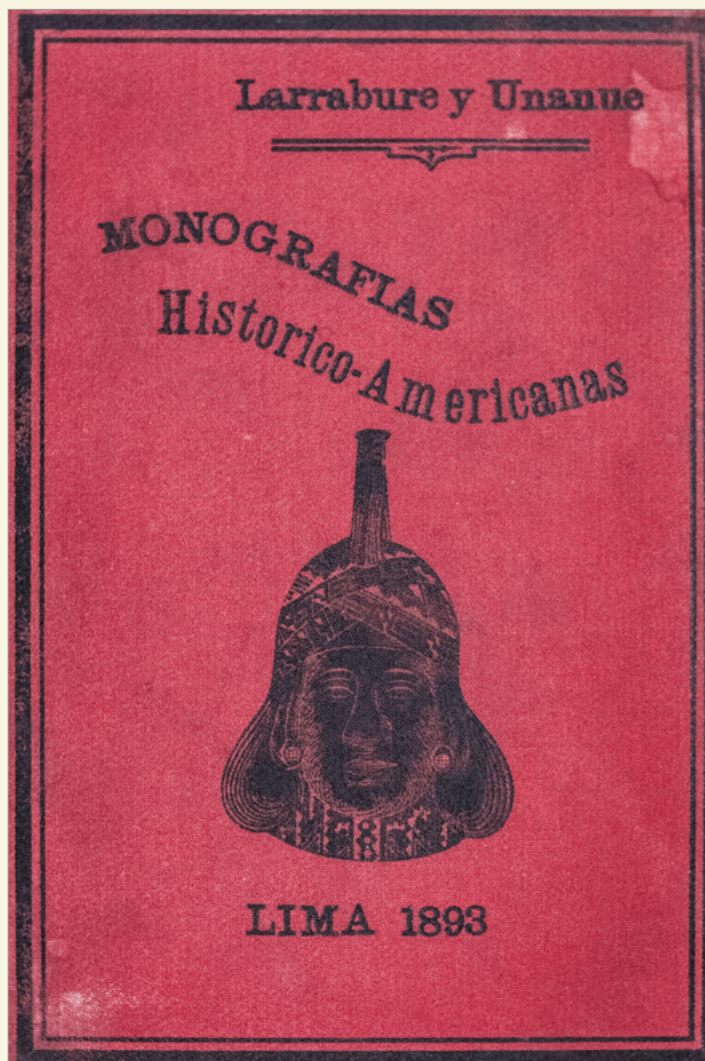


Figura 21. Ejemplar del libro *Monografías Histórico-Americanas*

Fuente: Eugenio Larrabure y Unanue (Lima, 1893).
 Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.



Figura 22. Página interior de *Monografías Histórico-Americanas*

Fuente: Eugenio Larrabure y Unanue (Lima, 1893).
 Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

trabajos en el *Boletín*, titulado “La Antigua Civilización Peruana”. En dicho escrito, el sabio alemán menciona que el territorio de este país es “rico en restos de periodos prehistóricos de alta civilización. Las antiguas construcciones del Cuzco, Tiahuanaco, Pachacamac, así como Chanchán cerca de Trujillo, son conocidas á todos los que se interesan por la historia antigua” (*Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* 30 junio de 1900, 93). Lo interesante de estas incursiones de Uhle fue el énfasis que puso en relación con los monumentos del país, así como la necesidad de ubicar tradiciones arqueológicas distintas de las incaicas:

Pero se viene observando, desde algún tiempo, que los monumentos antiguos y los restos extraídos de las tumbas, que se hallan esparcidas por todo el país, llevan caracteres distintos entre sí, sin que por este motivo pueda considerárseles inferiores a los del Cuzco en cuanto al grado de civilización que ponen de manifiesto. (*Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* 30 de junio de 1900, 94)

En junio y diciembre 1904, en el *Boletín* se recogen ya algunos trabajos que se centran en el análisis arquitectónico de los monumentos; particularmente, los de Carlos Oyague y Calderón. Por ejemplo, en el estudio titulado “Las ruinas de Intihuatana. Ligeros apuntes sobre arqueología peruana y sobre la astronomía de los Incas”, el autor hace algunas anotaciones respecto a estas ruinas cercanas al Cuzco. Su trabajo cuenta con algunas muestras de la arquitectura monumental del lugar, y en su mayor parte es un ejercicio arquitectónico descriptivo en el que se intenta cruzar la información con las formas como estos pueblos vivían de acuerdo con los solsticios. Oyague termina su ensayo diciendo:

En el pueblo de Pisac se encuentran por todas partes restos antiguos, *que debieran ocupar los escaparates de un museo*, empleados en los objetos más viles, como lozas umbrales de míseras chozas, bebederos donde hocean los puercos, muchas bellezas enterradas entre estiércoles é inmundicia de los corrales.

El autor sigue su relato considerando que:

Felizmente se ha contratado últimamente en Europa por el Ministerio de Fomento, un arqueólogo que vendrá á estudiar nuestras ruinas, recopilar

datos y coleccionar objetos para la formación de un museo que será la base de serios estudios arqueológicos, los que traerán mucha luz sobre los primeros albores tan poco conocidos de la historia peruana. (*Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* 1904, 195)³⁵

Oyague estuvo preocupado por la recuperación de la arquitectura monumental de la zona, e insistió en la necesidad de promover los estudios arqueológicos. En la nota muestra su satisfacción frente a la contratación de Max Uhle —a quien se refiere—, que se concretó en la fundación del Instituto Histórico del Perú. Oyague, además, conceptuó que los arquitectos locales deberían

[...] conocer todo lo que se ha hecho antes de él en el país, y estos estudios pueden tener gran influencia, hechos por un espíritu que sepa librarse de la copia servil [...] En apoyo de esto puedo citar el hermosísimo modelo de arquitectura azteca que figuró dignamente en su originalidad y armonía, como pabellón de México, en la exposición de París de 1889. (*Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* 1904, 416-417)

Estas ideas de la “copia servil” o de una “autenticidad” en esas edificaciones inauguran el espíritu de los estudiosos del siglo XX. Aunque no hemos localizado en estos ejercicios intelectuales un fuerte nexo con las prácticas del coleccionismo, salvo la cercanía de Eugenio Larrabure y Unanue con algunos coleccionistas, consideramos que la presencia de todos estos trabajos demuestra un naciente espíritu “nacionalizador” de las manifestaciones culturales; en particular, de aquellas ligadas a una existencia material localizada en territorios específicos de la nación.

* * *

Entre la Sociedad Geográfica de Lima, las labores de Antonio Raimondi y los intelectuales locales que interactuaron en la publicación del *Boletín*, hemos buscado algunos puntos de contacto en la trama donde una materialidad, profusamente cultivada en las colecciones, pasa de ser una antigüedad deslocalizada,

³⁵ El énfasis es nuestro. Oyague se refiere a Max Uhle; las noticias de su visita ya eran conocidas por los miembros de la Sociedad.

vista desde el halo de las civilizaciones universales, a ser ubicada en la óptica de lo nacional, desde proyectos orientados por el Estado. Hablar de antigüedades peruanas articuladas a un programa, como el de la Sociedad y el *Boletín*, supone el ejercicio intelectual que necesita construir referentes y localizar escenarios de contactos. Si la historia del Perú se encontraba en las innumerables “huacas”, como lo mencionó Eugenio Larrabure y Unanue, esos vestigios tenían que pasar a ser parte del relato de nación, no solo imaginariamente, sino también materialmente, para poder ser proyectados como parte de una nación.

En un país donde imperó una constante tradición ligada al tráfico de objetos y a la existencia de coleccionismos privados, que fueron a parar a museos en el exterior, explorar estos lugares de producción del conocimiento nos puede orientar a una mejor lectura de cómo se construyó una representación del pasado a escala local, los vínculos con los objetos y la creación de institucionalidades culturales estatales, dedicadas a esa tarea de rescate, así como la labor de los intelectuales andinos en estos procesos.

Capítulo 3

Coleccionistas, objetos precolombinos y museo.

Un relato de las antigüedades en Colombia en el ocaso del siglo XIX

*Los sepulcros son los depositarios casi únicos de los objetos que
pudieran arrojar alguna luz sobre su historia.*

ERNESTO RESTREPO TIRADO, *Ensayo etnográfico y arqueológico
de la provincia de los Quimbayas en el Nuevo
Reino de Granada* (1982, p. V).

Los objetos cuentan historias, se encuentran entre historias y coleccionan historias. En el primer capítulo pudimos mirar cómo en la donación de las piezas de oro del llamado tesoro quimbaya aparecía todo un entramado complejo diplomático de la época y algunos imaginarios en torno al oro y el vestigio precolombino. Los favores obtenidos y los agradecimientos por dicho gesto formaron parte de la historia de cómo los objetos deambulaban en una red de intereses de carácter transatlántico y en consonancia con las dinámicas generadas en el interior de cada Estado-nación. Junto a dicho tesoro viajó también un libro titulado *Catálogo General de los objetos enviados por el gobierno de Colombia a la Exposición Histórico-Americana de Madrid*, publicado en 1892. Los hacedores de dicha producción editorial fueron Vicente Restrepo y su hijo, Ernesto Restrepo Tirado.

En este capítulo haremos un acercamiento a Vicente y Ernesto Restrepo, no en su papel de encargados de la exposición —miembros de la comisión de protohistoria para dicho evento—, sino como *intelectuales-coleccionistas*. Esta figura combinada nos ha permitido introducirnos en una tarea que deambula en

la construcción del ejercicio científico, la dotación de un sentido a lo coleccionable y la promoción editorial. Los Restrepo, más que ningún otro investigador por aquellos años en Colombia, lograron un número interesante de publicaciones sobre el pasado indígena, sus objetos y sus materiales. Introducirnos en su producción editorial nos ha permitido entender de qué manera los objetos precolombinos se articularon a un universo discursivo científico específico sobre el pasado, y pudimos mirar los usos y las estrategias investigativas, sus cruces y sus conexiones.

Queremos recalcar, sin embargo, que existieron varios investigadores interesados en el pasado precolombino, tanto extranjeros como colombianos. Antes de terminar el siglo, tenemos algunas publicaciones de importancia que ya hemos mencionado, como la de Liborio Zerda: *El Dorado: Estudio histórico, etnográfico y arqueológico de los Chibchas*, de 1883, así como el *Álbum de Antigüedades Neogranadinas*, de 1893¹; de Manuel Uribe Ángel, *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia*, de 1885, y de Carlos Cuervo Márquez, *Prehistoria y Viajes. Tierrradentro, Los Paeces, San Agustín, El Llano*, de 1893. También podemos mencionar varios artículos que circularon tanto en el *Papel Periódico Ilustrado de Bogotá* como en la *Revista Ilustrada* a finales del siglo XIX.

La particularidad del ejercicio intelectual de los Restrepo y de sus prácticas de colección tiene que ver no solo con su condición de “eruditos” decimonónicos, sino con cómo su quehacer se articula a una trama compleja de relacionamientos. Con esto queremos decir que, lejos de hacer una biografía que recoja los hechos considerados notables de estos personajes, queremos entender su producción intelectual en una dimensión que integre distintos escenarios. De cierta forma, lo que buscamos, retomando algunas perspectivas de las biografías contemporáneas ensayadas por Giovanni Levi, es comprender “el carácter intersticial de la libertad individual” poniendo al individuo en un “espacio significativo de libertad que encuentra en las incoherencias de los confines sociales y que da origen al cambio social” (Levi 1989, 24-25). Como veremos a

¹ Sobre Liborio Zerda existen algunas interesantes contribuciones, entre las que destacamos la de Verónica Uribe-Hanabergh, “El Álbum de Antigüedades Neogranadinas de Liborio Zerda”, en *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. CIV, n.º 864 (enero-junio, 2017) (Bogotá: Academia Colombiana de Historia), y el de Carolina Venegas, “La imagen arqueológica en la construcción de la imagen de la nación en Colombia. El álbum de Antigüedades Neogranadinas de Liborio Zerda”, *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, n.º 12 (2001): 113-138.

continuación, nuestros personajes estudiados se encuentran en un lugar donde se comienza a configurar una representación del pasado de la nación, articulada a un tipo de materialidad y a su agencia intelectual en la Región Andina. Este espacio develará una conexión y una tensión continuas entre lo local y lo global, desde las cuales se configura un escenario de movilidad de textos, discursos y objetos en distintos horizontes.

La Colombia de mediados del siglo XIX tenía una economía vinculada, en gran medida, con la navegación por vapor², particularmente por el río Magdalena. Esto determinaba una particular relación geográfica entre la capital y los demás núcleos urbanos y puertos. En estas décadas, los presidentes fueron Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849) y José Hilario López (1849-1853), quienes llevaron a cabo un profundo proceso reformista con tintes modernizadores en distintas áreas: comunicaciones, ciencia, ferrocarriles, educación, etc. Hubo un impulso y un crecimiento fuertes hacia el comercio exterior, visibilizados en estrategias económicas como la eliminación del monopolio del tabaco y en acciones como la creación de la Comisión Corográfica, bajo la dirección de Agustín Codazzi, en la que participó una serie de científicos locales que buscaban un reconocimiento de las realidades del país.

Con el interés por el federalismo³, apoyado en la famosa Constitución de Rionegro, vigente en 1863, el país toma el nombre de Estados Unidos de Colombia, se da poder y soberanía a los estados federados y se limita el poder del Estado central. Este periodo fue denominado como “El Olimpo Radical” (Jaramillo, 1978) y se caracterizó por una incidencia del credo liberal como

² Desde el punto de vista económico, uno de los aspectos más significativos de la zona era la especialización regional; así, el área colindante a Medellín había funcionado como el principal puerto minero desde la colonia, además de las zonas de Antioquia y Popayán. En el caso de regiones como la de Bucaramanga, los textiles fueron los motores económicos desde la colonia. Las características particulares geográficas del país fueron de los factores determinantes en la conformación de su dinámica económica; por ejemplo, un viaje de Cartagena al centro del país podría tomar de seis a ocho semanas, y de Bogotá a los puertos, de tres a cuatro semanas. Sobre estas características histórico-geográficas, véase, Jaime Jaramillo Uribe (1978).

³ Algunos autores han señalado que este federalismo radical consolidó las oligarquías regionales y privó al Estado central de la capacidad para mantener el orden público, lo que fue minando su injerencia directa en el territorio. La crisis económica del tabaco, en 1880, empeoró la situación socioeconómica. Para mayor información, véase, Jorge Orlando Melo (1978).

doctrina ideológica, expresado en un interés en el plano educativo público —fundación de las escuelas normales—, la reapertura de la Universidad Nacional en 1867, el impulso a la ciencia, la libertad de prensa, etc. El nexo de Colombia con las potencias preponderantes de la época fue estrecho; particularmente, porque, según algunos autores, muchas de sus élites (Melo, 1978; Deas, 1989; Martínez, 2001) se formaron en Inglaterra y Estados Unidos.

La Constitución de 1886 adoptó varias características que pretendían centralizar el poder en el gobierno, bajo un modelo autoritario. En este periodo conocido como la Regeneración varios cambios se hicieron efectivos: los estados federales pasaron a convertirse en departamentos y se unificó el país bajo la religión católica; en esas circunstancias, el presidente asumió los poderes totales. Además, se estableció una serie de restricciones para el derecho al voto y la libertad de expresión, bajo la figura de “censura previa”. Se restituyó la pena de muerte y se eliminó el libre comercio de armas.

De esta manera, y bajo la potente influencia de figuras como la de Miguel Antonio Caro Tovar, se promovió un ideario de corte hispanista y una suerte de “cristianismo práctico” que pretendía “llenar” ese vacío moral que conllevaba la vida moderna (Henderson 2006, 20). Si el llamado Olimpo Radical había parecido el paraíso del liberalismo colombiano, el periodo de la Regeneración suponía una preponderancia ideológica conservadora. Así, “el sistema no dejaba ninguna posibilidad de representación a la minoría liberal” (Deas 1991, 285), lo que promovió una serie de movilizaciones migratorias de los liberales radicales hacia otros territorios, como, el ecuatoriano, para refugiarse del modelo establecido en Colombia. Entre las presidencias de Carlos Holguín (1888-1892) y Miguel Antonio Caro (1892-1898), se controlaron los embates liberales de la época de una manera particular, no solo fraccionando a los partidos políticos de distinta vertiente ideológica, sino generando dos conflictos clave: el de 1895 y la llamada guerra de los Mil Días, entre 1899 y 1902.

3.1. Vicente, del minero-científico al historiador: viajes circulares

Es indispensable dar un nuevo rumbo á los estudios etnográficos y arqueológicos relativos a Colombia, pues por el que se ha llegado hasta hoy no es posible obtener otro resultado que enmarañar la Historia y oscurecerla.

VICENTE RESTREPO, *Los chibchas* 1895, VI

Vicente Restrepo (1837-1899) nace en Medellín y es miembro de una familia acomodada económicamente y de estrato social alto. Su padre, Marcelino Restrepo, lo envía a París hacia 1851, para que estudie en las Escuelas Cristianas en Passy. Sus años en la capital francesa marcan lo que sería su carrera posterior en las Ciencias Naturales y su interés en el campo minero. En París estudió química, mineralogía y geología; posteriormente se trasladó, antes de su regreso a Colombia, a Freiberg (Sajonia) y pudo visitar sus minas de plata, así como estudiar los métodos metalúrgicos practicados en la zona. Vicente retorna a Antioquia en 1857 e instala un pequeño laboratorio químico con unos hornos para fundir y ensayar con el oro de las minas de la región: El Zancudo, Los Chorros, Criadero y Río Dulce.

Es relevante observar que el censo de 1870 había reportado la existencia de 275 ingenieros en el país; la mayoría, formados en el extranjero, como ocurría también con una elevada proporción de los médicos. Según el historiador Jorge Orlando Melo, la creación de la Universidad Nacional en 1867, cuya escuela de ingeniería retomaba las tradiciones del Colegio Militar, fundado durante el gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera, y la fundación de la Escuela Nacional de Minas en Medellín, en 1887, permitieron la consolidación de la profesión de ingeniería, cuyo impacto sobre la construcción de carreteras y ferrocarriles y sobre algunos avances tecnológicos no fue desdeñable. Buena parte de las innovaciones tecnológicas durante el siglo provinieron, sin embargo, más que de los avances de la educación formal, del aporte de los inmigrantes que introdujeron nuevas formas de laboreo minero, y, a veces, agrícola (Melo 1996, 64-65) (figuras 23 y 24).

Antioquia se registra como la zona con mayor crecimiento de población: del 11,6 % al 21,3 %; es decir, en 10 puntos entre 1851 y 1912, vinculado ello al comercio estimulado por el café o la minería; ciudades como Medellín comprendían poblaciones de más de 50.000 habitantes (Melo 1996, 63). Cabe señalar que a partir de 1850 se comenzó a tratar el mineral en bruto, así como los procesos de fundición y ensaye de los metales. En este tipo de empresas participaron, por ejemplo, la sociedad El Zancudo y la Western Andes Mining Company, iniciativas empresariales que requerían el montaje de equipos industriales para la transformación del mineral (Ocampo y Botero 2003; Botero 2007; Brew 2000). Para 1880, ya funcionaban tres laboratorios para el estudio de los metales y su producción en Medellín —uno de ellos, de Vicente Restrepo y su hermano— promoviendo una producción aurífera con fuerte salida internacional. Cabe

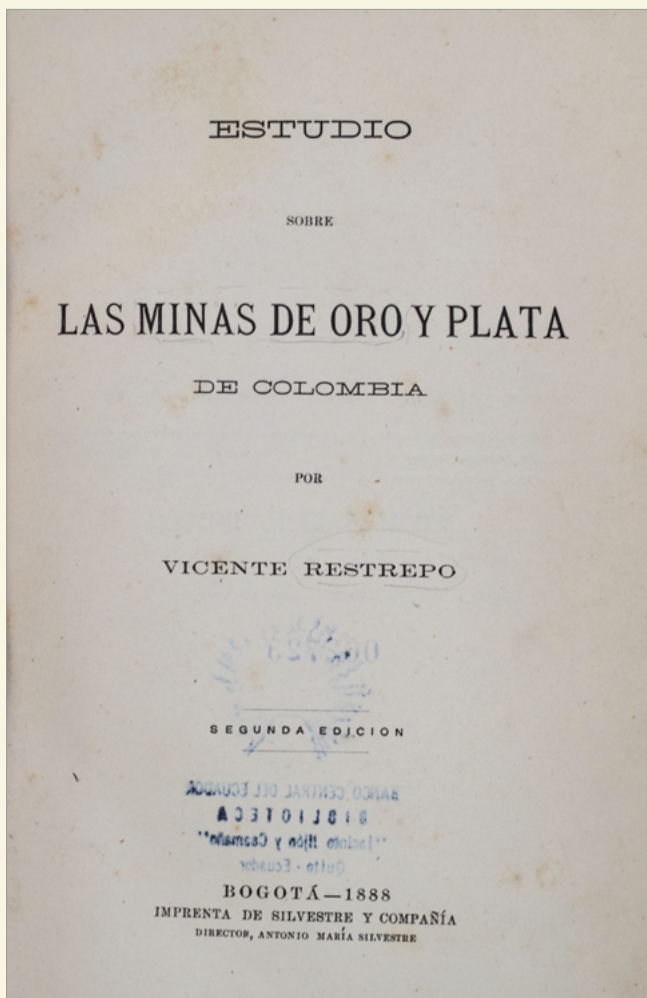


Figura 23. Ejemplar del libro *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia*

Fuente: Vicente Restrepo (Bogotá: Imprenta de Silvestre y Compañía, 1888).
Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio.

Si á los cálculos del Barón de Humboldt les pusimos la tacha de diminutos, los de Soetbeer pecan por el exceso contrario; son evidentemente exagerados. La verdad está entre los dos extremos.

Este autor distribuye la producción de oro por períodos conforme al cuadro siguiente:

| Período. | N.º de años. | Totales. | Producto anual. |
|-------------|--------------|----------------|-----------------|
| 1537 á 1600 | 64 | \$ 89.280,000 | \$ 1.395,000 |
| 1601 á 1640 | 40 | 83.700,000 | 2.092,500 |
| 1641 á 1660 | 20 | 48.825,000 | 2.441,250 |
| 1661 á 1700 | 40 | 111.600,000 | 2.790,000 |
| 1700 á 1760 | 60 | 209.250,000 | 3.487,500 |
| 1761 á 1780 | 20 | 55.800,000 | 2.790,000 |
| 1781 á 1800 | 20 | 62.775,000 | 3.138,750 |
| 1801 á 1810 | 10 | 34.875,000 | 3.487,500 |
| 1811 á 1820 | 10 | 20.925,000 | 2.092,500 |
| 1821 á 1830 | 10 | 22.320,000 | 2.232,000 |
| 1831 á 1840 | 10 | 23.017,500 | 2.301,750 |
| 1841 á 1850 | 10 | 23.715,000 | 2.371,500 |
| 1851 á 1875 | 25 | 61.031,250 | 2.441,250 |
| | 339 | \$ 847.113,750 | |

Figura 24. Página interior de *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia*

Fuente: Vicente Restrepo (Bogotá: Imprenta de Silvestre y Compañía, 1888).
Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio.

destacar también que ya para 1887 se funda en esta ciudad la Escuela Nacional de Minas, impulsada por los empresarios de la región, quienes promovieron el conocimiento de saberes prácticos: “los dueños de las minas más grandes contrataron a técnicos extranjeros, sobre todo franceses, alemanes y suecos [...] y comenzaron a la educación científica y técnica entre los habitantes locales” (Murray 1999, 364).

El desarrollo de la minería en la región antioqueña fue el fruto de una serie de condiciones y fenómenos relacionados. Según Brew, existen al respecto seis factores fundamentales: el primero es la formación de una élite con habilidades empresariales; el segundo, la creación de cierto grado de comercio y de especialización dentro de la región, lo que permitió oportunidades para la movilidad social; el tercero, una pequeña acumulación de capital en manos de estas élites e instituciones financieras, lo que propició el desarrollo posterior de la industria cafetera; el cuarto, una mano de obra móvil y dispuesta a un trabajo “disciplinado”; quinto, la introducción y la difusión de conocimientos mecánicos y técnicos, y, finalmente, el comienzo de la formación de un mercado para productos manufacturados, que luego creció con el desarrollo del café (Brew 2000, 103-104). Según Melo (1996), la recuperación de los precios del café y el aumento de la producción de metales preciosos fueron factores fundamentales entre 1887 y 1898, y aseguraron una presencia significativa del país en el comercio mundial. En este contexto Vicente Restrepo desarrolló su interés científico y minero y empezó a ser conocido a partir de la década de 1870 con motivo de la Exposición Nacional, inaugurada en Bogotá el 20 de julio de 1871. Allí participó con una de sus colecciones de minerales, entre las que destacaban las de oro y de roca, así como la presentación de una memoria sobre el oro de Antioquia. Estas contribuciones le merecieron un premio honorífico, consistente en una medalla de oro y dos de bronce. Posteriormente, se asociaría a otro metalurgista de Medellín, llamado Mario Escobar.

En un inicio, Vicente Restrepo se había declarado como liberal. Según su biógrafo Daniel Restrepo⁴, en la época de Mosquera ocurrían muchos ataques contra la Iglesia colombiana, a la cual se veía como fuente de atraso; de hecho,

⁴ Es importante anotar que estos datos biográficos se extraen del trabajo del sacerdote jesuita Daniel Restrepo, quien recogerá de la correspondencia de la familia dichos apuntes hacia la primera mitad del siglo XX. Su texto se titula *Don Vicente Restrepo. Apuntes autobiográficos con comentarios y notas del Padre Daniel Restrepo*, S. J. (Bogotá: Editorial Centro, 1939).

declara Daniel Restrepo en la biografía de este personaje que el apego a la causa liberal de Vicente era férreo y “estaba muy prevenido contra los conservadores, a quienes consideraba enemigos de todo progreso” (1939, 34). Años más tarde, con la llegada del periodo conocido como la Regeneración, cuyos ideólogos fueron Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro, Restrepo cambió de rumbo y apoyó al gobierno de Núñez como secretario del Tesoro y ministro de Relaciones Exteriores y de Hacienda. Ya a partir de la década de 1870 lo vemos como fundador de la Sociedad Católica y en su elección como legislador, lo cual lo vincula claramente al conservatismo. Para aquel entonces ya habían pasado casi dos décadas de presencia de su laboratorio en la zona antioqueña “y había pasado por sus manos todo el oro que producía Antioquia”; como el mismo Restrepo señala en su libro *Estudio sobre las minas de oro y plata en Colombia*, publicado en 1888, “pasó por mis manos oro por valor de cerca de treinta millones de pesos” (Restrepo 1888, 18).

En su función como ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Rafael Núñez, en 1887, firmó el Concordato con la Santa Sede. En el *Informe que el Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Colombia dirige al Congreso Constitucional de 1888*, publicado por Vicente Restrepo en calidad de ministro, se reconoce la necesidad de la presencia de la Iglesia y se enfoca en la firma del Concordato, señalando que “el gobierno procurará que la enseñanza científica no sea de propaganda contra las verdades esenciales de la religión que profesan los colombianos” (Restrepo 1888, 136). En dicho informe Restrepo presenta los beneficios de reconocer los dogmas católicos y la educación moral de los pueblos. Este hecho lo hizo merecedor de la condecoración Gran Cruz de la Orden de San Gregorio Magno, otorgada por el papa León XIII. Este tipo de condecoraciones se entregaba a personas que habían mostrado llevar una vida “intachable”, según la doctrina cristiana, y que, a la vez, promovieran los intereses de la sociedad, de la Iglesia católica y de la Santa Sede. En este sentido, coincidimos con Juan Camilo Escobar en que existía, sin duda, un tipo de “supervisión espiritual”⁵ que intentaba no poner “en cuestión uno de los principales

⁵ De hecho, en la investigación de Juan Camilo Escobar se señala cómo participaron activamente los clérigos y los religiosos en el desarrollo de la ciencia en Antioquia y en Colombia, sobre todo en el campo de las ciencias naturales, desde principios del siglo XIX, y cómo esa práctica continuó hasta el periodo de la Regeneración. Uno de los médicos prominentes del periodo, Andrés Posada Arango, muestra cómo se asocia “la labor del médico, hombre de

elementos del ‘proceso civilizador’ en Colombia: la religión” (2009, 184). Haber recibido este tipo de medallas por el mérito cristiano, considerando que Vicente Restrepo fue uno de los gestores del concordato con la Iglesia católica de 1887, nos da cuenta de cómo diversos escenarios, tanto el religioso como el científico y el político, van engarzando una trama de las maneras como este pensamiento humanístico científico se configura.

Entre las obras publicadas más importantes de Vicente Restrepo, donde combina estos nexos o donde se articulan intereses de todo tipo, sean estratégicos económicos, políticos o culturales, se encuentra el libro de *Viajes de Lionel Wafer al Istmo del Darién, traducción Vicente Restrepo* (1888), primer ejercicio de traducción de corte histórico sobre los viajes de este pirata de origen galés en el siglo XVII, cuyas experiencias fueron publicadas para los lectores europeos hacia 1720, en plena época borbónica. El reconocimiento del territorio del Darién era necesario por sus potenciales económicos y de riqueza, lo que convierte al diario de este viajero en herramienta útil para tal tipo de empresas. Tenemos también su texto cumbre sobre la minería, titulado *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia* (1888), además de otros vinculados a los indígenas, a la arqueología y a la época colonial, entre los que figuran *Los Chibchas antes de la conquista española* (1895); *Apuntes para la biografía del fundador del Nuevo Reino de Granada*; *Crítica de los trabajos arqueológicos del Dr. José Domingo Duquesne*, en 1892. En este mismo año 1892 organiza y publica, junto con su hijo, el *Catálogo General de los objetos enviados por el gobierno de Colombia a la Exposición Histórico-Americana de Madrid*. Restrepo también participó en diversas revistas, como *Revista Ilustrada* (hacia 1891) y en varios periódicos —desde la década de 1880—, como *El Comercio*, *El Diario Oficial* y *El Repertorio Colombiano*, donde publicó artículos especializados en el campo de la minería.

3.2. Entrecruces de la investigación histórica y los oficios

Vicente Restrepo consideraba que el sacerdote José Domingo Duquesne⁶ fue quien estableció “los fundamentos de la arqueología colombiana”; de hecho,

ciencia y experimentos, a la del sacerdote, hombre de iglesia y de creencias, hace aparecer una serie de vasos comunicantes entre los dos mundos” (Escobar 2009, 184).

⁶ Duquesne nació en Santafé en 1748. Recibió el sacerdocio en 1772 y fue el iniciador de los estudios sobre la lengua chibcha y sobre las creencias de estos indígenas. Murió en Bogotá hacia 1822.

dedica un libro entero en 1892 a la obra de este canónigo, a manera de “crítica arqueológica”, titulado *Crítica de los trabajos arqueológicos del Dr. José Domingo Duquesne*. El reparo de Restrepo a propósito de la interpretación de Duquesne era el desconocimiento de las fuentes documentales completas, como las crónicas y otros materiales, que le podrían haber ayudado a que su información sea menos que una “brillante imaginación”.

José Domingo Duquesne —según el relato de Humboldt— había tenido una relación directa con un pueblo de indios, de quienes extrajo toda la información para poder “descifrar” el afamado *Calendario de los Muiscas*. Para Restrepo, estas eran solo descripciones vagas, pues el relato se construyó desde el testimonio de los indígenas del siglo XVIII, con quienes Duquesne tuvo relación. Al igual que en el caso del historiador ecuatoriano Federico González Suárez, existía un total desconocimiento de los posibles usos de las tradiciones orales para la elaboración de las hipótesis que apuntaban a ponderar una revalorización de la lectura de las crónicas y los relatos españoles, en un horizonte comparativo. En su interés por el pasado indígena de su país, Restrepo ya había ensayado la traducción del francés de los viajes de Wafer en el Darién, en el ya mencionado *Viajes de Lionel Wafer al Istmo del Darién*; esta había sido una contribución sobre las visitas de dicho inglés en la colonia y la relación con los indígenas de la zona, a la que nuestro autor le puso mucha atención por las excavaciones que se estaban realizando en la zona del extremo oriental del futuro canal de Panamá.

Vicente Restrepo escribió también sobre los chibchas y buscó ubicar una crítica histórica sobre lo que se había escrito de ellos hasta entonces. Su diatriba se centró particularmente en lo publicado por los viajeros; incluso Humboldt, a quien reprochó: “no brilla el genio de barón de Humboldt, en lo que escribió acerca de los Chibchas; prohió y divulgó muchas de las fantasías de Duquesne y aun las aumentó [...] No comprendió las tradiciones de este pueblo” (Restrepo 1895, IV). Para nuestro autor, dos son las fuentes principales con las cuales fundamentó su estudio titulado *Los Chibchas antes de la conquista española*, publicado en 1895: las crónicas y los objetos. En primer lugar, el autor sitúa el debate en la importancia de realizar una lectura de las crónicas desde el ejercicio del cotejamiento, lo que permitiría, según Restrepo, “valorar el grado de veracidad de los autores”. En segundo lugar, el estudio de los objetos, dentro de un marco general. Aquí señala la necesidad de hacer una lectura de los escasos monumentos de piedra, las pictografías, las piezas de cerámica, de piedra o de

madera, las alhajas de oro, etc. Este examen de los restos materiales debe estar orientado por el documento escrito; es decir, debe hacerse “a la luz de las crónicas y no caprichosamente, [esto] da la medida de su cultura” (Restrepo 1895, x). Es interesante el lugar que otorga a los relatos hispánicos en el momento de la conquista; sin ellos parecería que no podría estructurarse una historia de esos pueblos indígenas.

Además, Restrepo elaboraba una serie de hipótesis sobre este pueblo. Entre ellas, figuraba la caracterización de cuatro escuelas de orfebrería en el territorio precolombino perteneciente a Colombia: la quimbaya, la antioqueña, la chiriquí y la chibcha. En esta clasificación, los quimbayas ocupan el primer lugar “por la maestría y el buen gusto de sus artífices”; plantea, además, que las obras de orfebrería de los chibchas “no revelan, por lo general, gusto artístico; no guardan proporción de las diferentes partes del cuerpo humano; no hay redondez en las formas ni suavidad en los contornos; no se observan en ellas las leyes de perspectiva y del escorzo” (Restrepo 1895, 141). Encontramos aquí una valoración contemplativa estética que acomoda una lectura crítica pensada desde el arte occidental, y que considera la forma y la figura a partir de una mirada que pondera el ejercicio mimético renacentista de la realidad: perspectivas, escorzos, composiciones, lo cual nos sugiere que miraba estos objetos como si estuviera leyendo una obra de arte. Muchos de sus comentarios sobre orfebrería ocupan varias páginas, tomando en cuenta la naturaleza de las aleaciones, el uso y la destreza en la consecución de formas, las semejanzas de los objetos con los de otros grupos, etc.; el lugar perfecto donde emparenta su oficio de la minería con el de observador del pasado y confeccionista de historias de “indios”.

Cabe destacar que su trabajo sobre *Los Chibchas* está acompañado de un *Atlas Arqueológico*, en el cual el autor exhibe parte de las piezas que comisionó el gobierno colombiano para la Exposición de Madrid de 1892, además de muchas de su colección privada —particularmente, de oro—, así como otras de su hijo Ernesto Restrepo Tirado, que eran de cerámica y piedra, y algunas, del propio Museo Nacional. Estas colecciones, de padre e hijo, viajaron a Chicago con motivo de la Exposición Colombina de 1893 y reposan en su museo. Las piezas fueron descritas, catalogadas y fotografiadas, además de señalar sus destinos finales, que fueron el Museo Colombino de Chicago, el Museo Nacional de Bogotá, el Museo Real de Berlín, la colección privada de Nicasio O. Galindo y el museo de los propios Restrepo (figuras 25 y 26).

Figura 25. Ejemplar del libro *Los Chibchas**

Fuente: Vicente Restrepo (París: Librería Garnier Hermanos, 1895).
Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

* Vicente Restrepo presenta en su atlas unas patenas que fueron “obsequiadas por el señor Vicepresidente de la República D. Miguel Antonio Caro, á su Santidad León XIII, junto con otra muy semejante”. Además, en su *Atlas Arqueológico* figuran muchas de las piezas que, al parecer, fueron a las exposiciones de 1892 y 1893.

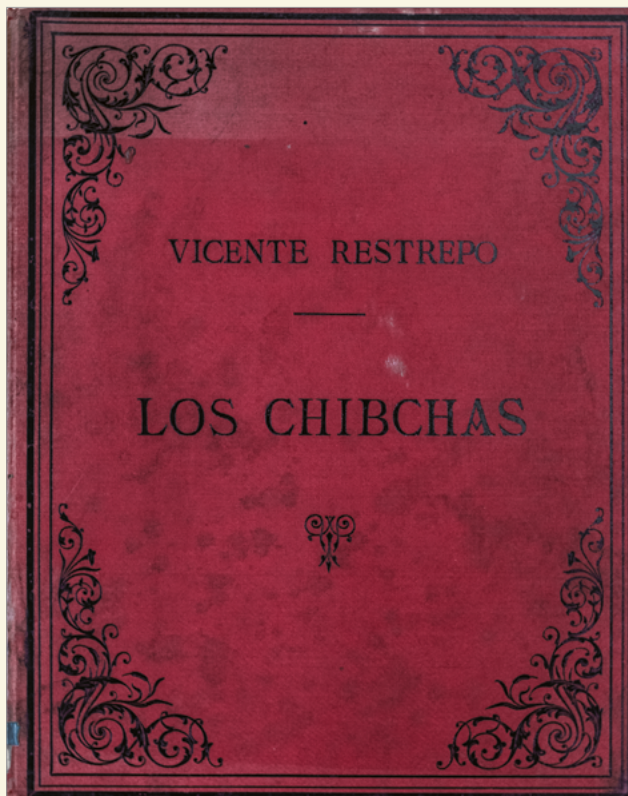


Figura 26. Lámina XXIII de *Los Chibchas*

Fuente: Vicente Restrepo (París: Librería Garnier Hermanos, 1895).
Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.



3.3. Del *ethos* áureo antioqueño

¡Que el modesto libro que he escrito, movido por un sentimiento de amor patrio, contribuya a hacer conocer las riquezas de Colombia, ensanchando los horizontes de su porvenir! Esta es mi más vehemente aspiración.

VICENTE RESTREPO, *Estudio sobre las minas 1888*, XVI

El imaginario sobre el oro en la región de Antioquia y el Quindío tiene larga data. A inicios del siglo XIX, el pensador ilustrado José Manuel Restrepo se refería a la presencia del oro en la zona ponderando las bondades del mineral y sus usos provechosos en un contexto más internacional. En su ensayo de 1809, titulado *Ensayo sobre la Geografía, producciones, industria y población de la Provincia de Antioquia en El Nuevo Reino de Granada*, menciona lo siguiente sobre la región:

Toda su extensión está llena de minas de oro corrido. La cordillera del Quindío, que forma la zona oriental, tiene muchos minerales. Las arenas del Porce, del Cauca y del Nechí, son verdaderamente de oro. Del Valle de los Osos y de los montes, se extraen todos los años grandes sumas. En una palabra, apenas hay arroyo, quebrada o río donde no se encuentre el más precioso de los minerales. (Citado por Escobar 2009, 55)

La zona de Antioquia y las regiones aledañas se habían convertido, para la segunda mitad del siglo XIX, en un área económica en ascenso. Tanto el café como el comercio de metales preciosos le aseguraron una presencia en el comercio mundial. Como lo señala María Mercedes Botero⁷, a partir de la década de 1880, Medellín se convirtió en una zona privilegiada en el comercio aurífero; ya para esa década funcionaban tres casas de fundición y ensaye establecidas por los comerciantes, y entre las cuales se encontraba la de nuestro personaje, Vicente Restrepo, y su hijo Ernesto. Esta autora hace hincapié en la importancia de la inserción de dichos actores en circuitos internacionales, vinculados a Londres y París, a través de su manejo diestro en el conocimiento de los metales,

⁷ Estos laboratorios eran: Fundición y Ensaye de los Mineros de Antioquia, Laboratorio Químico y Fundición del Norte, y Laboratorio Restrepo Escobar (Botero 2007, 127).

así como de las técnicas metalúrgicas. En una época en la que el oro⁸ se había convertido en el patrón del sistema financiero mundial, el manejo de estas destrezas les aseguraba a los actores involucrados una presencia, un prestigio y una movilidad económica, social y política importantes para el país, tanto nacional como internacionalmente.

La obra titulada *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia* es una de las publicaciones más conocidas de la carrera de Vicente Restrepo, no solo por el reconocimiento que obtuvo, sino también, por el número de ediciones que de ella se realizaron en 1884, 1888, 1937, 1952 y 1979. Entre las felicitaciones que recibió por su primera edición, consta la de la Cámara de Representantes, en la sesión del 7 de mayo de 1884, donde se consideraba que su producto editorial

[...] traerá inmediatos beneficios por el interés que hoy despiertan en el extranjero y en el país las empresas de explotación de las ricas minas que existen en el territorio colombiano, las cuales hace conocer el señor Restrepo fundado en hechos histórico y con singular maestría, en su notable trabajo. (Restrepo 1888, 328)

Además de lo anterior, se señaló la necesidad de traducir la obra al inglés, para introducirla en los periódicos más importantes de Inglaterra y Estados Unidos, y con tal fin se comisionó a César Conto. Lo interesante del relato de Restrepo es el potente filo histórico presente en toda la publicación: uso de referencias de fuentes documentales, autores, cronistas, visitas y caracterizaciones del territorio, así como la descripción de la empresa de la conquista en la zona. El autor muestra, además, su capacidad para recopilar información histórica y para corroborar zonas de producción en su momento, y ubicando desde las técnicas prehispánicas hasta las coloniales y las contemporáneas. Su labor como investigador es destacada:

Pasé algunos meses en la Biblioteca Nacional consultando los libros, crónicas y manuscritos que podían darme alguna luz y suministrarme materiales.

⁸ Es interesante también señalar la importancia que tuvo el oro en la conquista de los territorios del oeste en Estados Unidos entre 1844 y 1855, conocida como la *California gold rush*.

Luego examiné algunos documentos en el Archivo histórico de la Biblioteca; de allí pasé al rico Archivo colonial, que reposa en el edificio de Santo Domingo, donde registré o descifré centenares de expedientes relativos a las minas. No contento con esto, me puse en relación con cuantas personas podían darme noticias exactas o franquearme documentos: muchos de los más importantes que consulté los hallé en manos de particulares. (Restrepo 1888, XI)

En este relato se muestra un pasado de riqueza, del oro y la plata como protagonistas, así como de su utilidad en la explotación, lo que logra dilucidar la potencialidad de regiones como Antioquia, a las cuales Restrepo dedica sendas páginas de su libro. En otros relatos recoge testimonios del Chocó y sobre la labor de los jesuitas hacia el siglo XVII: “porque la tierra toda va sembrada/ de venas caudalosas de bueno oro,/ vistas y cateadas por los nuestros/ en diferentes ríos y quebradas” (Castellanos, citado por Restrepo 1888, 52). El oro es el fundamento del pasado por riqueza y del propio porvenir; decía Restrepo: “el día que sus hijos se entreguen con afán á la lucrativa tarea de remover sus aluviones y de explotar sus filones de oro y plata”. Junto con el café, los metales preciosos fueron uno de los factores de crecimiento de la economía colombiana decimonónica, y aseguraron para este país su presencia en el mercado internacional: oro para el presente y oro para el pasado; ambos, como claves de prestigio del país. Por ello, no nos extraña que en una de las partes de su libro se recoja una serie de declaraciones de viajeros extranjeros sobre el oro colombiano desde la colonia hasta el siglo XIX, que concluye: “Terminaremos este capítulo compuesto con datos suministrados todos por extranjeros, invitando á éstos á que vengan á explotar las riquezas que encierra nuestro suelo” (Restrepo 1888, 75) (figuras 27 y 28).

Restrepo articula su actividad minera a la investigación histórica y al trabajo de archivo: los documentos le proporcionan datos útiles y prácticos para localizar minas de oro y plata, y, a la vez, le permiten un mayor conocimiento técnico sobre los metales. No obstante, también este acercamiento le permitió formular algunas tesis sobre los indígenas —o “tribus bárbaras”, como las llamaba— de la zona de donde extraía las piezas y de lugares de actividad minera por tradición. De hecho, el *Catálogo* de 1892 es una muestra de este ejercicio ubicuo de producción de conocimiento sobre la zona y sus potenciales intrínsecos.

Figura 27. Contratapa del libro *Geografía y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia**

Fuente: Manuel Uribe Ángel (París: Imprenta de Víctor Goupy, 1885).
 Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

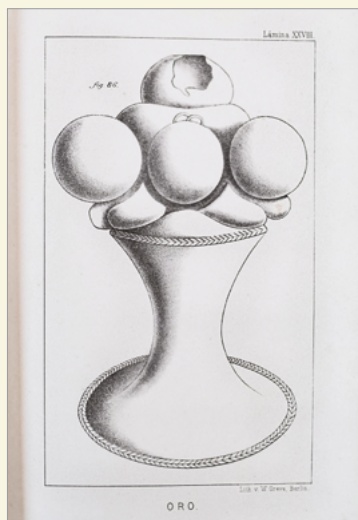
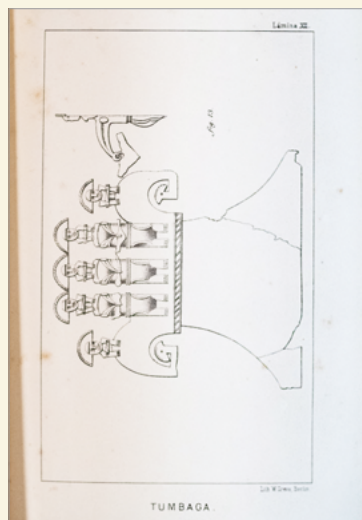


Figura 28. Páginas interiores del libro *Geografía y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia**

Fuente: Manuel Uribe Ángel (París: Imprenta de Víctor Goupy, 1885).
 Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

* En las imágenes del libro de Manuel Uribe Ángel es interesante ver cómo la figura del conquistador español Robledo aparece en medio de figuritas precolombinas de cerámica y oro (arriba). Abajo: representación de varias piezas precolombinas, tituladas solamente como "oro".

El nexo de *minería-territorio-pasado* se activa y opera como proveedor de conocimientos, enmarcados dentro del vínculo primario de este tipo de indagaciones⁹.

Como ejemplo de lo anterior, la historiadora Miruna Achim estudió a William Bullock en México. Este viajero publicó en 1823 los libros sobre este país y organizó en Londres la primera exposición recreando el ambiente del México antiguo. Bullock plasma la imagen de un lugar grávido en oportunidades, y que solo un viajero emprendedor podría convertir en fortuna segura. Él trabajaba la idea de una cercanía entre la antigüedad mexicana y la egipcia. Según Achim,

Para Bullock, desenterrar ídolos era un pasatiempo que se nutría de la misma convicción que movía su actividad principal en México, la especulación minera: la certeza de que las riquezas argentíferas o culturales de México no eran muy evidentes para los mexicanos mismos y de que ambas permanecerían sumidas en el olvido y en el abandono hasta que alguien como él, intuyendo su valor, las reclamara. (2013, 100)

La diferencia entre el trabajo de Bullock y el de Restrepo es, quizá, el halo nacional que va a configurarse en torno a los vestigios precolombinos. Estos nexos se tensionan en distintos horizontes: el de un viajero “extranjero” y el de un político y minero que es, además, historiador de la “patria”. Ese oro, que como metal estudiado tiene un valor de transacción, se transformará después en objeto: uno ya cargado de valor por su material, y que, desde la confección de una mirada sobre el pasado y las conjeturas elaboradas desde él, también se convertirá en evidencia “civilizatoria” de la vida de la región.

3.4. ¡Batatabatí!: Los “indios” y el oro

De esta pequeña nacionalidad, que sobresalía entre todas las tribus colombianas por su amor al arte, no nos quedan sino escasos recuerdos; de su lengua sólo se conservan unos pocos nombres propios y una palabra que resume su efímera existencia: ¡batatabatí!

Es decir, ¡ea! ¡Juguemos, gocemos, pasemos alegremente la vida!

VICENTE RESTREPO y ERNESTO RESTREPO TIRADO, *Catálogo*, 1892

⁹ Empero, este nexo de mineros no es único, y parece ser una práctica común en la zona. En una carta recibida por Liborio Zerda en 1882, y publicada en su texto sobre los chibchas, un señor Manuel Vélez, antioqueño y antiguo propietario de minas en esa región, le señala una circunstancia particular respecto a su colección de piezas arqueológicas, y manifiesta su interés en que ella debería reposar en algún lugar, en un museo.

Según Restrepo Tirado, la palabra *batatabatí* resumía el carácter de un “pueblo frívolo”: el indígena; era algo así como “su moral”, el lugar donde se “arreglaba su conducta” (Restrepo Tirado 1912, 30). Este vocablo, sugerido por el propio investigador, da cuenta de cómo opera la mirada del intelectual en aquella selección de imágenes y discursos que quieren reconstruir el sentido de la historia de un pueblo. En esta idea nos enfrentamos a la construcción de una alteridad desde la óptica del pensamiento civilizado, siempre a la medida de sus valores y sus convenciones sociales y culturales. El pueblo “frívolo” da cuenta más del relator que del relato contado en sí mismo. La existencia “efímera” —como figura en el epígrafe— sugerida por estos autores supone una construcción de un pasado relámpago de este pueblo frente al relato armado que ellos mismos podían escribir en un devenir del tiempo.

Al referirse a la riqueza del territorio antioqueño, Vicente Restrepo hacía uso de las crónicas de los españoles para caracterizar la zona; así anotaba, por ejemplo, sobre una de ellas, donde se señalaba que los habitantes de la zona “eran y son riquísimos de oro á maravilla. Cuando los descubrimos me acuerdo se vieron indios armados de oro de los pies á la cabeza” (Restrepo 1888, 7). Esta figura, relacionada con la estética atribuida a la existencia de estos indígenas, aparecía también en el estudio de Ernesto Restrepo (1912) sobre los quimbayas, “indios” que se *cubren de oro* para todos sus quehaceres:

El indio acudía á la pelea como á sus fiestas, aderezado con sus principales riquezas. ¡Qué hermoso aspecto debía de presentar un batallón de aquellos fornidos guerreros, flotando al viento los hermosos penachos de plumas y luciendo al sol *las coronas de oro y los bruñidos cascos; las placas que cubrían sus pechos á manera de grandes medallas;* los fotutos é instrumentos de oro; las narigueras, los pendientes, los collares, las fajas que engalanaban las narices, las orejas, las gargantas, las cinturas, los brazos y las piernas; *los pequeños adornos de oro que brillaban en sus maures; y levantándose por encima de aquella plumajería las banderas recargadas de dijes de oro!* ¡Y qué ruido tan agradable y que éstas producirían cuando el viento las hacía ondular, uniéndose al tictac metálico de las chagualetas, el ruido de los

cascabeles y carreteles que á profusión adornan las banderas y vestidos!
(Restrepo Tirado 1912, 42)¹⁰

El indígena quimbaya aparece valorado en su componente estético vinculado al oro. No es un sujeto: es un portador de objetos. Además, el interés se marcaba en las actividades que realizaba y que rodeaban una exposición pública de estos objetos. En cierto sentido, como lo señala García Botero (2010), estos letrados decimonónicos trabajan sobre un “modelo idealizado de belleza” en torno al cual elaboran una densidad estética de los vestigios que es valorada. Las piezas de la colección quimbaya pertenecen a la región del Quindío y fueron recuperadas por los guaqueros que las encontraron. Los colectores de la conmemoración del descubrimiento no dudan de su autenticidad: es más, señalan que esta colección que adquiere el gobierno colombiano “está comprobada con un expediente lleno de declaraciones de testigos que presenciaron la extracción de las bellas piezas que la forman, de las guacas del sitio de La Soledad, cerca de Finlandia” (*Catálogo* 1892, XII).

La construcción de estos sentidos de valoración de los objetos, de cómo nombrar las cosas y de cómo ocultar a los sujetos se articula al *ethos* áureo que los acompaña. Este *ethos* opera como un doble ocultamiento. En primer lugar, construye una alteridad sobre el indígena que determina su lugar en el mundo y su pasado sobre la negatividad de su yo: el indígena es un portador de objetos; y en segundo lugar, por su desplazamiento desde la percepción estética y material, logra que los vestigios precolombinos se conviertan *en sí mismos* en los portadores de significados culturales. El vestigio representa el testimonio del arqueólogo, del historiador, del minero, sobre el cual deambulan sentidos de acumulación, comparación e inducción. En esta configuración se miran también las formas utilitarias del uso del metal pensado para actividades como la minería o la propia gaaquería, a la que, directa o indirectamente, están vinculados. Su potencia se entiende en tanto fuente de riqueza mediada en mercados y circuitos

¹⁰ Estas descripciones aparecen tanto en la *Revista Ilustrada* de 1892 (en varios números) como en las conferencias presentadas por Restrepo Tirado en el Congreso de Americanistas en 1891, y publicadas el año siguiente, tituladas como *Ensayo etnográfico y arqueológico de la Provincia de los Quimbayas en el Nuevo Reino de Granada* (Bogotá: Imprenta La Luz, 1892). Las cursivas son nuestras.

de distinta índole: el científico, el minero, el coleccionismo de rareza y, como ya vimos, el regalo diplomático.

Lo interesante de esta valoración de las piezas de oro y su apreciable técnica realizada por estas tribus “bárbaras” se balancea con la compleja labor que el propio Vicente Restrepo realizaba en la minería¹¹. El nexa *tierra-mina-riqueza* como proveedor de metales se enmarca, sin duda, dentro del vínculo primario de este tipo de indagaciones. Con esto queremos decir que es remarcable cómo en las declaraciones que se encuentran en el catálogo respecto al continuo trabajo de fundición de metales preciosos —realizado por casi 20 años “dirigiendo en Medellín un Laboratorio”, y donde “tuvo la ocasión de ver la mayor parte de las alhajas de oro que en ese espacio de tiempo fueron extraídas de las guacas antioqueñas”—, señala que “jamás vio una sola cuyo aspecto delatase el estilo chibcha ó el Quimbaya” (*Catálogo* 1892, x): estas fueron adquiridas y fundidas, tuvieron un sentido utilitario con fines mercantiles porque no estaban identificadas con los grupos que eran “reconocidos” como importantes para la investigación o relacionados una trayectoria histórica, como los chibchas y los quimbayas. Las aseveraciones del propio Restrepo sobre la actividad de su laboratorio pueden dar cuenta de la cantidad de material al que tuvo acceso, y sobre el cual investigó sirviéndose de archivos, documentos antiguos y publicaciones que contaban las maravillosas riquezas de aquellas tierras y sus indios.

Tenemos que recalcar la importancia que tenía la zona del Quindío dentro del oficio de la gaaquería a partir de 1885, “año en que empezaron a sacar oro en distintas partes, a partir de esta época hubo un progreso en la gaaquería, sin interrupción hasta 1914, en que ya comenzó la decadencia” (Arango 1929, 10). Se señala, además, que de la zona de Montenegro sacan el oro “por quintales”, noticias que fueron difundiendo a lo largo de la nación, lo cual hizo que

¹¹ Nos llaman la atención los datos recogidos por Daniel Restrepo (1939) —en sentido autobiográfico del mismo Vicente— donde señala que la minería es, sin duda, la “fecunda fuente de riqueza para Colombia” y para su progreso. Así, sus investigaciones sobre este campo específico lo acercaron hacia otro lugar: reflexionar sobre la historia de las minas en el país. Para ello, tuvo que remitirse a un trabajo de archivo. Sus estudios deambulan en el tipo de “utilidad” o “uso práctico” de la minería como fuente de riqueza hacia una mirada sobre el pasado que se asienta sobre la riqueza de los materiales; particularmente, del oro y la plata. Es interesante mirar la densidad que alcanza su conocimiento técnico sobre metales.

la zona se convirtiera en un sitio predilecto para gaaquear¹². De esa manera, esta zona convirtió a la gaaquería en el oficio por excelencia de la región; ese fue “un trabajo muy especializado: con sus reglas y lenguajes propios, se consideraba como una industria extractiva y se asimilaba a la minería” (Gamboa 2002, 71).

En suma, el oro, y todo cuanto pueda ser asociado a él, se convierte en el patrón medible de la riqueza, tanto pasada como presente, así como en el facilitador de estrategias de distinta índole: extractivas, científicas, económicas e histórico-culturales. Por ello, la figura imaginada de los “indios vestidos de oro”, de las minas llenas de oro y de los territorios de riqueza aurífera son puntos centrales para comprender las formas de representación del pasado de una nación, que muestra riqueza y negocia un presente constantemente, con base en los requerimientos económicos y las disputas político-diplomáticas sobre los territorios. La construcción del valor sobre estos objetos precolombinos no radica en los sujetos indígenas históricos ni en sus territorios de origen, sino que está, más bien, en el halo civilizatorio universal ligado al metal que los cobija y les da un sentido histórico en el mundo.

3.5. Legados familiares: una primera mirada a Ernesto Restrepo Tirado

Si bien la labor de Vicente Restrepo, tanto en lo político como en lo editorial, fue preponderante en el último cuarto del siglo XIX, su hijo Ernesto Restrepo Tirado (1862-1948) también iniciaría sus incursiones en el campo de la investigación histórica y arqueológica en estos años, aunque su trabajo tendría una mayor incidencia hacia la primera década del siglo XX¹³. Al igual que su padre, Restrepo Tirado viajó a París en 1875 por estudios y regresó a Colombia en 1877. Participó junto con su progenitor en las comisiones de las exposiciones de Madrid y de Chicago. El padre señalaba, en la biografía que redactó sobre

¹² Como bien lo señala Gamboa, Ezequiel Uricoechea fue uno de los primeros en dar testimonio sobre el oro y el saqueo en la región del Quindío hacia 1854, “Estos terrenos y sus comarcas son riquísimos en antigüedades. Como lo eran también en oro, la mayor parte de estas y de las de loza han tenido aficionados de gusto que las conservan. Sólo la Sociedad Colombiana de Minas ha sacado desde 1826 inmensas cantidades de oro labrado, encontrado por los habitantes en los sepulcros que frecuentísimamente descubrían” (Gamboa 2002, 62).

¹³ Estudiaremos el papel que cumplió Ernesto Restrepo Tirado al frente del Museo Nacional de Colombia.

su hijo en el prólogo del libro de este último, titulado *Estudio de los aborígenes de Colombia*, publicado en 1892, que en 1885, cuando su hijo apenas tenía 23 años, comenzó a conformar su colección de antigüedades indígenas y empezó su afición por los estudios arqueológicos.

Hacia 1887, Restrepo Tirado fue comisionado por la Compañía Minera del Darién para hacer un viaje al interior de esta región; a su regreso, publicó en el *Repertorio Colombiano* la relación de su viaje, donde describe las “costumbres” de los indios darienitas, a quienes observó muy de cerca, “procurando inspirarles confianza para ganar su voluntad”. Desde 1891, tras su regreso a Bogotá, colaboró con varios artículos, particularmente sobre los quimbayas, en la *Revista Literaria* de Isidoro Laverde, y que luego se transformaron en sus escritos publicados en 1892: *Estudios sobre los aborígenes en Colombia y Ensayo etnográfico y arqueológico de la provincia de los Quimbayas en el Nuevo Reino de Granada* (figura 29).

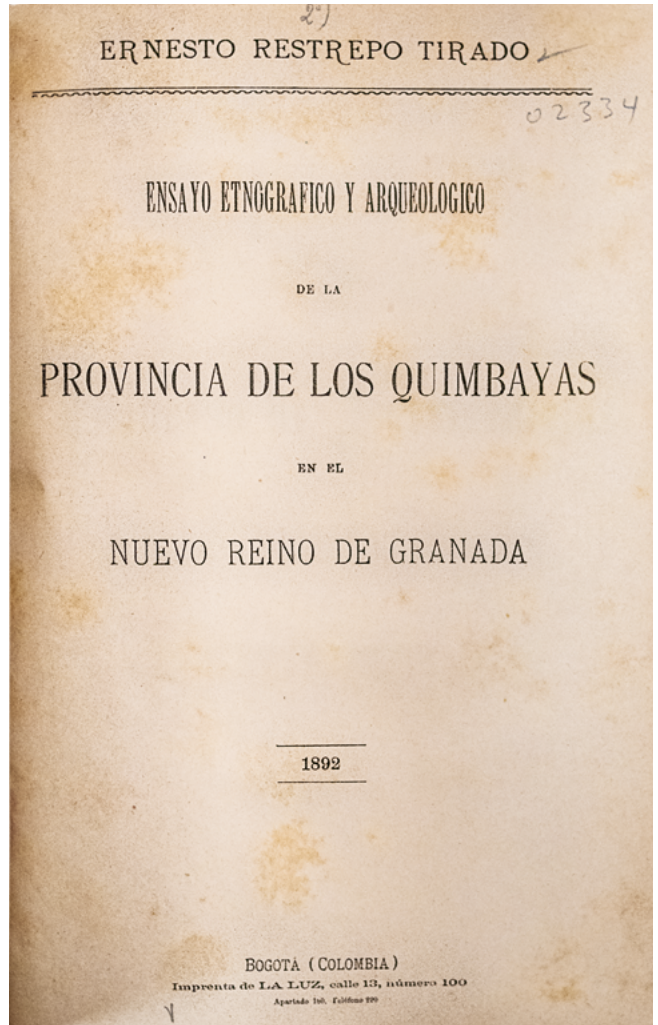


Figura 29. Ejemplar del libro *Ensayo etnográfico y arqueológico de la Provincia de los Quimbayas en el Nuevo Reino de Granada*

Fuente: Ernesto Restrepo Tirado (Bogotá: Imprenta de la Luz, 1892). Colección Nacional del Ministerio de Cultura, Quito.

En el primer libro de Restrepo Tirado, preparado dentro del marco de la exposición de 1892, el autor cuenta su viaje por los territorios colombianos, incluye algunas descripciones sobre los pueblos y hace alusión a las crónicas coloniales y a la existencia de esos mismos pueblos en el presente. En la segunda parte de este libro incluye notas sobre las tradiciones y las costumbres religiosas: por ejemplo, en el capítulo cuarto el autor explica el “simbolismo chibcha” a través de la descripción de los objetos presentados en la exposición de 1892; para ello, usa el catálogo fotográfico realizado por el fotógrafo Julio Racines, donde figuran tales piezas.

La segunda publicación de Restrepo Tirado fue presentada dentro del marco del Congreso de Americanistas, realizado a la par con la exposición de Madrid. En ella, el autor pone énfasis en los objetos de oro quimbaya; si bien intenta detallar algunas características de este pueblo, la mayor parte de sus descripciones son acerca de las piezas de oro y la labor de estos indígenas con dicho metal:

[...] los artífices quimbayas ponían especial esmero en la fabricación de los pendientes para las orejas y las narices. Eran verdaderos joyeros preocupados siempre por crear modelos nuevos para su clientela. Cada vez que se cava una rica guaca se sacan á luz nuevas formas, las más de ellas de esmeradísimo trabajo. (Restrepo Tirado 1892, 33)

El autor sigue describiendo cada una de las piezas, sus formas y sus funciones, incluso señalando la dimensión y el peso de cada una, como lo harían en el *Catálogo* de 1892, pero con algunas especificaciones de las costumbres, la religiosidad, el gobierno, el idioma, la agricultura y las festividades de estos indígenas. Además, en dicho trabajo Restrepo Tirado hace un estudio —acompañado de gráficos— sobre los tipos de enterramientos indígenas.

Hacia la década de 1880, la presencia de su padre en la política se acrecienta con la llegada de Núñez al poder y el gobierno de la llamada Regeneración. La cercanía al escenario político, por la labor de Vicente Restrepo en varios cargos de gobierno, hizo que su hijo se vinculara a este ámbito. Así, para 1888 fue encargado por el gobierno del Consulado de San Francisco en California, para después viajar a Francia a visitar la Exposición Universal de 1889. En 1890 viajó a México, donde conoció a Leopoldo Batres, director del Museo Nacional y reconocido como el fundador de la arqueología moderna del país del norte.

Luego de sus incursiones tempranas en los temas de investigación histórica, Ernesto Restrepo publica los siguientes títulos: *Los Quimbayas* (1912); *Descubrimiento y Conquista de Colombia* (1917-1919) —en tres tomos—; *De Gonzalo Jiménez de Quesada a Don Pablo Morillo* (1928), e *Historia de la Provincia de Santa Marta* (1929), entre otros. Su labor más destacada la cumplirá al frente del Museo Nacional de Colombia, hacia la segunda década del siglo XX, lo cual analizaremos más adelante.

3.6. Del museo decimonónico y sus objetos

La experiencia colombiana en el campo museístico es bastante particular para el contexto andino, debido a la preocupación que existió por generar tempranamente colecciones y guías de museo hacia el último cuarto del siglo XIX. El contexto en el cual se vivenció dicha experiencia fue el proceso político conocido como la Regeneración, que, sin duda, estuvo amparado por el creciente interés en la ciencia y en la construcción de una historia patria. Para ese momento apareció una figura importante en la configuración de una representación del pasado que resguardaba la institución museística: el intelectual Fidel Pombo (1837-1901), uno de los personajes más relevantes en el proceso de reconfiguración del Museo Nacional de Colombia a finales del siglo XIX.

En 1881, con Ricardo Becerra como secretario de Instrucción Pública, se solicitó la reorganización de la institución, y se nombró a Pombo como el encargado de esta agenda. En aquel entonces, Genaro Valderrama fue comisionado para la sección de botánica y en las ramas de arqueología, historia patria, y pintura se designó a Saturnino Vergara¹⁴. Es interesante recalcar la labor de Becerra en la gestión de dicho espacio. Como bien lo señala Amada Carolina Pérez, él estuvo involucrado en la solicitud de objetos a los distintos estados, lo que perfilaba de alguna manera las formas como se estaba pensando la colección, desde antigüedades indígenas hasta objetos coloniales, la historia patria y la mineralogía. Estas formas organizativas mostraban las maneras de entender el pasado y eran un primer paso hacia el proceso de territorialización de la memoria histórica a escala nacional (Pérez 2010, 88). La dirección de Pombo abarcó 20

¹⁴ Conviene señalar que Genaro Valderrama, botánico y escritor, había sido director del museo entre 1849 y 1853, años durante los cuales el museo se encontraba en la ruina, “próximo a una completa destrucción por el polvo y la polilla”, y observaba, además, que “semejante descuido no es honroso para un país civilizado”. Citado por Clara Isabel Botero (2006, 117).

años, a lo largo de los cuales se publican dos guías del Museo, en un intento de presentar y hacer públicos los recursos y los registros existentes en este.

En las dos guías publicadas durante la gestión de Fidel Pombo, tituladas *Breve Guía del Museo Nacional*, de 1881, y *Nueva guía descriptiva del Museo Nacional de Bogotá*, de 1886, hurgamos en el tratamiento dado a los objetos indígenas antiguos. Bajo el título “Objetos pertenecientes á los aborígenes, ó primitivos habitantes de Colombia”, Pombo proporcionaba una serie de características sobre los restos del pasado que reposaban en el Museo Nacional. En la descripción de los vestigios no se recogía información sobre su lugar de pertenencia, sino, sobre todo, respecto al tipo de material con el que estaban elaborados. Se describía cada uno de manera breve, con algunos datos de los remitentes. Así, se señalaba, por ejemplo, la donación de una “estatuita”, tal como se menciona aquí, suministrada por el señor Carlos Manó, adherida a un listado numérico simple. En algunas secciones de la guía se mencionaba la colección que el literato Jorge Isaacs había realizado, y que contaba con piezas de los indígenas, tanto antiguas como contemporáneas. Entre los donantes figuran el presbítero Antonio Castañeda, de Tolima, así como el coronel Anselmo Pineda, el canónigo doctor Piñeros, Pedro P. Pedraza, del Arenal, el general Rafael Ortiz, Luis José Hoyos, Cayetano Cuervo, Julio E. Flores, León Gómez, Pedro Pardo Hurtado, Demetrio Valdez, Manuel Ancízar, Ignacio Osorio y una señora de apellido Raga.

Pombo compiló en estos catálogos los bienes existentes y adquiridos para el Museo. En dichas publicaciones incluyó algunas imágenes y copias fotográficas de algunas colecciones, como las de Koppel, además de algunos objetos de arcilla que, según Liborio Zerda, fueron publicados como gráficas en el *Papel Periódico Ilustrado*. Además, se hacía mención a las fotografías que Julio Racines obsequió al Museo Nacional, en forma de láminas, realizadas para la exposición de 1892, y otras copias fotográficas de José M. Mejía (Pombo 1886, 129). Es interesante observar cómo estas fotos de objetos precolombinos entraron a formar parte de la colección en tanto bienes museísticos.

Cuando hablaba de las antigüedades precolombinas, Pombo se refería a estas como “evidencias” que permitirían “averiguar las costumbres y las artes de los primeros pobladores del país”; se señalaba, además, que era necesario recoger dichos objetos, “seguir completando nuestra historia antigua! Porque muchos de estos objetos han sido convertidos en artículos de comercio” (Pombo 1886, 119). Estas palabras de Pombo nos resultan elocuentes, pues presentaban la

intención concreta de convertir los vestigios de estos pobladores en evidencias de una historia antigua, dejando de lado el vínculo comercial que por entonces se aceptaba que tenían. En su texto, además, el director hablaba de cómo el resguardo de dichos materiales podía facilitar su “consulta pública” (Pombo 1886, 119). En 1888, Pombo continuaba haciendo visible su preocupación sobre los objetos antiguos de los indígenas, pues en un informe al entonces ministro de Instrucción Pública, le notificaba:

El aumento de objetos tanto históricos como curiosos y científicos para el servicio público, es la necesidad más urgente que tiene el Museo Nacional

[...] Se han ido encontrando en nuestro territorio, muchas preciosidades de los aborígenes y se han ido perdiendo para el país, las más veces en manos de simples especuladores en esta clase de objetos. Por esta última circunstancia la colección arqueológica del Museo es menos que rudimentaria y su estudio le estará casi vedado á los colombianos por falta de estímulo y facilidades para hacerlo [...] Donde podrán encontrar nuestros estudiantes ó los establecimientos de educación, colecciones públicas y bién ordenadas que consultar? Qué idea se formarán los extranjeros [sic] investigadores que vistan un Museo tan pobre en medio de tanta riqueza!¹⁵

Esta necesidad de desligar el valor comercial del científico fue característica de finales del siglo XIX, y, como ha señalado Podgorny, la distinción entre “prácticas correctas y espurias” implicó “una pretendida subordinación de los intereses privados a los criterios de la ciencia y al reconocimiento de la autoridad del estudioso” (2005, 237). Fidel Pombo, como hacedor de su museo, también se convertía en el custodio de los objetos anclados a las posibilidades pedagógicas y científicas de dichas evidencias, al afirmar que se necesitan objetos y colecciones bien ordenados para poder incentivar su estudio. Además, en un informe que dirigió al ministro de Instrucción Pública en junio de 1890, ya se ponía énfasis en la necesidad de realizar expediciones científicas en el campo de la arqueología (Botero 2006, 122).

El ejercicio de excavación más conocido en la Región Andina por aquel entonces fue el realizado por Stübel y Reiss hacia 1875, en Ancón. Desde esta

¹⁵ Archivo del Museo Nacional de Colombia. AMNC. Bogotá, Vol. 000-25-27, 14 de agosto de 1888.

experiencia encontramos que se va configurando un panorama amparado en la idea de la excavación como una práctica científica que se iba diferenciando, poco a poco, de la muy reconocida guaquería, oficio bastante popular, por ejemplo, en la zona del Quindío¹⁶. Es importante ingresar en este escenario de transición a la esfera de la ciencia y analizar el papel desempeñado por el espacio institucional del museo frente a estas nuevas prácticas, ya que allí “se jugaría la definición de la identidad de los científicos versus la de los meros comerciantes y aficionados” (Podgorny 2005, 237). De manera incipiente aún, el oficio de Pombo marcó su horizonte hacia esta dimensión; sin embargo, no fue sino hasta bien entrado el siglo XX cuando se asentó esta noción de lo científico, su vínculo con la actividad museística y con las prácticas del coleccionismo.

En 1892, año de la *Exposición Histórico-Americana de Madrid*, Vicente Restrepo envió 91 fotografías de los objetos remitidos, que eran parte de lo recogido por la Comisión de la Exposición¹⁷. Irónicamente, cuatro años antes Fidel Pombo ya había señalado la necesidad de contar con objetos indígenas antiguos en el Museo, y en 1892 fueron regalados 122 de esos vestigios de oro a España, como parte del llamado tesoro quimbaya. Si para alguien como Pombo dichos objetos eran fuentes de estudio y producción de conocimiento científico, para otros en la misma época, como Restrepo y su hijo, también lo eran, pero solo en cierta medida. Como ya señalamos, Vicente Restrepo y su hijo Ernesto, en estos mismos años, fueron actores fundamentales en la Comisión de Protohistoria conformada para la conmemoración de 1892. Ambos se preocuparon por escribir el *Catálogo* de la exposición y de algunos relatos históricos de las

¹⁶ Si bien la práctica científica se irá configurando en las siguientes décadas, nos llama la atención cómo, hasta 1923, año en que se publica *Recuerdos de la guaquería en el Quindío* por parte de Luis Arango, parecerá que la actividad científica seguirá dependiendo de ciertos conocimientos de los llamados guaqueros de la región. Conocimientos, además, transmitidos de generación en generación y que son una constante en la extracción de piezas en esta zona. Por ejemplo, en una reseña publicada con motivo del lanzamiento del libro de Arango sobre la guaquería, Miguel Triana rescata esta sabiduría para el afianzamiento de la labor de la ciencia en el campo de la arqueología; de hecho, Arango, reconocido guaquero y autor del libro, señala cómo en Armenia su hijo y su hermano Gabino Arango y Jesús María Arango, respectivamente, además de otros guaqueros, como Ángel Toro, Ramón Buitrago y Carlos Agudelo, han sido los “más afortunados buscadores de tesoros indígenas”, además de haber recogido “pacientemente las tradiciones y conocimientos de tan curiosas artes antioqueñas” (Triana 1923, 209).

¹⁷ AMNC, Bogotá, Vol. 001-2-3, 12 de septiembre de 1892.

civilizaciones chibcha y quimbaya, y, a la vez, estuvieron vinculados a la salida de los objetos a las exposiciones de Madrid de 1892 y de Chicago de 1893, y conocían de primera mano el tipo de negociación diplomática y material que se realizó con ellos. Sin duda, durante los años de Pombo el Estado tuvo una “política vacilante” (Pérez 2010, 89) frente al Museo, y si bien este logró aumentar significativamente la colección, además de publicitarla a través de la edición de sus dos guías, las formas de valoración de estos vestigios en la esfera pública aún eran paradójicas: su conservación dependía más de los intereses políticos y económicos que de los educativos *stricto sensu*.

Para estos años, las comunicaciones que reposan en el archivo del Museo muestran una fuerte preeminencia de la entrega de muestras minerales, además de existir una marcada preponderancia de la cesión de objetos vinculados a la temática de la Independencia y sus próceres, así como de muestras botánicas y faunísticas del lugar. En los análisis estadísticos realizados por Amada Carolina Pérez (2015) se señala que, a pesar de la importancia que tuvieron para la Regeneración el periodo colonial y el consecuente hispanismo, a lo largo de estos años los mayores ingresos de objetos al Museo fueron los que aludían a la Independencia y a la República. De esta manera, la historia patria fundamentará en la gesta independentista el “mito fundacional por excelencia de la nación” (Pérez 2015, 138).

Fidel Pombo estuvo al frente del Museo hasta su muerte, en 1901. El nuevo siglo trajo nuevos cambios y personajes vinculados con una museística nacional y con la producción del conocimiento desde y por estos objetos. En los años siguientes, el Museo fue administrado por tres personalidades interesantes del ámbito científico y el político: Wenceslao Sandino Groot, Santiago Cortés y Rafael Espinosa Escallón. Hacia 1910 llegó Ernesto Restrepo Tirado, y, sin duda, la institución se tornó hacia un enfoque pedagógico y científico, donde los objetos precolombinos, además de ser restos de la historia antigua del pueblo, serán artefactos científicos y evidencias para la construcción de un pasado de la nación.

* * *

Estos *intelectuales-coleccionistas* se movilizaron en redes de intereses diversos. El pasado y los objetos vinculados con él operan en una dimensión científica de investigación; sus restos se asocian a las comunidades científicas y a sus

discusiones en ámbitos como la antropología física, la craneología, la filología y la arqueología, ciencias que estudiaban la antigüedad del hombre sobre la Tierra; empero, también se asocian a escenarios que podríamos considerar lejanos a su especificidad: el clero, la política y la minería. Estas particularidades de los *intelectuales-coleccionistas* de los Andes nos han posibilitado abrirnos a los espacios intersticiales del sujeto; justamente, los lugares donde parecería no ensamblar el rompecabezas de sus historias, allí donde se construyen los cambios de sentido en relación con las antigüedades americanas, y andinas especialmente.

De esta manera, los intelectuales construyeron un discurso amparado en su potencialidad de observador, de su capacidad para realizar un trabajo de campo, para combinar sabiamente actividades que parecían disímiles —minería y arqueología— y ofrecieron a los círculos de poder, afincados en el gobierno, herramientas útiles para construir la idea de la nación. Periodizaron la historia, construyeron personajes, lugares de culto y objetos de veneración. Como veremos en más casos locales, como el ecuatoriano, estos intelectuales propusieron museos, exhibieron piezas, intercambiaron vestigios y les construyeron un valor hacia adentro. Publicaron sus investigaciones. Negociaron hacia fuera; muchas veces, reconocidos como meros coleccionistas o informantes. En fin, sus tareas permitieron que esta práctica de colección y su agencia intelectual generasen una representación sobre el mundo, y, particularmente, sobre la nación. Simbolizaron, a través de objetos, las historias antiguas de las naciones decimonónicas, ubicaron a civilizaciones perdidas y las dotaron de un sentido para su presente.

Capítulo 4

De publicaciones, colecciones y museo. Las antigüedades precolombinas en el Ecuador en el ocaso decimonónico e inicios del siglo XX

No sé qué pasó en mí cuando hube leído la Historia Antigua del Reino de Quito^[1]. ¡Me puse inquieto y me sentí aguijoneado por una impaciente curiosidad de descubrir y saber todas las cosas de los incas y de las antiguas tribus indígenas, que habían poblado el territorio ecuatoriano antes de la venida de los españoles: así nació en mí no solo diré la afición, sino la pasión por los estudios históricos y por las investigaciones arqueológicas!

FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ, *Memorias íntimas*, 87

Cuando echamos un vistazo a la historia de los museos en el Ecuador nos encontramos con un panorama complejo. Estas entidades han estado a la deriva administrativa y política en muchas ocasiones, y mostrado, por tanto, un desempeño irregular e intermitente. En 1839, durante la presidencia de Vicente Rocafuerte, surgió el primer museo nacional orientado al estudio de las ciencias

¹ Obra escrita por el jesuita Juan de Velasco (1727-1792). Según Jorge Cañizares, Velasco “decidió concluir las historias natural y civil del ‘Reino de Quito’ que había comenzado a escribir en la década de 1750. Velasco despolvo sus notas reunidas durante años de peregrinaje por los Andes ecuatorianos para estudiar plantas, insectos, manuscritos y tradiciones orales indígenas. En 1788-1789, presentó para su aprobación ante las autoridades españolas tres volúmenes en los cuales refutaba minuciosamente las opiniones de los escritores europeos sobre América” (Cañizares Esguerra 2007, 358). Los estudiosos europeos a los que se refiere son Cornelius Pauw y William Robertson.

y al acopio de las primeras colecciones. Esta primigenia institución tenía un carácter heredado de la tradición de museos de historia natural, muy en boga en la Europa decimonónica. En las décadas siguientes, dicho proyecto museal no tuvo seguimiento, y hacia mediados del siglo un viajero de la época llamado James Orton señalaba que el museo se encontraba en ruinas (Orton 1870, 80); sin embargo, en las últimas décadas del siglo XIX aparecen algunos visos de esperanza para la reestructuración de la institución, al adscribirse, en un primer momento, a la Escuela Politécnica Nacional, en 1862, y después, a la Universidad Central, en 1883. En la transición del siglo XIX al XX, varias colecciones se convirtieron en objeto de estudio e interés por parte de los intelectuales de la época, y marcaron el inicio de una incipiente preocupación museológica por el pasado y sus objetos en clave nacional.

En la primera década del siglo XX asistimos a un proceso de nacionalización de las antigüedades precolombinas en la Región Andina (Bedoya 2017; Pérez 2015; García Botero, 2010 y 2009), ligado al nacimiento de los institutos o las academias de historia, que se preocuparon por el museo como proyecto de Estado, y en el caso ecuatoriano, por una sociedad de estudios como un proyecto privado. En estos años surgen en la región la Academia Nacional de Historia, en 1903, en Colombia; el Instituto Histórico del Perú, en 1905², y la Sociedad de Estudios Históricos Americanos, en 1909, en Ecuador. Este proceso de “construcción de una memoria nacional” (Bustamante 2012, 23) supuso la articulación de una política de representación del pasado y estableció ciertas dinámicas que “iban creando el patrimonio histórico” y consolidaron determinadas “prácticas historiográficas” vinculadas a la creación de “imaginarios materiales nacionales” (Podgorny 2010, 8), que amparaban la idea de los orígenes de la nación. Las colecciones —especialmente, de objetos arqueológicos— cobraron interés como sostenedoras del surgimiento de cada una de las naciones andinas.

Los aportes historiográficos locales a la historia del museo nacional en Ecuador proveen información sobre fechas y acontecimientos ligados al surgimiento de estos proyectos museísticos durante los siglos XIX y XX³. Existen,

² Esta relación entre las academias y los institutos con los museos los estudiaremos en el siguiente capítulo.

³ Nos referimos a los trabajos de Elena Noboa (2008) titulado “Los museos nacionales: lugares de la memoria y del discurso de las nacientes repúblicas”, en el que analiza en una gran línea de tiempo algunos momentos importantes del surgimiento del primer museo durante

también, algunas interesantes indagaciones sobre la Academia de Historia, la cual estuvo ligada al coleccionismo naciente a principios el siglo XX y el fenómeno del hispanismo (Bustos, 2017; Capello, 2004); empero, dichos estudios no vinculan el surgimiento de un interés museológico y de coleccionismo de antigüedades realizada por algunos historiadores que fueron miembros de la Sociedad de Estudios Histórico-Americanos. Cabe destacar, en este contexto, el papel del religioso Federico González Suárez, que fue crucial en la construcción de este relato de la nación a través del estudio de objetos precolombinos y del campo de la historia en general.

Con esta perspectiva, el presente capítulo traza un recorrido por el tránsito de los siglos XIX y XX en la configuración de un museo para el pasado nacional del país —llamado Museo Arqueológico—, sus actores y la manera como se construyó la noción de antigüedades. Nuestra principal preocupación analítica tiene que ver con la forma como se configuró un campo de disputa simbólica desde un coleccionismo histórico privado y unas formas de sociabilidad intelectual *no promovidas directamente por el Estado*, a diferencia de otros países en la misma época, lo que estudiaremos más adelante. Nos interesa, por un lado, mostrar la trayectoria de un personaje como Federico González Suárez, quien estuvo activamente participando en dichos proyectos; por otro, queremos destacar la labor de la Sociedad de Estudios Histórico-Americanos y sus actividades vinculadas a generar un coleccionismo de corte científico. Esta última entidad se constituyó en un eje crucial para la comprensión de los actores, las dinámicas y los valores adscritos a los objetos, así como las prácticas de colección que sustentaron estos procesos de construcción de un sentido de lo museal nacional.

4.1. Sobre Federico González Suárez y el convulso tránsito de siglo

Para comprender la manera como se construye un sentido para los objetos precolombinos en el tránsito del siglo XIX al XX y la pertinencia que tendrán

el gobierno del presidente Vicente Rocafuerte, en el periodo posterior al proceso independentista. Otro texto que proporciona algunos datos del primer museo de Historia Natural de la capital es el de María Antonieta Vásquez (2005), y que más que tener un interés en los museos, se centra en la historia del edificio que acogió a dicha institución. El trabajo se titula *Luz a través de los muros: una biografía de un edificio quiteño*. En esta publicación la autora recoge variada información sobre el edificio actual del Centro Cultural Metropolitano, que fungió en tiempos pasados como el recinto de la Universidad Central del Ecuador.

en el establecimiento del primer museo nacional de carácter arqueológico, necesitamos hacer un recuento de la obra de Federico González Suárez en el último cuarto de siglo XIX. Este personaje nació en Quito en 1844 y murió en esa misma ciudad en 1917. Durante su infancia sufrió de varias privaciones económicas; su padre, Manuel María González, de origen colombiano, murió tempranamente, por lo que su madre, la quiteña María Mercedes Suárez, fue la encargada de su cuidado desde temprana edad. Sus primeros estudios los realizó en la escuela de Santo Domingo y en el Colegio de San Fernando.

Posteriormente se enroló en el noviciado de los jesuitas, entre agosto de 1862 y agosto de 1872. Se retiró y viajó a Cuenca, para dedicarse definitivamente al sacerdocio en esa misma ciudad, entre 1872 y 1883, bajo tutela del obispo Remigio Estévez de Toral. Eran tiempos complicados. El asesinato del presidente conservador Gabriel García Moreno, el 6 de agosto de 1875, había puesto en una compleja situación la sucesión del poder, en un país que vivía tiempos de acalorados debates entre ideólogos conservadores y liberales. En 1878, en medio de la crisis que llevó al poder al liberal Ignacio de Veintimilla, González Suárez fue elegido diputado por la provincia del Azuay, por el ala más conservadora.

Entre 1884 y 1895, los gobiernos “progresistas” ecuatorianos promovieron un tipo de lealtad católica y de tolerancia política, enmarcada dentro de distintas acciones educativas y científicas y del fortalecimiento de la institucionalidad del Estado, así como de la promoción editorial y la investigación en distintos campos. Su espíritu publicitario sobre el progreso y la nación transcurría dentro de las contradicciones de la tradición católica y el auge de las ideas liberales. El entonces presidente, José María Plácido Caamaño (1884-1888), logró que el Congreso ecuatoriano, presidido por Luis Cordero, decretara, el 5 de agosto de 1885, la entrega, por el lapso de un año, de la suma de 100 sucres mensuales a Federico González Suárez —quien se encontraba en Europa por sus labores eclesiales— como “comisionado oficial en España para recoger datos históricos y geográficos relativos a la Nación”⁴ (figuras 30 y 31).

En varias de las comunicaciones entre la Legación de Ecuador en España, representada por Antonio Flores, al ministro de Relaciones Exteriores de Ecuador se señalaba la importancia de que el canónigo levantase información para aprovechar “tan favorable oportunidad para obtener los documentos que

⁴ Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio, AHMCP, Quito, Cartas de González Suárez, copia del decreto, carpeta JJ01785.



Figura 30. Retrato de Federico González Suárez

Fuente: César Villacrés, *Federico González Suárez*, c. 1920, óleo sobre lienzo.

Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.



Figura 31. Ilustración de un arqueólogo del siglo XIX*

Fuente: De la colección de Joaquín Pinto, c. 1890.

Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

* Imagen del siglo XIX perteneciente a la colección del artista Joaquín Pinto, que reposa en la Reserva de Arte del Ministerio de Cultura y Patrimonio de Quito. Pinto trabajó como ilustrador de los primeros libros de arqueología de González Suárez.

convengan a la defensa de nuestros derechos en las cuestiones de límites con las repúblicas vecinas”⁵, y notar, además, la relevancia de estos acervos, que podrían salvaguardar los territorios orientales del país. En su viaje, Federico González Suárez recorrió varias bibliotecas y archivos, entre los cuales están los repositorios existentes en Sevilla, Madrid, Alcalá de Henares y Simancas. Después de ese tránsito regresó a América, no sin antes hacer un periplo hacia el sur, donde visitó Brasil, Montevideo, Buenos Aires, Santiago, Lima y otras ciudades⁶.

Cabe destacar que a mediados del siglo XIX el ultramontanismo —el ala más tradicional de la Iglesia católica— era una tendencia surgida durante el pontificado de Pío IX, y que encontró, durante el periodo ocupado por su sucesor, León XIII⁷, nuevos bríos en relación con el vínculo entre el cristianismo y la vida moderna. Este último pontífice logró articular varios ejes de acción: “la cristianización de la cultura, la cuestión social y el diálogo con el mundo moderno” (Luque Alcaide 2003, 76) como elementos fundamentales de la restauración eclesíastica iniciada desde 1878. Durante el pontificado leonino, la Iglesia tuvo a su cargo ciertas estrategias y acciones de tipo diplomático en el panorama internacional⁸, así como la inserción efectiva de las misiones

⁵ Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores, AHMRREE, Quito, *Comunicaciones recibidas de la legación de Ecuador en España*, entre 1839-1905, Tomo I.

⁶ González Suárez, a su regreso del continente europeo, siguió desempeñando el cargo de secretario metropolitano. En 1888 estuvo entre Cuenca y Guayaquil, porque fue nombrado arcediano de Quito. En 1892 se fue a Imbabura y en 1894 se estableció en Ambato, debido a las enfermedades que lo aquejaban.

⁷ La crisis de los Estados Pontificios, que vivió Pío IX durante su periodo, marca un nuevo contexto para las relaciones de la Iglesia con los Estado-nación y la incidencia del catolicismo en el mundo. Esto supuso no solo un tipo nuevo de relacionamiento, o, como algunos autores han anotado, un proceso de “restauración” del deber ser de la institución en la vida católica, o de “romanización”; es decir, la centralización de su institucionalidad desde la Curia Romana hacia un catolicismo global (Montero, 2000; Luque Alcaide, 2003; Saranyana y Grau, 2008; De Roux, 2014; García Jordán, 1991, 1997, 2001; Espinosa y Aljovín, 2014). Tanto en la labor de Pío IX como en la de su predecesor, León XIII, se atendieron los diversos reclamos nacidos de la modernidad; particularmente, en la cuestión social y la formación del clero, así como de la educación y la prédica a los fieles, y ambos pontificados, con perspectivas distintas.

⁸ Entre ellas se destaca la mediación realizada entre el imperio prusiano de Bismarck y España por el caso de las Islas Carolinas, en 1885. Además, en las últimas décadas del siglo existió un interés creciente en Asia, y particularmente en China. Su plan era generar una religión de tintes universales, donde Roma fuera su centro, “La Roma nostra” (Martínez 1992, 283).

religiosas⁹ en distintos puntos del planeta; ello, sin contar, también, con la fuerte y constante preocupación, en la encíclica *Rerum Novarum*, de 1891, por la problemática obrera, y que fue la antecesora del catolicismo social¹⁰.

El conflicto en la Iglesia se fundamentó en las consideraciones propuestas por León XIII respecto al oficio sacerdotal y la no vinculación política; además, este afán de “cristianizar la cultura” debía balancearse con las nuevas dinámicas asociadas a la vida moderna, y esto, sin duda, tuvo sus detractores y sus mediadores. Los obispos de la época, como Miguel León, de Cuenca e Ignacio Ordóñez, de Quito¹¹, por citar algunos —y con quienes González Suárez tuvo una relación estrecha—¹², fueron parte de todo un panorama de innumerables rencillas con la prensa, por su postura ante las manifestaciones de la vida moderna, ya fueran el teatro¹³, la moda, la libertad de cultos, las formas de asociación o hasta la lectura de ciertos periódicos. Sobre esto último, ambos obispos arremetieron con fuerza contra los diarios guayaquileños prohibiendo su lectura y calificándolos de inmorales.

⁹ Sobre el tema de las misiones, en particular las referidas a los territorios amazónicos de los países andinos, se destacan entre las obras más relevantes: Gabriel Cabrera (2002); Natalia Esvertit (2008); Pilar García Jordán (2001; 2010).

¹⁰ Como bien lo señala Pilar García Jordán, durante este papado, el papel de la Iglesia tuvo una resonancia internacional. Esta institución fomentó “la reunión de los episcopados nacionales en asambleas periódicas con el objetivo de elaborar la estrategia a adoptar frente al poder político y la sociedad, en defensa de la institución eclesial y la ideología católica”. Además, se buscaba estimular las formas de asociacionismo entre los católicos impulsando la formación de asociaciones o partidos políticos que funcionaran como “órganos paraeclesiales y, previa aceptación del juego parlamentario, pudieran ocupar los poderes del estado —legislativo y ejecutivo— y defender los intereses católicos” (García Jordán 1991, 305).

¹¹ Sobre estas prohibiciones bajo pena de “excomuniación mayor” se refería el obispo León a los periódicos *Los Andes* y *El Diario de Avisos* de Guayaquil. El obispo buscaba que estos no circularan entre la población a través de correos. Además, los ecos de estas prohibiciones se sintieron en varias partes del país, a través de hojas volantes. El propio Ignacio Ordóñez, arzobispo de Quito en aquel entonces, señalaba, en su *Carta pastoral* de 1889, que las protestas ante la actitud del obispo cuencano son absolutamente reprochables. Para más información, véase, *XXIII Carta Pastoral que el Ilmo. Y Rmo. Señor Arzobispo de Quito Dr. D. José Ignacio Ordóñez dirige al clero y a los fieles de su arquidiócesis (1889)*, (Quito: Imprenta de Bolívar, por F. Ribadeneira).

¹² Del religioso Ordóñez fue su arcediano principal hacia 1882.

¹³ En una investigación sobre el ámbito del teatro hemos detectado este complejo panorama. Véase, María Elena Bedoya y Cristina Burneo Salazar, 2015 (inédito).

En este complejo contexto histórico, la personalidad de González Suárez estuvo atravesada por un universo de contradicciones entre la fascinación por la razón científica, por los descubrimientos y por el credo cristiano. Llama la atención, en uno de sus primeros impresos, sus declaraciones con respecto a lo terrenal y a lo celestial: “para mí, sobre la tierra, nada hay tan grande y hermoso como la santidad; después de la santidad solamente la ciencia” (González Suárez 1877, 10). Este deambular entre lo sagrado y lo humano será una pieza fundamental para comprender su pensamiento. Él era, sin duda, uno de los puntales para lograr este cometido, tanto por el reconocimiento y el prestigio de los que gozaba en su calidad de religioso como por ser un investigador del pasado, una herramienta necesaria para construir la nación.

En el caso de nuestro personaje, sus nexos con el mundo político fueron diversos: por ejemplo, a pesar de la implantación del liberalismo, hacia 1895, se siguió solicitando la colaboración de este religioso para algunas tareas. En esos años, el liberal José Peralta buscó los medios para tener el apoyo de González Suárez a fin de mediar con la Santa Sede. En una comunicación localizada en cancillería, Peralta solicitaba a Honorato Vásquez, político conservador, su mediación con nuestro personaje, quien por entonces fungía como obispo de Ibarra. El objetivo de Peralta era establecer una “misión confidencial” de restauración de las relaciones con la Santa Sede, para pacificar a la población, considerando que dicho obispo era el “único sacerdote a quien el gobierno pudiera confiar misión tan delicada”¹⁴.

La época en que González Suárez se desempeña como investigador estuvo marcada por una fuerte tensión entre conservadores y liberales. En los primeros existió un ala más ultramontana, con personalidades fuertes, como las del obispo Schumacher, de Portoviejo; sin embargo, la figura de nuestro investigador estuvo en un complejo cruce entre la ciencia y la religión, y, particularmente, con las ciencias físicas y la teología, entre la verdad y el dogma; de hecho, según Guillermo Bustos, el momento de mayor tensión que vivió nuestro prelado fue entre 1896 y 1901, con el triunfo de la Revolución Liberal, cuando una reacción

¹⁴ AHMRREE, *Comunicaciones con varias autoridades*, Quito, 21 de septiembre de 1899, Tomo J.1.1.7. Además, existen casos como los de los apoyos constantes del religioso e historiador Enrique Vacas Galindo al gobierno liberal que muestran este interés en apoyar la investigación científica. También podríamos señalar casos como el de Teodoro Wolf, quien desde el gobierno de García Moreno, y durante varias décadas, se dedicó a investigaciones de todo tipo: geológico, geográfico, mineralógico.

conservadora terrateniente se refugió en el sur de Colombia para organizar una afrenta armada contra el gobierno liberal del Ecuador.

En aquel entonces, González Suárez fungía como obispo de Ibarra, lugar cercano a la frontera, y se opuso a tal tipo de estrategias, manifestando que “nuestros sacerdotes se han de mantener por encima de todo partido político [...] cooperar de un modo u otro a la invasión colombiana, sería un crimen de lesa Patria” (Bustos 2011, 76-77). Como bien lo señala este autor, a nuestro historiador lo acusaron de liberal y masón por ese tipo de posiciones políticas, tomadas en plena época de conflicto. Como vemos, en medio de estos convulsos años, González Suárez continuaba elaborando su obra más importante, la *Historia general de la República del Ecuador*, y tejiendo redes nacionales e internacionales que le permitieron conectarse con experiencias sobre lo “americano” en diversas dimensiones.

4.2. Entre ruinas y antigüedades

*...sacerdote disipado, porque, dejando de estudiar la Teología,
me dedicaba a estudios profanos: se me atribuía una
insaciable codicia y no se explicaba mis viajes y exploraciones
en busca de objetos de los indígenas antiguos...*

FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ, 1895

La arqueología es la ciencia de las ruinas.

FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ, 1892

La obra de González Suárez estaba en sintonía con la comunidad de “americanistas” decimonónicos en formación, tanto local como internacionalmente. El canónigo conocía la obra de la mayoría de ellos y estableció claras relaciones con viajeros —Teodoro Wolf y Wilhelm Reiss, entre otros— y construyó una de las bibliotecas americanistas más importantes en el plano regional, desde su ámbito privado de acción. El canónigo relata en sus *Memorias* cómo, además, inició por aquellos años su colección bibliográfica de carácter universal con los más importantes escritores de aquel entonces, desde Humboldt hasta Cantú y Balmes.

Este “americanismo” se constituyó en un trabajo de narrativa e investigación histórica, o lo que Lorraine Daston (2005) denominaba como la configuración de una *scientific community*, surgida durante la segunda mitad del siglo XIX. Esta

comunidad estuvo acompañada de una “suerte de objetividad que apuntaba a la eliminación de lo idiosincrásico y de lo inefable en la ciencia”, que la autora denomina “objetividad comunitaria” (Daston 2005, 133). Contrariamente al dictamen de Guillermo Bustos, de que las investigaciones de González Suárez estuvieron marcadas por “el signo local de soledad intelectual, en el sentido de que no existía una comunidad intelectual de base, o un entramado institucional letrado que las sostenga” (Bustos 2011, 36), nosotros encontramos en el gesto de nuestro historiador una clara necesidad de identificación bajo un prisma universal de objetividad científica, así como del relacionamiento con sociabilidades locales en gestación, que compartían su anhelo por el saber y el progreso. Este fundamento es una especie de ideal epistémico que encierra el “tipo de saber que pueden compartir entre ellos los que saben, sin tomar en cuenta sus particularidades individuales. Dicho más exactamente, quien sabe ya no es un individuo, sino una comunidad ilimitada en el espacio y el tiempo” (Daston 2005, 133).

Es interesante que hacia la década de 1870, González Suárez ya comenzó a identificar a personalidades deseosas de recolectar objetos por interés personal, como es el caso de los azuayos coleccionistas y mineros Antonio Serrano y su hermano Ignacio; además, se vinculó con la sociedad *Liceo de la Juventud*¹⁵, en el Azuay, en la que participaban destacados literatos como Luis Cordero, Honorato Vásquez, Miguel Moreno, Antonio Borrero y Julio Matovelle, entre otros. Esta Sociedad se constituyó en el primer núcleo intelectual de pensadores asentados en la provincia austral, y quienes estuvieron interesados en ejercer un tipo de sociabilidad en torno a la literatura, la ciencia e intereses de estudio comunes. En sus actas de fundación figuraban cuatro áreas de interés para el estudio, organizadas por comisiones: historia, literatura, religión y ciencia. Además, cada uno de sus miembros debía publicar sus investigaciones en el órgano de difusión, llamado *La Luciérnaga*; a la par con estas actividades,

¹⁵ Su fundación tuvo lugar el 12 de octubre de 1873, en la ciudad de Cuenca, y tuvo una vida activa de seis años hasta 1879. Parece ser, según relata Ricardo Márquez Tapia, que tanto el obispo Toral como el jesuita Miguel Franco —que sería rector de la universidad— y Luis Cordero fueron los impulsores tanto científicos como económicos de esta (y de una sociedad antecesora llamada “La Esperanza”). La Sociedad tenía cuatro comisiones: histórica, literaria, religiosa y científica. Su órgano de difusión fue la revista *La Luciérnaga*, auspiciada incluso por el sustituto de García Moreno, y presidente temporáneo, Antonio Borrero. Véase, Ricardo Márquez Tapia (1943).

realizaban funciones dramáticas en teatros preparados para el efecto, así como la presentación de las novedades tecnológicas del momento. El amor por el mundo de lo ilustrado, lo artístico y lo científico se combinaba con las fuertes convicciones religiosas de sus miembros.

En 1878, la primera producción editorial de González Suárez sobre los cañaris estuvo dedicada a quienes fueron sus compañeros en esta Sociedad. Dentro del marco organizativo de la misma se generó una comisión histórica de la cual formaron parte Julio Matovelle, Cornelio Crespo, Honorato Vásquez y Vicente Arriaga. A título de ejemplo, en una corona fúnebre realizada en honor a este último, hacia 1877, se señalaba que una de las labores de Arriaga:

Era de ver las excursiones curiosas, que, en cumplimiento de sus deberes de socio de la *histórica* hacia frecuentemente por los lugares donde parece existir algunos vestigios de los antiguos aborígenes: sacando dibujos y siluetas de sus olvidados monumentos. Últimamente fue a Yunguilla, visitó las curiosísimas ruinas que en ese pueblo existen á las orillas del Jubones. (Corona fúnebre 1877, 4)

Tanto Julio Matovelle como Cornelio Crespo habían publicado en *La Luciérnaga*, órgano difusor de la Sociedad, algunos estudios referentes a las ruinas de Tomebamba y a la Historia de Cuenca; también incluyeron algunos fragmentos titulados “Leyendas indianas”, donde se ejercitaba una suerte de imaginación histórica de personajes indígenas en construcciones literarias.

Si vemos cómo se desarrolla esta relación entre los “monumentos-ruinas” con la representación del pasado que se hace de las ruinas, podemos darnos cuenta de cómo se va entendiendo lo que se consideraría como “arqueología”. Como lo menciona Castro-Klaren, “la arqueología tiene la capacidad de, literalmente ‘enterrar’ a la gente dentro de la tierra y así establecer un enlace inalienable con el pasado como espacio vivido. Al hacerlo, también prueban lo que al colonizador no le pertenece”¹⁶ (Castro-Klaren 2003, 171). En este sentido, lugares emblemáticos se convierten en datos de observación y valoración, son una especie de *archaeospace*, concepto utilizado por Castro-Klaren para

¹⁶ Original del inglés: “*Archaeology had the capacity to literally ‘dig’ the people into the ground and thus establish an inalienable link to the past as lived space. In doing so it also proves that the colonizer does not belong*”. Traducción nuestra.

explicar cómo la perspectiva arqueológica transforma la nación o el territorio de la nación en un campo de la memoria sobre áreas culturales identificadas alrededor de ruinas, templos, ciudades, etc.

En contraposición con lo que podríamos pensar, la disciplina arqueológica durante estos años se encontraba en su periodo de formación, y los trabajos que desarrollaría González Suárez surgen a la par con un clima de gestación, tanto nacional como internacional, de las disciplinas humanísticas. Aunque hablar de una institucionalidad que ampare estas acciones es precipitado para el caso ecuatoriano, las prácticas de asociación al discurso, el ejercicio editorial, el asociacionismo y una primigenia sociabilidad intelectual, así como la generación de una biblioteca especializada, lo enmarcan dentro del espíritu de una comunidad de estudiosos replicada en la multiplicidad de gestos compartidos.

El historiador Guillermo Bustos (2011) señala que en la obra de González Suárez, y particularmente, en su *Historia General de la República del Ecuador*, encontramos cinco convenciones historiográficas que son: el significado del documento y del archivo en la escritura histórica; la composición del relato nacional; los valores que orientaron la escritura histórica; los usos legítimos de la historia, y, finalmente, la representación que se construye sobre el pasado aborigen, la conquista, la sociedad colonial y la independencia. En nuestro caso, podemos determinar que el trabajo con una materialidad requiere otra mirada en el análisis para comprender las formas como los objetos operaron en un contexto dado. Si bien Bustos identifica estas cinco convenciones, deja de lado la especificidad del estudio de los objetos en su propia materialidad, sus medios de interpretación y reproducción, el trabajo de campo, la circulación en distintos y variados escenarios, y la distancia histórica que se establece con dichas producciones realizadas por indígenas del pasado, sobre las que González Suárez realizó su trabajo y, es más, a partir de las cuales lo inició.

Ya para los últimos años del siglo XIX, Federico González Suárez había publicado sus dos obras más relevantes en torno al pasado precolombino del Ecuador: *Estudio Histórico sobre los cañaris antiguos habitantes de la provincia del Azuay, en la República del Ecuador*, en 1878¹⁷, y el Tomo I de su *Historia General de la República del Ecuador*, también conocido como su *Atlas Arqueológico*, en 1892. Ambas producciones editoriales inauguraron el desarrollo de la

¹⁷ Es importante mencionar que su segunda obra fue la *Historia de la Iglesia en el Ecuador*, publicada hacia 1881.

arqueología en el país y, particularmente, se convirtieron en piezas fundamentales de esta disciplina en clave científica. En 1895, tras una serie de problemas por la publicación del Tomo IV¹⁸ de la *Historia General de la República del Ecuador*, lanza su trabajo, titulado *Memorias íntimas. Apuntes sobre asuntos personales, escritos para esclarecer algunos hechos, cuyo conocimiento podrá convenir, acaso, a la posteridad*. En él hace un recuento de su vida personal, eclesiástica y política, además de algunos pasajes en torno a sus intereses intelectuales; particularmente, aquellos vinculados a la historia y a la arqueología. Sobre el *Atlas Arqueológico* hablaremos a continuación.

4.3. Del *Atlas Arqueológico* de 1892: dibujar piezas, localizar orígenes

Para Ecuador, la celebración de la *Exposición Histórico-Americana de Madrid*, en 1892, se volvió un hito en la construcción de la representación del pasado de la nación mediante el uso y la exhibición de objetos. En esta conmemoración de los 400 años del “descubrimiento” de América, el Estado ecuatoriano mandó a recoger una serie de objetos para ser mostrados como representación del país en las exposiciones universales de Madrid, Génova y Chicago entre 1892 y 1893. Como ya lo revisamos, el encargado de la junta fue Leonidas Pallares Arteta, ministro del Interior y de Relaciones Exteriores, además de ser la persona a quien se le confió recolectar objetos para la exposición oficial de Ecuador en dicho evento, mediante aviso público en los diarios.

En medio de este espíritu de recolección promovido por el Estado, a través de la figura de Pallares Arteta, la labor de Federico González Suárez se erige, desde su interés por la ciencia, en herramienta explicativa y analítica del pasado a través de la publicación de su *Atlas Arqueológico*. Este texto participó en dicha exposición como un producto editorial sobre el pasado de la nación y sus orígenes. Para el siglo XIX, la significación del término *atlas* se engarzaba al mundo, a la “colección de mapas” o a “láminas que aclaran el texto de una obra” (*Diccionario* 1853, 145); este sentido, el de la colección de imágenes, fue

¹⁸ La polémica sobre el Tomo IV surge de la lectura histórica que hace González Suárez sobre la Orden Dominicana en el Ecuador durante la Colonia y donde critica duramente su relajamiento social y su falta de orden. Esto le granjeó una serie de problemas con el obispo de Portoviejo, Pedro Schumacher, y varios fieles católicos. Estas quejas, incluso, fueron a parar a Roma y fueron parte de una serie de acusaciones que se le hicieron al historiador.

el denominador común de publicaciones similares en el siglo XIX¹⁹. De esa manera, el atlas se convierte en todo un imaginario visual de aquello que se quiere relatar; da cuenta, a través del uso de las imágenes, de una narrativa construida sobre las cosas, los paisajes, los materiales. El atlas, además, se instituye como una especie de organizador del mundo de los objetos; en el caso de González Suárez, de los precolombinos: es un narrador de historias y un configurador de culturas.

La concepción editorial del *Atlas* de González Suárez está compuesta de dos libros articulados por lo visual. El primero contenía, básicamente, dos cuerpos; es decir, un escrito interpretativo de las naciones indígenas del país, acompañado por una segunda parte, de explicación de las láminas. Esta compilación de 44 láminas contenía dibujos de piezas arqueológicas, fragmentos y mapas de sitio, explicados a partir del primero. En esta publicación el vínculo entre el texto y la imagen muestra un primer desplazamiento de los objetos en clave científica y de interés divulgativo. Ya desde 1878, en su primera publicación sobre los cañaris, González Suárez utilizó este recurso acompañado por las imágenes realizadas por Joaquín Pinto y su esposa, Eufemia Berrio. Para 1892, el *Atlas* presentó una construcción definida y marcada en esta dirección. El dibujo aparece como herramienta que representa el objeto, a fin explicarlo, mostrarlo y amplificarlo para un mayor número de lectores, aun cuando el mismo objeto era un material ya inexistente o de localización desconocida.

Como vemos en la figura 32, la clasificación parte siempre del tipo de material de los objetos, para después realizar otras asociaciones de procedencia y uso. La reconstrucción del *corpus* de objetos presentados en 44 láminas del *Atlas* responde a un trabajo asociativo de varias fuentes y testigos. Por un lado, González Suárez utilizó las mismas imágenes que le sirvieron para su estudio de los cañaris en 1878; a ello agregó varias ilustraciones tomadas de Theodor

¹⁹ Los Atlas toman de referente muchas de las lecturas que hizo el mismo Humboldt al representar visualmente los sitios que visitó; por ejemplo, tenemos su obra *Voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent fait en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 et 1804, par Al. de Humboldt et A. Bonpland; rédigé par Alexandre de Humboldt. Avec deux atlas, qui renferment, l'un les vues des cordillères et les monumens des peuples indigènes de l'Amérique, et l'autre des cartes géographiques et physiques* (París: Chez F. Schoell, Chez N. Maze, Libraire, Chez J. Smith, Libraire, et Guide Fils, librairie, 1814, 1819, 1825). Aquí refiere la relación del atlas con el componente visual como motor de su construcción de evidencia; esta tradición europea se desarrolla particularmente a finales del siglo XVIII.

Wolf, cedidas para el caso, y, finalmente, trabajó con una serie de piezas recolectadas por el religioso Benjamin Rencoret para una exposición en Chile, así como con la donación al Vaticano con motivo del jubileo sacerdotal del papa León XIII, hacia 1887. Una de las lamentaciones del religioso eran las “poquísimas piezas que se han conservado”, además de considerar que la mayor parte de las recuperadas se han “vendido á extranjeros”. De las 44 láminas con todos los materiales, 17 contienen los objetos pertenecientes a González Suárez, entre los que están cráneos, objetos cerámicos y materiales pétreos. En algunas de las láminas no se señala el origen ni la propiedad de los vestigios.

A partir de este sustento visual, González Suárez va caracterizando a cada una de las naciones indígenas que ahora son “ecuatorianas” y las localiza entre las ruinas y los vestigios. Define una primera especificidad de los grupos humanos desde los objetos y su procedencia, pero estas evidencias históricas son consideradas “obras de arte perdonadas por el tiempo”, donde el arqueólogo “rastrea el origen y el estado de cultura y civilización de naciones que han perecido y estaban ya olvidadas completamente” (González Suárez 1878, 2). Este nexo entre obra editorial e imagen devela, además, un sentido estético y contemplativo, que es, a la vez, científico, o que pretende llegar a serlo. No son meras ilustraciones, sino que forman parte de la constitución misma del discurso sobre el pasado, ligado a la preeminencia del objeto en su forma y diseño (figuras 33 y 34).

Así pues, este *Atlas*, presentado en el contexto de la *Exposición Histórico-Americana de Madrid*, y que acompañó los objetos enviados, se constituye en una especie de narrativa visual del pasado de la nación. El cuerpo literario-científico en el que viajaron difiere del expositivo o de colección en sí de vestigios, por cuanto

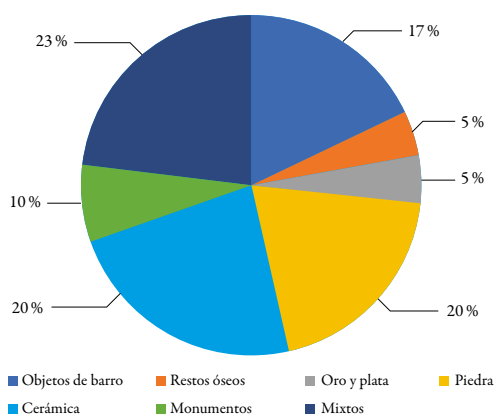


Figura 32. Clasificación por material detallado en el *Atlas arqueológico*, 1892

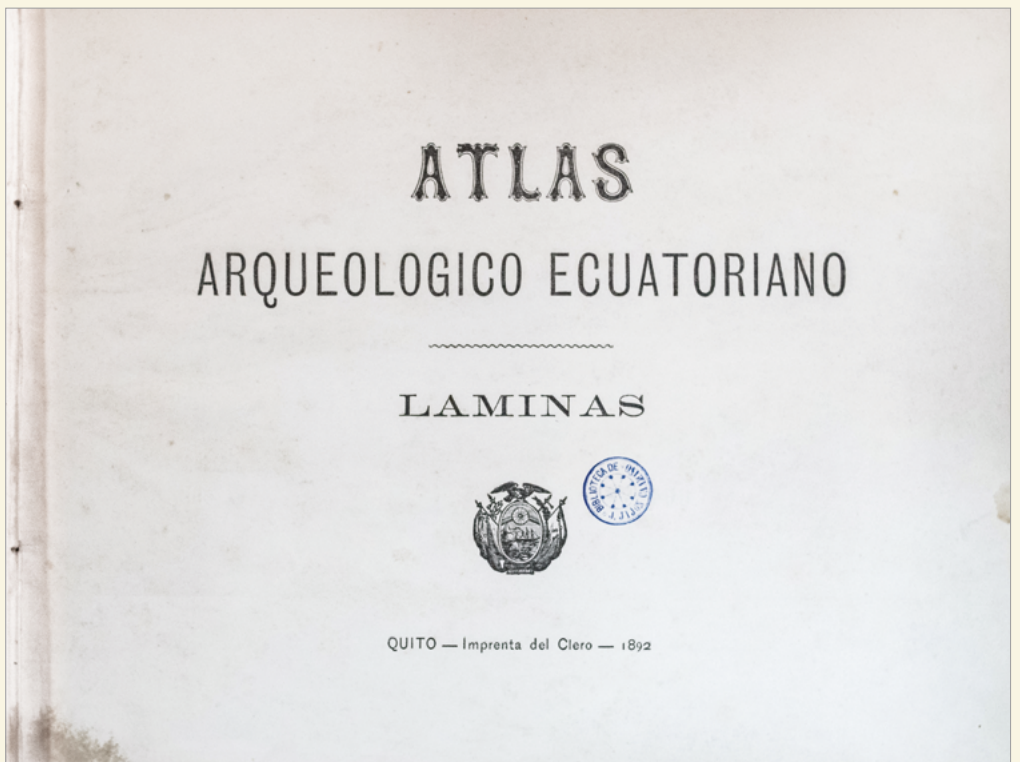


Figura 33. Ejemplar del *Atlas Arqueológico Ecuatoriano*

Fuente: Federico González Suárez (Quito: Imprenta del Clero, 1892).
Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

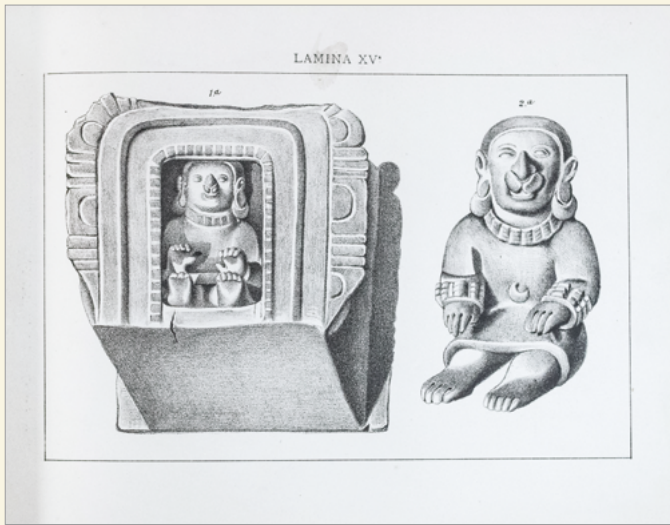


Figura 34. Láminas interiores del Atlas Arqueológico Ecuatoriano

Fuente: Federico González Suárez (Quito: Imprenta del Clero, 1892). Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

este postula un conocimiento “objetivo” del objeto desde lo visual como punto de partida del campo científico analítico. De esta manera, Federico González Suárez marca ese primer relacionamiento de lo visual con la colección; en parte, porque estas antigüedades pasaban de ser recolectadas a ser explicadas desde el relato escrito, amparado por el registro visual para señalar su veracidad, además de no existir, en el caso ecuatoriano, un repositorio institucional como un museo que acogiera dichas antigüedades ecuatorianas. En suma, lo visual se constituye en el fundamento del objeto, y configura para sí la posibilidad del recuerdo.

4.4. De los orígenes de la nación y sus objetos

*En un país donde el ilustre González Suárez ha escrito
la historia patria parece atrevimiento empeñarse
en tratar todavía sobre los Incas.*

OTTO VON BUCHWALD, “Los Incas”, en: *Guayaquil artístico 1904*, 392.

En el relato de M. L. Heuzey, publicado en 1870 y titulado *Le Trésor de Cuenca*, se analizaba un “tesoro de oro” perteneciente al cónsul francés en Venezuela, Eugène Thirion. Esta reliquia había sido comprada en el puerto de Guayaquil y se componía de varios objetos, como adornos, vasos y armas, con un peso aproximado de diez kilos. Se describe de manera detallada dicho conjunto de objetos: cada pieza era considerada *inca*, y a la respectiva técnica metalúrgica empleada se la consideró “*ce luxe grossier et cette imitation exubérante des choses de la nature sont d’ailleurs un des caractères de l’enfance de l’art*”²⁰ (Heuzey 1870, 5). Si para Heuzey estas piezas eran características de una “infancia del arte” y se sumaban a los varios relatos universales sobre los incas y ciertas técnicas constructivas, para González Suárez, ese viaje de los objetos y su estudio podían beneficiar al conocimiento, pero no al mismo que buscaba el estudioso francés. Federico González Suárez apuntaba a buscar ciertos visos sobre los orígenes de las “naciones” ahora “ecuatorianas”; por ello, este tesoro cuencano daba más cuenta del deseo local de la separación simbólica de dichos objetos del relato incaico: “No dudamos que en manos del anticuario esos objetos vendrán á ser el hilo de oro que guíe sus pasos al través del oscuro laberinto de las naciones

²⁰ Traducción: “Ese lujo tosco e imitación exuberante de las cosas de la naturaleza son, de todas formas, una de las características de la infancia del arte”.

ecuatorianas hasta encontrar solución al difícil problema relativo al origen de ellas” (González Suárez 1878, 21).

Estos objetos encontrados, particularmente en la zona austral del país, comienzan a aparecer como móviles de la construcción de frontera en el pasado, un lindero imaginario, material y simbólico que distancia a estos pueblos de los incas, y desde el cual se podría reconstruir los orígenes de la nación “ecuatoriana”. La primera obra de González Suárez, titulada *Estudio Histórico sobre los cañaris antiguos habitantes de la provincia del Azuay, en la República del Ecuador*, es publicada por la Imprenta del Clero en Quito²¹, en 1878. Este preliminar estudio sobre los cañaris se presenta como un trabajo sobre las “antiguas naciones indígenas” que poblaron la República, antes de la venida de los españoles. Las tareas en que se encaminó, a título personal, durante la década del setenta, y que culminaron con su primera publicación de este *Estudio Histórico*, le granjearon una suerte de oposición entre la comunidad religiosa ultramontana, que la consideró una “obra inútil, escrita por un clérigo ocioso, que en cosas de indios perdía el tiempo que debía dedicar al ejercicio del sagrado ministerio” (González Suárez 1937, 5)²².

En las páginas de este texto escrito en 1878, González Suárez señalaba que “no se ha escrito una historia completa y exacta del vasto imperio de los Incas, conocido universalmente con el nombre general del Perú”, y sugiere que el desconocimiento se ha centrado en el interés en de los últimos soberanos incas, y el descuido, sobre las demás “naciones”, a las cuales solo se hace muy poca referencia: una de dichas naciones son los cañaris, antiguos pobladores de la provincia del Azuay. Según el presbítero, solo algunos cronistas coloniales, como Garcilaso, Cabello de Balboa y Cieza de León, o autores como Juan de Velasco o Montesinos, cuentan algo sobre el “gobierno” de los cañaris, lejos de los macrorrelatos sobre el Perú de los incas y de los aztecas en México, que eran polos dominantes de la construcción del discurso sobre el pasado americano, que ya revisamos.

²¹ La imprenta del clero es un lugar preponderante en la producción de varios títulos realizados sobre la historia del país; sin embargo, no se ha realizado ningún estudio sobre su papel de difusión de estas obras en pleno contexto liberal. Valdría la pena abrir una investigación de este tipo.

²² Los comentarios sobre esta obra se recogen en la edición de 1911.

En este punto es importante preguntarnos, entonces: ¿qué entiende por *nación* el presbítero González Suárez? Hemos rastreado en las numerosas publicaciones, no solo de orden histórico, sino en discursos, oratorias y demás materiales de este autor, las formas como él se refiere a la nación, para entender cuál es el significado que tiene para él. En especial, nos llamó la atención el discurso pronunciado por González Suárez dentro del marco de la conmemoración del primer grito de independencia, el 10 de agosto de 1881, y realizada en la Catedral de Quito. En este, González Suárez define y atribuye a los pueblos dos clases de derechos “en punto á su civilización”. Por un lado, está el derecho de nacionalidad; es decir, cuando uno “posee completamente todas las condiciones, que son necesarias para constituirlo en nación separada é independiente”, y, por otro lado, el derecho que se llama “á la nacionalidad”, el cual supone que “cuando poseyendo todos los requisitos para constituirse en nación independiente, vive, en realidad, formando parte de un cuerpo social diferente, llámese éste monarquía, imperio ó república”. Con ello, el autor consideraba que las condiciones indispensables para que una sociedad humana sea considerada una nación radican en que tenga un “hogar propio, límites naturales conocidos y determinados, lengua propia, origen común, identidad de intereses materiales y morales, tradiciones históricas, una religión creída y profesada públicamente, una autoridad que rija y gobierne para bien de todos” (González Suárez 1992, 199).

Las categorías de nación y civilización son utilizadas indistintamente por Federico González Suárez en muchas ocasiones. A la civilización agrega la categoría de cronología para poder explicar, por ejemplo, la permanencia de los incas en el territorio del actual Ecuador; es decir, existe una relación que se extiende en una línea temporal. Para él, la cronología relativa al tiempo se determina en los grados de influencia; por ello, en relación con esta permanencia en el territorio ecuatoriano, es una “civilización moderna”, pues solo se asentó 70 años antes de la conquista española (González Suárez 1904, 10). Es aquí donde la cuestión del estilo de fabricación de los objetos se empa con estas consideraciones sobre la construcción del tiempo. Además, cuando el autor revela qué tipo de civilización es, apela, especialmente, al desarrollo material: técnicas constructivas respecto a las que, por ejemplo, para el caso cañarí, se habla de “primitiva”, mientras *la otra* es la civilización inca. Los primeros son vasos “toscos”, mientras los otros son “delicados”. Esta jerarquía, establecida desde el análisis de los objetos, entroniza el contraste entre material y diseño como herramienta para operar en el terreno de la diferencia.

Según lo anterior, los cañaris se convierten en ecuatorianos, en comparación con los incas, y se abre así una distancia espacial, temporal, material y simbólica respecto al relato incaico, al cual se habían asociado constantemente los restos arqueológicos. Este ejercicio es, metodológicamente hablando, netamente comparativo, y se establece, entonces, la posibilidad de caracterizar a dichos pobladores desde sus vestigios, y a través de ellos se logra construir lo que hemos llamado una *frontera simbólica* para la nación, localizada como un lugar y un espacio en el tiempo desde donde se relata lo cañari y se representa un pasado, un origen: estos indígenas son guerreros, orfebres, agricultores y, por supuesto, ecuatorianos; los incas no lo son.

4.5. De gUAQUEROS, minas y objetos colectados

En los albores del siglo XIX, el viajero germano Alexander von Humboldt²³ inició el interés en la zona austral ecuatoriana y sus monumentos, por las visitas a sitios como el incaico de Ingapirca, que se encontraban en esta región del país. Dichos trayectos fueron seguidos por viajeros extranjeros, quienes realizaron trabajos vinculados a esta zona. Entre los más famosos están Stübel y Reiss, Heuzey, Bamps y hasta el del propio Adolph Bastian, quien visitó el área hacia 1875. Fueron particularmente los “monumentos” y los objetos de tipo inca los que impulsaron este prestigio regional²⁴. La mayor parte de hallazgos de “monumentos”, según señala González Suárez, se han asentado en la provincia del Azuay: Ingapirca, la Vía Real, los restos de los tambos que

[...] atestiguan la grandeza y poderío de los Incas: los vasos, los adornos y otros objetos de oro y de plata, trabajados con exquisito primor y cubiertos algunos de jeroglíficos curiosos, revelan que, en tiempos remotos, existieron en aquella provincia pueblos, de los cuales casi ningún recuerdo ha conservado la historia. (González Suárez 1878, 2)

Hacia la década de los setenta del siglo XIX, Federico González Suárez vivió gran parte de su primera época de formación como historiador y científico en

²³ Aunque ya para el siglo XVIII La Condamine y sus colegas habían puesto cuidado a esta región.

²⁴ Recordemos una corona regalada en el gobierno de García Moreno a la reina Victoria hacia 1862, objeto que procedía de esta región.

Cuenca, ciudad situada en esta zona austral, y que había adquirido fama como enclave arqueológico. Durante estos años de vida en el sur del país, nuestro religioso tuvo siempre el apoyo del obispo Esteves de Toral; gracias a él, conoció a la gente de la región y viajó por las distintas parroquias como visitador pastoral. Esta particularidad le permitió hacer una serie de recorridos por la provincia del Azuay²⁵, financiados por el clero y con el respaldo personal del mencionado obispo.

Entre muchos de los viajeros interesados en los objetos y los monumentos de la zona austral encontramos a Benjamín Rencoret²⁶, provincial de Chile y visitador apostólico de la provincia mercedaria ecuatoriana, durante la década de 1870, y quien publica en 1875 un folleto titulado *Apuntes que deben acompañar a la colección arqueológica americana que el R.P. Visitador Apostólico Fr. Benjamín Rencoret manda á la Exposición Internacional de Chile en 1875*, en el que reúne algunas características del lugar y entrega detalles sobre los materiales que mandó a la exposición internacional de Chile en 1875. Este religioso apuntaba que la “fiebre por escavar *huacas*” presentaba una

[...] bella ocasión para estudiar antigüedades á muy poca costa, pues bastaría asistir á tales excavaciones para pasar en revista objetos importantísimos.

²⁵ En la época referida por González Suárez, la provincia del Azuay era una sola y contenía a las actuales provincias de Cañar y Azuay. Es interesante cómo en las comunicaciones recibidas y durante una breve estancia que realizó en Quito hacia 1880, González Suárez solicita al obispo Esteves de Toral la autorización para iniciar sus contratos con los impresores de su segunda obra. Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Cuenca. AHMCP, código AH3285.

²⁶ Sobre estas dos colecciones mencionadas por González Suárez le comunicará años más tarde, en 1912, el diplomático Carlos R. Tobar a Jacinto Jijón y Caamaño su decepción por el desinterés local frente a la arqueología: “Hace algunos años me encontré en un Museo de Bruselas con una rica colección arqueológica ecuatoriana, formada, si mal no recuerdo, por un Sr. Deville, y más tarde con otra en Santiago de Chile, regalada por el visitador mercedario B. Rencoret. Con pena pensaba, al contemplar dichas colecciones, que en el Ecuador, su patria, no las había ni nadie se preocupaba de ello. A mi regreso á Quito, me dediqué á formarlas y en breve obtuve muchísimos objetos, especialmente paleolíticos y de alfarería incaica, que sirvieron de base, cuando fui al rectorado de la universidad para la creación de un Museo Arqueológico. No sé si, posteriormente, este se había enriquecido o sí, al menos conservará lo por mí obsequiado, que no fue poco”. Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito, AHMCP, Correspondencia Jacinto Jijón y Caamaño, 8 de diciembre de 1912, JJC01888.

Además, anotaba Rencoret, que los llamados “huaqueros” tenían unas “baquetas de hierro para picar los sitios que ellos pretenden saber distinguir; si la tierra está suelta ó con piedras le dan á la circunferencia y precisan la *huaca*. (Rencoret 1875, 6)²⁷

En este relato también hacía mención a los “conocimientos” de los guaqueros, quienes consideraban que las llamaradas que se ven por la noche señalan el tipo de material que contenían: “si la llama es amarilla, contiene oro, si verde, cobre, si azul, plata. ¡Famosa mineralogía que se han forjado!” (Rencoret 1875, 6).

Este sacerdote chileno señalaba la imperiosa necesidad de fundar secciones sobre América en academias dedicadas a la arqueología, para poder salvar dichos monumentos de su destrucción y conocer el pasado de los pueblos que “nos precedieron”; él consideraba necesario preguntar “á las piedras, al barro, á los metales y ellos nos retratarán á los aborígenes porque los conocieron” (Rencoret 1875, 10). Además, en su relato se lamentaba por el descuido de la arqueología en el sur del continente; en particular, porque, según su criterio, en el norte —México y Guatemala— ya se realizaban excavaciones y se descifraban jeroglíficos, todo lo cual daba materiales relevantes para la investigación a las sociedades científicas de Europa y al mundo.

En el último cuarto de siglo, esta región austral fue también testigo del florecimiento de la actividad minera, reducto económico que había tenido su trascendencia a inicios de la época colonial. Theodoro Wolf²⁸ había cartografiado varias zonas del país hacia 1876, y determinado los lugares, particularmente en el Azuay y Cañar —como Pilzhun—, que se consideraban áreas relevantes para la explotación de minas. Entre los lavaderos de oro, las minas antiguas y

²⁷ Las piezas recogidas por Benjamin Rencoret están en varios museos en Chile. La reproducción de algunas piezas de oro y plata fueron publicadas en un artículo de la *Revista Arqueológica de Chile* en 1880. Según relata González Suárez, las piezas de Rencoret fueron compradas a un farmacéutico guayaquileño llamado Nicolás Fuentes. Estos objetos pertenecían a varios hallazgos en la hacienda de Venecia, y otros eran de excavaciones realizadas para abrir las rutas del ferrocarril de Yaguachi a Sibambe.

²⁸ Wolf pone atención a las antigüedades que localiza en la zona, aunque decide no detallar nada en sus estudios, como es el caso de *Viajes científicos por la República del Ecuador: Relación de un viaje Geognóstico de las provincias de Loja, Azuay y Esmeraldas*, de 1879. El sabio alemán sí ilustra sus hallazgos en dibujos, que comparte con González Suárez, quien, a su vez, termina utilizándolos en la confección de su atlas de 1892.

los sitios con gran potencial para el campo mineralógico²⁹ que ubicó el sabio se encontraban las guacas, los sepulcros y la actividad de la gUAQUERÍA, que cobró, durante las mismas décadas, interés en cuanto a su exportación, su fundición o su recuperación como antigüedades para la venta —tráfico de objetos—, a la par con el interés de tipo científico local, como el de González Suárez. Además, la cercanía de la zona austral al puerto principal de Guayaquil convenía a los intereses de comercio de piezas; de hecho, la mayor parte de las transacciones con extranjeros se daba a través de la urbe porteña.

En su estudio sobre los cañaris, González Suárez habló en particular de las fosas abiertas en Chordeleg, pequeño pueblo situado a 42 kilómetros de Cuenca, dedicado al cultivo del maíz. Parece ser que en la década de 1850, en pleno siglo XIX, al despejar los cimientos para una casa se abrió, por casualidad, un sepulcro donde se hallaron en abundancia objetos de oro. Estas excavaciones fueron realizadas por los hermanos Antonio e Ignacio Serrano, quienes se dedicaron durante algunas décadas a recopilar material áureo de la zona, interesados en establecer la minería como negocio. Según cierto testimonio, se sacó oro en cantidad, y “pasaron inmediatamente de los sepulcros, donde habían estado escondidos por largos siglos, al crisol, que los fundió al instante, sin tomar en cuenta para nada su mérito arqueológico” (González Suárez 1892, 58) (figuras 35 y 36).

El gUAQUERO y minero Antonio Serrano extrajo de las guacas de Chordeleg un sinnúmero de objetos, para luego venderlos al Museo Arqueológico de París, además de fundir muchos para venderlos como oro. Según comenta Julio Matovelle, en su clásico texto titulado *Cuenca de Tomebamba*, escrito hacia 1916 y publicado años después, el mencionado señor Serrano

[...] hizo copiar al óleo, con un diestro pintor, las principales piezas de oro que el mencionado caballero extrajo [...] aquellos lienzos son, ahora, propiedad de la respetable Sra. Zoila Serrano de Cobos [...] de ellos se valió igualmente el Ilmo. Sr. González Suárez, para la impresión de las cuatro primeras láminas que acompañan a su importante *Estudio sobre los Cañaris*. (Matovelle 1921, 36)

²⁹ En el estudio de Juan Chacón sobre la minería en el Azuay se documenta una serie de demandas de distintos individuos, incluidas las de Antonio Serrano, sobre minas descubiertas en dicho margen de la cordillera. Véase, Juan Chacón (1986).

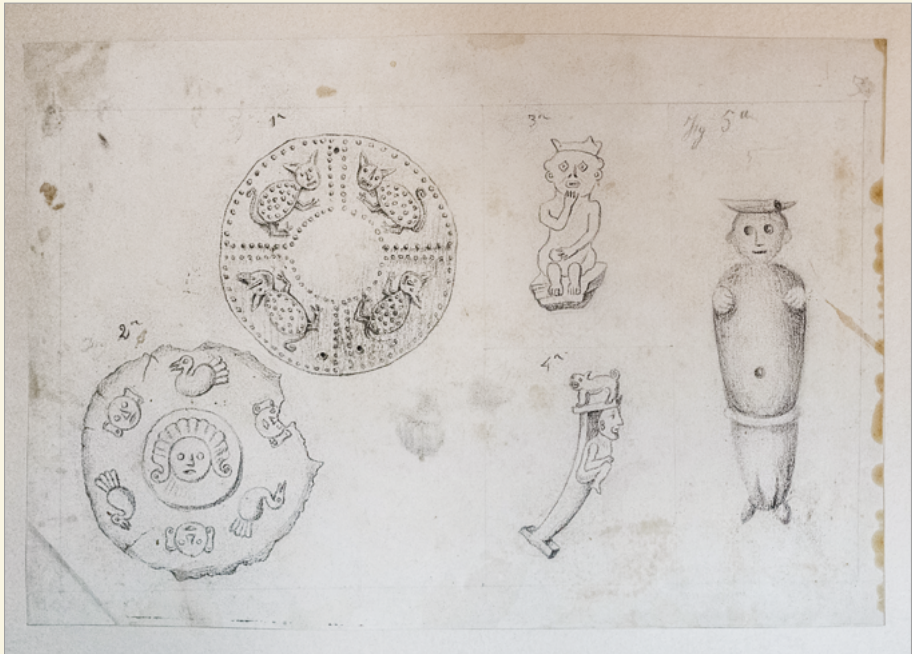
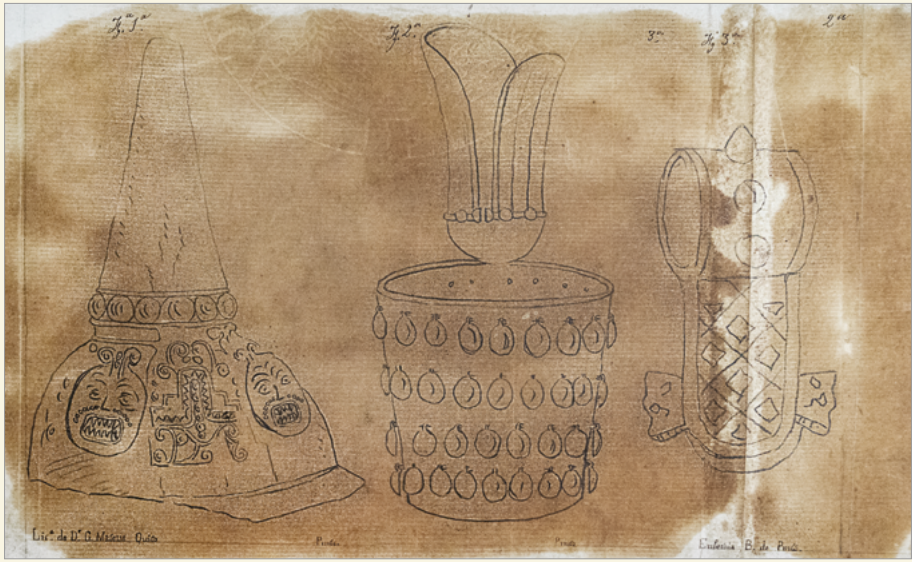


Figura 35. Dibujos precolombinos

Fuente: Joaquín Pinto y Eufemia Berrió (respectivamente), ca. 1870*. Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

* Ambos dibujos figuran en la primera obra de Federico González Suárez de 1878.



Figura 36. Dibujos precolombinos

Fuente: Joaquín Pinto y Eufemia Berrío (respectivamente), c.a. 1870*. Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

* Ambos dibujos figuran en la primera obra de Federico González Suárez de 1878.

La lámina de oro fue fundida y el único recurso que quedó fue el dibujo que Joaquín Pinto hizo para el libro de nuestro autor, hacia 1878, y que fue retomada en la edición de 1892 del *Atlas*.

La relación del intercambio de estos vestigios está enmarcada dentro del valor de los objetos por su material de fabricación. Si eran de oro y plata, el oficio cobra importancia, sea para el viajero curioso, el anticuario, el guaquero o el minero; sin embargo, para González Suárez, estos sepulcros eran lugares donde reconstruir historias que la fiebre del oro ha apagado:

[...] en todas las excavaciones se ha buscado el oro y, eso, para fundirlo, y se ha despreciado como cosa ruin todo lo demás [...] El oro es lo único que se ha buscado y, para buscarlo, ahora, como en los días de la conquista, nada se ha respetado: la mano del hombre, más inexorable que la del tiempo, ha destruido lo que los siglos habían perdonado. (González Suárez 1878, 16)

El punto de valoración de los objetos, para nuestro historiador, pasa del vestigio único a la consideración del lugar como foco de conocimiento. Si bien en sus trabajos apunta a describir los detalles del objeto —desde sus características de fabricación hasta los materiales de los cuales está hecho— pasa de esta mera descripción a la elaboración de conjeturas que vinculan varios niveles de interpretación: uso de crónicas, documentos escritos, filología, lingüística, craneología... Conforme va perfeccionándose su destreza en el campo, las elaboraciones de su conocimiento pasarán de la descripción y el interés estético de las piezas a un reconocimiento de las culturas pasadas.

Cuando González Suárez hace mención de lo encontrado en los sepulcros de Chordeleg se refiere, básicamente, a estos objetos como de origen cañari. Así, menciona que en dichas sepulturas no se hallaron restos de “quipus incas”, sino un tipo de bastones con jeroglíficos, que para él representaban una forma de escritura de este pueblo; además, reconstruyó el relato de lo cañari desde la “conquista” inca, y, a su vez, esta, entendida desde la “conquista” española. La importancia dada a las “naciones genuinamente ecuatorianas” en esta publicación de 1878, y especialmente en el *Atlas* de 1892, es preponderante, pues vincula los objetos encontrados en distintas latitudes del país, sea desde el austro hasta la costa norte, como Esmeraldas y la sierra Central, con los quitus y los caras, y deja para el final un acápite de los “monumentos incas en el Ecuador” de apenas cuatro láminas, donde señala que:

Los monumentos de los Incas son los que más se han visitado, examinado y descrito en el Ecuador; no obstante, *las obras de los Incas no son las que deben considerarse como las genuinamente ecuatorianas*, pues el estilo y la manera de construcción, que distingue a los edificios de los Incas, eran desconocidos de las tribus indígenas del Ecuador, antes de que dominaran en estas provincias los soberanos del Cuzco. Los edificios peruanos levantados en el territorio del Ecuador por los Incas, pudieran, según nuestro juicio, ser clasificados en dos categorías, correspondientes cada una a un período de dominación de los Incas. (González Suárez 1892, 157)³⁰

La clasificación de estos restos y la ubicación en un corpus de lo ecuatoriano, al cual se añaden descripciones, procedencias y se acompañan de dibujos y explicaciones, constituyeron formas de apropiación de los objetos, son fronteras simbólicas y materiales que se van delineando en estos años. Para González Suárez, el ejercicio de búsqueda de la verdad deambula en su labor arqueológica y en el estudio de la evidencia. En primer lugar, porque solo a través de la verdad histórica podemos eliminar las “conjeturas”. Básicamente, la conjetura parte de las “ideas preconcebidas” o “los sistemas imaginados de antemano” porque “hacen ver en las cosas no lo que las cosas son realmente, sino lo que uno se ha imaginado que han de ser” (González Suárez 1904, 7). En segundo lugar, la noción de prueba aparece aquí como decidora de la relación con el objeto del pasado, pues solo se podrían aceptar conjeturas razonables cuanto más sólidas fueran las razones en las que se apoyase el juicio científico dado. Así, por ejemplo, termina aceptando que la admiración de muchos historiadores por los incas, no ha dejado ver o distinguir las civilizaciones “genuinas” de los aborígenes ecuatorianos, y por ello defiende finalmente la existencia de dos civilizaciones distintas en Ecuador: la incásica y la ecuatoriana indígena, representada para aquel entonces por los cañaris.

Así, el tránsito de siglo inaugura, con González Suárez, una nueva mirada de aquellos restos. Tal como lo haría para la Diócesis de Cuenca y sus visitas pastorales, cuando asume el obispado de Ibarra, el historiador ya considera que la comparación de los objetos es la mejor fuente de estudio, además de conceder cierto lugar de importancia:

³⁰ El énfasis es nuestro.

[...] a la observación de los objetos debe acompañar el conocimiento de los lugares, sin lo cual el arqueólogo se verá privado de uno de los más oportunos medios de ilustración: estas, que parecen cosas insignificantes, son en práctica de una trascendencia científica indisputable. (González Suárez 1902, 4)³¹

Podemos decir que la agencia intelectual de González Suárez operaba siempre dentro de una contingencia; es decir, en las condiciones por las que atravesaba en su oficio religioso y sus nexos político-religiosos, en una época de gran agitación ideológica. La movilidad por el territorio, dado su oficio pastoral, le permitió una serie de contactos y de visitas, que le facilitaron construir y recopilar *in situ* objetos para la configuración de dicha narrativa, que no solo es material, sino que es visual y discursiva, dado su interés en la producción editorial. Así, la comprensión de estos objetos en su vínculo histórico cobra sentido al “ser coleccionados” y al convertirse en datos de una existencia en el pasado, donde actúan como evidencias probatorias de un devenir construido en el discurso. La construcción de una *frontera simbólica* para la nación se ancla a esta dinámica: objetos y conjeturas sobre civilizaciones pasadas que entran en un proceso de nacionalización y en la configuración de imaginarios nacionales materiales.

4.6. De un museo de antigüedades precolombinas con destino incierto

El Museo Arqueológico Nacional tuvo una vida bastante breve. Terminada la *Exposición Histórica-Americana de Madrid* de 1892 y la *Exposición Colombina de Chicago* de 1893, los objetos precolombinos presentados en esos escaparates internacionales regresaron al país. En enero de 1894, González Suárez decide entregar su colección que participó en dichos eventos, compuesta de 80 piezas de barro piedra y cobre, y que serían destinadas al “nuevo” Museo Arqueológico de la universidad pública. Entre los objetos figuraban hachas de piedra,

³¹ Sus siguientes publicaciones tienen este corte explicativo científico, por ejemplo, *Los aborígenes de Imbabura y Carchi*, publicada en 1902, pero lanzada con imágenes en 1910, o la publicación titulada *Prehistoria Ecuatoriana. Ligeras reflexiones sobre las razas indígenas, que poblaban antiguamente el territorio actual de la República del Ecuador*, de 1904. En esta última, incluso hace uso del recurso fotográfico y de la fototipia de José Domingo Laso, así como de José Domingo Albuja y Luis Garzón para el primero.

ollas, jarros, churos, figuras humanas, máscaras, aretes, instrumentos de guerra y vasijas, entre otros (*Anales de la Universidad Central* 1894, 89). A mediados de ese mismo año, el rector de aquel entonces, Carlos R. Tobar, quien fue a cumplir una misión diplomática en Chile, informaba al ministro de Instrucción Pública sobre todas las mejoras que había realizado en la universidad, y, en particular, el diseño de un local para el “Gabinete de Arqueología”, constituido por la donación del religioso y del saliente rector (*Anales de la Universidad Central* 1894, 87).

Este primer nexo establecido entre González Suárez y la Universidad Central promovió la idea del desarrollo de contenidos para la enseñanza universitaria asociada a los objetos; en este caso, a la implementación de una colección para estudio³². A principios del siglo XX, en un documento de las regulaciones internas de la Universidad Central se incluyeron dos artículos para museos, gabinetes y laboratorios, los cuales deberían estar a cargo de los profesores, para “vigilar su conservación y promoción”, así como la organización de inventarios de sus contenidos para la enseñanza. Es interesante que los museos de zoología, botánica, mineralogía y etnografía promovían desde estos años una suerte de intercambio de especímenes para enriquecer las colecciones (*Anales de la Universidad Central* 1902, 263). El nexo entre colección, estudio y pedagogía parecería haber ingresado en aquella institución educativa.

Durante el segundo rectorado de Carlos R. Tobar en la Universidad Central, entre 1901 y 1902, se promovieron otras acciones para el mejoramiento de las colecciones de los museos y sus instalaciones; especialmente, con la adquisición de la famosa colección de Augusto Cousin y de acervos para el museo zoológico. Existe poca documentación sobre qué tipo de piezas llegaron a los gabinetes de los museos; no obstante, parece que fueron algunas, como lo señala un diálogo epistolar entre Carlos R. Tobar y Jijón y Caamaño —pupilo de González Suárez— en 1912. En esta comunicación, Tobar se refería a las colecciones que él había colectado para la universidad pública, señalando lo siguiente: “me dediqué á formarlas y en breve obtuve muchísimos objetos, especialmente paleolíticos y de alfarería incaica, que sirvieron de base, cuando fui al rectorado de la

³² Desde 1892 la Universidad Central comenzó una especie de “campana” para recoger objetos de todo tipo para sus gabinetes: zoología, botánica, mineralogía, etc. Además, el rector de entonces, Carlos R. Tobar, estuvo interesado en el intercambio con colecciones y museos en el exterior (*Anales de la Universidad Central* 1892, 293).

universidad para la creación de un Museo Arqueológico”³³. Lamentablemente, el paradero de dichas colecciones quedó en suspenso, pues, al decir de Tobar, se desconocía su destino.

La donación de las piezas de González Suárez y el interés en la creación y el fortalecimiento de museos en el tránsito de siglo, promovida por Carlos R. Tobar, muestran un creciente interés —aunque incipiente todavía— por el desarrollo de colecciones y el vínculo pedagógico que ellas deberían tener en el interior de la universidad. A pesar de las quejas de Tobar hacia 1912, vemos que existía un interés en promover la actividad científica ligada a la construcción de una representación del pasado de la nación: en 1909 surge, de la mano del religioso González Suárez, la Sociedad de Estudios Históricos-Americanos.

4.7. La Sociedad y las reliquias históricas

El nuevo siglo trajo nuevos aires de cambio en la sociedad ecuatoriana. La Revolución Liberal, liderada por Eloy Alfaro en 1895, había resquebrajado la relación entre el Estado y la Iglesia y propiciado una etapa de transformaciones tanto políticas como económicas, culturales y sociales. La separación Iglesia-Estado, la promulgación de las libertades de conciencia y de culto y la promoción de la educación laica fueron los puntales de este momento revolucionario. Las transformaciones en el seno del Estado liberal alentaron “un proceso de centralización estatal e integración notable” que requirió la creación y la redefinición de un “campo simbólico de la nación” y la generación de una intelectualidad que fundamentase “en términos documentales la comprensión histórica” (Bustos 2011, 138) del devenir nacional.

En el ámbito universitario, se inician los primeros movimientos hacia la reflexión sobre el tema de “lo social”. Durante el tránsito del siglo surge en el seno de la Universidad Central la Sociedad Jurídico-Literaria, cuyo enfoque se ligaba al estudio de la libertad de expresión, los derechos individuales y la reconciliación social, con actividades ligadas a la producción editorial y la realización de actividades académicas vinculadas a su tema (Prieto 2004, 81). Es importante tomar en cuenta que, si bien dicha sociedad intentó abarcar el problema social del concertaje indígena, parece que dichos postulados no fueron recibidos en la universidad hasta bien entrado el siglo xx; específicamente, en 1915, con la

³³ AHMCP, Quito. Correspondencia entre Jijón y Caamaño y Carlos R. Tobar, 8 de diciembre de 1912.

fundación de la carrera de Sociología (Prieto 2004, 81). Así, hacia 1922, con la publicación de *El Indio Ecuatoriano*, se inaugura el llamado indigenismo para el caso ecuatoriano, sustento de la producción artística y cultural de las décadas de 1930 y 1940; sin embargo, para esos años ya se había entronizado, desde el siglo XIX, la figura de González Suárez en los campos intelectual y científico como estudioso del pasado y de la arqueología de los pueblos indígenas del país.

En este contexto, la obra de este religioso marcó un punto de inflexión y de configuración de una representación del pasado de los sujetos indígenas en el contexto ecuatoriano, y fue una primera adscripción a la producción de pensamiento intelectual, acompañada por una práctica de colección de objetos. El registro visual y la producción editorial de estos procesos investigativos fueron fundamentales. En aquel entonces, dicho personaje contaba en su haber con varios tomos de su *Historia general de la República del Ecuador*, escritos entre 1890 y 1903, así como con varios libros de arqueología, entre los que figuran *Prehistoria ecuatoriana*, uno de los últimos, publicado en 1904, y el estudio sobre *Los aborígenes de Imbabura y Carchi*, lanzado en 1908. Este intelectual había mapeado ya distintas áreas arqueológicas del país, desde el sur hasta la zona costera, y las culturas indígenas del norte, además de haber construido una línea temporal para la historia del Ecuador dividiéndola por periodos: precolombino, colonial y republicano (figura 37).

El 24 de julio de 1909, en el Palacio Arzobispal, y bajo la dirección de González Suárez, se establece la primera sociedad oficial de investigación histórica en la ciudad de Quito, llamada Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, ente de acción privada y que no recibía financiamiento del Estado, sino solo la de sus miembros activos, gran parte de la élite conservadora. Este mismo año, el 10 de agosto de 1909, el gobierno central, de corte liberal, organizaba un magno evento para la conmemoración del Primer Centenario de la Independencia Ecuatoriana³⁴. En su discurso sobre la conmemoración de la gesta independentista de 1809-1909, González Suárez adscribiría a este hecho (figuras 38 y 39):

³⁴ Sobre estas celebraciones se han escrito algunos aportes; por ejemplo, véase el trabajo de Trinidad Pérez (2010), en el que se explora la construcción del campo artístico moderno en la celebración de 1909, y las definiciones de estos escenarios en el contexto de 1909. También podemos mencionar el texto de María Antonieta Vásquez (2009), un estudio centrado en el diseño arquitectónico del lugar donde se conmemoró 1909.



Figura 37. Algunos miembros de la Sociedad Ecuatoriana Histórico-Americana*

*Según Carlos Manuel Larrea, esta fue una foto tomada por Jacinto Jijón con los cráneos recogidos de sus excavaciones, aproximadamente en 1920. De izquierda a derecha: Juan León Mera Iturralde, Carlos Manuel Larrea y Cristóbal Gangotena.

Fuente: s.a., s.t. Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

[...] un sentido civilizador y católico, y convertía el progreso, una de las más caras aspiraciones del liberalismo, en una fuerza dinámica sujeta al impulso divino [...] presentaba batalla en el plano simbólico a las interpretaciones laicas de la vida social y la historia. (Bustos 2011, 143-144)

Entre las labores de promoción de la historia, esta sociedad contó con la producción editorial de un boletín, que fue gestionado casi diez años después de la formación inicial, en 1918. Este producto editorial se llamaba *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos* y contaba con varias líneas de investigación, entre las que se encontraba una sección de *Prehistoria*, junto con sus secciones de Antropología, Etnografía, Lingüística, y Filología, otra de las secciones con mayor número de especificaciones es la de Época Colonial. Podemos observar que sus publicaciones se orientaron, de manera general, al estudio del arte colonial, seguido de los estudios arqueológicos y

Figura 38. Ejemplar del Tomo I del *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*

Fuente: *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos* (Quito: Imprenta del Clero, 1919. Tomo I, junio-diciembre de 1918). Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

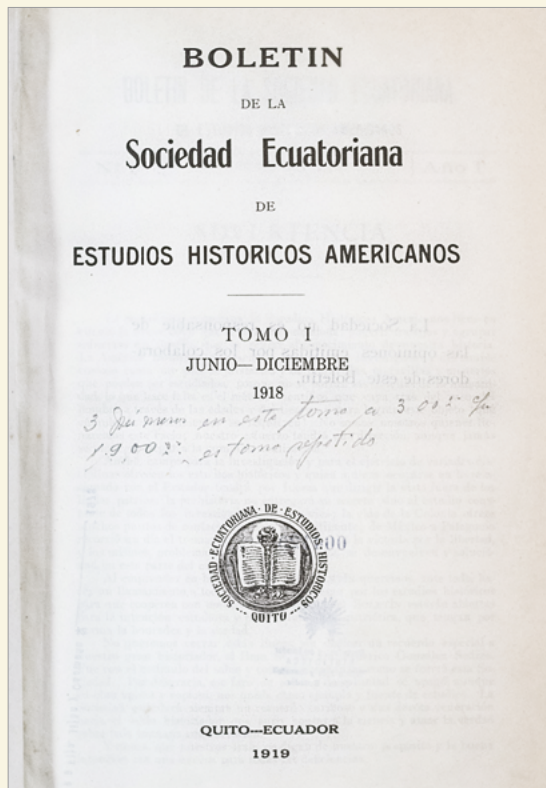
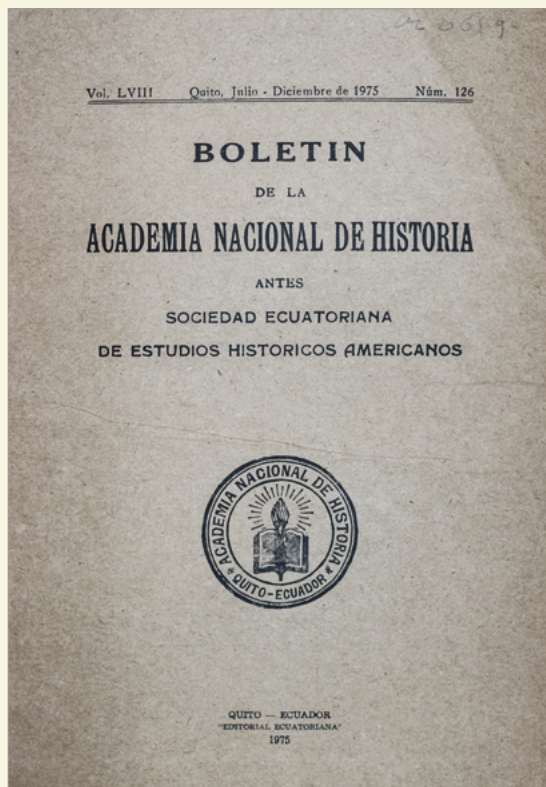


Figura 39. Ejemplar del *Boletín de la Academia Nacional de Historia*

Fuente: *Boletín de la Academia Nacional de Historia* (Quito: Editorial Ecuatoriana, 1975). Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.



muchos de ellos, coleccionistas: Jacinto Jijón y Caamaño, empresario y coleccionista de arte colonial, y arqueología, así como bibliófilo especializado; Cristóbal Gangotena, primer genealogista local y coleccionista de arte colonial; Carlos Manuel Larrea, historiador y bibliófilo, y José Gabriel Navarro, primer historiador de arte y especialista en arte colonial, por mencionar algunos de sus miembros. En la conformación de dicho ente se declaró a González Suárez como su director vitalicio; tras la muerte de este, en 1917, el historiador Jacinto Jijón y Caamaño se encargó de la subdirección, que ocupó hasta su nombramiento como director, en 1920.

En estos mismos años también se promovió un sistema de “conservación”, “organización” y “sistematización” de los distintos archivos existentes en la capital, organizado por varios miembros de esta asociación. Se interesaron, además, en el tema del estado de los monumentos locales —especialmente de aquellos sitios considerados “incaicos”—, además de la creación de una de las primeras legislaciones en torno a lo que se empezaba a considerar “reliquia histórica” u “obra de arte”. Esta asociación de monumento-historia muestra cómo las convenciones decimonónicas europeas calaban en la consideración de dichos vestigios como pruebas de un pasado a la medida de sus huellas (Choay, 2001).

En este contexto, surgen varias leyes, como la del 13 de octubre de 1916³⁵, impulsada desde la Sociedad, y que prohibía la exportación o la salida del país de lo que se consideraban “reliquias históricas”. La ley determinaba, entre otras cuestiones, que la conservación de dichos objetos estaba encaminada a toda la producción *anterior a la conquista española* y los artefactos correspondientes a la *época colonial*. Tales objetos estarían destinados a los museos nacionales y quedaba completamente prohibida su exportación, salvo en concepto de canje con instituciones como universidades, museos y otras instituciones científicas del ámbito internacional³⁶.

³⁵ En 1911 se promulgó la primera Ley sobre la protección de objetos arqueológicos, que fue reformada en 1916.

³⁶ *Anuario de Legislación Ecuatoriana 1916. Leyes, decretos, acuerdos y resoluciones del Congreso*, Quito, vol. 15, n.º 1 (1916), Imprenta Nacional. La mayoría de canjes eran admitidos. En estos años se realizaron varias operaciones de este tipo con institutos estadounidenses y universidades; no obstante, los artefactos puestos a consideración del canje no solo eran los objetos arqueológicos, sino una serie de objetos etnográficos contemporáneos a la época. Véase, “Documentos y comunicaciones de la Sociedad”, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Quito.

La Academia Nacional de Historia surgió por decreto oficial del Estado el 21 de septiembre de 1920, y nombró como su director oficial a Jacinto Jijón y Caamaño, quien asumiría la presidencia de la Sociedad posterior a la muerte de González Suárez en 1917. Con este decreto se le encargó a dicha institución “velar por todos los monumentos de carácter histórico que existen en el país, especialmente, los incaicos”³⁷; en este sentido, la institución estuvo en el centro del debate sobre distintas temáticas e investigaciones jurídicas en torno al patrimonio histórico, dada la “supervigilancia de monumentos históricos” que le fue asignada. De esa manera, la Academia participó en varias operaciones jurídicas que analizaron varios casos de contrabando de objetos antiguos y el cuidado de los monumentos o las ruinas de los Incas. Recién a partir de este año, y con la venia del Estado, esta sociabilidad tendría una voz “legítimamente” pública.

4.8. Advertir y saber coleccionar

El amor a la ciencia y la consagración al cultivo de ella nacen de la afición a buscar y poseer objetos antiguos, sobre todo, cuando se despierta la curiosidad para investigar las circunstancias relativas a cada objeto. Mis advertencias se enderezan a ese fin, a despertar en los jóvenes el anhelo de adquirir conocimiento razonado y metódico de lo antiguo.

FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ, *Advertencias para buscar, coleccionar y clasificar objetos arqueológicos...*, Quito, 1914.

La preocupación por el coleccionismo más científico devino en la promoción editorial de un texto de Federico González Suárez titulado *Advertencias para buscar, coleccionar y clasificar objetos arqueológicos pertenecientes a los indígenas antiguos pobladores del territorio ecuatoriano*, publicado en 1914. En este se delineaba la necesidad de articular una práctica científica que pudiera ayudar a coleccionar objetos del pasado; particularmente, los precolombinos. En 1914, Federico González Suárez, principal mentor de Jacinto Jijón y Caamaño³⁸, lanzó una publicación de enorme interés en el campo del coleccionismo local y de

³⁷ “Documentos y comunicaciones de la Sociedad”, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Quito, vol. II, n.º 3-4 (enero-abril de 1921).

³⁸ Cabe destacar que el arzobispo González Suárez era amigo de la familia Jijón; particularmente, de su padre, Manuel Jijón. Conoció a Jacinto a los 16 años y a partir de sus 19 años

la práctica científica. Su libro se tituló *Advertencias para buscar, coleccionar y clasificar objetos arqueológicos pertenecientes a los indígenas antiguos pobladores del territorio ecuatoriano*, una compilación detallada del trabajo de recolección de piezas de los indígenas del pasado. Con la clara intención de enrumbar los destinos de las primigenias disciplinas humanísticas que trabajan con el pasado González Suárez buscaba dar un “dirección acertada” de dicha práctica que pudiera ir más allá de la curiosidad en el ejercicio de recolección hacia la posibilidad de “adquirir conocimiento razonado y metódico de lo antiguo” (González Suárez 1914, ix) (figura 40).

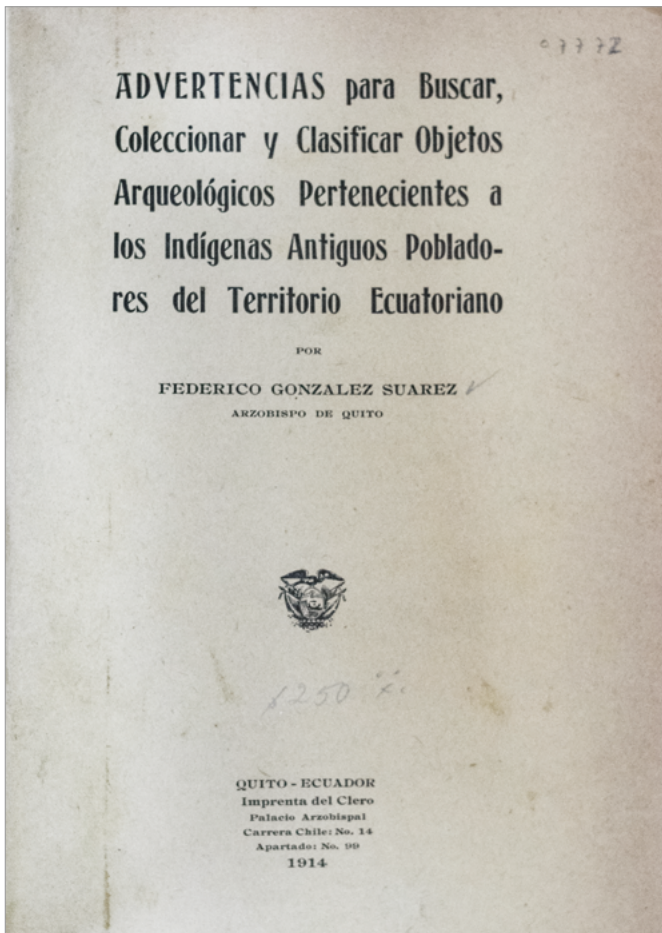


Figura 40. Ejemplar del libro *Advertencias para buscar, coleccionar y clasificar objetos arqueológicos pertenecientes a los indígenas antiguos pobladores del territorio ecuatoriano*

Fuente: Federico González Suárez (Quito: Imprenta del Clero, 1914). Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

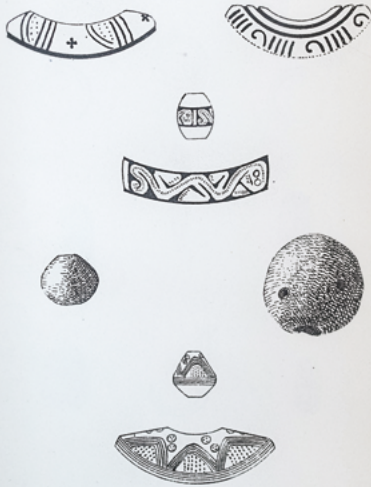
comenzó a asistir a grupo católico, de carácter político: el “Centro Católico de Obreros” en 1909. Véase, Fernando Jurado Noboa (2011).

En un contexto donde primaba un cierto *amateurismo* en las prácticas del coleccionismo, este religioso busca que su libro enseñe cómo “hacer” una colección que dé cuenta de una disciplina: la arqueología. En un primer momento, la obra intenta ordenar los vestigios del pasado en categorías: piedras, edificios, fortalezas, tolas, etc. En cada una de dichas categorías analizaba la existencia de estos casos en Ecuador y de cómo se podría interrogar a los objetos para levantar el mayor número posible de información sobre ellos. Para esta actividad en particular, González Suárez sugería el método comparativo a la hora de realizar la investigación; también sugería que las interpretaciones y el análisis deberían nacer solo de los objetos mismos.

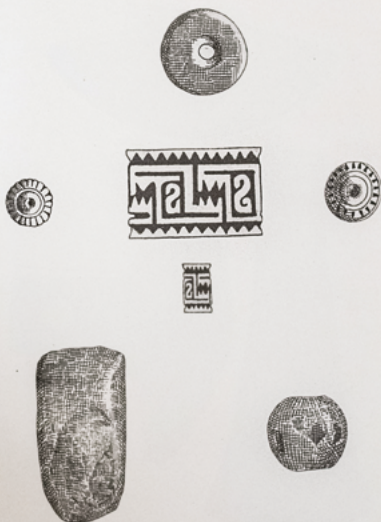
La tutela de González Suárez sobre sus colegiados de la Sociedad era continua. No solo hizo un seguimiento del trabajo de sus pupilos en archivos —en el caso de Jijón y Caamaño y Carlos Manuel Larrea durante su viaje a Europa entre 1911-1913—, sino que pasa también por la recomendación de lecturas y la promoción de libros, así como por la donación de piezas arqueológicas para el inicio de sus ensayos científicos; especialmente, aquellas que él había coleccionado años antes. En un artículo publicado una década después, Larrea y Jijón mencionaban cómo en 1907 el historiador los conducía en sus investigaciones y obsequiaba estos objetos, momento en el cual empezaban la “descripción de las piezas” (Jijón y Larrea, en *Boletín* 1919, 25). En aquel entonces, y luego de haber sido testigos de la visita en estos años de Marshall Saville, reconocido arqueólogo norteamericano, ambos decidieron dedicarse a las excavaciones. En 1911, Jacinto Jijón le encomendó a su tutor de educación inicial, el salesiano Jacinto Pankeri³⁹, coadjunto de la orden, que realizara varias excavaciones en la zona de Esmeraldas; no obstante, estos primeros intentos fracasaron, y apenas si se obtuvieron unas pocas muestras.

Un segundo punto importante de la publicación de *Advertencias* tenía que ver con la cuestión de las colecciones y las maneras de determinar la

³⁹ Pankeri fue el primer tutor en la educación de Jacinto Jijón. Salesiano laico, continuó la obra de esta comunidad luego de la expulsión decretada durante el gobierno de Alfaro, hacia 1896. Entre sus trabajos más importantes estuvo el diseño del Santuario de la Virgen del Quinche, así como del Colegio Don Bosco y el acueducto bajo la Loma del Itchimbia. Véase, Juan Botasso (1993). Cabe destacar la presencia en la vida académica de Jijón de la ayuda “técnica” y “colaborativa” de facciones de la Iglesia para la obtención de piezas a lo largo del territorio de la nación. Pankeri en muchas ocasiones fungió de dibujante de planos y asistente de las excavaciones.



Lám. X.—Fig 1, 2, 3 y 6 Durán.—3 y 4 Puná.—7 y 8 Cerro Jabonello [Manabí]



Lám. XII.—Fig 1, 3 y 5 Bolche.—2 y 4 Chillintomo.—7 La Elvira [Bahaboye]

**Figura 41. Páginas interiores del
*Boletín de la Sociedad Ecuatoriana
de Estudios Históricos Americanos***

Fuente: *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos* (Quito: Imprenta del Clero, 1919. Tomo 1, junio-diciembre de 1918)*.

*Recopilación de formas y diseños (copias realizadas para la impresión en el *Boletín*). En el archivo personal de Jijón y Caamaño se encuentra un sinnúmero de dibujos sobre formas cerámicas y diseños precolombinos; todos ellos, numerados y clasificados.

“autenticidad de los objetos”. Para ello, se sugería que cada coleccionista debería tener un catálogo en el cual se encontrara lo relativo a la “filiación” de los restos. Esto era importante para el científico, en tanto le daba al objeto una “señal” a través de un número —catálogo de numeración— que reportaba el artefacto en el correspondiente libro de clasificación donde constaban su descripción, su lugar de procedencia y de fabricación, la fecha en la que fue encontrado, sus poseedores, etc. Con ello se lograría una “clasificación metódica y sistemática de las piezas arqueológicas”; de ahí la importancia de la distinción que logra este autor entre “el aficionado busca objetos, los recoge y se contenta con hacer un amontonamiento de ellos: el arqueólogo los busca, los colecciona y los clasifica” (González Suárez 1914, 53). La construcción de esta metodología de trabajo no solo fue difundida entre los miembros de la Sociedad, sino que fue desarrollada por uno de sus principales seguidores: Jacinto Jijón y Caamaño, el mayor coleccionista del grupo.

A pesar de que muchos de los miembros de la Sociedad eran coleccionistas privados tanto de obras de arte colonial como de libros, acervos documentales y objetos precolombinos, las *Advertencias* de González Suárez apuntaban únicamente a la conservación de las antigüedades indígenas y a la promoción de una metodología científica para su estudio. Esta particularidad haría que Jijón y Caamaño promoviera no solo el desarrollo de la antropología y la arqueología como ciencias en la Universidad Central, hacia la década de 1920, sino que invitaría a Max Uhle, afamado arqueólogo por entonces, a realizar varias investigaciones en el país. Además, en estos mismos años, Jijón y Caamaño estaría interesado en crear un museo con su propia colección privada, proyecto que no saldría a la luz por cuestiones netamente políticas. En 1925, Max Uhle creó el Museo Arqueológico y Antropológico —hoy conocido como Museo Antonio Santiana—, en la Universidad Central del Ecuador, institución de carácter nacional que fungiría como el primer museo de este tipo en el país.

Podemos decir que el interés científico asignado a estos objetos precolombinos y la dirección de una práctica de colección emprendida por este religioso y los seguidores de la Sociedad nos muestra cómo el pasado era visto como un todo. Estos proyectos y reflexiones permitieron construir un sentido homogéneo de la historia de un país, donde la idea de los orígenes se asociaba a una línea de tiempo civilizatoria. En esta concepción temporal del tiempo, los indígenas y sus objetos eran reconocidos y representados dentro del pasado de la nación ecuatoriana sin un nexo claro para el presente más allá de su representación misma.

* * *

La personalidad multifacética de González Suárez, en este complejo contexto histórico, nos puede ayudar a analizar las maneras como desarrolla su práctica científica en el campo humanístico y la versatilidad de la construcción de su discurso. Este religioso presenció la crisis de la Iglesia decimonónica en general, preocupada por reflexionar sobre el papel de esta institución frente a la ideología liberal, la cuestión obrera y los procesos modernizadores, así como la incidencia del positivismo y el racionalismo como ejes del pensamiento filosófico y científico. En este último debate, el prolífico discurso de la ciencia sobre el lugar otorgado a la noción de orígenes, desde el propio globo terráqueo —para el caso de la naciente geología— o los del ser humano —en la antropología física— se ve fuertemente alimentado por el darwinismo y el positivismo como doctrinas en boga⁴⁰. En este horizonte, el origen de la nación, el del mundo y el del ser humano se combinan en resonancia con las consignas de orden teológico.

Federico González Suárez, considerado el fundador de la disciplina histórica en el país, ha sido objeto de varias revisiones biográficas que han deambulado en lugares comunes sobre su vida y sus obras relevantes; sin embargo, muchas de ellas han dejado de lado la gestión y los alcances de su trabajo desde la óptica de la promoción de una sociabilidad científica, la cual también promovió dentro del ámbito privado, netamente vinculado a la acción de la Iglesia, a su posición ideológica y política y a su ya consolidado prestigio como historiador en las primeras décadas del siglo XX. Este religioso fue un intelectual, y, a la vez, un coleccionista, que buscaba hacer “buenas colecciones” y reconocer en ellas las evidencias que le podrían probar la existencia de civilizaciones “genuinamente” ecuatorianas. Quería exhibir y promocionar esas antigüedades mediante el recurso “museal”; por ello, fue, además, el promotor, junto con Carlos R. Tobar, de un primer museo arqueológico. Asimismo, hizo uso de la imagen

⁴⁰ Cabe destacar la cercanía entre los procedimientos de exploración entre las llamadas “ciencias duras” y las “humanas”. Por ejemplo, para el caso de la arqueología naciente a finales del siglo XIX, la estratigrafía —método utilizado por los geólogos inspirados en el libro de Charles Lyell, *Principles of Geology*, de 1833— fue una herramienta clave para la exploración del terreno. Sin duda, esto reconocía también el estudio de la antigüedad de la especie humana. Para el caso latinoamericano, vale la pena recalcar el interés marcado en los orígenes del hombre en este continente, como en el caso de Florentino Ameghino, estudiado por Irina Podgorny y Maria Lopes (2008).

y del trabajo editorial para articular su discurso científico y la construcción de sus argumentos; en este sentido, fue un *gestor* de imágenes e imaginarios visuales y materiales del pasado y de sus significados desde el siglo XIX hasta su muerte, en 1917.

La Sociedad y la Academia fundadas por nuestro religioso, si bien generaron herramientas para la construcción de un metarrelato de la nación, también exploraron en su accionar en una serie de intereses transatlánticos. Tomemos en cuenta que su primera intención era presentarse como una *sociedad de estudios históricos americanos*, más que como una *academia nacional de historia*, que surgirá recién en 1920. Esta particularidad da cuenta del lugar donde se erigieron como investigadores. La academia “nacional” de historia surgirá con el apoyo del Estado, pero más tardíamente, a diferencia de sus pares locales, Perú y Colombia, que tuvieron procesos mucho más tempranos y aparecieron en la primera década del siglo XX. Esta particularidad, única en el caso regional, nos ha mostrado los distintos carices a partir de los cuales se construyeron los campos disciplinares humanísticos en nuestros países, y que caminaron de la mano con las complejidades en los respectivos ámbitos políticos, sociales, económicos y culturales.

Capítulo 5

Entre academias, institutos y museos. La nación y los objetos precolombinos a inicios del siglo XX

A un museo no se le juzga por su edificio, ni aún siquiera por la rareza e importancia de sus colecciones, sino por la labor técnica y sistemática, que allí se hace, por la clase de hombres que allí trabajan, contribuyendo incesantemente al avance de los conocimientos.

JULIO TELLO, *Carta de Renuncia*, 20 de marzo de 1915

El nuevo siglo inaugura un tipo de sociabilidad especializada. Si el siglo XIX fue testigo de un tipo de *sociabilidad erudita*, caracterizada por sociedades literarias y científicas que abarcaban un amplio espectro de actividades, la nueva centuria nos trae la proliferación de un espíritu especializado, centrado en el campo del reconocimiento del pasado como un lugar de acción específico de una práctica científica. Sociedades o academias dedicadas a esta tarea, y museos nacionales con categorías de organización y clasificación en constante construcción y revisión, fueron elementos que caracterizaron a este proceso. En tal contexto, las antigüedades o los vestigios precolombinos serán tratados cada vez más como arqueología, y su vínculo con lo nacional se volverá más estrecho, aunque no por ello menos conflictivo.

En estos años hablamos también del surgimiento de una preocupación técnica sobre la extracción de los objetos, su procedencia y la necesidad de promocionar la excavación como una práctica científica versus el mero *guaquerismo*; ambas, instancias que empiezan a vislumbrarse como equidistantes y contradictorias.

En esos años existe también una efervescencia a favor de periodizar la historia de la nación estableciendo sus orígenes y su devenir en el tiempo. Para el caso de Colombia y Perú, el Estado auspicia muchas de aquellas iniciativas, de manera intermitente; a veces, de manera esquiva, pero derivada del interés en desarrollar un proyecto de cultivo público de esas antigüedades nacionales¹. Actores fundamentales, como Max Uhle, Ernesto Restrepo Tirado y Julio Tello, constituyen los hilos que forman parte importante de dicho entramado sociocultural en los primeros quince años del siglo.

En esta parte de nuestra investigación conectaremos estas dos experiencias andinas en torno a la construcción de un tipo de sociabilidad formal, aquella ligada a la configuración de disciplinas humanísticas y a la determinación de su rango de acción pública e institucional. Ingresaremos, entonces, a las formas de sociabilidad que surgen con la formación de los institutos y las academias de historia y la continua necesidad de especialización de las ramas de investigación sobre el pasado; particularmente, aquellas asociadas a los objetos indígenas antiguos y la institución. Miramos al museo como un lugar privilegiado que alberga dichos restos, y que aparecerá como eje articulador de estos discursos, además de convocar a personajes que emergen como los legítimos portadores del saber sobre esos vestigios del pasado.

Hemos organizado el presente capítulo en dos apartados. En la primera parte, hemos establecido ciertos puntos de conexión entre el desarrollo de la gestión del Museo Nacional colombiano a finales del siglo XIX y el surgimiento de la Academia de Historia y Antigüedades Colombianas a principios del siglo XX. En ambas instancias pondremos el acento en la participación de Ernesto Restrepo Tirado como confeccionista de las colecciones de objetos precolombinos, así como de las transformaciones y los problemas que surgieron en el ámbito museístico. En la segunda parte nos acercaremos al establecimiento del Instituto Histórico del Perú y la importancia dada al Museo Nacional como ente preservador de la memoria nacional. En los primeros años de su reapertura, el Museo tuvo como

¹ En ambos países los museos nacionales aparecen a la par con la república, en la época independentista. Para el caso peruano, con el Decreto Supremo del 2 de abril de 1822, el general San Martín firma el nacimiento del Museo Nacional en la ciudad de Lima. En Colombia aparece cuando el Congreso expide la Ley de Creación del Museo Nacional, el 28 de julio de 1823. El proceso del museo ecuatoriano dista mucho de sus pares andinos, y no se concreta institucionalmente hasta bien entrado el siglo XX; por ello, lo trabajaremos como un caso aparte.

directores a Max Uhle y a Julio Tello; ambos, considerados personalidades relevantes dentro de la arqueología peruana. Nos interesa indagar su labor en dichos escenarios, así como la importancia que le dieron a la conformación de colecciones nacionales y a la promoción de su estudio.

5.1. El museo colombiano en el naciente siglo XX

En los primeros años del siglo XX, la historia colombiana estuvo marcada por el contexto de guerra y posguerra de la conocida guerra de los Mil Días, acaecida durante el mandato de José Manuel Marroquín, entre 1900 y 1904. Este conflicto bélico tuvo lugar entre 1899 y 1902, y estuvo caracterizado por la cruenta confrontación de guerrillas liberales y conservadoras que antecedieron a la pérdida y la independencia de Panamá, en 1903. El panorama político, dirigido por los gobiernos conservadores desde 1886 a través de la Regeneración, empezó a resquebrajarse, y, paralelamente, la economía colombiana se vio muy afectada por la continua baja de los precios del café a fines del siglo XIX. Los conservadores se habían dividido entre nacionalistas e históricos; estos últimos, aliados con el bloque liberal (Villegas y Yunis 1979, 33). En esta época se produjo una fuerte concentración del poder y el impulso de un conservadurismo nacionalista, promovido por la figura de Miguel Antonio Caro, quien asumió el liderazgo político a la muerte de Rafael Núñez. El nuevo siglo presentó una serie de retos para la nación colombiana; entre otros, la superación de la crisis económica y política, así como la pérdida territorial del istmo de Panamá y la posterior independencia de ese país, apoyada por los intereses norteamericanos.

En esta primera década del nuevo siglo existió un hecho que marcó las formas de pensar y representar el pasado: el surgimiento de la Academia de Historia y Antigüedades Colombianas, mediante Resolución del 9 de mayo de 1902. Esta entidad tuvo su órgano de difusión en el *Boletín de Historia y Antigüedades. Órgano de la Comisión de Historia Nacional*. En su primer número, de septiembre de ese mismo año, se publicó la Resolución Número 115, por la cual se establecía dicha comisión de historia y antigüedades patrias, y en la cual se señalaba que el ministerio “procederá á organizar, como núcleo y principio de *Academia de Historia y Antigüedades Colombianas*, una Comisión de hombres doctos y diligentes, á cuya solicitud confiará: el estudio de las antigüedades americanas y de la Historia Patria en todas sus épocas” (*Boletín de Historia y Antigüedades* 1902, 1). En dicha publicación se pone de manifiesto la necesidad de fundar museos o de “aumentar” el que ya existe en Bogotá; además, era importante

levantar información sobre “los idiomas, tradiciones, usos y costumbres de las tribus indígenas del territorio colombiano, para lo cual se solicitará, previos los permisos del caso, la cooperación de los religiosos misioneros” (Boletín de Historia y Antigüedades 1902, 1).

Entre los miembros de la academia se encontraban Eduardo Posada, Pedro María Ibáñez, Ernesto Restrepo Tirado, Carlos Cuervo Márquez, Santiago Cortés, Andrés Vargas Muñoz, Eduardo Restrepo Sáenz, Adolfo León Gómez, Antonio Mejía Restrepo y Anselmo Pineda, por mencionar solo algunos nombres. Aquellas formas de asociacionismo científico, ligadas al estudio del pasado, eran de carácter formal y tenían el apoyo del Estado. Su función era establecer lazos sociales bajo la figura de un “pasado compartido” en una nación recientemente azotada por la guerra y la independencia panameña. De cierta manera, estos “hombres doctos” y letrados, a los que hacía referencia esta edición del *Boletín*, encontraron en la asociación “una forma de pedagogía cívica” y un “aprendizaje de la cosa pública” mostrando que la sociedad se piensa como “agregado de individuos racionales y el lazo social, como producto de un contrato voluntario” (González 2008, 37).

La Academia Nacional de Historia surgió, entonces, como un tipo de sociabilidad —en este caso, científica y nacionalista— de hombres letrados a cargo del estudio de la historia patria y de la antigüedad americana. Entre sus objetivos se incluía la promoción de distintos medios —editoriales, convocatorias públicas, investigaciones, recolección de fuentes primarias u objetos “antiguos”, etc.— que dieran cuenta del pasado de la cultura nacional. Es interesante al respecto señalar que en 1904 se fundó también la Academia Antioqueña de Historia, mostrando el mismo cariz de la bogotana en torno a los vestigios, y haciéndose eco de la afirmación de que “por ignorancia y descuido habían desaparecido objetos”, además que “habían estado en riesgo constante de perderse”². La indagación sobre el pasado fue el motor que movilizó a esta agrupación y desde donde se gestionó su injerencia en el horizonte de lo público. Tal intervención tenía varios frentes: por un lado, promover una producción editorial visible en el *Boletín* y otras publicaciones; por otro lado, la organización de varias actividades celebratorias de fechas cívicas, como el centenario en 1910, y,

² Decreto 360 del 2 de enero de 1904, citado por Clara Isabel Botero. Esta autora señala la importancia de la fundación de este núcleo antioqueño de historia y sus vínculos con la academia asentada en Bogotá (Botero 2006, 194).

finalmente, la preocupación por el cuidado de los repositorios de la memoria como los archivos, o en el caso que nos ocupa, de los museos.

Para aquel entonces se organizó una gran Comisión Nacional, subdividida en cinco subcomisiones, entre las que figuraban: histórico-bibliográfica, arqueológica, artística y de antigüedades, etnológica y geográfica. Cada subcomisión tenía su labor específica en un terreno particular de acción, ya fueran bibliotecas, archivos, museos o lugares monumentales. Para el caso de la arqueología, la respectiva subcomisión se encargó de los museos y los objetos antiguos, y estuvo integrada por Bernardo Caycedo, José Cordovés, José Joaquín Guerra, Manuel Antonio Pombo y Ernesto Restrepo Tirado, entre otros.

Es interesante la idea de “antigüedades americanas”, puesto que la distinción entre la historia patria, como la historia de la nación desde su veta colonial, independentista y republicana, versus la amplitud del concepto de objetos antiguos americanos, en términos generales y de aquellos de la zona colombiana, nos da cuenta de la manera como ese pasado es construido e imaginado. Esta distinción no solo opera como diferenciador de los objetos o las huellas de un pasado en particular, sino que supone un proceso de separación “entre el pasado indígena y el pasado de la nación” logrando un proceso de “diferenciación [...] contundente, mientras que la historia patria era considerada un conocimiento útil en cuanto proporcionaba una enseñanza moral, el pasado indígena era una curiosidad, un mero ejercicio de erudición” (Pérez 2015, 156); empero, más que entenderla como un “mero ejercicio de erudición”, nosotros consideramos que la matriz de investigación de estas antigüedades precolombinas se conectaba, sobre todo, con lo que se decía de ellas en las metrópolis y con el interés transatlántico en los objetos de este tipo: en la idea del surgimiento y el asentamiento de una *comunidad científica* de carácter internacional en la que se vislumbra un pasado para la antigua humanidad. Las trayectorias de Adolph Bastian, Salomon Koppel y la continua salida de objetos hacia el Museo Etnográfico de Berlín, las ventas de varios viajeros que estuvieron en Colombia —como Wilhelm Sievers o Alfred Hettner, entre otros— hasta el caso de Konrad Theodor Preuss y Karl Theodor Stoepel, ya entrado el siglo xx, muestran este tránsito hacia Europa y las tensiones a la hora de pensar dichas antigüedades adscritas al discurso de la nación y su tenencia en el escenario del museo³.

³ Sobre el tema, Clara Isabel Botero ha desarrollado ampliamente la trayectoria de estos objetos y de cómo Colombia, y podríamos decir que todos nuestros países andinos, se

En esta línea vale la pena observar cómo la subcomisión de arqueología, de la que Restrepo Tirado era miembro, se encargó de velar por los museos como lugares particulares para guardar y resguardar los objetos antiguos en medio de estos tráficos mundiales. Muchos de los miembros de la Academia apuntaron a regular el oficio y las prácticas asociadas a él dentro de una disciplina académica. Según García Botero, en los textos de estos letrados se mostraba el disciplinamiento del discurso en el terreno de la historia señalando la importancia que tuvieron la educación y el contacto con las comunidades científicas extranjeras, y, de manera especial, con la Sociedad de Americanistas de París (García 2010, 88).

En este nuevo contexto se fue inscribiendo poco a poco la labor del Museo Nacional; de hecho, Santiago Cortés, miembro de la subcomisión artística y de antigüedades, y Ernesto Restrepo Tirado, miembro de la subcomisión de arqueología y etnología, y ambos, directores del Museo en momentos distintos, formaron parte de la Academia. Entre las primeras acciones de los integrantes de esta se encontraban las autorizaciones de ingreso al Museo para implementar, revisar y estudiar las colecciones. Por ejemplo, el 26 de mayo de 1902, José Joaquín Casas, ministro de Instrucción Pública en ese momento, recién instalada la academia, envió una comunicación al entonces director Wenceslao Sandino Groot, instruyendo que Reynando Caycedo, José María Cordovez Maure, Dr. Pedro Ma. Ibáñez, Ernesto Restrepo Tirado y Manuel de Pombo, “que componen la sección de Arqueología de la Comisión de Historia y Antigüedades Patrias recién establecida por el Ministerio, pueden visitar el Museo cada vez que tengan necesidad”⁴.

En junio del mismo año, el ministro Casas le notificó al director que también “los miembros de las secciones etnológica y artística de la Comisión de Historia Nacional han solicitado permiso para arregar y clasificar en el Museo los objetos relativos a sus estudios”⁵. De esta manera, los objetos y los documentos se convirtieron en el lugar de reflexión epistémica y se los consideró indispensables para poder “ilustrar la historia de Colombia”, como versaba en

convirtieron en “proveedores de objetos prehispánicos”. Las instituciones museísticas como el Museo Británico de Londres, el Etnográfico de Berlín y el Trocadero de París fueron grandes receptores de este tráfico (Botero 2006, 192).

⁴ AMNC, Bogotá, Vol.002-1. 26 de mayo de 1902.

⁵ AMNC, Bogotá, Vol.002-3. 17 de junio de 1902.

el documento del reglamento de la Academia Nacional de Historia. Además, en el mismo documento se señalaba que su objetivo era la “ilustración” sobre los temas comprendidos en: la “historia de los aborígenes, de la dominación española y de la República, política, civil, eclesiástica y militar”. Así, se señalaba que para cumplir con estos fines eran sumamente importantes la “adquisición” y el “acopio de documentos y materiales históricos”⁶.

Durante estos complejos años, y tras la muerte de Fidel Pombo, en 1901, el Museo fue regentado por el botánico Wenceslao Sandino Groot a quien siguió, en breve, Santiago Cortés y, más tarde, entre 1905 y 1910, Rafael Espinosa Escallón. En esa década, la colección del Museo Nacional se reorganizó a través de museos especializados. Así, en 1903, se creó el Museo de la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Nacional, con base en las colecciones de arte del Nacional. Poco más tarde, en julio de 1905, las colecciones botánicas que integraban el llamado herbario pasaron a la Facultad de Medicina y Ciencias Naturales de la misma institución universitaria (Cuervo 1997, 22). Para 1904, el ministro de Instrucción Pública puso un acento especial en la necesidad de que el Museo fuese una institución que manejara “objetos de verdadero valor histórico y científico”, consolidando de esta manera “la necesidad de seleccionar las piezas que llegaban y de conservar únicamente las que fueran valiosas para los fines que el establecimiento perseguía” (Pérez 2010, 89). Este era el espíritu de especialización que surgía en los albores del siglo xx.

5.2. De las incidencias en el Museo

En la presentación del *Catálogo del Museo Nacional* de 1912, realizado bajo la dirección de Ernesto Restrepo Tirado, el historiador Pedro María Ibáñez, miembro de la Academia de Historia, escribía en su texto introductorio algunas consideraciones que Restrepo había tomado en cuenta cuando llegó a la dirección, y que recogían los diez primeros años del Museo a inicios del siglo:

De 1896 a 1901 no existe ni una sola nota en el Museo. Desde su fundación hasta hoy no hay más que un copiador de cartas y notas, el que llevó el señor Espinosa, de 1907 á esta parte. Las notas oficiales de la última década se reducen en su mayor parte, á la rutinaria frase: no hay fondos; á solicitar

⁶ Para más información véase, *Reglamento de la Academia Nacional de Historia. Edición Oficial* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1909).

que sean prestados los objetos á particulares, á los círculos de la capital y á los organizadores de fiestas públicas y privadas. Son escasas las donaciones, y parece que varios Ministros quisieran acabar con la institución. A los salones, de suyo estrechos, se ordena que les quiten un parte; casi todas las colecciones mineralógicas se envían á la Escuela de Ingeniería: veintidós obras de arte —no fueron más porque no las había— va a formar la base del Museo de Bellas Artes; los herbarios son remitidos á la Escuela de Medicina. Por un centenar de objetos que han entrado al museo en la primera década de este siglo, se ha perdido, por causas varias, diez veces más: los de mayor valor. (Restrepo Tirado 1912, IX-X)

Esta preocupación de Restrepo Tirado, señalada en 1912, para cuando ya dirigía el Museo, ponía el acento en la movilidad de los objetos, la poca estabilidad que tienen, la falta de fondos públicos y el poco cuidado en las donaciones y las colecciones. A pesar de tal situación, en esta primera década el Museo se caracterizó por una labor esmerada, especialmente, en el ingreso de objetos de la llamada “historia patria”. Según Amada Carolina Pérez, entre 1902 y 1912 hay un notorio aumento de la colección en la sección de historia patria, que representó el 47 %; en la de objetos de historia natural, del 15 %, y en la de objetos indígenas, del 11 % (Pérez 2015, 137). En 1907, Rafael Espinosa Escallón publica un *Apéndice a la Guía Descriptiva del Museo Nacional*, donde hizo un breve recuento de los últimos ingresos de objetos en el Museo desde la última publicación de Fidel Pombo, en 1886, casi 20 años antes; en la mayoría de sus descripciones básicas aparecía esta tendencia, mencionada por la autora Pérez.

El 22 de enero de 1903⁷, Sandino Groot, por entonces director del Museo, le escribe al ministro de Instrucción Pública para establecer un compromiso de “arreglo científico” de la colección existente en el Museo. En dicha comunicación se recogían las críticas de Ernesto Restrepo Tirado —que ya mencionamos— sobre la situación de la entidad y sus acervos. En dicha carta, se señalaba cómo el señor Restrepo Tirado consideraba que en la institución “se guardan sin orden, ni clasificación objetos de gran valor y que con la venia del señor Ministro del Ramo debe emprenderse el arreglo científico, formando a la vez un completo catálogo”, y que con estas acciones el Museo debía entrar en “clasificaciones

⁷ Archivo General de la Nación. AGN-Colombia. Fondo Ministerio de Instrucción Pública, Colecciones: informes 1891-1919. Bogotá. Carpeta 1, caja 1. Expediente: 1200.

científicas, dirigidas por personas idóneas”. Sandino Groot se defendía en su carta de tales acusaciones y señalaba los inconvenientes de haber recibido el Museo en esas condiciones, ya que su antecesor, Fidel Pombo, al parecer, tenía una “particular forma de organizar los objetos”, y que él no podía ignorar o mover a su antojo. Haciendo referencia a su profesión de botánico, Sandino Groot señalaba la importancia de saber clasificar, porque “clasificar en Ciencias Naturales, es dar a las cosas el nombre científico que les corresponde en el orden natural al que pertenecen. Un naturalista puede tener confundidas sus colecciones, sin dejar por eso de tenerlas clasificadas”⁸.

Estas ideas de orden y desorden son paradójicas, pero dan cuenta de cómo se construye la autoridad del científico frente a la colección: la idea de tener confundida la colección, no por ello no clasificada. El traspaso de los bienes al Museo supondría la estandarización de dicha tarea, y no debería depender de la resolución personal de la configuración de un autor, como mencionaba Sandino Groot que había hecho Pombo. No obstante, la crítica de Restrepo Tirado apuntaba, justamente, a esa necesidad de lograr un estándar ajustado a las herramientas que podían regularse desde la comunidad de científicos especialistas en el tema: estas representaban a las “personas idóneas” que mencionaba. Para contraponerse a esa crítica, el director Sandino Groot terminó señalando que el espacio del Museo era realmente reducido, pero que, finalmente, las colecciones habían sido separadas en un orden específico; es decir, de cómo el Museo se había concebido con la perspectiva de Fidel Pombo. Así, el entonces director Sandino Groot quiso desligarse de los ataques que recibía de Ernesto Restrepo Tirado, futuro director de la institución museística.

En ese momento comenzaba a existir una suerte de malestar con respecto al orden de las colecciones, así como de sus formas de clasificación y los traspasos que se realizaban de los objetos hacia otros museos o instituciones, como, por ejemplo, las de Bellas Artes y las colecciones botánicas, ya mencionadas. El asentamiento de una comunidad de estudiosos, que resguardaba, cuidaba y velaba por las formas como se organizaban dichos acervos, marcó un nuevo momento en cómo, desde estas materialidades, se organizó el pasado, frente a un presente que necesitaba representar a la nación desde el Museo Nacional. Es importante señalar que, dada esta situación, el Ministerio de Instrucción

⁸ AGN-Colombia. Fondo Ministerio de Instrucción Pública, Colecciones: informes 1891-1919. Bogotá. Carpeta 1, caja 1. Expediente: 1200.

Pública formuló la Ley 39 de 1903, en la que se “obligaba a todos los museos del país a organizar y enriquecer las colecciones de los museos existentes y hacer que se publicaran catálogos descriptivos de sus colecciones” (Botero 2006, 196)⁹.

Además de lo anterior, en la época también se comenzaron a hacer interrogantes sobre el papel del Museo frente a los distintos públicos que asistían. En este aspecto, tampoco parecían claras aún las reglas del juego. El 2 de mayo de 1910, el entonces director, Rafael Espinosa Escallón, se quejaba al ministerio de Instrucción Pública por una nota sobre el ingreso de las personas al recinto, a lo que Espinosa contestó:

[...] solo puedo decirle que esto depende únicamente del Ministro; que nunca me ha prescrito á quien debo darle la puerta, ó a quien debo cerrársela; sino que me ha dejado el penosísimo deber de seleccionar la concurrencia que afluye á la puerta del establecimiento; lo cual puede corregirse con una prescripción clara y terminante; de qué clases sociales he de recibir y cuales nó. Tanto por respeto á las clases superiores, como por garantía hipotecaria que he prestado, para responder por los objetos del Museo, tengo el derecho de ser muy cauto respecto á los visitantes que acepte; lo cual dejo a su consideración¹⁰.

No tenemos mucha más información sobre el incidente al cual se refiere Espinosa Escallón. Como respuesta a dicha comunicación, el entonces ministro tan solo determinó que era el director del Museo quien debía elaborar un reglamento interno para someterlo a la censura del ministerio a su cargo. En este punto parecería, primero, que el Museo acopiaba objetos que debían ser arreglados desde un criterio científico, que surgía con fuerza en aquellos

⁹ Por ejemplo, el coleccionista Leocadio Arango, de Medellín, levantó “un catálogo sobre su colección privada en donde se describían las características de cada pieza, en términos de materia prima, dimensiones y formas, así como de dibujos de las que consideraba más representativas”. Véase, Carlo Emilio Piazzini, “Guaqueros, anticuarios y letrados: la circulación de artefactos arqueológicos en Antioquia (1850-1950)”, en: Carl Henrik Langebaek Rueda y Clara Isabel Botero (eds.), *Arqueología y etnología en Colombia-La creación de una tradición científica* (Bogotá: Cesó, Universidad de los Andes-Banco de la República, 2009), 55.

¹⁰ AGN-Colombia. Fondo Ministerio de Instrucción Pública, Colecciones: Informes Bogotá, Manizales, Medellín, Tunja. Años 1892-1924. Carpeta 4, caja 1.

años respecto al tratamiento de las antigüedades que resguardaba; segundo, la institución enfrentaba su futuro como ente no solo de estudios, sino de herramientas, que inculcaba los valores cívicos de la nación, de esa nación a la que fervientemente la academia de historia quería ilustrar a través de sus estrategias investigativas y la preservación de sus objetos.

5.3. Ernesto Restrepo Tirado y el Museo

*Un museo no puede progresar mucho con sólo limosnas,
y la partida existente es irrisoria. ¡Diez mil pesos
papel moneda para conservar lo existente
y comprar nuevos objetos!*

ERNESTO RESTREPO TIRADO, *Boletín*, agosto de 1912, 179

La labor de Ernesto Restrepo Tirado en la dirección del Museo Nacional de Colombia se inició en noviembre de 1910 y se prolongó hasta 1920. Su gestión en el campo fue vinculante; es decir, trabajó sobre aspectos internos de las colecciones y su crecimiento, así como de cara al exterior del Museo: desde relacionamientos institucionales hasta la preocupación por el tráfico de los objetos. En aquel entonces, esa institución museística comenzó a establecer relaciones con varias universidades —particularmente, norteamericanas, como la Universidad de Yale—, y con instituciones como el Carnegie Institution of Washington y la American Association of Museums, en un clima internacional propicio para la generación de estos lazos¹¹. Por otro lado, este director mandó, a lo largo de 1910 y 1911, un sinnúmero de cartas a varios departamentos —Cauca, Huila, Nariño y Atlántico, entre otros— solicitando objetos y donaciones para el Museo.

Entre agosto de 1911 y febrero de 1912, Restrepo Tirado publicó, por medio de la prensa, bajo el título de “Obsequios al Museo Nacional” o “Curiosidades históricas”, todos los objetos que habían llegado, desde medallones de personajes de la República y postales hasta minerales, donados por varias personas, e, incluso, por él mismo. Todas las publicaciones fueron firmadas por Restrepo y representaron el interés en hacer pública su gestión, a través de los medios de comunicación¹². Es interesante destacar que gran parte de los objetos donados

¹¹ Aunque Espinosa Escallón, el anterior director, ya había comenzado a trabajar sobre este aspecto, Ernesto Restrepo Tirado va consolidando este tipo de redes para el museo.

¹² AMNC, Bogotá, Vol.002-Anexo-111-113.

estuvieron relacionados con la independencia, con héroes, con personajes políticos, que eran, en su mayor parte, el común denominador de estos legados¹³.

Todas estas actividades, impulsadas por Restrepo Tirado, seguramente coincidieron con la necesidad generada, por parte del Estado central, de promover todo un imaginario simbólico que conmemorara el centenario de la independencia, en 1910. Personajes como Santander, Bolívar y Sucre, entre otros, figuraron como los principales protagonistas del panteón patrio y de las llamadas colecciones de “historia patria”. En el estudio de Frédéric Martínez se observa que la Exposición Nacional de 1910 era, sin duda, un despliegue de la “identidad visual sin precedentes” en la historia de ese país. Para este autor, nunca antes la imagen nacional de Colombia había estado orientada hacia el “interior”. Para ello se contó con un presupuesto total de \$180.000 (Martínez 2000, 327); además, cabe destacar que ese mismo año se lanzó, bajo el auspicio de la academia, la publicación *Historia Extensa de Colombia*, escrita por Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, que llegó a convertirse en el texto educativo por excelencia de la historia nacional del país, y en el que los aborígenes ocupaban un lugar preponderante en la narrativa histórica de la nación (García 2009, 49).

Este espíritu conmemorativo marcó las acciones tomadas por Restrepo Tirado a lo largo de los años siguientes. Entre 1911 y 1912 hubo una serie de comunicaciones que Ernesto Restrepo Tirado dirigió al ministro de Instrucción Pública, regentado entonces por Carlos Cuervo Márquez, y donde el entonces director solicitaba autorización para comprar objetos de distinta índole, entre los que se contaban retratos de libertadores, monedas, colecciones de minerales, fósiles, piezas arqueológicas, etc. En estas misivas solicitaba también colecciones antiguas de papel sellado y estampillas, que por entonces reposaban en el Archivo de Litografía Nacional, para que formaran parte de la colección nacional¹⁴.

¹³ Dentro de este espíritu de rescate de los personajes de la Independencia se ha señalado que, en particular, Restrepo Tirado se preocupó por realizar una búsqueda sistemática de las imágenes de Simón Bolívar dispersas en muchas de las dependencias oficiales (Cuervo 1997, 84).

¹⁴ AGN, Bogotá. Fondo Ministerio de Instrucción Pública, Colecciones: Informes Bogotá, Manizales, Medellín Tunja. Años 1892-1924. Carpeta 4, caja 1.

5.4. Restrepo Tirado y los objetos precolombinos en la colección del Museo

En estas primeras décadas del siglo xx se registró una interesante presencia en el Museo de las personas asociadas a la Academia de Historia, de la que Ernesto Restrepo Tirado fue uno de sus fundadores. Frente al continuo ingreso de objetos al Museo, existía el interés por parte de su director en que todos estos “obsequios” estuvieran bien resguardados, para lo cual solicitaba y señalaba, en varias ocasiones, la necesidad de mejoramiento de la infraestructura física y de seguridad del Museo¹⁵. Estos pedidos lograron materializarse a través de la gestión de Carlos Cuervo Márquez, ministro de Instrucción Pública, “quien consiguió que el congreso le asignara una suma fija de \$1.000 para la preservación y adquisición de colecciones” (Botero 2006, 199). El apoyo del gobierno fue significativo en estos años, y el Museo y las colecciones pasaron a establecerse en los salones del Rufino Cuervo, hacia 1913.

La compra de los objetos precolombinos ya contemplaba un ejercicio exploratorio y de constante confirmación de su procedencia y su originalidad, como en el caso de los 40 objetos precolombinos adquiridos a Moisés Mendoza. El entonces director Restrepo Tirado solicitaba la compra de estos, pues

[...] su procedencia he estudiado detenidamente sin que pueda revocarse a duda. Las colecciones de estos objetos constituyen una sección bien interesante del Museo, y como el precio por el cual se ofrecen, diez pesos (\$10) oro, es reducido, creo que pueden fácilmente comprarse.¹⁶

El estudio de la procedencia y la legitimidad del juicio científico para establecer la validez de la compra estaba asentado en el papel de Restrepo Tirado como director del Museo y en la validación del “saber experto” sobre este tipo de vestigios.

¹⁵ AGN, Bogotá. Fondo Ministerio de Instrucción Pública, Correspondencia: comunicaciones Bogotá, Cartagena, Medellín, Popayán, Tunja. Años 1887-1923. Carpeta 2, caja 3. Expediente número 727. Documento firmado por Ernesto Restrepo Tirado, fechado el 10 de agosto de 1912. En este documento el director señala que se le ha obsequiado una colección de billetes de las “más completas”, para lo cual solicita una “vidriera adecuada”.

¹⁶ AGN, Bogotá. Fondo Ministerio de Instrucción Pública, Correspondencia: comunicaciones Bogotá, Cartagena, Medellín, Popayán, Tunja. Años 1887-1923. Carpeta 2, caja 3. Expediente número 545. Documento firmado por Ernesto Restrepo Tirado, el 29 de enero de 1912.

En la misma época, entre julio y septiembre de 1913, se realizó la compra de 46 piezas de cerámica de la colección de Leocadio Arango. Restrepo Tirado realizó los trámites por medio de la Dirección de Instrucción Pública de Medellín para el envío al Museo; sin embargo, parecía ser que existían dudas sobre algunas de las piezas y su procedencia, para lo cual el ministro Cuervo Márquez solicitó al departamento de Caldas un juicio pertinente sobre ellas. Emilio Robledo contestó dicha solicitud, y escribió un pequeño informe el 6 agosto de 1913, dirigido al ministro, donde detallaba algunas cuestiones de importancia que señalaremos a continuación:

Con todo gusto tengo el honor de referirme á su atento telegrama No. 720 de 3 de julio pasado, en el cual se sirve comisionarme para que averigüe la autoridad de procedencia de unos objetos de cerámica recientemente comprados por el Gobierno con destino al Museo Nacional.

Personalmente me puse en comunicación con los señores Don Jesús Arango y Dn. Santiago Vélez, quienes conocen al dedillo los objetos extraídos de los sepulcros indígenas del Quindío. Dichos señores me han manifestado que es imposible certificar acerca de la autenticidad de aquellos objetos, sin verlos y examinarlos. Saben ellos que el Sr. Don Leocadio Arango ha adquirido algunas colecciones de cerámica, procedentes Quindío, pero me han manifestado asimismo que á dicho Sr. Arango se le han vendido como venidas de Quindío, colecciones que no son de aquella procedencia.

En cuanto á las que dicen ser de Viterbo, aún no he podido obtener dato alguno, solo sé —porque me consta personalmente— que en la región de Anserma y de Viterbo ha habido falsificación en grande escala de objetos de cerámica. Puedo asegurar a Ud. que, en general, las piezas color negro venidas de aquella región son todas falsificadas.¹⁷

Para aquel momento, Ernesto Restrepo Tirado ya había mantenido varias comunicaciones con Leocadio Arango sobre su colección. Finalmente, y a la luz de la respuesta dada por Emilio Robledo desde el departamento de Caldas, el director consultó directamente con Julio Ospina, quien le contestó:

¹⁷ AGN, Bogotá. Fondo Ministerio de Instrucción Pública, Colecciones: Informes Bogotá, Manizales, Medellín Tunja. Años 1892-1924. Carpeta 4, caja 1. Expediente 785.

Por no tener a la vista los objetos de cerámica indígena que el Sr. Ministro de Instrucción Pública compró a D. Leocadio Arango, no puedo dar un concepto preciso respecto a su legitimidad; pero, conoedor del museo particular del Sr. Arango, donde no hay un solo objeto que no sea indiscutiblemente legítimo, y de la habilidad de dicho señor, que quizá nadie supera en el país, para reconocer tales objetos, no dudo que los que vendió al Gobierno son genuinos.¹⁸

Esta controversia sobre la compra de una parte de una de las colecciones más importantes de Colombia, la de Leocadio Arango (1831-1918), puso en evidencia la fragilidad de los criterios con los cuales se establecía la validez o no de los objetos, su veracidad o su falsedad. Arango, uno de los más reconocidos coleccionistas de finales del siglo XIX y principios del XX, compraba su colección en la zona de Antioquia y sus alrededores, justamente donde la guaquería tuvo un asiento fuertemente enraizado. Arango fue un negociante muy reconocido que “tenía acciones en minas de oro y almacenes en Medellín”, además, de que “había implementado un sistema de intercambio que abarcaba municipios antioqueños y de otros estados”, de manera que a través de esta red conseguía y compraba cualquier “objeto curioso” que tanto los “campesinos, los huaqueros o los mineros había encontrado en sus faenas” (Piazzini 2009, 55).

En respuesta a las acusaciones sobre el origen y veracidad de los objetos de su colección, Arango le respondería a Restrepo Tirado:

En mi museo encuentra Ud. cosas muy raras, piedras antidiluvianas [sic] y unos trabajos que hoy no los podían imitar; Ud. tiene allá mi catálogo estúdielo y verá lo que le digo: hoy se lo vendo al Gobierno por 6000 oro por dos razones, la primera porque no salga del país y la segunda porque hace ya mas de dos meses que estoy en cama. [...] Hace 7 días, cuando aún no había recibido la carta que le contesté, recibí otra del Museo de Filadelfia, proponiéndome compra y le escribí pidiéndole 100.000 dollars.¹⁹

Arango era un personaje importante en el coleccionismo privado de la época, dentro de Colombia y en el plano internacional. Sobre este *impasse*,

¹⁸ AMNC, Bogotá. Vol.005-156, 27 de septiembre de 1913.

¹⁹ AMNC, Bogotá. Vol.005-110-111. 9 de julio de 1913.

acaecido durante la administración de Ernesto Restrepo Tirado al frente del Museo, podemos decir que, no obstante la procedencia de los objetos era un tema que debía incluirse en una taxonomía del Museo, no siempre se lograba consolidar una herramienta adecuada para establecer su origen, tanto por la movilidad del mercado de las piezas en la época como por las lógicas informales mediante las cuales se adquirieron las piezas. Si bien es cierto que esta colección reunía objetos de distintas latitudes, tal y como Arango movilizaba su propio negocio, no tenía un carácter netamente científico. Restrepo Tirado tuvo que lidiar con este punto de quiebre de la forma como los objetos iban convirtiéndose en herramientas de estudio para la ciencia. Adquirir la colección de Arango para el país constituía una disputa inclusiva sobre su salida hacia las metrópolis científicas y una inversión, en positivo, hacia la gestión del Museo en la época.

En este sentido, consideramos significativas las palabras recogidas en su informe publicado en el *Boletín* en agosto de 1912:

Diariamente vienen a ofrecer, en buenas condiciones, artefactos indígenas, recuerdos de nuestros próceres, curiosos productos del país, etc. etc., y como no hay fondos, van a dar a manos de extranjeros y a aumentar los museos del Exterior. Hoy día se pueden estudiar mejor nuestras antigüedades indígenas en los museos de Berlín, Madrid, Estados Unidos, etc., que en el Museo Nacional. (Restrepo Tirado 1912, 179)

En estas elocuentes palabras constatamos la preocupación de Restrepo Tirado por la continua salida de piezas al exterior. Existe ya, en estos momentos, una conciencia sobre el papel del Museo como contenedor de dichos objetos y promotor de su estudio hacia adentro.

Con esta perspectiva, es interesante revisar los sucesos en torno a la visita del germano Konrad Theodor Preuss (1869-1931) a Colombia —de los cuales haremos breve mención— y su interés en realizar excavaciones en San Agustín, departamento del Huila, entre 1913 y 1914. Preuss realizó inspecciones arqueológicas en la zona de San Agustín, de la cual tenía referencias a través de los trabajos de Codazzi, Carlos Cuervo Márquez y Konrad Stöpel (Botero 2006, 208). Su trabajo arqueológico sobre las estatuas ubicadas en dicho recinto consistía en la generación de datos y evidencias, publicados posteriormente en su libro *Arte Monumental Prehistórico. Excavaciones en el alto Magdalena y San Agustín*, en 1929 y traducido al español en 1931.

Más que interesarnos en la agenda científica de Konrad Theodor Preuss²⁰, queremos revisar el caso controversial de la salida de catorce estatuas monumentales de la zona, que partieron rumbo a Berlín en 1918, justo durante la gestión del Museo por parte de Restrepo Tirado, quien años antes había señalado la importancia de dicha estatuaria para el país (*Boletín* 1914, 471). San Agustín, para esos años, se había perfilado dentro de un tipo de valoración “monumentalista” del territorio, ya que en Colombia no había tal tipo de restos antiguos, como sí los de sus pares peruanos y mexicanos. Como lo mencionaba Héctor García Botero, la importancia de este sitio tenía que ver con aquel espíritu renacentista de “búsqueda de un pasado glorioso” que había “centrado su mirada en las ruinas” (García 2009, 51).

Uno podría inferir el complejo momento de salida de dichas estatuas hacia Europa de la mano de Preuss y la impotencia local al ver, nuevamente, cómo esos materiales salían del país, a pesar de “los informes conocidos por la Academia de Historia y por el arqueólogo Restrepo Tirado” (Botero 2006, 213). En varias declaraciones, el director Restrepo ya señalaba la importancia de que ni las piezas ni las colecciones salieran del país, y, sin duda, ese incidente sentó un precedente para la reglamentación de 1920 sobre la salida de objetos del territorio colombiano.

5.5. Entre catálogos e informes

Durante la gestión de Ernesto Restrepo Tirado se publicaron dos catálogos del Museo: el de 1912 y el de 1917; ambos, titulados *Catálogo general del Museo de Bogotá*, y en los que —particularmente, el segundo— la arqueología aparece en un acápite específico. En el catálogo de 1912 encontramos una división por área: arqueología, objetos indígenas contemporáneos, antigüedades extranjeras, objetos históricos, numismática, salón de gobernantes de Colombia, galería de próceres, mineralogía, galería de pinturas y apéndice. Después, en el elaborado durante 1917, y en relación con la arqueología, se especificaba una sola área en

²⁰ Para un estudio exhaustivo de Preuss, véanse los trabajos de Aura Reyes, “La materialidad amerindia, entre relatos míticos colecciones: una biografía de Konrad Theodor Preuss”, en *Bérose, Encyclopédie en ligne sur l’histoire de l’anthropologie et des savoirs ethnographiques* (Paris, IAC-LAHIC, UMR 8177, 2018); y su trabajo de investigación doctoral recientemente publicado: Reyes, Aura, *Ensamble de una colección. Trayectos biográficos de sujetos, objetos y conocimientos antropológicos en Konrad Theodor Preuss a partir de su expedición a Colombia (1913-1919)* (Bogotá: Universidad del Norte, 2019).

la que se ubicaron 566 objetos dentro de la colección del Museo. De este último catálogo, Clara Isabel Botero menciona que podemos considerarlo un “inventario de registro minucioso de objeto”, en el cual lo que buscaba su director era mostrar el orden de los objetos de acuerdo con la vitrina o el estante donde se hallaban (Botero 2006, 201).

En el catálogo de 1912, Restrepo Tirado señalaba que la colección arqueológica que reposaba en el Museo Nacional era escasa. En esta publicación, el autor mostró su preocupación, pues, ante la ausencia de objetos, era casi imposible formularse algún “estudio serio”, y tan solo se podría trabajar en ciertas “deducciones” sobre observaciones ya hechas. Se lamentaba, asimismo, de haber perdido la “tradicción de los lugares en donde fueron encontrados estos objetos, que de otra manera nos servirían de indicio para describir las alhajas y adornos que de preferencia pudieran usarse en esta ó en aquella localidad”. Desde estas limitaciones, Restrepo Tirado iniciaba la descripción de las piezas categorizándolas por el material, bien fueran de cerámica, de piedra o de oro y objetos varios.

En estos catálogos del museo existen tres documentos historiográficos referenciales sobre los que se trabaja el ejercicio clasificatorio. El primero es el realizado con su padre, Vicente Restrepo; nos referimos al *Catálogo general de los objetos enviados por el Gobierno de Colombia á la Exposición Histórico-Americana de Madrid*. Otro texto de importancia es la obra de su progenitor titulada *Los chibchas antes de la Conquista*. El siguiente es el texto de Liborio Zerda sobre *El Dorado*, y, finalmente, hace uso de las dos guías y el apéndice realizados por Fidel Pombo y por Rafael Espinosa Escallón, respectivamente.

El catálogo de Ernesto Restrepo Tirado de 1912 operaba a manera de guía y localizaba la pieza por su acepción a la pertenencia del lugar; posteriormente identificaba el número de la pieza y después citaba su procedencia —por ejemplo, *Número 11, CHIBCHA*—, así como el detalle físico material. Incluía, además, una descripción del objeto, su altura, su material, y su referencia bibliográfica remitida a la historiografía señalada. En otra de sus descripciones, no adhería una pertenencia hacia un grupo, sino solo hacia el lugar: por ejemplo, para la figura número 31 señalaba: “procedente de las llanuras de Chanchico, á orillas del río Enca, en los límites de La Goajira” (Restrepo 1912, 9). En otros casos se tendía a clasificar como “indígena”, sin especificar ningún tipo de procedencia. Esta ubicación de la pertenencia, tanto física como históricamente localizada, convertía a los objetos en evidencias científicas de un contexto arqueológico en construcción, vinculado a una zona territorial identificada.

Otra cuestión interesante en esas publicaciones de Restrepo Tirado sobre las colecciones del Museo eran los datos ofrecidos sobre los donantes de objetos para el Museo. En la mayor parte de estas transacciones no contamos con los detalles de las piezas, y, en caso de que existiesen, eran muy someras. Entre los donantes más importantes se contaba con las Pedro P. Pedraza, Anselmo Pineda, Antonio Castañeda, Jorge Isaacs y de Cayetano Cuervo, así como de Julio E. Flórez, Manuel Ancízar, Adolfo León Gómez, Manuel Antonio Ángel, Ricardo Rojas, Pedro Pardo Hurtado y Carlos Cuevo Márquez. A título de ejemplo, en la descripción de sus donaciones figuraba solamente una descripción sencilla, como “cabeza de piedra elíptica circular hallada en una huaca en los alrededores de Baudó”, de donde sacaron “unas 30 libras de oro”, y que fue remitida al Museo por “el indio Marco” (Restrepo 1912, 35).

Hemos encontrado información también relevante sobre la gestión de las colecciones del Museo en los informes del director publicados en los boletines de la Academia. Restrepo Tirado presentó su informe de 1915, en el *Boletín* de octubre de ese mismo año. En este se señalaron todas las actividades que estaba desarrollando durante su gestión en el Museo. En términos generales, su trabajo fue concebido como una reconstrucción de la idea misma del Museo Nacional, o de lo que esto debería ser para un contexto como el colombiano. El director señalaba en aquel entonces:

Nuestro museo no ha tenido de nacional más que el nombre. Cuando nos hicimos cargo de su dirección era un mosaico universal, donde figuraban los objetos más heterogéneos, aglomerados en un lamentable desorden caótico. Las riquezas de nuestro país estaban muy escasamente representadas [...] Desde un principio nos propusimos, sin desmayar ante la exigüidad de la suma destinada por el Gobierno para la conservación del establecimiento, nacionalizarlo. Hacer converger todos los esfuerzos a atraer en él el mayor número de producciones de las diversas regiones del país. (*Boletín* 1915, 159)

La idea de *nacionalizar* el establecimiento, como él mismo planteaba, suponía ordenar las colecciones del Museo, pero, además, en su interés en mostrar estas riquezas, buscó generar una red de proveedores de objetos a escala nacional, a través del envío constante de comunicaciones a los distintos departamentos. Nacionalizar era, para Restrepo Tirado, “aumentar nuestras colecciones, gracias al apoyo oficial y particular”, como rezaba en su informe.

Pero esas colecciones eran resguardos del tráfico al extranjero, de su salida; de cierta manera, su práctica científica era una arqueología frente al despojo, una que se asienta en el poco control sobre los restos, su fragilidad en un mercado de tráfico constante y el deseo de que el Museo pueda retener estos vestigios para el presente y para el desarrollo de la ciencia local. El Museo, además de ser un certificado de la totalidad del país, se convertía en un muestrario de riqueza nacional —flora, fauna, historia patria, antigüedades— que formaba parte de este imaginario nacional material.

En este informe en particular, ponía Restrepo un acento en los objetos antiguos indígenas haciendo mención a su propia labor. Para él, los objetos eran importantes porque gracias a ellos se podían conocer las “industrias, los usos y costumbres de los primeros habitantes de nuestro país”, además de recoger múltiples datos de los entierros existentes. Para Restrepo Tirado, encontrarse en aquel entonces con un objeto suponía “hallar un precioso documento manuscrito” sobre el cual siempre se podía hallar “un nuevo descubrimiento”. De cierta forma, este intelectual buscaba asimilar “el objeto arqueológico al libro” (García 2009, 50) e intentaba asegurar tanto las herramientas para la conservación de dichos materiales como un corpus de ellos, para encomendarse a su “lectura”. En este informe Restrepo Tirado aseguraba que en aquella época,

Varios aficionados hicimos colecciones de lo que alcanzábamos a allegar de esos tesoros, que en su mayor parte iba a enriquecer los museos del Exterior. ¡Al nuestro alcanzaron a llegar unos pocos objetos, a manera de muestra, y de ellos cuán poco quedó! Entonces hubiera sido fácil recoger una colección de que hoy hubiera podido enorgullecerse el Museo, y que hubiera servido de base a los estudios arqueológicos, pues que de los terrenos del Quindío, de Anserma y de Antioquia se sacaban en grande cantidades. A medida que fueron excavando las sepulturas alrededor de los centros habitados, y que los guaqueros tuvieron que penetrar a lugares lejanos y desiertos, estos objetos fueron haciéndose de más en más raros y adquiriendo precios elevadísimos. Sin embargo, a fuerza de perseverancia hemos logrado reunir unas quinientas piezas, con las cuales puede ya formarse el visitante una idea de la industria característica de los pueblos chibcha, quimbaya, catío y chiriquí. (*Boletín* 1915, 159-160)

Restrepo Tirado aseguraba que a finales del siglo XIX existía un sinnúmero de guacas que fueron exploradas, lo cual sacó miles de objetos a la luz. En el

libro de Luis Arango *Recuerdos de la guaquería en el Quindío*, publicado en la década de 1920, ya se hablaba de un auge de este oficio entre 1884 y 1914, particularmente motivado por la extracción de piezas de oro. Es paradójico cómo, casi 20 años después, Restrepo Tirado se lamentaba por la pérdida de dichos objetos, si pensamos que décadas antes, en 1892, él y su padre participaron de los trámites y de la donación del tesoro quimbaya, así como de la venta de objetos en la Exposición de Chicago en 1893, que fueron a parar al Field Museum.

Este *boom* de piezas mermó para el siglo xx, y fue justo en ese momento cuando Restrepo Tirado, como parte de una sociabilidad científica presta a trabajar en el horizonte de una práctica arqueológica normada y pensada desde y por el Museo, recuperó la importancia del coleccionismo para la institución. Los objetos se ligaron desde el Museo hacia la nación, pues desde allí se imaginaron los territorios pasados y las zonas proveedoras de dicha riqueza. Esta *archaeo-space*, de la que hablaba Castro-Klaren, operó desde y por la gestión dentro de la institución museística, pensada como el núcleo de expansión de estas ideas y del vínculo entre la arqueología, el territorio y la nación.

5.6. El Instituto Histórico y el Museo: Perú y sus antigüedades a inicios del siglo xx

El 18 de febrero de 1905, con José Pardo como presidente de la República y con Jorge Polar como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, se promulgó el decreto mediante el cual se creó el Instituto Histórico del Perú. Un mes más tarde se designó a sus miembros fundadores y se efectuó la primera sesión del naciente instituto eligiendo la nueva junta directiva: Eugenio Larrabure y Unanue como presidente, Mariano Ignacio Prado y Ugarteche como vicepresidente, Pablo Patrón como segundo vicepresidente, José Toribio Polo como secretario y Julio Loredó como tesorero. Además, se nombró como inspector del Archivo Nacional a Carlos Paz Soldán, y como director de la revista histórica, a Carlos A. Romero. Así, el 19 de julio de 1905 se instaló solemnemente el Instituto (figura 42).

En este contexto surgió también el Museo Histórico²¹, que se fundó el 6 de mayo de 1905 y se inauguró dos meses más tarde en las salas del Palacio de

²¹ Sobre el museo peruano y las colecciones en el siglo xix se han escrito algunas contribuciones, de las que podemos citar, entre las más importantes, las realizadas por la investigadora germana Stephanie Gänger; especialmente, sus trabajos de 2014 y 2014a.

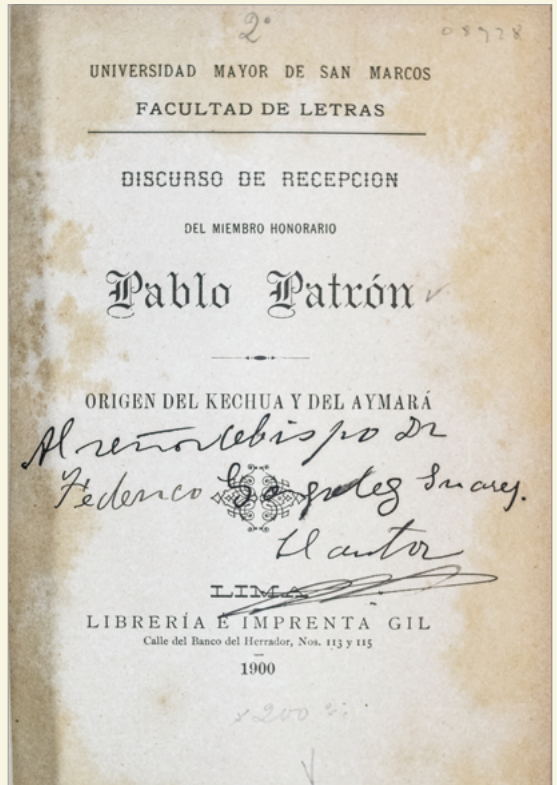
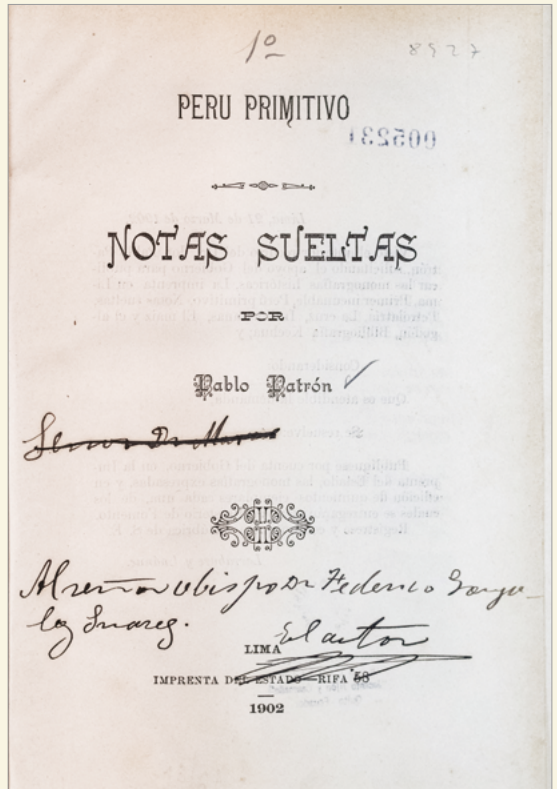


Figura 42. Publicaciones de Pablo Patrón*

Fuente: Pablo Patrón (*Perú Primitivo. Notas Seltas*. Lima: Imprenta del Estado, 1902. Pablo Patrón. *Origen del Kechua y del Aymará*. Lima: Librería e Imprenta Gil, 1900). Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

* Es interesante explorar las dedicatorias de estas publicaciones. Por ejemplo, Patrón dedica ambas obras al ecuatoriano Federico González Suárez, que revisamos en el capítulo anterior. Vemos cómo, de alguna manera, estos intelectuales estaban conectados.

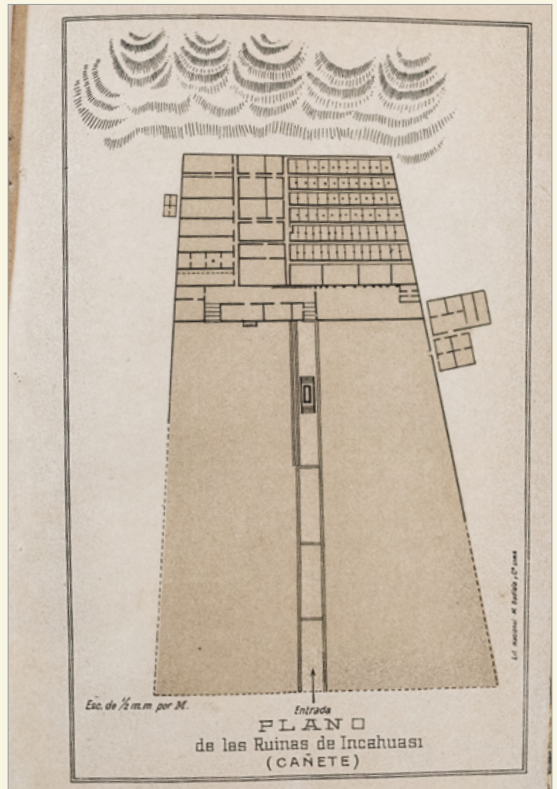
la Exposición de Lima. Las primeras consideraciones que se tomaron en cuenta fueron la pertinencia y la importancia que tenía la existencia de un museo para la cultura del país; así, en los discursos de inauguración se señalaba que este lugar permitiría que los objetos “se reúnan, conserven y exhiban al público, debidamente expuestos y catalogados”, además de mencionar que dichos vestigios “se relacionan con nuestra historia en la época anterior á la dominación española, en la de esta dominación y en la de la República” (*Inauguración* 1905, 5). El Museo se establecía, entonces, como una dependencia del Instituto Histórico del Perú, sobre la base de las colecciones públicas existentes.


En contraste con el museo colombiano, que para finales del siglo XIX tuvo una cierta promoción por parte del Estado y una gestión sostenida por figuras como la de Fidel Pombo, la institución museística peruana no mostró actividad significativa, pues aún se veía lastrada por el saqueo producido a sus colecciones durante la Guerra del Pacífico; lo único que se conservó fue la famosa Piedra de Chavín, o Estela de Raimondi, estudiada por José Toribio Polo. Esta circunstancia nos ha llevado a considerar la importancia que tuvo la fundación del Instituto en 1905 en el impulso a la construcción de una cultura nacional peruana, pensada en clave histórica (figura 43).


En 1893 el intelectual Eugenio Larrabure y Unanue ya había señalado la necesidad de recuperar las piezas antiguas del Perú y darles un espacio real en algún museo. Él cuestionaba en su *Monografía*²²: ¿por qué no formar una colección de todos ellos para que nuestros museos no estén tan pobres de antigüedades? Nos pareció muy elocuente su preocupación, ya que 18 años antes, en 1874, en su texto investigativo acerca de Cañete²³, una de las provincias del departamento de Lima, ese autor mostraba su preocupación por la incesante pérdida de estos vestigios para el Perú. El mencionado estudio incluía el levantamiento estadístico, histórico y geográfico, y contenía una sección especial de arqueología que cerraba sus indagaciones. En aquel entonces, este intelectual consideraba la importancia de las ruinas —particularmente, las de Cancharí y Chuquimancu— ubicadas en este sector, y señalaba que “un día llegará en que los hombres estudiosos vayan allí a pasar sus mejores momentos traduciendo

²² Véase, Larrabure y Unanue, Eugenio, *Monografías histórico-americanas* (Lima: Imprenta de Torres Aguirre, 1893).

²³ El título completo de la obra es *Cañete: apuntes geográficos, históricos, estadísticos y arqueológicos* (Lima: s/editor, 1874).







EL descubrimiento de las ruinas de Incahuasi, situadas en la costa peruana del Pacifico, á poca distancia de Lima, constituye un factor importante en el estudio de la arqueología americana.

Los amantes de las viejas civilizaciones de América, hallarán en la publicación que les ofrecemos, tomándola de *La Ilustración Peruana*, algunos puntos que han de interesarles; tales como la existencia de las columnas precolombinas, la vasta explanada con su adoratorio central, el plano general del edificio, de acuerdo con las ideas de los Incas, y la ausencia absoluta de sacrificios humanos en el antiguo Perú sostenida por el autor.

E. Larrabure y Unánué,
 Presidente del Instituto Histórico de Lima.

Lima, abril de 1912.




Figura 43. Páginas interiores del libro *Incahuasi. Ruinas de un edificio peruano del siglo XVI*

Fuente: Eugenio Larrabure y Unánué, *Incahuasi. Ruinas de un edificio peruano del siglo XVI* (Lima: Imprenta Variedades, 1912).

Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

en esos muros que se derrumban la historia de varias generaciones” (Larrabure 1875, 71)²⁴. Esta fue la inquietud latente en los discursos de inauguración del Instituto Histórico en 1905. En palabras de Larrabure, primer presidente del Instituto,

España posee, sin perjuicio de sus tesoros bibliográficos, buena parte de los objetos arqueológicos llevados de aquí por sus conquistadores y magistrados; Berlín tiene más de 3.000 piezas, y entre ellas las magníficas colecciones del doctor Macedo y de Gretzer; Francia conserva en el Trocadero, entre otras, la recogida por Wiener durante sus incursiones en el Perú y las formadas, lo mismo que Inglaterra, por sus viajeros y marinos; los Estados Unidos poseen parte de la colección Muñoz, de Squier y del doctor Uhle; Chile, en fin, ha adquirido recientemente las famosas cabezas de cerámica reunidas por D. Nicolás Sáenz, verdaderas joyas en su género.

Y permitidme, señores, una pregunta que no juzgareis indiscreta: nosotros, los dueños de las inagotables fuentes que han producido esas reliquias históricas, ¿qué poseemos? La respuesta es muy sencilla: ¡nada! (Larrabure, en *Inauguración* 1905, 22)

Frente al nuevo escenario del Museo, deambulaba una reflexión sobre la constante expoliación de piezas arqueológicas que había sufrido el Perú durante décadas, producto no solo de las misiones científicas extranjeras, sino también, de la guerra con Chile. Ambos escenarios se percibían como desastrosos para la configuración de acervos materiales que dieran cuenta de un pasado monumental y de reliquias históricas conservadas, condiciones necesarias para la construcción de un imaginario nacional estratégico para el gobierno de turno. Es importante destacar el interés de intelectuales como Eugenio Larrabure y Unanue, Pablo Patrón, Manuel González de la Rosa, Mariano Prado y José Toribio Polo en el futuro de estos vestigios precolombinos. Todos ellos conocían perfectamente

²⁴ Para el caso peruano, el carácter monumental de las ruinas marca una diferencia con sus contrapartes andinas, en las cuales, a pesar de que existían algunos restos de este tipo en naciones como Ecuador y Colombia, en Perú, el *archeospace* que describía Castro-Klaren opera de manera más determinante que en otros lugares. Como veremos más adelante, el museo nacional orientó su actividad en torno a los proyectos de excavación, al contrario de sus pares interregionales.

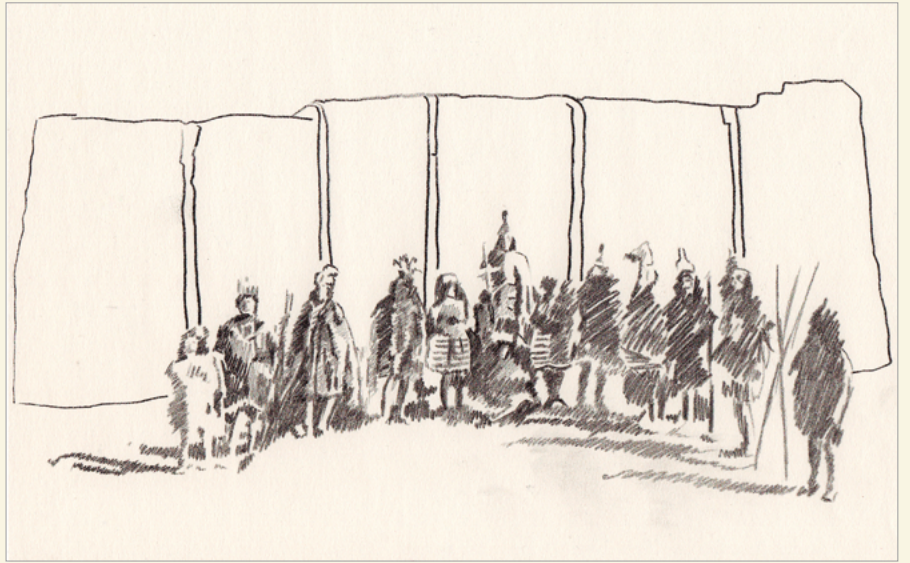


Figura 44. Ilustraciones del periódico *La Crónica*

Fuente: Estas ilustraciones se han realizado con base en las imágenes del periódico peruano *La Crónica*, de noviembre de 1913. La reproducción ha sido realizada por la artista Pamela Cevallos y se titula *Guion para melodrama: reciclando Ruinas para una Nación*. Dibujo sobre papel, 2020.

qué había pasado con dichas colecciones y eran conscientes de cómo se había procedido en el territorio peruano respecto a las antigüedades. En sí, la labor del Instituto y del Museo sería el establecer una política cultural clara con respecto a la extracción, el rescate, el comercio y el estudio de dichos objetos (figura 44).

Durante las primeras décadas del siglo XX existió un creciente interés local respecto a las ruinas monumentales. Ya revisamos el continuo escrutinio al cual fueron expuestos esos monumentos por parte de viajeros científicos europeos y norteamericanos durante el siglo pasado, y las múltiples publicaciones ilustradas lanzadas en el extranjero. En las pocas ediciones peruanas decimonónicas sobre el tema, como *El Perú Ilustrado*, se recogieron algunas representaciones visuales o criterios vertidos por dichos extranjeros, así como menciones al clásico libro de Mariano de Rivero de 1851 *Antigüedades Peruanas*, editado en Viena; empero, hacia la segunda década del siglo XX aparecen ya titulares de noticias como los del diario *La Crónica* —dirigido por el coleccionista Rafael Larco Herrera²⁵—, sobre ruinas como las de Ollantaytambo y ciertas representaciones teatrales allí realizadas en noviembre y diciembre de 1913. Igualmente, se recogieron noticias sobre el descubrimiento de un altar en Cuzco y en los restos de Sacsayhuamán, así como del polémico “descubrimiento” en 1911 —atribuido a Agustín Lizárraga casi una década antes del norteamericano— de Hiram Bingham, sobre las ruinas de Machu Picchu²⁶, auspiciado por la Universidad de Yale. Al respecto, el citado periódico señaló:

²⁵ En el relato contado sobre Rafael Larco Herrera (político, diplomático y coleccionista), por su hijo Rafael Larco Hoyle, se habla sobre la forma como Larco Herrera inició su colección: “Mi querido y recordado padre formó en 1903 una colección de vasos de las culturas precolombinas del norte peruano. Esta colección, por dilatado lapso, estuvo en nuestra hacienda Chiclín, ubicada en el valle de Chicama. En uno de sus primeros viajes a Europa, visitó el Museo del Prado, en Madrid, comprobando que la colección de antigüedades peruanas era muy pobre. Con la generosidad que siempre lo caracterizó, hizo obsequio de su colección [...] De esta quedó un ceramio maravilloso: un vaso-retrato mochica, que ha sido el primer objeto con que se iniciaron las colecciones que hoy integran el Museo Rafael Larco Herrera. En 1925 mi padre adquirió del señor Alfredo Hoyle, su cuñado, una colección de vasos y otras piezas arqueológicas. Esta primera colección dio origen al Museo Rafael Larco Herrera” (Larco Hoyle 2012, 12). Además, Larco Hoyle señala cómo a partir de las décadas de 1920 y 1930 la colección crece al recopilar materiales de distintas regiones del Perú.

²⁶ Según Rénique, es interesante también cómo ingresa Machu Picchu al imaginario cusqueño, donde la arqueología se convertiría en “la noticia de interés colectivo”. Para él, este era “el ambiente propicio para reinventar el Cuzco como capital del Perú”, para proponer una

De nuestros libertadores, héroes y en general, de nuestros hombres ilustres, sólo dos ó tres tienen consagrado á su recuerdo un monumento y, lo que es peor aún, aquellos monumentos y reliquias que se han quedado de otras épocas se destruyen y desaparecen como si un empeño de borrar el grandioso pasado pre-incaico y colonial, se ejerciera desesperadamente [...] Así, mientras nuestro museo sólo guarda colecciones prestadas y de escaso valor, en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, se exhiben asombrosas colecciones extraídas sigilosamente de las ruinas peruanas. (*La Crónica* 8 de diciembre de 1913, 4)²⁷

Se destacan en estos años las “excursiones pedagógicas” organizadas en varias ocasiones por el catedrático de Historia Crítica del Perú —dictada entre 1909 y 1930—, de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, el doctor Carlos Wiesse²⁸ y el profesor Carlos A. Romero, miembros fundadores del Instituto Histórico del Perú. En dichos ejercicios se recorrían, durante varios días, ruinas tanto precolombinas como coloniales. En varios números de la popular *Revista Variedades*, dirigida por Clemente Palma²⁹, se

“cusqueñización del regionalismo serrano” soliviantado por una expansión económica centrada en Lima y la costa norte, que le daba la espalda al interior andino. Dice este autor que si Riva-Agüero y los investigadores de Yale proponían una imagen de una “historia extinta”; la intelectualidad local podía leer ese pasado como una “historia viva”, “en contacto con sus gentes, con sus tradiciones y cultura”. Véase, José Luis Rénique (2013).

²⁷ Al cumplirse un centenario del descubrimiento del sitio arqueológico de Machu Picchu hubo muchas polémicas sobre su verdadero “descubridor”. No obstante, la publicidad internacional alcanzada por Bingham se volvió notoria y especialmente auspiciada por la *National Geographic Society*. Véase el siguiente enlace: <https://sge.org/publicaciones/numero-de-boletin/boletin-38/hiram-bingham-y-la-ciudad-perdida-de-los-incas/> (Consultada el 2 de mayo de 2016).

²⁸ A Carlos Wiesse se lo ha reconocido como uno de los personajes más importantes en el desarrollo de la sociología en el Perú. Cuando la cátedra se inició en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en 1896, regentada por Mariano Cornejo, ya entrado el siglo xx fue retomada por Wiesse. La obra de Wiesse ha sido descrita como un “positivismo conservador”, y su ideología, como la de un “liberal moderado”. Véase, Julio Mejía Navarrete (2005, 302-337).

²⁹ Sin duda, no nos llama la atención la participación de Palma en estos proyectos editoriales. Ya en 1897, en su tesis *El porvenir de las razas en el Perú*, Palma se había convertido en uno de los difusores de la teoría evolucionista en el país, desde un tipo de racismo científico y a la luz del positivismo de la época. En el tránsito de siglo, Palma aseguraba que la raza india

recogieron estas experiencias de los estudiantes y sus visitas históricas, así como artículos sobre restos monumentales representativos del Perú, escritos por Horacio Urteaga. En estas dos primeras décadas asistimos a un florecimiento de una visión del pasado, asentada sobre la *majestuosidad del incario*, la necesidad de la preservación y del estudio, para generar el relato de la nación. Ahora las palabras pronunciadas en 1905 por el entonces ministro de Justicia, Culto e Instrucción, Jorge Polar, cobrarán sentido: “¿dónde, en la historia, hay un imperio semejante al nuestro de Tahuantinsuyo?” (*Revista Histórica* 1905, 35).

En estos años también emergía la voz de un joven intelectual: José de la Riva Agüero, quien publicaría su tesis, con la que obtuvo el doctorado en Letras en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, titulada *La historia en el Perú*, en 1910, que de alguna manera, “puso los cimientos de la historiografía peruana, mediante el estudio preliminar e imprescindible de las fuentes históricas” (Porras 1963, 173), y que significó la introducción del relato incaico en las páginas de la historia peruana. Después de este trabajo, Riva Agüero recorrió la sierra Sur del Perú para escribir otra de sus obras *Paisajes Peruanos*, y, como dijo irónicamente Flores Galindo, preferiría “viajar por el Perú y no por Europa”, haciendo alusión a esos desplazamientos del intelectual limeño miembro de la élite de esa ciudad, para quien

[...] el paisaje evoca al pasado: Jaquijahuana, la pampa de Ayacucho, las ruinas de Vilcas y el santuario de Cocharcas [...] la erudición no le permite descubrir a los hombres que habitan esos territorios. La sierra sin indios. El paisaje vacío. Mejor dicho, una especie de cementerio. (Flores Galindo 1996, 239)

Este momento configura un punto de quiebre vinculado a la lectura del pasado y la posterior entrada del pensamiento indigenista de la década de 1920³⁰.

era una “raza decadente, agotada”. Este intelectual peruano fue seguidor de Gustave Le Bon, uno de los mayores promotores de las teorías racistas. Es interesante que décadas más tarde, en su revista, haya dedicado varios temas vinculados a las antigüedades nacionales, que, obviamente, tenían que ver con las indígenas, como ruinas o monumentos que había que reconocer de ese pasado, el indígena, solo como objeto histórico. Véase, Augusto Castro (2013).

³⁰ Para David Brading, los trabajos de José de la Riva Agüero y su temprana obra *Historia en el Perú*, de 1910, serían fundamentales en la “introducción de un concepto de nacionalidad”,

En este contexto de construcción de una idea de cultura nacional ligada al pasado peruano a partir del sostenimiento y la promoción del Instituto, de sociabilidades científicas, de estudios, de actividades pedagógicas, de “descubrimientos” y de monumentos, se va erigiendo el nuevo Museo Nacional del Perú. Parte de la historiografía peruana ha mostrado un persistente interés en destacar la labor de Max Uhle en la gestión del nuevo museo (Ravines 1989; Hampe 1998; Lumbreras s. f.; Kaulicke 2010; Porras 1963) desde su reapertura; sin embargo, la labor del germano estuvo amparada por ese espíritu colegiado de intelectuales peruanos, para quienes la construcción de la nación dependía de conservar estas “reliquias históricas”, entre las que figuraban los objetos de colección y las ruinas monumentales, despojadas del suelo peruano por muchas décadas. El Museo se transformó en el eje en torno al cual se articulan dichas estrategias para la configuración de una materialidad histórica ligada a la nación. A la par de Max Uhle, la figura de Julio C. Tello fue determinante en el proceso de institucionalización del Museo en las primeras décadas del siglo, y en dar un nuevo enfoque pensado desde la colección, la educación y la ciencia. Estamos presenciando en estos años, la construcción del discurso del pasado y sus antigüedades, momento en el que los objetos son de la nación, de la cívica y también de la ciencia. A partir de estos dos personajes queremos acercarnos al proyecto museológico del Perú, en los albores del siglo xx.

5.7. Max Uhle: de un museo metropolitano al Museo Nacional

En el contexto de exploraciones científicas decimonónicas del último cuarto de siglo, llega Max Uhle (1856-1944) a Suramérica. Se embarca en Amberes en noviembre de 1892, y llega a Buenos Aires en diciembre del mismo año. A su arribo a la urbe porteña se encamina hacia el norte del territorio argentino para la “recolección de piezas arqueológicas” encomendada por Adolf Bastian y el Museo Etnográfico de Berlín, y continuó hacia Bolivia³¹. Años más tarde va a

en tanto que él asume las raíces de la historia peruana en el imperio inca y en la época virreinal. En 1916, durante el tercer centenario de la muerte del Inca Garcilaso de la Vega, Riva Agüero elogió a este por considerarlo un “patriota de la patria peruana” (Brading 2006, 29). No ahondaremos en la figura de Riva Agüero, por cuanto su incidencia como coleccionista es posterior a la temática que trabajamos.

³¹ Sobre el itinerario de este viaje, véase, Fischer, 54-56.

Perú con el auspicio de la Universidad de Pensilvania, y posteriormente, con el de la de California. En un principio, el objetivo de sus visitas era, básicamente, hacer “colecciones” encomendadas particularmente desde Alemania, aunque después lo hace para Estados Unidos, como bien lo señala Lumbreras:

Por tal razón, por causas derivadas en gran parte por las fuentes de financiamiento de sus estudios, y por el signo de su tiempo, todas las investigaciones de Uhle en el Perú estuvieron asociadas al acopio de colecciones para museos: primero Berlín, luego Pennsylvania y California, de los Estados Unidos. Finalmente, sus últimos trabajos en el Perú, entre 1906 y 1911, se hicieron en torno a la vieja idea de formar un Museo Nacional del Perú, para el que Uhle debía formar colecciones. (Lumbreras s. f., 179)

La formación inicial de Uhle fue más bien la de lingüista, y se especializó en Oriente (Asia Oriental); por ello, se ha considerado que este investigador, como lo han mostrado varios de sus estudiosos, “no fue americanista ni menos arqueólogo de vocación y formación, sino se convirtió en tal por circunstancias poco controladas y menos deseadas, dictadas por las necesidades del momento que parece haber aceptado sin resistencia” (Kaulicke 2010, 10). La relación que mantuvo con las universidades norteamericanas le permitió, durante el lapso de seis años (entre 1900 y 1906)

[...] una mayor seguridad económica [que] le permitió hacer lo que en la primera fase no había podido por la escasez de medios: excavar con el fin de establecer una cronología y contextualizar los hallazgos que tuvo que entregar a Estados Unidos. (Kaulicke 2010, 13)

Gracias a esta fase investigativa y a sus trabajos de pesquisa y excavación, Uhle es reconocido como arqueólogo, y así pudo dejar atrás, tal como lo señala Kaulicke (2010), su fama de coleccionista y expoliador de antigüedades, que había adquirido tanto en Bolivia como en Perú.

Su obra *Pachacamac*, publicada en 1903, se posiciona como una de las más relevantes en el plano científico arqueológico, por usar y demostrar la “validez de la estratigrafía”, así como la función de los asentamientos y de la cronología relativa (Kaulicke, 2010; Lumbreras, s. f.). Incluso, el intelectual ecuatoriano Jacinto Jijón, antes de su muerte, reconoce en un manuscrito, titulado *Las*

civilizaciones del Sur de Centroamérica y el noroeste de Sudamérica, el papel del germano Uhle en la arqueología de la región a partir de los fundamentos que estableció en dicha obra hacia 1903³².

5.8. Uhle y las colecciones: inventariar, excavar, acopiar y legislar

Pablo Patrón³³ fue uno de los intelectuales interesados en la lingüística y en aquello que denominó como el *Perú Primitivo*. Este investigador conocía los trabajos de la mayoría de viajeros del siglo XIX sobre el Perú y había seguido de cerca los estudios que Max Uhle había emprendido sobre estas tierras. Para Patrón, ese alemán era el introductor de una perspectiva científica respecto al estudio de antigüedades, y consideraba que era Uhle quien había llegado “á constituir definitivamente en una verdadera ciencia la arqueología peruana” (Patrón 1906, 416). Las palabras de Patrón sobre Uhle mostraron el interés que existía entre los miembros del Instituto en profesionalizar la práctica científica y promover los estudios de este tipo en suelo peruano.

En el primer número de la *Revista Histórica*, órgano de difusión del Instituto, y publicado en 1906, se ponían en claro algunas especificaciones del nuevo Museo. Esta institución abrió sus puertas en julio de 1905 y constaba por entonces de dos secciones: la arqueológica y de las tribus salvajes, y la de la colonia y república. La primera, el área de arqueología y tribus salvajes, fue encargada a Max Uhle hasta 1911, fecha en la cual termina su administración. El Museo funcionaba en los altos del antiguo Palacio de la Exposición, y su organización se estipulaba de la siguiente manera:

La parte del vestíbulo bajo que corresponde al Museo, al pie de la escalera de entrada, está destinada para colocar allí esculturas de piedra, como el

³² Las cursivas son nuestras. Manuscrito original del Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador, Fondo: JJC/carpeta 01871.

³³ Este erudito intelectual peruano había publicado su trabajo, titulado *Escritura Americana. La lluvia*, presentado en el XIV Congreso de Americanistas de Stuttgart, editado en Leipzig, en 1905. En este trabajo Patrón hacía un paneo general sobre la escritura americana, los signos y la escritura jeroglífica desde los indígenas norteamericanos, pasando por México y Sudamérica. Resulta notorio el desconocimiento de un autor como Pablo Patrón en la historiografía peruana, pues su papel en este tipo de asociaciones fue de mucha relevancia. Sería pertinente hacer un estudio profundo sobre su trayectoria intelectual en el tránsito del siglo.

monolito de Chavín, las de Atuncoya, que el doctor Uhle se propone traer del sur, etc. El vestíbulo de la parte alta del edificio, servirá para exhibir objetos de la Sierra, en donde, al través de varios siglos, se conservan todavía muchos usos é industrias de la civilización incaica. A la entrada, en la gran sala, se halla la sección de las Tribus Salvajes, en donde están expuestos muchos objetos curiosos de los indios Aguarunos, ribereños del Maraón. Sigue luego la sección arqueológica, que comienza con la valiosa colección chimú, del señor don Luis N. Larco y que contiene, entre los 900 objetos que la forman, unos 190 huacos de la primera civilización Chimú [...] Lo que llama sobremanera la atención en la Sección Arqueológica, son los objetos extraídos por el doctor Uhle de algunas ruinas del valle de Lima. Son ellos una revelación. Hasta ahora las excavaciones en las huacas sólo se han practicado por aficionados, sin preparación científica de ninguna clase y guiados por el espíritu de lucro, y no con fines científicos y nada hacia presumir la existencia de una civilización remotísima en este valle. El daño que estos huaqueros han hecho es casi irreparable. (*Revista Histórica* 1906, 403-404)

El análisis de los materiales del archivo del Museo, en su primera época de reapertura, nos permite ver la importancia que tuvo la gestión de Max Uhle. El libro de *Estadísticas de las colecciones*³⁴ del Museo Nacional de Historia, fechado entre 1906 y 1911, daba cuenta del inventario de arranque de este reiniciado proyecto. El documento constaba de cinco volúmenes, donde se detallaba el contenido de las “especies arqueológicas” que estaban registradas, así como su procedencia, su adquisición, su oferente y las características básicas de las piezas adquiridas para la colección. A partir de este material podemos determinar qué fondos nutrieron la colección del Museo en esta reapertura; muchos de ellos, por compra, y otros, por donación o traspaso, por parte tanto de instituciones públicas como del Museo Municipal de Lima, el Ministerio de Justicia, el Museo de la Sociedad Geográfica de Lima como del ámbito privado y de personas naturales.

³⁴ Archivo del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, AMNAAHP, Fondo Uhle-Tello, Lima, Perú. *Estadísticas de las colecciones del museo. (Inventario general del Museo Nacional de Historia 1906-1911)*. Cinco cuadernillos con un total de 113 folios. (Sin código).

Los registros están organizados por año y por lugar de procedencia de los objetos, bien sea por ubicación geográfica o según el dueño que los compiló. Existen vestigios de todo tipo: cerámicos, de madera, metálicos, textiles, de cuentas, etc. Muchos de ellos fueron adquiridos en la zona litoral central y del norte del país; entre sus oferentes figuran Manuel Torres, Inocente Cabrera, N. Carraza, N. Carlin y obsequios de los señores Luis Nicolás Larco y Juan Pardo.

En estos años la colaboración entre científicos y gUAQUEROS es continua. Ambos participan en las actividades promovidas desde el Museo. Por ejemplo, para la segunda mitad de 1906, Uhle da inicio a la etapa de excavaciones realizando los primeros trabajos de prospección asociados a la gestión del Museo, en los cementerios del valle de Lima, en Cajamarquilla o Nievería y en Rinconada de Ate. Aquí, el arqueólogo germano cuenta con el auxilio del conocido gUAQUERO Inocencio Cabrera. Para 1907 se excava en los cementerios de la Isla de San Lorenzo y la región de Nazca. Particularmente, en este colabora Felipe Morales, gUAQUERO reconocido en la época (Tello y Mejía 1967, 73-74). En los años siguientes, entre 1908 y 1909, se continúa con esos procesos investigativos de excavaciones, para ir armando un mapa arqueológico del Perú desde distintas latitudes. Los resultados de dichas investigaciones fueron publicados en la *Revista Histórica* del Instituto y en el *Boletín* de la Sociedad Geográfica de Lima.

Es interesante que en los registros se detalle la compra de objetos cerámicos y de madera a gUAQUEROS —figuran como *wakeros* en libro original— durante estos primeros años del Museo. Entre los nombres de personas dedicadas a tal actividad están Inocente Cabrera, José Guillermo, Felipe Morales y Manuel Torres, que aparece como la “colección Lauro o Lauri”, así como años más tarde, hacia 1916, el gUAQUERO F. Arteaga. Se destaca, entre todos ellos, Felipe Morales como uno de los mayores proveedores de especies arqueológicas para el Museo, con 438 en una entrega y 333 de la expedición a Nazca; casi el 10 % del total de la colección, que por entonces se promediaba en unas 9000 piezas. Es interesante notar que Morales fue ayudante de excavación de Max Uhle en el valle de Ica hacia 1901; de hecho, él es uno de los primeros que “formó colecciones arqueológicas clandestinamente, proveyendo a las casas comerciales de Lima” (Tello, citado por Kaulicke 1998, 47-48).

Aunque Peter Kaulicke desliga el nexo que el propio Max Uhle podría tener con los gUAQUEROS y el tráfico de antigüedades (Kaulicke 1998, 48), son evidentes las relaciones entre ellos en los planos laboral y comercial, tanto en el papel de ayudantes de obra como en el de proveedores del mismo museo. Podríamos

también decir que Uhle, sin duda, como contemporáneo de su época, envió gran parte de los materiales recogidos en suelo peruano al exterior, en franco conocimiento de estas redes de tráfico. Los llamados “científicos” conocían muy bien los equipos de trabajo con los que contaban, así como sus actividades.

Como bien lo señala Irina Podgorny, la arqueología como disciplina científica comenzó a asentarse en la segunda mitad del siglo XIX, particularmente asociada a la práctica de la “excavación” y el “registro”, y se consolidó con el método establecido en 1904 por Flinders Petrie en 1904, en el texto titulado *Methods and aims of Archaeology*. En dicho manual, según Podgorny, se “le asigna al arqueólogo la tarea de controlar con su presencia permanente la marcha de la excavación” (2008, 104). En esos años de la génesis de una práctica científica, esta delgada línea que diferencia al científico del gUAQUERO es una circunstancia compleja en la práctica de colección, por cuanto “extraer antigüedades móviles significaba una competencia entre el arqueólogo y el comerciante de antigüedades”; por ello, esta autora señala que a finales del siglo XIX: “la praxis de la arqueología estaba signada por dicha competencia, que regulaba por ejemplo los precios de las antigüedades y los costos de las excavaciones, y también por los conflictos con el Estado” (Podgorny 2008, 106).

Estas consideraciones son bastante complejas, tomando en cuenta que la distinción que se estaba configurando entre el oficio del científico y el del gUAQUERO para estos años está dividida por una fina línea que determina su práctica como legal/ilegal o lícita/ilícita o legítima/ilegítima, ya sea desde la ciencia o desde el tráfico o el comercio. Negar estas relaciones, o borrarlas para complacer a nuestra óptica contemporánea, no nos ayuda en nada para analizar y explorar las prácticas que subyacen a la configuración de nuestras institucionalidades culturales de principios de siglo XX. Si bien el Museo era el centro de acopio de objetos que allí se podrían transportar, también operaba como el eje de concentración de información sobre los monumentos y las ruinas de la nación, tal y como figuraba en el contrato del alemán, donde se señalaba: “El mencionado profesor remitirá al Museo los objetos arqueológicos que consiga en sus exploraciones, y fotografías y planos de sus monumentos, templos, fortalezas, huacas y demás objetos que por su naturaleza no pueden ser transportados” (Contrato de Uhle, citado en Tello y Mejía 1967, 61).

Aquí, la categoría de análisis de *archaeospace*, planteada por Castro-Klaren, trabaja desde y hacia el escenario del Museo, y con ello esta perspectiva arqueológica introducida “convierte el territorio en un campo de la memoria”

(Castro-Klaren 2003, 194), allí donde las ruinas antiguas pertenecen a la topografía y la geografía de la nación. La generación de un imaginario amparado en la recuperación de los objetos, así como en la práctica científica de la excavación en el terreno, acompañada por su registro visual, forman parte de esta cartografía de las antigüedades, ahora nacionales. Esto supone, además, articularse a una forma de control sobre ellas y su tráfico en desarrollo. Para Max Uhle, la legislación era un proyecto urgente, de cara al múltiple saqueo que había sufrido el Perú hasta aquel entonces.

Otra de las preocupaciones de Uhle era contar con acervos constituidos de la mano de coleccionistas privados. Por entonces, y tras la colección adquirida al señor Luis Nicolás Larco, el director le expresó al presidente del Instituto Histórico la importancia de la colección Caparó Muñiz de Cuzco. La fama de este coleccionista era reconocida en el mundo académico y de los museos metropolitanos. En los primeros trayectos arqueológicos de Uhle en el Perú, fue una de las colecciones que visitó, que conocía y sobre la que señaló:

En los años ochenta del siglo pasado la colección Caparó Muñiz se consideró como la única de las tres colecciones grandes de antigüedades incásicas que existen, y habiéndose vendido la una, la colección Centeno Romainville en 1887 al Museo de Berlín (más o menos por 15 a 20000 soles), la colección Max Montes en 1893 á Chicago para la gran exposición de aquel año, y quedando expuesta ahora en el *Field Columbian Museum* de esta misma ciudad, la colección Caparó Muñiz es la única, que existe todavía libre para vender, y capaz de enseñar la grandeza de los grandes conquistadores de este continente á los que toman interés en ellos. Es un hecho bastante conocido, que las antigüedades incásicas casi se han agotado aun en Cuzco. Viajeros curiosos, que van a ver las ruinas famosas de la capital antigua, raras veces han dejado de llevar algunas antigüedades en más o menos gran número como recuerdo de su viaje. De esta manera continuamente ha ido disminuyéndose, los entierros incásicos deredor de Cuzco han sido explotados casi hasta el último resto, y viniendo ahora el ferrocarril a la ciudad de Cuzco, es casi seguro, que dentro de poco no se podrán conseguir en Cuzco más objetos de su antigüedad, que en cualquier otra ciudad del mundo.³⁵

³⁵ AMNAAHP, Lima, 5 de enero de 1907. Borrador de oficio al presidente del Instituto histórico sobre colección Caparó Muñiz del Cuzco. Ff. 1-2.

Uhle siguió entre 1907 y 1910 generando actividades para el Museo. Hacia 1907 organizó una serie de conferencias y diseñó “un cuadro metodológico y teórico de la ciencia arqueológica” (Hampe 1998, 177), pensando exclusivamente en el desarrollo histórico de las civilizaciones americanas. En estos años también participó en el XVI Congreso Internacional de Americanistas, además de estar encargado de la organización de las visitas técnicas al Perú que se realizaron de cara a la celebración de dicho congreso en Buenos Aires, en 1910. En esa ocasión, preparó las excursiones y la realización de excavaciones en Pachacamac y Ollaytambo. Uhle tenía a su cargo enseñar a los visitantes los puntos de mayor interés arqueológico del Perú, como las de Moche y Chanchán. En esa visita se consideraba que los sitios de mayor interés en toda América eran Perú, Bolivia y México³⁶.

El 21 de septiembre de 1907³⁷, Uhle redactó una serie de consideraciones para el proyecto de Ley de Protección de Monumentos Antiguos y su reglamentación. En dicha comunicación, el director del Museo determinó los alcances de las denominaciones de monumento, ruina, cementerio, etc. En el escrito señaló la importancia de la conservación y la protección de los cementerios, frente a la actividad de la guaquería, puesto que, desde su punto de vista, al contrario de las ruinas o los monumentos, las necrópolis están en manos de dicha actividad de expoliación. Uhle considera necesaria la reflexión del caso mexicano:

La prohibición de la exportación de las antigüedades del país, tal como está estipulada en las leyes de México, sería la única medida que podría tener este efecto, tanto para coercer más eficazmente la industria de los huaqueros, como para conservar en el país colecciones de valor único para la historia nacional. La república de México que ha prohibido desde hace años la exportación de las antigüedades del país, ha conseguido excelentes resultados con esta medida y con esta también ha salvado al país algunas colecciones y hallazgos importantísimos, que como los del templo de Huitzilpochtli en la capital, aún no haber existido aquella restricción prohibitiva, habrían salido del país.³⁸

³⁶ AMNAAHP, Lima, 1910. *Uhle y el Congreso de Americanistas en Buenos Aires*. 7 folios.

³⁷ AMNAAHP, Lima, 21 de septiembre de 1907. Consideraciones para el proyecto de Ley de Protección de Monumentos Antiguos y su Reglamentación, 15 folios.

³⁸ AMNAAHP, Lima. 21 de septiembre de 1907. Consideraciones para el proyecto de Ley de Protección de Monumentos Antiguos y su Reglamentación. Folio 4.

Efectivamente, el caso mexicano apelaba a las restricciones de la salida de las piezas, que Uhle quería promover, además de determinar un tipo de valoración de unas ruinas sobre otras. Con tal fin, el Estado debía asignar un monto especial y el Ministerio de Instrucción Pública sería el que velase por su integridad. Para lograr dicho objetivo, el alemán sugería hacer una lista de todas las guacas manejada por cada departamento, para que se enviara información constante —anualmente— sobre el estado de los monumentos. Estas recomendaciones fueron acogidas años más tarde, cuando se expidió el Decreto Supremo N.º 2612, del 19 de agosto de 1911, sobre la protección y la conservación de los monumentos arqueológicos peruanos (Tello y Mejía 1967, 75).

El contrato del Museo con el arqueólogo Max Uhle se concluyó, por Resolución Suprema N.º 2455, del 23 de septiembre de 1911. Posteriormente, con la Resolución N.º 315, del 2 de marzo de 1912³⁹, se nombró como director interino del Museo de Historia Nacional al Dr. Emilio Gutiérrez Quintanilla, quien ejerció su cargo hasta 1935. El 14 de marzo de ese mismo año, Gutiérrez asumió la dirección frente a la comisión nombrada para tal efecto: los señores Carlos Wiese, Francisco Brenner y César E. Patrón. En ese momento, el nuevo director hizo algunas precisiones acerca del estado de la infraestructura del Museo: carencia de servicio de agua, de alumbrado de timbres eléctricos, la inexistencia de lavaderos para las piezas, así como del taller de restauración, existencia de basura y polvo, y problemas de ventilación, además de señalar que se debía ordenar completamente la dirección. En estos mismos años Julio Tello, hacia 1913, se incorporó al equipo y se produjeron algunas rencillas con el entonces director⁴⁰. La crisis se vio agravada por el hecho de que el 13 de

³⁹ AMNAAHP, *Documentos históricos Tomo II. Leyes y Decretos sobre conservación de Monumentos Arqueológicos e Historia de los Museos, 1822-1928*.

⁴⁰ Sería interesante estudiar la figura de Gutiérrez Quintanilla en la gestión del museo, durante tan larga estancia como director. En una carta que le envía Max Uhle, en su permanencia en Chile, a Jacinto Jijón el 8 de mayo de 1919, se refería al terrible estado del museo en aquel entonces, “No sé si Ud., mi amigo, ha visto una vez los principios de Museo que he dejado en 1912 en Lima. Pero puedo decir a Ud. que el Museo está ahora en completa dilapidación. He visto en casas comerciales de Lima con mis propios ojos un número de objetos valiosísimos, antes tesoros de aquel Museo, y después de ser robados y vendidos en la calle por empleados infieles, ahora presa de negocios con aficionados desconocidos, en cuyas manos desaparecerán de su significación científica antigua”, AHMCP, Quito, código JJC01893.

febrero de 1913⁴¹ desaparecieron varias especies arqueológicas de la colección del Museo y se registró la pérdida de dichos materiales.

5.9. Julio Tello y el Museo Nacional de Arqueología

Julio Tello (1880-1947) ha sido considerado por muchos uno de los “fundadores” de la arqueología peruana, junto con Max Uhle. Más que hacer un repaso de su vida, que ha sido recogida en varias biografías (Mejía, 1948, 1964 y 1967; Lothrop, 1948; Carrión, 1948; Espejo, 1948; Strong, 1948; Jaguande, 2001; Santisteban, 1956; Espinoza, 1983; Astuhuamán y Guerrero, 1998), nos interesa recalcar algunos puntos interesantes de los años vividos en el Perú a su regreso de sus estudios de doctorado; particularmente, entre 1913 y 1915. Tello nació en Huarochirí, Lima, en 1880, de familia de medianos recursos, y tuvo que vivir las secuelas socioeconómicas de la guerra con Chile. Este intelectual ingresó a la Facultad de Ciencias de la Universidad Mayor de San Marcos, en 1900, para posteriormente enfocarse en la de Medicina.

Por muchos años trabajó bajo la tutela de Ricardo Palma en la Biblioteca Nacional. Entre 1903 y 1904 fue conservador del Museo Raimondi, que reposaba en aquella universidad. Desde sus primeros años de estudio estuvo muy vinculado al análisis de materiales del pasado. En 1901 fue alumno de Sebastián Barranca, quien era un afamado naturalista y anticuario, además de ser catedrático de mineralogía, geología y paleontología de la universidad. Barranca tenía interés en el estudio de las lenguas originarias del Perú, e influenció a su estudiante destacado (Astuhuamán y Daggett 2006, 15).

Sus años universitarios estuvieron marcados por su interés en la craneología y las trepanaciones, lo cual lo llevó en 1908 a presentar su tesis laureada, que sería publicada en 1909, y titulada *La antigüedad de la sífilis en el Perú*, un trabajo combinado entre arqueología, lingüística, medicina y etnohistoria, que fue reconocido en su tiempo y le valió la obtención de la medalla de oro por la alcaldía, regentada en aquel entonces por Guillermo Billinghurst. Además, Tello tenía en su haber una colección de casi 15.000 cráneos, que acabaron formando parte de una colección de la universidad, y una pequeña parte, en Harvard. Posteriormente, y con una beca otorgada por el gobierno, viajó a hacer su doctorado en Estados Unidos. En estos años, vivió entre el país norteamericano y

⁴¹ AMNAAHP, Lima. *Documentos históricos Tomo II. Leyes y Decretos sobre conservación de Monumentos Arqueológicos e Historia de los Museos, 1822-1928.*

Europa visitando museos y colecciones y especializándose en sus estudios sobre antropología y arqueología.

El 30 de marzo de 1913, a su regreso a suelo patrio, Julio Tello le escribió al director general de Instrucción Pública. En dicha comunicación, el científico ya plantea la necesidad de organizar un plan para el Museo, que pueda hacer de este lugar “un centro de investigación”⁴². La comunicación tuvo su respuesta a cargo del señor Moreyra, y el 12 de junio de 1913 se resolvió crear en el Museo una “sección especial destinada a reunir todas las informaciones y estudios, arqueológicos y etnográficos, relativos al Perú”, la cual estaría a cargo del arqueólogo. Tello inició entonces una evaluación del estado del Museo Nacional de ese momento, y, claro, sus juicios se vuelven polémicos para su director, Emilio Gutiérrez Quintanilla.

5.10. De museos vivos, Manco Cápac y “panfletos”

En 1913, Julio Tello presentó un libro titulado *Presente y futuro del Museo Nacional*, publicación que recogía el informe que el autor había realizado para el director general de Instrucción Pública, respecto a la situación de la institución museística. En dicho texto, Tello establecía una distinción entre la situación de aquel entonces del Museo Nacional, puntualizando el estado de sus instalaciones en los aspectos tanto físicos como técnicos. El autor caracterizó a la institución desde cinco enfoques: 1) el Museo es una “acumulación congestiva de objetos misceláneos” y “desplegados caprichosa y extravagantemente”; 2) las secciones de arqueología, tribus salvajes y república son solo nominales, allí predomina la “estética de los contrastes”; 3) el Museo es una aglomeración de toda clase de objetos que no “ha recibido aún tratamiento apropiado para su conservación ó para llenar su fin educacional”; 4) las colecciones arqueológicas y etnográficas representan la mayoría de la colección por sobre las coloniales y republicanas y, finalmente, 5) los empleados del Museo realizan simples trabajos mecánicos o de vigilancia (Tello 1913, 5-6) (figura 45).

Sobre este ejercicio crítico de base, Tello erigió un modelo ideal para la institución museística, pues consideraba que el “museo es un organismo vivo”, aplicado a las funciones de educar, civilizar y aportar al debate científico. Para configurar dicho aparataje conceptual, el autor utilizó las contribuciones del

⁴² AMNAAHP, Lima. *Documentos históricos Tomo II. Leyes y Decretos sobre conservación de Monumentos Arqueológicos e Historia de los Museos, 1822-1928*, f. 13.

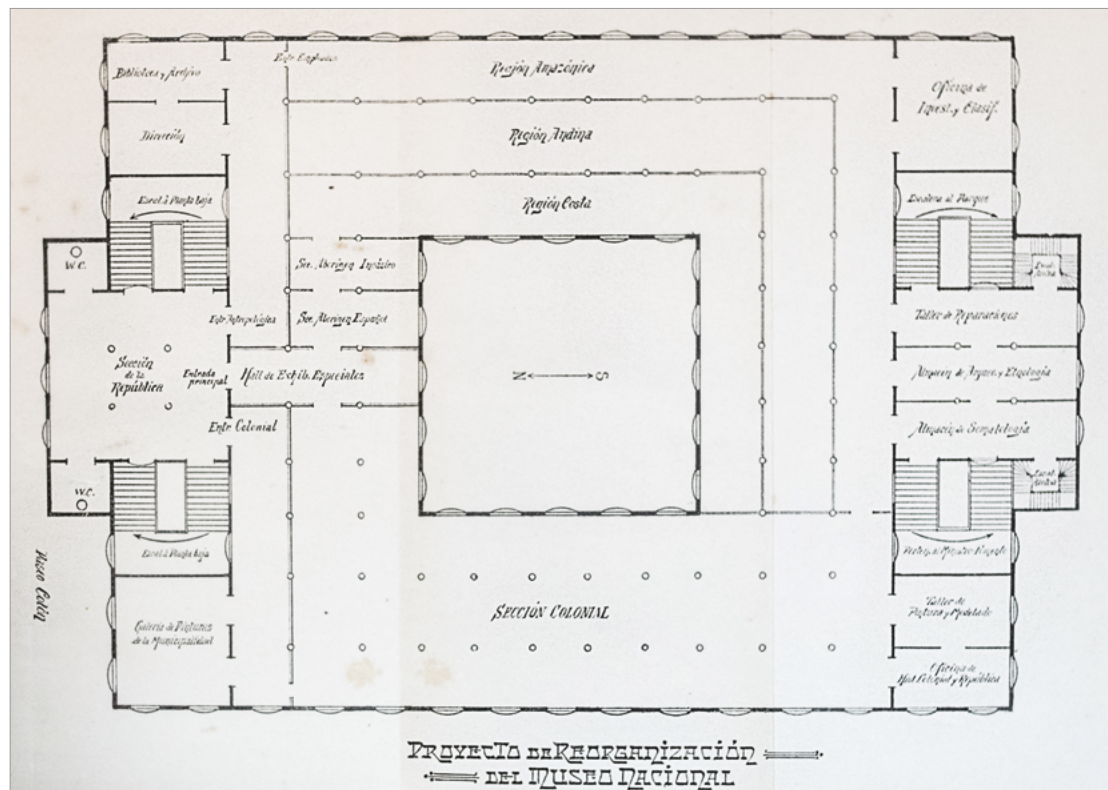


Figura 45. Plano propuesto por Tello para el Museo Nacional

Fuente: Julio Tello. *Presente y Futuro del Museo Nacional* (Lima 1913).
 Colección Nacional del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

profesor Thomas Montgomery, de la Universidad de Pensilvania, con base en su texto *Expansion of the usefulness of Natural History Museums*, publicado en 1911. En él, se ponía énfasis en el trabajo investigativo del Museo y sus colecciones, por lo que Tello recogía sus palabras: “Un diccionario es un museo de palabras; pero no tiene un uso particular hasta que alguien venga y use estas palabras para un escrito que el pueblo lea” (1913, 9).

Lo interesante del texto de Julio Tello es su alusión a la importancia de los materiales antropológicos; según su definición, los arqueológicos y los etnográficos. Por ello, postula la necesidad de un museo que ponga un acento y sitúe en el centro del debate a la antropología. Aquí, el autor sustenta su tesis en el constante proceso de expoliación peruano:

[...] hay una razón fundamental para ello, y es el clamoroso vandalismo y comercio que se practica con los materiales que han de constituirlo. Lo que á diario desaparece y sale del Perú, no se recuperará jamás. Las plantas, los animales, las rocas, como la escultura, la música, la pintura pueden estudiarse en cualquier momento; pero los ejemplares arqueológicos que el mercantilismo destruye día a día, no tienen la virtud de reproducirse ni han sido creados para persistir indefinidamente. (Tello 1913, 9-10)

Julio Tello terminó considerando la importancia de “ilustrar” las diversas etapas de la cultura peruana, y para lograr dicho objetivo el Museo debía focalizarse en conservar, investigar y educar. Sin duda, el acento estaba en la investigación de las culturas precolombinas y la importancia de su inclusión en el relato de la nación. Esa educación se realizaría a través de un modelo lineal-cronológico que mostraría el desarrollo del Perú, así como de un modelo de clasificación “geo-étnica” que apoyase o estuviese en concordancia con las cronologías dispuestas. Evidentemente, la posición de Tello establecía claramente el papel del Museo en la conservación de sus colecciones, frente al saqueo indiscriminado y a la ausencia de dichos restos arqueológicos que podrían perjudicar su estudio y su introducción dentro la narrativa nacional.

Las apreciaciones de Tello, como las de Restrepo Tirado, sintonizan con la idea de arqueología frente al despojo. Como lo habíamos revisado para el museo colombiano en la época de Restrepo, la institución articularía la práctica científica normando las actividades —es decir, controlando la salida y la entrada de piezas, la promoción de sus estudios, el mapeo de su procedencia, etc.—, al igual que lo propuesto: la institucionalidad museística peruana. Ambos autores, desde sus respectivos lugares de gestión, miraban cómo la práctica científica, desde y por el Museo, podría articular su oficio en consonancia con la necesidad de ofrecer un cultivo público sobre la historia de la nación a los propios ciudadanos de sus países.

Además, para estos intelectuales aceptar las condiciones en las cuales debían trabajar suponía una experiencia compleja; es decir, con el poco material que tendrían para su estudio frente a todo lo que reposaba en el exterior, la práctica del coleccionismo en el Museo aparecía como una oportunidad de dar forma a aquello que había sido expoliado; no obstante, la misma lógica centralizada de la colección, en este caso nacional, primaría. Enfocar su trabajo con dicha perspectiva tendría sus profundas implicaciones en el desarrollo de las disciplinas

humanísticas en el ámbito local, tanto en los esfuerzos realizados por los Estados respecto al tema patrimonial como por lo que eso significaría para las comunidades de origen de estos objetos precolombinos durante todo el siglo xx⁴³.

5.11. De momias con “olores”

La controversia con Emilio Gutiérrez Quintanilla (1858-1935) da cuenta de una mirada sobre estos objetos indígenas antiguos y la pertinencia de ellos en el discurso de la peruanidad. En estos años, la preocupación por el problema social indígena peruano se hallaba en su punto de germinación⁴⁴. Algunos autores han localizado dicho interés en los textos del literato Manuel González Prada, en sus reivindicaciones sobre la región andina como el verdadero Perú versus “la supremacía de la franja costera colonialista y extranjerizante” (González Prada, citado por Rénique 2013, 21) en la segunda mitad del siglo XIX; sin embargo, no fue sino hasta el surgimiento, en la segunda y la tercera décadas del siglo xx, y con la injerencia del pensamiento de izquierda, cuando aparecen personalidades como José Carlos Mariátegui, Luis E. Valcárcel, José María Arguedas y Víctor Haya de la Torre, para quienes dicha preocupación fue parte central del debate sobre el indigenismo peruano⁴⁵.

Gutiérrez Quintanilla utiliza la figura del indígena Manco Cápac en un tono despectivo —que se evidenciará años más tarde en otra de sus publicaciones⁴⁶— para infravalorar los criterios de Tello; más aún, en la polémica entre ambos

⁴³ Es importante recalcar la relevancia que tuvo este momento de gestación y consolidación de una museología moderna para el caso de América Latina. La manera como los museos nacionales van a construir sus acervos, bajo el signo de lo patrimonial, a lo largo del siglo xx, tendrá sus profundos orígenes en estos primeros años. Para un análisis de estas implicaciones contemporáneas podemos sugerir el trabajo de Miguel Rivera Fellner (2012).

⁴⁴ En 1909 aparece la Asociación Proindígena, con Pedro Zulen, Joaquín Capelo y Dora Meyer una agrupación promotora de campañas contra la explotación de los indígenas. Julio Tello sería miembro de dicha agrupación hasta 1922. Sobre el tema se han escrito, entre otros trabajos: Wilfredo Kapsoli (1980); Federica Barclay (2010).

⁴⁵ El debate indigenista es un punto central en las preocupaciones en América Latina sobre el indígena o el llamado “problema del indio”. La organización del Primer Congreso Indigenista en abril de 1940, en México, reunió a varias personalidades vinculadas a su estudio. Ver, Laura Giraudó (2011).

⁴⁶ Emilio Gutiérrez Quintanilla (1922), *El Manco Cápac de la arqueología peruana*, Julio C. Tello, señor de Huaochiri contra Emilio Gutiérrez Quintanilla, autor de este folleto, (Lima, s.e).

se ha destacado el tipo de acusaciones racistas de Gutiérrez, quien utilizaba el término “indio” para desacreditar el trabajo de Tello (Baptista 2006, 165). En la revisión de algunas de las publicaciones realizadas por el entonces director para la revista *El Perú Ilustrado*, durante el último cuarto del siglo XIX, ya vislumbrábamos el pensamiento de este gestor de museo y las consideraciones que hacía sobre aquellos objetos indígenas, y, como vemos aquí, un marcado prejuicio contra sus estudiosos. Su perspectiva se caracterizó por una exagerada valoración de lo hispánico y de la conquista, que encontramos en un texto como este, sobre el “Arte Americano”:

De América, no la vida que vivió una raza que no es la nuestra, nó su configuración mongólica, ni su lengua, ni su religión, sus regocijos, ni sus supersticiones, sus costumbres, sus amores, ni su melancólica indolencia...; sino el monte, el campo, el río, la tradición de nuestros progenitores y sus legendarios [sic] hechos, la vida contemporánea desde la emancipación con todos sus elementos de progreso con la fecunda y siempre nueva variedad de los hechos, circunstancias y detalles que dibujan y coloran la realidad presente, en el individuo, la vivienda, la ciudad, la patria...; porque no debemos sacrificar la interpretación de la naturaleza tal cual la contemplamos y sentimos, y de nuestra conciencia en lo que tiene de original, espontáneo y característico, por afanarnos en resucitar con nuestra sangre española, nuestras costumbres europeas y nuestra religión cristiana, ó los cadáveres [...] de la Grecia, ó las momias de los incas... ¡Ridículas y caricaturales imitaciones. (Gutiérrez, en *El Perú Ilustrado* 1890, 1237)

En este espíritu hispanista y de defensa de lo que él consideraba historia patria, recibe las críticas de Tello y elabora una réplica, publicada ese mismo año⁴⁷. En tono irónico, se refiere al arqueólogo como “el *Manco Capac* del museo y del linaje de nuestros arqueólogos”. Su texto crítico empieza describiendo el estado de las instalaciones del Museo y de cómo había algunos textiles antiguos indígenas “hediondos” y momias con olores, que, además, estaban dispuestas “vendadas i alineadas a lo largo de las salas nuevas [...] parecen esperar antes la visita del médico que la del arqueólogo” (Gutiérrez Quintanilla 1913, 7). Los

⁴⁷ Véase, Emilio Gutiérrez Quintanilla (1913), *Réplica al panfleto Presente y futuro del Museo Nacional* (Lima: Imprenta Comercial H. La Rosa & Co).

criterios de Gutiérrez Quintanilla apuntan a desacreditar la solicitud de Tello de crear una sección especial para arqueología y antropología versus la historia colonial y patria; según sus palabras,

[...] pero en cambio imprime un panfleto en que propone á US. Empequeñecer i apagar la historia colonial y del Perú independiente, así como las manifestaciones del arte nacional, aplastando la una i las otras bajo el peso somatológico y folklórico [sic] de un ridículo imperialismo ejercido por las momias, a influjo de un amauta, exclusivista que se digna admitir la historia patria y el arte nacional entre los menudos e insignificantes tipos de su servidumbre. Seguramente, no es tal monstruosidad lo que conviene al país; pero está claro que es lo que conviene al amante de la arqueología. (Gutiérrez 1913, 9)

Este énfasis en lo colonial y lo republicano pone en valor la herencia hispánica y desprecia el interés científico de una arqueología local, casi como una curiosidad europea, así como su posibilidad de representar la nación. Este director, refiriéndose al papel de Tello en el Museo, consideraba:

[...] funciona en manos del arqueólogo, una bomba de aire comprimido que los presiona i empuja hacia fuera; que suprime el Ateneo, i desaloja al Instituto Histórico; que desprecia la historia i el arte de la era criolla, para entronizar sobre estos dos cultos de nuestra alma, los cementerios de los prothomos aborígenes⁴⁸ [sic.], i reducir extravagante i absurdamente, a la materia arqueológica, toda la expresión de nuestra nacionalidad. (Gutiérrez 1913, 14)

Finalmente, Gutiérrez Quintanilla aboga por un reconocimiento de las Bellas Artes como lo patriótico, en tanto que sus manifestaciones artísticas e industriales podrían llevar al país al progreso, aprovechando las ventajas del comercio y la economía. Es interesante cómo emparenta esta cultura artística con la posibilidad de que el “ser profesional” dependa de esta y pueda influenciar

⁴⁸ Esta consideración de *prothomos* evidencia sobremano la concepción de los grupos indígenas para Gutiérrez, al ponerlos en la última escala de la jerarquía humana de las teorías racistas europeas decimonónicas. Sin duda, él es heredero de dicha tradición.

en el anhelado progreso, más que lo que él denomina los “éxtasis arqueológicos”, para él, inservibles. Es interesante el uso que piensa dar a esta materialidad artística, visibilizada en obras de arte, y de cómo esta se puede aprovechar para la tarea educacionista.

Para él, es obvio el valor del arte como forma pedagógica, además, por su costo intrínseco, por lo que termina comparando las ventas de colecciones arqueológicas con la compra de obras de arte: las unas cuestan, por ejemplo, £4000 para los museos metropolitanos, y, en cambio, la *Virgen del Monasterio de San Antonio de Padua* se vende en un millón de francos. Esta valoración por lo estético como una pedagogía válida para lo nacional es interesante, puesto que ubica a este tipo de materialidad en una función específica, que, al parecer, los objetos indígenas no tendrían, pues representarían la infancia de dichas artes, no solo por su elaboración estética, sino por su propio valor comercial. Después de estas controversias y ante el abandono del Museo y de una concepción científica y educativa de este, Tello presentó su renuncia al cargo en el Museo el 20 de marzo de 1915; posteriormente siguió en el campo de la arqueología, realizando excavaciones por todo el país, en la cátedra universitaria y publicando sus investigaciones en el tema a escala local e internacional.

En suma, la polémica entre estos autores muestra un punto de inflexión en un momento en que la historia construye su discurso sobre el pasado, y de cómo el Museo, que alberga un sinnúmero de antigüedades indígenas, forma parte de las disputas. El pasado es reelaborado, y junto con él, sus objetos, así como sus paisajes: ruinas y monumentos. La arqueología y la antropología peruana nacen de estos debates, enriquecidos por una postura que se desarrollará a través del indigenismo, que aparece con fuerza en la década de 1920.

* * *

Existe un fuerte vínculo entre las sociabilidades especializadas a principios de siglo y la construcción de un sentido de nación, anclada en la reflexión sobre el pasado. Tanto en Colombia como en el Perú, vemos cómo ambos gobiernos apoyan iniciativas institucionales que apuntan a reconstruir la narrativa nacional, combinadas con el fortalecimiento y el desarrollo de disciplinas como la arqueología, la antropología y la historia. El museo, en ambos casos, opera como un lugar desde donde se genera una serie de vínculos y estrategias para

ir construyendo una práctica científica y organizando una materialidad que respalde la construcción de estos discursos de la nación.

En ese momento, las antigüedades dejan de ser simples curiosidades ancladas a un mercado transatlántico de piezas hacia museos metropolitanos; más bien, se vuelcan hacia una gestión hacia dentro de la institución, que busca velar y controlar las condiciones en las que se adquieren, se donan, se intercambian, se compran, se exhiben y se excavan los materiales arqueológicos. En el caso colombiano, y ante la “poca” monumentalidad —comparable al caso peruano—, la institución museística se convierte en un eje clave de la movilización y la recolección de estas materialidades para generar estrategias de estudio y presentación de los objetos de la nación. En el caso del Perú, el territorio recorrido entre ruinas, monumentos y piezas arqueológicas debe ser reconocido desde la colección del Museo y las prácticas asociadas a su investigación: la excavación arqueológica. Tal terreno no está, sin embargo, exento de polémicas.

Entender que, más allá de “personalidades influyentes” como Ernesto Restrepo Tirado, Max Uhle o Julio Tello, existe toda una trama sociocultural, en torno a la cual se van tejiendo las historias de los museos y articulando prácticas, nos permite una entrada integral a las dinámicas de construcción del pensamiento. Más que un análisis discursivo de qué es lo que dijeron estos académicos, hemos explorado las condiciones de posibilidad de la elaboración de sus discursos, las contradicciones inmersas en ellos y la construcción de prácticas científicas que sustentan la elaboración de estos relatos.

Epílogo

En estas últimas páginas queremos recoger algunas conclusiones finales, que hemos extraído de la presente investigación. Consideramos, sin duda, que haber abierto la discusión sobre la relación entre las antigüedades, como categorías construidas de un saber y una práctica específicos, y la nación como un escenario de constante construcción de sentidos anclados al pasado, nos ha permitido un acercamiento diferente a la comprensión de la densidad de las relaciones y las dinámicas socioculturales en el tránsito del siglo XIX al XX. El título de nuestro trabajo, *Antigüedades y nación*, apunta hacia esta discusión como un eje en el análisis explorando las maneras como se erigió un imaginario nacional, pero en nuestro caso, ligado a lo material. Es esta dimensión, pensada desde la materialidad y sus despliegues en las distintas prácticas sociales en los países andinos la que nos ha conducido a lo largo de todo nuestro trabajo.

En efecto, cuando hicimos un seguimiento a los tránsitos de este tipo de antigüedades, pudimos reconocer cómo estas se insertaron en dinámicas de flujo constante, entre la ciencia y el coleccionismo transatlántico de época. En este escenario de movilidad encontramos objetos precolombinos que fueron utilizados, donados y apropiados en varios frentes, tanto en las estrategias político-diplomáticas como en los sentidos pedagógicos, ciudadanos y científicos promovidos a partir del ámbito del Museo Nacional o la Academia de Historia. En la exploración de este proceso, logramos mirar cómo dichas antigüedades pasaban a formar parte del discurso de lo colombiano, lo ecuatoriano y lo peruano, desde distintos frentes y actores diversos. Tomando en cuenta esta plataforma de trabajo, quisiéramos derivar algunas reflexiones orientadoras, que surgieron de nuestra investigación, a manera de conclusiones generales.

En primer lugar, consideramos que en los procesos de construcción de un sentido del pasado para la nación, los usos de esta materialidad indígena y la configuración de discursos sobre ella supusieron un continuo escenario de negociación, tensión y disputa, desde el ámbito público y el privado, así como desde el interés local y el global. Esta particularidad nos movilizó hacia el enfoque de las historias cruzadas, y nos permitió seguir ciertas conexiones entre las experiencias de cada país y sus actores. Los procesos de mapeo de objetos precolombinos de corte transatlántico, amparados por la curiosidad científica europea y norteamericana por las antigüedades fue un proceso muy en boga que marcó el desarrollo de las ciencias del pasado hacia el último cuarto del siglo XIX: la historia y la arqueología en la región andina.

En este contexto, hemos localizado un fenómeno cultural de orden transatlántico que posibilitó movilizar un cierto tipo de discursos y objetos, anclados a una reflexión sobre el pasado, entre América y Europa: la conmemoración de la *Exposición Histórico-Americana de Madrid*, realizada en 1892. Si bien las exposiciones tanto en Chicago como en Génova fueron interesantes, nos atrajo la categoría histórica conmemorativa que marcó la experiencia española con sus excolonias. La exploración de este ejercicio expositivo decimonónico nos posibilitó escudriñar en las preocupaciones locales que movilizaron la confección de los escaparates nacionales, y, particularmente, la relación que se establecía con las antigüedades indígenas.

En este escenario ni siquiera hablamos de una inserción o un interés científico que movilizara dichos vestigios desde América a la península —u otros actos conmemorativos de la época—, sino que existió un tipo de transacción avalada y construida desde el discurso de lo hispánico. Para nuestro análisis, consideramos importante retomar la tesis de Maurice Godelier, quien consideraba que para que *lo imaginario se convierta en algo social* debía materializarse en relaciones concretas que tomaran forma y contenido en instituciones; es decir, explorar las “formas” como este imaginario participaba de un tipo de relacionamiento social. En este punto, la donación del tesoro quimbaya fue, sin duda, un escenario clave para el análisis; no obstante, no dejamos de lado presentar un panorama combinado de las realidades locales frente a la conmemoración.

Para el análisis sobre esta transacción del llamado tesoro construimos la noción de “diplomacia zalamera”, una categoría que nos permitió mirar cómo estas prácticas de corte diplomático nos podrían ayudar a desplazarnos un poco más allá de su eventualidad; es decir, hurgar en aquello que se encontraba

en juego en un tipo de intercambio como este. La “diplomacia zalamera” no solamente logra configurar un sentido particular para el pasado universal ligando ambas partes a la lógica del hispanismo, sino que suponía una gestión de aprovechamiento máximo sobre la ética del favor vinculado a la dádiva de objetos; pero no eran cualquier tipo de objetos: eran vestigios precolombinos. Esto nos llevó a preguntarnos: ¿qué fue lo que realmente regalábamos cuando regalábamos? ¿Qué implicaba este tipo de regalos? Incluso, podríamos pensar cómo el conjunto escultórico Roselló, presentado por el Perú, o el gabinete de antigüedades ecuatorianas y el indio “jíbaro” de madera decorando la platea central del escaparate eran signos culturales de esta construcción del imaginario nacional acorde a aquello que se negociaba más allá de la exposición y los objetos: límites territoriales, así como riquezas por explorar y explotar.

Si el objeto se vaciaba de sentido para ser cargado de otros, este sentido conferido a ellos dependía de una mirada muy particular gestada desde la ideología hispánica defensora del colonialismo español y marcada por una jerarquía racial avalada por lo que se consideraba una gesta histórica. Incluso, podríamos mirar cómo, en las celebraciones de León XIII, países como Ecuador y Colombia regalaron objetos precolombinos para congraciarse con el papa de la época, acciones que valdría la pena explorar más a profundidad. Estas experiencias confirieron a los objetos un sentido de prestigio reconocido por un escenario europeo ávido de curiosidades, y por una contraparte local, también anhelante de conseguir beneficios, a pesar de que el reconocimiento de estos regalos operaba dentro de una reciprocidad negativa y a la contingencia del nacionalismo.

Este intercambio nos reveló cómo se construyeron imaginarios en tramas sociales más amplias que se derivaban de relacionamientos diversos, como habíamos visto: nación/historia; nación/riqueza; nación/prestigio, escenarios diplomáticos donde el relato de lo indígena, más que como historia, era visto por la densidad de su materialidad: oro precolombino, oro fuente de todas las riquezas, los intercambios y las negociaciones posibles. Por ello, como lo hemos revisado, los objetos serán los vehículos a partir de los cuales se materializa esta relación social, como evidencia misma del sentido que se quiere otorgar a este vínculo. Vale señalar la pertinencia de esta discusión en la actualidad, frente al legítimo reclamo colombiano sobre dichos objetos y las actuales nociones patrimoniales que construimos en torno a ellos a la luz de estas experiencias.

En segundo lugar, el análisis de la agencia intelectual nos permitió un ejercicio de microanálisis, asentado en el estudio de dos personajes clave de finales

del siglo XIX: Federico González Suárez y Vicente Restrepo. Si bien el hijo de este último participó con su padre a finales del siglo XIX, su papel en el Museo Nacional sería más preponderante que la labor de su progenitor en estos años de fines del siglo XIX. En un contexto donde el Estado en los tres países, en términos generales, tuvo una política aún vacilante sobre el destino de dichas antigüedades y su lugar en el discurso nacional, fueron estos personajes quienes movilizaron y generaron ciertos procesos que se derivaron en la creación de academias e institutos en los albores del siglo XX.

Lo interesante de este análisis fue que postulamos la posibilidad de pensarlos como “intelectuales-coleccionistas”; es decir, nos referimos a personajes que actuaban en el ámbito público —lo que los distanciaba del coleccionismo meramente privado— y a quienes les fue posible producir un discurso histórico nacional y científico, así como sustentar una práctica de colección. En la reflexión sobre su agencia intelectual exploramos cuáles fueron las condiciones de posibilidad de la producción de un discurso frente a los vestigios del pasado. En esta exploración nos encontramos con los oficios de ida y vuelta, entremezclados entre política, comercio, minería, clero, arqueología y labores pastorales, dentro de escenarios de compleja disputa ideológica. Este ejercicio de análisis nos permitió explorar una trama social y cultural a partir de la cual la práctica científica dentro de las disciplinas del pasado les confirió un cierto tipo de prestigio social reconocido, y, a la vez, configurador de legados, que permitirían la confección de discursos nacionales avalados en sus indagaciones, y que si bien no fueron las únicas, pervivieron en personajes como Jacinto Jijón y Caamaño y el mismo Ernesto Restrepo Tirado.

En tercer lugar, el análisis particular del sitio más expoliado de objetos en esta época, el Perú, nos orientó a reflexionar sobre la manera como se constituyeron las prácticas científicas y la relevancia de las sociabilidades científicas a escala local. Habíamos postulado en los últimos capítulos la importancia que tuvieron los museos en la configuración de una “arqueología frente al despojo”, donde la institución museística operaba como el eje articulador de una estrategia de producción del conocimiento histórico sobre los orígenes de la nación.

Vale recalcar que, para estos años, las antigüedades dejaron la noción de simple curiosidad de pueblos de un pasado lejano y se transformaron en piezas que formaban parte de los objetos de la nación, desde la labor de los museos y la promoción realizada desde esta institución por distintos actores. Este proceso de musealización abarcó varios escenarios y actores, y así, esta institución comenzó

un proceso de “rescate” dispuesto a velar y controlar las condiciones por las que se adquirirían, se donaban, se intercambiaban, se compraban, se exhibían y se excavaban los materiales arqueológicos.

En el caso colombiano, ante la “poca” monumentalidad —como habíamos señalado en el capítulo correspondiente— la institución museística se convertía en un eje clave de la movilización y la recolección de estas materialidades para generar estrategias de estudio y presentación de los objetos de la nación; en este sentido, el *archaeospace* planteado por Sara Castro-Klaren se desplazaba al ámbito museístico o convivía con otras estrategias. En el caso del Perú, territorio rico en ruinas, monumentos y piezas arqueológicas, debería ser reconocido desde la colección del Museo y las prácticas asociadas a su investigación: la excavación arqueológica.

Los museos exhiben pasados no solo imaginaria, sino materialmente. Por ello, entender este despojo como parte de la configuración de la práctica científica en lugares como nuestros países, nos puede ayudar a comprender cómo se creó nuestra institucionalidad cultural, desde el impulso del Estado o no, y cómo estas tareas de “rescate” implican la comprensión de la formación de dichas institucionalidades y de los procesos de musealización. Si, como mencionaba Eugenio Larrabure y Unanue, la historia del Perú se encontraba en las innumerables guacas, esos vestigios tendrían un complejo paso al Museo y a sus estrategias de difusión, que aún no han sido lo suficientemente estudiadas. Esperamos que la presente investigación haya abierto un puente para reflexionar sobre estos procesos.

Cabe destacar la importancia de este tipo de investigaciones en contextos como los nuestros. Durante nuestro proceso de investigación, muchos de los personajes a quienes estudiábamos habían sido retomados públicamente como parte importante de los legados que perviven hasta el presente: nombres de calles, monumentos, museos, escuelas, etc. Paradójicamente, al solicitar materiales sobre su vida, salvo una que otra biografía —en algunos casos, de carácter casi mítico— no se conservaban sus archivos personales, o estos habían desaparecido. Por ejemplo, en el Museo Nacional de Colombia existe la cátedra Ernesto Restrepo Tirado, personaje de quien no existe ningún estudio contemporáneo sobre su legado o su archivo personal. Esto, sin contar con que en la mayoría de casos no contamos ni tan siquiera con una mínima biografía o trabajos más elaborados de personajes tan relevantes como Eugenio Larrabure y Unanue o Pablo Patrón para el caso peruano; de este último es poco lo que pudimos recopilar. En el

caso ecuatoriano, a pesar de que existen varias biografías de Federico González Suárez, aún no se han trabajado en profundidad las distintas dimensiones de su legado desde una mirada más contemporánea. Todos ellos, sin contar con muchos más, se constituyeron en actores relevantes para la configuración de las humanidades en nuestra región.

En estos escenarios hemos explorado las maneras como se construyó una agencia intelectual, y en nuestro caso, cómo mirarla a la luz de prácticas, como las del coleccionismo y frente a la configuración de ciertas sociabilidades. Esta “autoridad intelectual”, como sugiere Said (2010), aparece como una instancia que se forma, se irradia y se difunde; es instrumental y persuasiva; tiene categoría, establece cánones del gusto y los valores, pero, a la vez, existe una potestad de ser transmitida y reproducida; también podríamos decir que esta “potestad” tiene una dimensión de reconocimiento temporal y de historias que han sido veladas por los grandes relatos universales de lo científico.

Finalmente, esta autoridad intelectual construida desde la Región Andina estuvo llena de contrastes, en escenarios donde la agencia intelectual de cada personaje se vio determinada no solo por la coyuntura política donde se emplazó, sino por las condiciones transatlánticas a partir de las cuales se generaba conocimiento científico. Nuestra investigación ha intentado abrir algunos puentes y conexiones sobre este momento histórico, y esperamos que en futuras investigaciones podamos develar más escenarios de cómo se construyen dichas prácticas y sus despliegues locales. Queda mucho camino por delante.

Fuentes y bibliografía citadas

Archivos, bibliotecas y museos

Colombia

- Archivo General de la Nación
 - Academia Colombiana de Historia
 - Fondo del Ministerio de Instrucción Pública (1880-1917)
- Archivo de Cancillería del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia
- Biblioteca Nacional de Colombia
 - Fondo General
 - Hemeroteca
- Biblioteca Luis Ángel Arango
 - Fondo de Manuscritos y Libros Raros
 - Fondo General
 - Hemeroteca
- Archivo del Museo Nacional de Colombia
 - Biblioteca del Instituto Colombiano de Antropología e Historia
 - Biblioteca Universidad Javeriana, Bogotá

Ecuador

- Archivo Nacional del Ecuador
- Fondo de Ciencias Humanas del Ministerio de Cultura y Patrimonio
 - Fondo Archivo Personal Jacinto Jijón y Caamaño
 - Archivo Audiovisual
 - Fondo histórico bibliográfico
- Archivo de la Curia, Cuenca

- Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio
- Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores
- Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit
- Biblioteca Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
- Biblioteca Universidad Andina Simón Bolívar
- Biblioteca Universidad de Cuenca
- Biblioteca de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador
 - Fondo General
 - Hemeroteca

Perú

- Archivo General de la Nación del Perú
- Archivos de Cancillería, Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú
- Biblioteca Nacional del Perú
 - Archivo Pedro Zulen
 - Catálogo General
 - Colección Alayza y Paz Soldán
 - Colección Porras Barrenechea
 - Colección Rivet
- Archivo del Museo Nacional de Antropología, Arte e Historia del Perú
 - Archivo Administrativo
 - Archivo Julio Tello
 - Archivo Max Uhle
 - Colección Julio Espejo Núñez
 - Recortes periodísticos
- Fondo Reservado Biblioteca Universidad Nacional Mayor de San Marcos
- Biblioteca Pontificia Universidad Católica del Perú

Visitas a museos, institutos y bibliotecas varias

- Museo de Arte de Lima
- Museo del Banco de la República, Bogotá
- Museo Larco Herrera, Lima
- Museo Nacional de Antropología, Arte e Historia del Perú
- Museo Nacional de Cuenca
- Museo Nacional de Quito

- Reserva de Arte del Museo Nacional, Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador
- Biblioteca Nacional de Catalunya
- Biblioteca Universidad de Barcelona
- British Museum
- Instituto Iberoamericano de Berlín
- Reserva de Arqueología del Museo Etnográfico de Berlín

Páginas web con archivos históricos digitales

- <http://www.bne.es/es/Catalogos/BibliotecaDigitalHispanica/Inicio/index.html>
- <https://archive.org>
- <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/indice>
- <http://biblioteca.casadelacultura.gob.ec>
- <http://www.mecd.gob.es/biblioteca-central/>

Fuentes editadas e inéditas

Libros y artículos

- Anchorena, José Dionisio. 1874. *Gramática quechua ó del idioma del Imperio de los Incas*. Lima: Imprenta del Estado.
- Bamps, Anatole. 1879. *Les antiquités équatoriennes du Musée Royal d'Antiquités de Bruxelles: planches par Anatole Bamps*. Bruselas: Bruxelles Merzbach et Falk.
- Bastian, Adolph. 1878. *Die Culturländer des Alten America. Ein Jahr auf Reisen*. Berlín: Weidmannsche Buchhandlung.
- Boas, Franz. 1890. *Cranium from Progreso, Yucatan*. Massachusetts: Press of Charles Hamilton.
- _____. 1900. *Physical Antropology. The anthropology of the north american indian*. Reimpreso de "Memoirs of the international Congress of Anthropology", Chicago: Schulte Publishing.
- Bollaert, William. 1860. *Antiquarian, ethnological and other researches in New Granada, Ecuador, Peru and Chile, with observations on the pre-incarian, incarian, and other monuments of peruvian nations*. London: Trübner & Co.
- Bravo, Luis. 1889. *América y España en la Exposición Universal de París de 1889*. París: Imprimerie Administrative Paul Dupont.

- Cuervo Márquez, Carlos. 1893. *Prehistoria y viajes: Tierradentro, los paeces, San Agustín, El Llano, etc.* Bogotá: Tipografía de La Luz.
- _____. 1928. *El adoratorio de Tlalpam: Memoria presentada a la Sociedad Científica Antonio Alzate en la sesión de dos de enero de 1828.* México: Editorial Cultura.
- _____. 1917. *Orígenes etnográficos de Colombia: las grandes razas suramericanas, Los Caribes, Los Chibchas...* Washington: Imprenta del Gobierno.
- _____. 1920. *Estudios arqueológicos y etnográficos.* Madrid: Editorial América.
- Del Solar, Pedro Alejandrino. 1892. "El Perú de los Incas". En *Conferencia leída el día 11 de febrero de 1892.* Madrid: Sucesores de Rivadeneira.
- Dorsey, Georges. 1901. *Archeological investigations on the island of La Plata, Ecuador.* Chicago: Field Columbian Museum.
- Esguerra, Joaquín. 1891. *Nota de un delegado correspondiente por Colombia. Congreso internacional de americanistas.* Bogotá: Imprenta de la Nación.
- Facundo Riaño, Juan. 1892. *El Arte monumental americano.* Madrid: Sucesores de Rivadeneira.
- González Suárez, Federico. 1878. *Estudio Histórico sobre los Cañaris, antiguos habitantes de la Provincia del Azuay en la República del Ecuador.* Quito: Imprenta del Clero.
- _____. 1892. *Historia General de la República del Ecuador, Atlas arqueológico.* Quito: Imprenta del Clero.
- _____. 1892. *Atlas Arqueológico Ecuatoriano, Láminas.* Quito: Imprenta del Clero.
- _____. 1904. *Prehistoria Ecuatoriana. Ligeras reflexiones sobre las razas indígenas, que poblaban antiguamente el territorio actual de la República del Ecuador.* Quito: Impreso por Ricardo Jaramillo.
- _____. 1937. *Defensa de mi criterio histórico.* Quito: Talleres Tipográficos Nacionales, Volumen XII.
- _____. 1910. *Los aborígenes de Imbabura y Carchi.* Quito: Tip. y enc. Salesiana.
- _____. 1911. *Obras oratorias de Federico González Suárez, Arzobispo de Quito.* Quito: Tipografía Salesiana.
- _____. 1914. *Advertencias para buscar, coleccionar y clasificar objetos arqueológicos pertenecientes...* Quito: Imp. del Clero.
- Gutiérrez, Emilio. 1913. *Réplica al panfleto Presente y futuro del Museo Nacional.* Lima: s.e.

- _____. 1922. *El Manco Capac de la arqueología peruana, Julio C. Tello (señor de Huarochiri) contra Emilio Gutiérrez de Quintanilla*. Lima: s.e.
- Guerrero, Agustín. 1892. *Informe del Ministro del Interior y Relaciones Exteriores al Congreso Ordinario de 1892*. Quito: Imprenta del Gobierno.
- Heuzey, M. Léon. 1870. *Le Trésor de Cuenca*. París: Imprimerie de J. Claye.
- Humboldt, Alexander von. 1816. *Vues des cordillères et monumens des peuples indigènes de l'Amérique*. París: Imprimerie de Smith.
- Jijón y Caamaño, Jacinto. 1912. *El Tesoro del Itchimbía*. Londres: John Bale.
- Jiménez de la Espada, Marcos. 1879. *Tres relaciones de Antigüedades peruanas*. Publícalas el Ministerio de Fomento con motivo del Congreso Internacional de Americanistas que ha de celebrarse en Bruselas el presente año. Madrid: Imprenta y fundición de M. Tello.
- _____. 1884. *El palacio del Callo*. Cuarta reunión del Congreso Internacional de Americanistas. Madrid: Imprenta de Fortanet.
- _____. 1887. *Del hombre blanco y signo de la cruz precolombianos en el Perú*. Bruselas: Imprenta de Ad. Mertens.
- Kingsborough, et al. 1831. *Antiquities of Mexico: comprising fac-similes of ancient mexican paintings and hieroglyphics*. London: Robert Havell.
- Larrabure y Unanue, Eugenio. 1893. *Monografías histórico-americanas*, Lima: Imprenta de Torres Aguirre.
- _____. 1874. *Cañete. Apuntes Geográficos, Históricos y Estadísticos*. Lima: s.e.
- Macedo, José Mariano. 1881. *Catalogue d'objets archéologiques du Pérou de l'ancien empire des Incas*. París: Imprimerie Hispano-Américaine.
- Marmontel. 1828. *Les Incas, ou la destruction de l'empire du Pérou*. París: Chez Etnne Ledoux.
- Matovelle, Julio María. 1921. *Cuenca de Tomebamba. Breve reseña histórica de la Provincia de este nombre en el antiguo Reino de Quito*. Cuenca: Imprenta de la Universidad.
- Middendorf, Ernst. 1893-1895. *Perú. Beobachtungen und studien urbe das land und seine bewohner, wahrend eines 25 jahrigen aufenthalts*. Berlín: Robert Oppenheim-Gustav.
- Morales Macedo, Carlos. 1912. *Algunas variaciones anatómicas de los antiguos cráneos peruanos*. Lima: Carlos Fabri.
- _____. 1911. "Las deformaciones artificiales del cráneo en el antiguo Perú"
En: *Revista Universitaria*. S.e.

- Morton, Samuel George. 1839. *Crania americana or a comparative view of the skulls of various aboriginal nations of north and south America to which is prefixed and essay on the varieties of the human species*. Filadelfia: T.K. and P.G. Collins printers.
- Nuevo Diccionario de la Lengua española*. 1853. Paris: Imprenta y estereotipia de la viuda Deis.
- Olano, Guillermo. 1913. *La medicina en el idioma incaico*. Para el 5º Congreso Médico Latino Americano. Lima: Tipografía La Voce d'Italia.
- Palma, Ricardo. 1900. *Cachivaches*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.
- _____. 1946. *Tradiciones peruanas*. Buenos Aires: W.M.Jackson Editores.
- Palma, Ricardo y Tello, Julio. 1909. *Algunas consideraciones sobre la monografía "La uta en el Perú", por el Dr. Manuel O. Tamayo, Delegado de la Sociedad Geográfica de Lima y de la Universidad de Arequipa, ante el IV Congreso Científico Latino Americano de Santiago de Chile*. Lima: s.e.
- Patrón, Pablo. 1894. *Estudio crítico sobre el discurso del Dr. Javier Prado y Ugarteche acerca del Perú Colonial*. Lima: Imprenta del Comercio.
- _____. 1900. *Origen del Kechua y del Aymará*. Lima: Librería e Imprenta Gil.
- _____. 1902. *Perú Primitivo. Notas sueltas*. Lima: Imprenta del Estado.
- _____. 1905. *Escritura Americana. La lluvia*. Trabajo presentado y leído en el XIV Congreso de Americanistas de Stuttgart. Leipzig: Impr. de F. A. Brockhaus.
- Polo, José Toribio. 1900. *La piedra de Chavín*. Lima: Imprenta y Librería de San Pedro.
- Pombo, Fidel. 1886. *Nueva guía descriptiva del Museo Nacional de Bogotá*. Bogotá: Imprenta de la Luz.
- Preuss, Konrad Theodor. 1894. *Die Begräbnisarten der Amerikaner und Nordostasiaten*. Königsberg: Braun and Weber.
- _____. 1912. *Die Nayarit-Expedition. Textaufnahmen und beobachtungen unter Mexikanischen indianern; unternommen und herausgegeben im auftrage und mit mitteln des konigl. Preuss. Kultusministeriums aus der Herzog von loubat-professur-stiftung*. Leipzig: Druck und verlag von B.G. Teubner.
- _____. 1921. *Religion und mythologie der Uitoto*. Gottigen: Vandenhoeck and Ruprecht.
- _____. 1929. *Monumentale vorgeschichtliche kunst Ausgrabungen im Quellgebiet des Magdalena in Kolumbien und ihre Ausstrahlungen in America, von Prof. Dr. K. Th. Preuss*. Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht.

- _____. 1931. *Arte monumental prehistórico. Excavaciones hechas en el alto Magdalena y San Agustín, Colombia. Comparación arqueológica con las manifestaciones artísticas de las demás civilizaciones americanas*. Bogotá: Escuela Salesiana de Tipografía y Fotograbado.
- _____. 1939. *Lehrbuch der Völkerkunde*. Stuttgart: Druck der Hoffmannschen Buchdruckerei Felix Kraus.
- Raimondi, Antonio. 1876. *El Perú: Historia de la geografía del Perú*. Lima: Imp. del Estado.
- _____. 1942. *Notas de viajes para su obra El Perú*, 1er. Volumen, Lima: Imprenta Torres Aguirre.
- Restrepo, Daniel. 1939. *Don Vicente Restrepo. Apuntes autobiográficos con comentarios y notas del Padre Daniel Restrepo, S.J.* Bogotá: Editorial Centro.
- Restrepo, Vicente. 1888. *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia*. Bogotá: Imprenta de Silvestre y compañía.
- _____. 1892. *Critica de los trabajos arqueológicos del Dr. José Domingo Duquesne*. Bogotá: Imprenta de La Nación.
- _____. 1895. *Los Chibchas antes de la conquista española*. Paris: Librería de Garner Hermanos.
- _____. 1897. *Apuntes para la biografía del fundador del Nuevo Reino de Granada y vidas de dos ilustres prelados, hijos de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta de Antonio M. Silvestre.
- Restrepo Tirado, Ernesto. 1982. *Ensayo etnográfico y arqueológico de la Provincia de los Quimbayas en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Imprenta de La Luz.
- _____. 1912. *Los Quimbayas*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- _____. 1912. *Catálogo General del Museo de Bogotá. Edición Oficial*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- _____. 1917. *Catálogo General del Museo de Bogotá. Arqueología. Edición Oficial*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Rivero, Mariano Eduardo de y Juan Diego de Tschudi. 1851. *Antigüedades peruanas*. Viena: Imprenta Imperial de la Corte y del Estado.
- Rivet, Paul y Vernau, R. 1912. *Ethnographie ancienne de l'Équateur, Mission du Service géographique de l'Armée en Amérique du Sud*. Paris: s.e.
- Recoret, Benjamin. 1871. *Sermón predicado por el R.P.M.F Benjamín Recoret, provincial de Chile y visitador apostólico de la Provincia Mercedaria Ecuatoriana*. Quito: Oficina tipográfica de F. Bermeo.

- Squier, Ephraim George. 1877. *Peru incidents of travel and exploration in the land of the Incas*. New York: Haper and Brothers, Publishers.
- Stubel, Alphons. 2004. *Las montañas volcánicas del Ecuador. Retrataadas y descritas Geológica-topográficamente*. Quito: UNESCO/BCE.
- Stubel, Alphons y Reiss, Wilhelm. 1889-1890. *Das Todtenfeld von Ancon in Perú, ein Beitrag zur Kenntniss der Kultur und Industrie des Inca-Reiches nach den Ergebnissen eigener Ausgrabungen*. Berlín: A. Ascher.
- Tello, Julio. 1909. *La antigüedad de la sífilis en el Perú*. Lima: Editorial Sanmarti y Ca.
- _____. 1913. *Presente y futuro del Museo Nacional*. Lima: Biblioteca D. Colmenares.
- _____. 1913. *Prehistoric trephining among the Yauyos of Peru*. Londres: s.e.
- _____. 1918. *El uso de las cabezas humanas artificialmente momificadas y su representación en el antiguo arte peruano*. Lima: Casa Editora de Ernesto R. Villarán.
- Uribe, Manuel. 1885. *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia*, París: Imprenta de Victor Goupy y Jourdan.
- Uricoechea, Ezequiel. 1971. *Memoria sobre las antigüedades Neo-Granadinas*. Bogotá: Banco Popular.
- Villarán, Acisclo. 1874. "La poesía en el Imperio de los Incas; ensayo histórico. Dedicada en muestra de gratitud al eminente literato D. Eduardo Asquerino". En *El Correo del Perú*. Lima: s.e.
- Wiener, Charles. 1880. *Pérou et Bolivie: Récit de voyage*. París: Librairie Hachette et Cie.
- Wolf, Theodor. 1879. *Viajes científicos por la república del Ecuador*. Guayaquil: Imprenta del Comercio.
- Zerda, Liborio. 1883. *El Dorado: Estudio histórico, etnográfico y arqueológico de los Chibchas, habitantes de la antigua Cundinamarca, y de algunas otras tribus*. Bogotá: Imprenta de Silvestre y Compañía.

Folletos, informes y catálogos

- Catálogo General de la Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892*. 1893. Tomo I. Madrid: Estudio Tipográfico Sucesores de Rivadeneira.
- Catálogo General de los objetos enviados por el Gobierno de Colombia á la Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892*. Bogotá: Imprenta de la Luz.

- Corona fúnebre sobre la tumba del señor Vicente Arriaga, socio efectivo del "Liceo de la Juventud"*. 1877. Cuenca: Impreso por Antonio Cueva.
- El Centenario*. Revista Ilustrada. Órgano oficial de la Junta Directiva encargada de disponer las solemnidades que han de conmemorar el Descubrimiento de América. 1892. Madrid: Tipografía de "El Progreso Editorial". Tomo II.
- Estatutos y programa para la Exposición Nacional que tendrá lugar el 9 de diciembre de 1891. Protegida por el S. E. el presidente de la república y patrocinada por la municipalidad*. 1891. Quito: Imprenta del Clero.
- Exposición Nacional de 1899. Catálogo de las diferentes secciones. Informes de los jurados de calificación*. 1899. Bogotá: Imprenta de Luis Holguín.
- Fiestas cívicas en celebración del 4to. Centenario del Descubrimiento de América organizadas por el Honorable Concejo Provincial de Lima*. El día 12 de octubre de 1892. Presididas por el Teniente Alcalde Sr. D. Pedro Villavicencio. 1892. Lima: Imprenta Torres Aguirre.
- General regulations for foreign exhibitors of the World's Columbian Exposition in Chicago prescribed by the director-general*. By authority of the World's Columbian Commission, in accordance with the Act of Congress approved April 25. 1890. Chicago: Office of the Director-General World's Columbian Exposition, January 7.
- Inauguración solemne del Instituto Histórico del Perú, 29 de julio de 1905*. 1905. Lima: Tipografía Nacional de Federico Barrionuevo.
- Informe que el Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Colombia dirige al *Congreso Constitucional de 1888*. Bogotá: Casa Editorial de J. J. Pérez.
- Informe del Ministro del Interior y Relaciones Exteriores al Congreso Ordinario de 1892*. Quito: Imprenta del Gobierno,
- Mensaje del Presidente de la República a las Cámaras Legislativas*. 1892. Bogotá: Imprenta de la Luz, Bogotá.
- Review of Morton's crania americana, from American Journal of Science and Arts*, N.º 2, Vol. 38. S.l: s.e.

Fuentes seriadas

- El Ateneo de Lima*. 1886. Publicación Mensual, Año I, Tomo primero. Perú: Imprenta del Teatro-Mercaderes 150.
- Boletín de Historia y Antigüedades*. 1902-1925. Órgano de la Comisión de Historia Nacional.

- Revista Histórica*. 1906-1913. Órgano del Instituto Histórico del Perú, Tomo I, II, III, IV, V Lima: Oficina Tipográfica de “La Opinión Nacional” e Imprenta Nacional Federico Barrionuevo.
- Boletín de la Sociedad de Estudios Histórico-Americanos*. 1918-1919. Quito.
- Boletín de la Academia Nacional de Historia*. 1920. Quito.
- Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*. 1892-1903. Imprenta de F. Masías y Ca. Unión.
- Diario Oficial*. 1891-1911. Colombia.
- El Comercio*. 1892. Lima.
- El Perú Ilustrado*. 1887-1892. Lima.
- El Municipio*. 1892. Quito.
- El Papel Periódico Ilustrado de Bogotá*. 1881-1888.
- La Crónica*, Lima. 1912-1929.
- Revista Literaria*. 1891-1892.
- Revista Variedades*. 1908-1929. Lima.
- La Ilustración Ecuatoriana*. 1911-1912. Quito.
- La Ilustración Peruana*. 1909-1911. Lima.
- La Luciérnaga*. Publicación Literaria del “Liceo del Azuay”. 1874-1875. Cuenca.

Bibliografía general

- Achim, Miruna y Podgorny, Irina, eds. 2014. *Museos al detalle. Colecciones, antigüedades e historia natural, 1790-1870*. Rosario: Protohistoria Ediciones.
- Aguirre, Roberto. 2005. *Informal Empire. Mexico and Central America in Victorian Culture*. Minneapolis: Minnessotta Press.
- Agulhon, Maurice. 2009. *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- Alcina Franch, José. 1988. *El descubrimiento científico de América*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Álvarez, Lupe, et al. 2004. *Umbrales del Arte en el Ecuador. Una mirada sobre los procesos de nuestra modernidad estética*. Guayaquil: Banco Central del Ecuador. /Museo Antropológico y de Arte Contemporáneo.
- Anderson, Benedict. 2011. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Siglo XXI editores.
- Annino, Antonio y Guerra, Francois-Xavier. 2003. *Inventando la nación. Iberoamérica en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Ansaldi, Waldo. 2008. "El imperialismo en América Latina". En Ayala Mora, E. (dir.). *Los proyectos nacionales latinoamericanos: sus instrumentos y articulación 1870-1930*. 331-370. España: Ediciones UNESCO/Trotta.
- Appadurai, Arjun. 2001. *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Argentina: Ediciones Trilce, Fondo de Cultura Económica.
- Appadurai, Arjun, ed. 1991. *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Editorial Grijalbo.
- Aresti, Nerea. 2014. "A la nación por la masculinidad. Una mirada de género a la crisis del 98". En *Feminidades y masculinidades*, editado por Mary Nash, 47-74. Madrid: Alianza.
- Arias Vanegas, Julio. 2007. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Universidad de los Andes /CESO.
- Araujo, Diego, coord. 1987. *Historia de las Literaturas del Ecuador. Literatura de la República, 1830-1895*. Quito: Corporación Editora Nacional, Universidad Andina Simón Bolívar.
- Armas Asín, Fernando. 2001. "Financiar la guerra: planes fiscales, lucha política y crisis inflacionaria en Perú (1879-1880)". En *Histórica*, xxv/2: 49-97.
- Assmann, Jan. 2005. "El lugar de Egipto en la historia de la memoria de Occidente". En Schöder, G. y Breuninger, H. comps. *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*. 55-74. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Avdakov F. y Polanski, F. 1969. *La primera fase del imperialismo*. México: Editorial Grijalbo.
- Ayala, Enrique. 2011. *Ecuador del siglo XIX. Estado Nacional, Ejército, Iglesia y Municipio*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar / CEN.
- _____. 2002. *Historia de la Revolución Liberal Ecuatoriana*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Báez, Christian y Manson, Peter. 2006. *Zoológicos Humanos. Fotografías de fueguinos y mapuches en el Jardín d'acclimatation en París siglo XIX*. Chile: Pehuén Editores.
- Barriga, Franklin. 2009. *Historia de la Academia Nacional de Historia, 1909-2009*. Quito: Editorial El Conejo.
- Barth, Fredrik. et. al. 2012. *Una disciplina, cuatro caminos. Antropología británica, alemana, francesa y estadounidense*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Bartra, Roger. 1992. *El salvaje en el espejo*. México: UNAM.

- Basadre, Jorge. 1983. *Historia de la República del Perú 1822-1933*. Tomo V. Lima: Editorial Universitaria.
- Bauer, Arnold. 2002. *Somos lo que compramos. Historia de la cultura material en América Latina*. México: Editorial Taurus.
- Bedoya, María Elena. 2007. *Los espacios perturbadores del humor. Revistas, arte y caricatura 1918-1932*. Quito: Banco Central del Ecuador.
- _____. 2008. *Exlibris Jijón y Caamaño, prácticas del coleccionismo y universos del lector 1890-1950*. Quito: Banco Central del Ecuador.
- _____. 2016. *Antigüedades y nación. Prácticas del coleccionismo, agencia intelectual y sociabilidades científicas historias cruzadas desde la región andina (1890-1920)*. Tesis Doctoral. Barcelona: Universidad de Barcelona, 2016.
- _____. 2019. "Museum, archaeology and nation: González Suárez and Sociedad de Estudios Históricos Americanos in the early twentieth-century Ecuador". *Museum History Journal* 12, n.º. 1: 93-107. DOI: 10.1080/19369816.2019.1613609.
- Benjamin, Walter. 2005. *El libro de los pasajes*. Madrid: Editorial Akal.
- Benjamin, Walter. 2013. *Obra de los Pasajes*. Madrid: Abada Editores.
- Bennet, Tony. 1988. "The exhibitionary complex." En *New Formations*, n.º, 4, http://banmarchive.org.uk/collections/newformations/04_73.pdf. Spring, 73-102.
- Bertrand, Michel. 2011. "Microanálisis, historia social y acontecimiento histórico". En *Revista Historia*. Enero-diciembre, n.º. 63-64: 141-149.
- Bethell, Leslie. 1992. *Historia de América Latina. Tomo 10. América del Sur*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Biagini, Hugo E., y Roig, Arturo Andrés. 2008. *Diccionario del pensamiento alternativo*. Buenos Aires: REUN, Red de Editoriales Universitarias Nacionales.
- Bhabbha, Homi, comp. 2010. *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*. Madrid: Siglo XXI editores.
- Blakemore, Harold. 1992. "Chile, desde la guerra del Pacífico hasta la depresión mundial, 1880-1930". En Bethell, L. ed. *Historia de América Latina. América del Sur, c. 1870-1930*. 157-204. Barcelona: Editorial Crítica.
- Bloch, Marc. 1992. "Por una historia comparada de las sociedades europeas". En Godoy, G. y Hourcade, E. *Marc Bloch. Una historia viva. Los fundamentos de las Ciencias del Hombre* 65. 63-98. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

- Blom, Philipp. 2013. *El coleccionista apasionado. Una historia íntima*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Bonfiglio, Giovanni. 2006. *El Perú no es un mendigo, ni está sentado en un banco de oro. Los verdaderos mensajes de Antonio Raimondi*. Lima: Promolibro.
- Bonilla, Heraclio. 1990. "El campesinado indígena y el Perú en el contexto de la guerra con Chile". En Steve S. *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes, siglos XVIII al XX*. 209-218. Lima: IEP.
- _____. 1994. *Guano y burguesía en el Perú. El contraste de la experiencia peruana con las economías de exportación del Ecuador y Bolivia*. Quito: FLACSO Editorial.
- Botero, Clara Isabel. 2006. *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas, 1820-1945*. Bogotá: Universidad de los Andes/ICANH.
- Botero, María Mercedes. 2007. *La ruta del oro. Una economía exportadora, Antioquia 1850-1890*. Bogotá: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Bourdieu, Pierre. 2000. "Acerca de las relaciones entre la sociología y la historia en Alemania y en Francia. Conversación con Lutz Raphael". En *Sociohistórica*. 183-215. La Plata: Cuadernos de CISH. Primer Semestre.
- Brading, David. 2006. "Patria e historia: tríptico peruano". En Mujica Pinilla, R. et al. *Visión y símbolos. Del Virreinato Criollo a la República Peruana*. 1-42. Lima: Banco de Crédito.
- Braudel, Fernand. 1953. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. 1994. *La dinámica del capitalismo*. Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Breuilly, John. 1990. *Nacionalismo y Estado*. Barcelona: Ediciones Pomares-Corredor.
- Brew, Roger. 2000. *El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920*. Medellín: Editorial de la Universidad de Antioquia.
- Brulon Soares, Bruno. "La Representación Del Museo: Reflexionando Sobre La Museología Reflexiva". *Complutum* 26 (2), 49-57.
- Bruno, Paula. 2012. "Sociabilidades culturales en Buenos Aires, 1860-1930. Presentación". En *Prismas, revista de historia intelectual*, n.º 16, 2012: 161-166.
- Buck-Morss Susan. 2001. *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes*. Madrid: Editorial La Balsa de la Medusa.
- Burke, Peter. 2006. *¿Qué es la Historia Cultural?* Barcelona: Editorial Paidós.

- _____. 2007. *Historia y Teoría Social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bustamante, Fernando. 2012. "Museos, memoria y antropología a los dos lados del Atlántico. Crisis institucional, construcción nacional y memoria de la colonización". En *Revista de Indias*, Volumen LXXII, n.º 254: 15-34.
- Bustamante, Jesús. 2012. "Museos, memoria y antropología a los dos lados del Atlántico. Crisis institucional, construcción nacional y memoria de la colonización". En *Revista de Indias*. Volumen LXXII, n.º 254: 15-34.
- Bustos, Guillermo. 2011. *La urdimbre de la Historia Patria. Escritura de la historia, rituales de la memoria y nacionalismo en Ecuador (1870-1950)*. Tesis doctoral. Universidad de Michigan.
- Cabello Carro, Paz. 1989. *Coleccionismo americano indígena en la España del siglo XVIII*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.
- Cantarellas, Catalina. 2014. "Lorenzo Rosselló (Mallorca 1867-1901). Un escultor en el tránsito de fin de siglo". *Liño. Revista Anual de Historia del Arte*, n.º 20: 9-28.
- Cañizares Esguerra, Jorge. 2007. *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cárdenas, Enrique; Ocampo, José Antonio y Thorp, Rosemary, comps. 2003. *La era de las exportaciones latinoamericanas de fines de siglo XIX a principios del XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Castillo, Américo. 2010. *El museo en escena: política y cultura en América Latina*. Buenos Aires: Fundación Typa.
- Castro-Klaren, Sara y Chasteen, John Charles, eds. 2003. *Beyond imagined communities. Reading and writing the Nation in Nineteenth-century Latin America*. Washington: Woodrow Wilson Center Press.
- Catálogo General de la Exposición Histórico-Americana de Madrid*. 1893. Madrid: Estudio Tipográfico "Sucesores de Rivadeneira", 1893.
- Cavallo, Guglielmo y Chartier, Roger. 1998. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. México: Editorial Taurus.
- Chakrabarty, Dipesh. 2008. *Al margen del Europa. ¿Estamos ante el final del predominio cultural europeo?* Barcelona: Tusquets Editores.
- Chang-Rodríguez, Eugenio. 2012. *Pensamiento y acción en Gonzálz Prada, Mariátegui y Haya de la Torre*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Chartier, Roger. 1999. *El mundo como representación. Historia Cultural: entre practica y representación*. Barcelona: Editorial Gedisa.

- _____. 2001. “La conscience de la globalité”. En *Annales HSS*, janvier-février, n.º 1: 119-123.
- _____. 2006. *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires: Editorial Manantial.
- _____. 2007. *La historia o la lectura del tiempo*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Chastel, André. 1984. “La notion de patrimoine”. En Nora, P. *Les lieux de mémoire. II. La Nation*** 405-448. París: Editorial Gallimard.
- Choay, Françoise. 2007. *Alegoría del patrimonio*. Barcelona: Gustavo Gili Editores.
- Clark, Kim. 2004. *La obra redentora. El ferrocarril y la nación en Ecuador 1895-1930*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional.
- Clifford, James. 1995. *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Madrid: Editorial Gedisa.
- Coehlo, María. 2012. “América Latina: historia comparada, historias conectadas, historia transnacional”. En *Revista Digital*, Anuario n.º 24, Escuela de Historia n.º 3, Facultad de Humanidades y Artes UNR.
- Congreso Internacional de Americanistas: Actas de la novena reunión, Huelva 1892*. 1894. Madrid: Tipografía de los hijos de M.G. Hernández.
- Contreras, Carlos. 2012. *La economía pública en el Perú después del guano y del salitre. Crisis fiscal y elites económicas durante su primer siglo independiente*. Lima: Banco Central de la Reserva del Perú/Instituto de Estudios Peruanos.
- Cuarto centenario del descubrimiento de América. Plano de la Exposición Histórico-Americana de Madrid*. 1892. Madrid.
- Cueto, Marcos. 1989. *Excelencia científica en la periferia. Actividades científicas e investigación biomédica en el Perú 1890-1950*. Lima: CONCYTEC.
- _____. 1995. *Saberes Andinos. Ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Dager, Joseph. 2000. “La historiografía peruana de la segunda mitad del siglo XIX. Una presentación inicial a través de la obra de José Toribio Polo”. En *Revista Complutense de Historia de América*. Vol. 26: 135-179.
- Daniel, Glyn. 1974. *Historia de la arqueología. De los anticuarios a V. Gordon Childe*. Madrid: Alianza Editorial.
- Daston, Lorraine. 2005. “La objetividad y la comunidad cósmica”. En: Schöder, Gerhart y Breuninger, H., comps. *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*. 131-156. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

- _____. 2012. "The sciences of the archive". En *The History of Science Society*: 156-187.
- Deas, Malcolm. 1989. "La influencia inglesa —y otras influencias— en Colombia (1880-1930)". En Tirado Mejía, A. dir. *Nueva Historia de Colombia*. 161-182. Colombia: Editorial Planeta.
- _____. 1991. "Colombia, c. 1880-1930". En: Bethell, L., ed. *Historia de América Latina. América del Sur, c. 1870-1930*. Barcelona: Editorial Crítica.
- De Certeau, Michel. 2000. *La invención de lo cotidiano, Artes de Hacer*, México: Universidad Iberoamericana.
- Degregori, Carlos Iván, ed. 2012. *No hay país más diverso. Compendio de Antropología Peruana*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- De l'Etoile, Benoît. 2007. *Le Goût des Autres. De l'Exposition coloniale aux arts premiers*. París: Editorial Flammarion.
- De La Cadena, Marisol. 2007. *Formaciones de indianidad. Articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*. s.l.: Editorial Envión.
- Del Solar, Pedro. 1892. "El Perú de los Incas". *Ateneo de Madrid*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- Deler, Jean Paul. 1994. "Transformaciones regionales y organización del espacio nacional ecuatoriano entre 1830 y 1930". En Maiguashca, J., ed. *Historia y región en el Ecuador*. 295-353. Quito: FLACSO/CEN.
- _____. 2007. *Ecuador del espacio al estado nacional*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional.
- Drinot, Paulo. 2003. "Perú, 1884-1930: ¿un pobre sentado en un banco de oro?" En *La era de las exportaciones latinoamericanas de fines del siglo XIX a principios del XX*, editado por Enrique Cárdenas, José Antonio Ocampo y Rosemary Thorp, 203-258. México: Fondo de Cultura Económica.
- Earle, Rebecca. 2002. "'Padres de la Patria' and the Ancestral Past: Commemorations of Independence in Nineteenth-Century Spanish America". <http://journals.cambridge.org/action/displayFulltext?type=1&fid=135990&jid=LAS&volumeId=34&issueId=04&aid=135989>
- _____. 2007. *The Return of the Native: Indians and Myth-Making in Spanish America, 1810-1930*. Durham and London: Duke University Press.
- _____. 2006. "Monumentos y museos: la nacionalización del pasado precolombino en la Hispanoamérica decimonónica". En González Stephan, B. y Andermann, J., eds. *Galerías del progreso: museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. 27-56. Argentina: Beatriz Viterbo Editora.

- _____. 2008. "Sobre héroes y tumbas: símbolos nacionales en la Hispanoamérica del siglo XIX". En *Bicentenario Revista de Historia de Chile y América*. Vol. 7, N.º 1. 5-43. Santiago de Chile: Centro de Estudios del Bicentenario.
- Elías, Norbert. 1994. *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Siglo XXI editores.
- Eliot Morison, Samuel, et al. 1980. *Breve historia de los Estados Unidos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Escobar Villegas, Juan Camilo. 2009. *Progresar y civilizar. Imaginarios de identidad y elites intelectuales de Antioquia en Euroamérica, 1830-1920*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Espino López, Antonio. 2010. *Atlas Histórico del Colonialismo*. España: Editorial Síntesis.
- Espino Relucé, Gonzalo. 1999. *Imágenes de la inclusión andina: literatura peruana del siglo XIX*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Instituto de Investigaciones Humanísticas.
- Esvetit, Natalia. 2001. "Los imaginarios tradicionales sobre el Oriente ecuatoriano". *Revista de Indias* 61, n.º 223: 541-571.
- _____. 2006. "Poéticas quechuas: Garcilaso, Guamán Poma y Anchorena". En *Letras*, Vol. 77: 111-112. Enlace: <http://www.acuedi.org/ddata/3155.pdf>
- _____. 2008. *La incipiente provincia. Amazonía y Estado ecuatoriano en el siglo XIX*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Fazio Vengoa, Hugo. 2009. "La historia global y su conveniencia para el estudio del pasado y del presente". En *Historia crítica*. 300-319. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Fernández, Sandra y Videla, Óscar, comps. 2008. *Ciudad oblicua. Aproximaciones a temas e intérpretes de la entreguerra rosarina*. Rosario: La Quinta Pata & Camino Ediciones.
- Fischer, Manuela. 2010. "La misión de Max Uhle para el Museo Real de Etnología en Berlín (1892-1895): entre las ciencias humboldtianas y la arqueología americana". En Kaulicke, P., Fischer, M. Masson, P. y Wolff G. *Max Uhle (1856-1944). Evaluación de sus investigaciones y obras*. 49-62. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Flores Galindo, Alberto. 1993. *Obras completas. Tomo I*. Lima: Fundación Andina/Casa de Estudios del Socialismo.
- Foucault, Michel. 1971. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las Ciencias Humanas*. México: Siglo XXI editores.

- _____. 2001. *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- _____. 2007. *Sobre la Ilustración*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Gamboa Hinostrosa, Pablo. 2002. *El tesoro de los Quimbayas. Historia, identidad y patrimonio*. Colombia: Editorial Planeta.
- _____. Pablo. 2008. "El Tesoro de los Quimbayas, un siglo después". En: Betancourt, A., ed. *Policromías de una región. Procesos históricos y construcción del pasado local en el Eje Cafetero*. 23-41. Colombia: Red de Universidades Públicas del Eje Cafetero, Universidad Autónoma de San Luis Potosí.
- Gangër, Stefanie. 2006. "¿La mirada imperialista? Los alemanes y la arqueología peruana". En *Revista Histórica*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, URL: <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/historica/article/view/357>
- _____. 2014. *Relics of the Past: The Collecting and Studying of Pre-Columbian Antiquities in Peru and Chile, 1837-1911*. Oxford: Oxford University Press.
- _____. 2014. "Conversaciones sobre el pasado. José Mariano Macedo y la arqueología peruana, 1876-1894". En *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Débats, mis en ligne le 05 septembre 2014. <http://nuevomundo.revues.org/67124> ; DOI : 10.4000/nuevomundo.67124
- _____. 2014. "Of butterflies, chinese shoes, and antiquities: a History of Peru's National Museum, 1826-1881". En: *Anuario de Historia de América Latina*, Vol. 51: 283-302.
- García Botero, Héctor. 2009 "¿Qué hay en un nombre? La Academia Colombiana de Historia y el estudio de los objetos arqueológicos". *Memoria Social*. N.º 13 (27), Julio Diciembre. 41-60. Bogotá.
- _____. 2010. *Una historia de nuestros otros. Indígenas, letrados y antropólogos en el estudio de la diferencia cultural en Colombia (1880-1960)*. Bogotá: Colección Prometeo, Universidad de los Andes.
- García Jordán, Pilar. 1991. *Iglesia y poder en el Perú contemporáneo 1821-1919*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas".
- _____. 1998. *Fronteras, colonización y mano de obra indígena en la Amazonía Andina en los siglos XIX y XX. La construcción del espacio socio-económico amazónico en el Ecuador, Perú y Bolivia (1795-1948)*. Lima: PUCP, Universidad de Barcelona.

- _____. 2001. *Cruz y arado, fusiles y discursos: la construcción de los Orientales en el Perú y Bolivia, 1820-1940*. Lima, PE: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- García Jordán, Pilar. Sala i Vila, Núria, coordinadoras. 1997. "Catolicismo frente a liberalismo. Formación progresiva del nacionalcatolicismo peruano". En Urbano, Henrique, *Tradición y modernidad en los Andes*. 295-315. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas".
- Gellner, Ernest. 1998. *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*. Barcelona: Gedisa.
- _____. 2008. *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Giddens, Anthony. 2003. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ginzburg, Carlo. 2010. *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Giucci, Guillermo. 2014. *Tierra de fuego. La creación del fin del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Godelier, Maurice. 1998. *El enigma del don*. Barcelona: Editorial Paidós.
- González Stephan, Beatriz y Jens Andermann, eds. 2006. *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Goetz, Walter, et al. 1957. *La época del imperialismo 1890-1933*, Historia Universal. Tomo x. Madrid: Espasa Calpe.
- González Bernaldo de Quirós, Pilar. 2008. *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- González Casanova, Pablo. 1979. *Imperialismo y liberación. Una introducción a la Historia Contemporánea de América Latina*. México: Siglo XXI Editores.
- González Stephan, Beatriz y Andermann, Jens. eds. 2006. *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Argentina: Beatriz Viterbo Editora.
- Gotkowitz, Laura. 2011. *Histories of Race and Racism. The Andes and Mesoamerica from Colonial Times to the Present*. Durham: Duke University Press.
- Graham, Richard. 1990. *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940*. Austin: University of Texas Press.

- Granados, Aimer. 2005. "Hispanismos, nación y proyectos culturales. Colombia y México 1886-1921. Un estudio de historia comparada". En *Memoria y Sociedad*, Vol. 9, N.º 19, Julio-Diciembre: 5-18.
- Grimal, Pierre. 1981. *Diccionario de Mitología Griega y Romana*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Gruzinski, Serge. 2007. *El pensamiento mestizo. Cultura amerindia y civilización del Renacimiento*. Barcelona: Editorial Paidós.
- _____. 2010. *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Guarín-Martínez, Óscar. 2010. *La sociabilidad política: un juego de luces y sombras*. En *Memoria y Sociedad* 14, N.º 29, julio-diciembre de 2010: 25-36.
- _____. 2012. "La Amazonia en sus imaginarios cinematográficos: 1914-1955. Apuntes preliminares". En *Historia cultural desde Colombia. Categorías y debates*, editado por Max Hering Torres y Amada Carolina Pérez, 165-192. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Pontificia Universidad Javeriana, Universidad de los Andes
- Halperin Donghi, Tulio. 1997. *Historia contemporánea de América Latina*. Barcelona: Editorial Altaya.
- Halperin Donghi, Tulio, et al. 2002. *Historia Económica de América Latina*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Halperin Donghi, Tulio; Glade, William y Thorp, Rosemary. 2002. *Historia Económica de América Latina*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Hampe Martínez, Teodoro. 1998. "Max Uhle y los orígenes del Museo de Historia Nacional (Lima, 1906-1911)". En *Revista Andina*, Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas". Año 16, N.º 1, julio. 161-186. Cuzco.
- Harris, Marvin. 1979. *El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías de la cultura*. México: Siglo XXI editores.
- Hearn, Jonathan. 2006. *Rethinking nationalism. A critical introduction*. New York: Palgrave.
- Henderson, James. 2006. *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889-1965*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Hering Torres, Max. 2010. "'Raza'. Variables históricas". En *Historias de raza y nación en América Latina*, editado por Claudia Leal y Carl Langebaek, 31-62. Bogotá: Universidad de Los Andes.

- Hering, Max y Pérez Amada. 2012. *Historia cultural desde Colombia. Categorías y debates*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Pontificia Universidad Javeriana, Universidad de los Andes.
- Hobson, J.A. 1981. *Estudio del Imperialismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hobsbawm, Eric. 1974. *En torno a los orígenes de la revolución industrial*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- _____. 1998. *La era del imperio 1875-1914*. Barcelona: Editorial Crítica.
- _____. 2000. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Jaramillo Uribe, Jaime. 1978. "Etapas y sentido de la Historia de Colombia". En Arrubla, M., et al. *Colombia hoy*. 10-26. Colombia: Siglo XXI editores.
- Kaulicke, Peter. 2010. "La vida y obra de Friedrich Max Uhle. Recientes logros, problemas y perspectivas". En Kaulicke, P., et al. 2010. *Max Uhle 1856-1944. Evaluaciones de sus investigaciones y obras*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Kaulicke, Peter, editor. 1998. *Max Uhle y el Perú Antiguo*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Kennedy Troya, Alexandra. 1998. "Artistas y científicos: naturaleza independiente en el siglo XIX en Ecuador (Rafael Troya y Joaquín Pinto)". En *Memoria*. 85-123. Quito: Marka, Instituto de Historia y Antropología Andinas.
- _____. 2016. *Elites y la nación en obras. Visualidades y arquitectura del Ecuador*. Cuenca: Universidad de Cuenca /CCE, Núcleo del Azuay.
- Kingman, Eduardo. 2006. *La ciudad y los otros. Quito 1860-1940*. Quito: FLACSO, Universidad Rovira e Virgili.
- Klaren, Peter. 2013. *Nación y sociedad en la historia del Perú*. Lima: IEP.
- Knight, Alan. 2000. "La identidad nacional: ¿mito, rasgo o molde?". En Sánchez, Gonzalo y Emma Wills, *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. 119-155. Bogotá: Museo Nacional de Colombia, Universidad Nacional de Colombia.
- Langebaek, Carl Henrik y Botero, Clara Isabel, comp. 2009. *Arqueología e etnología en Colombia. La creación de una tradición científica*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Larco Hoyle. 2012. "Historia del Museo". En *Museo Larco tesoros del antiguo Perú*. Lima: Asociación Rafael Larco Hoyle.
- La Torre Silva, Ricardo (s/f). "Raimondi y sus estudios etnológicos". En *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, Año 118, Vol. 122: 31-46.

- Latour, Bruno. 1999. "Esas redes que la razón ignora: laboratorios, bibliotecas, colecciones". En García Selgas F. Y Montleón, J. *Retos de la Postmodernidad. Ciencias Sociales y Humanas*. 161-184. Valladolid: Editorial Trotta.
- _____. 2012. *Nunca fuimos modernos. Ensayos sobre antropología simétrica*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- Laurière, Christine. 2012. "Lo bello y lo útil, el esteta y el etnógrafo: el caso del Museo Etnográfico de Trocadero y del Museo del Hombre (1928-1940)". En *Revista de Indias*, Vol. LXXII, n.º 254: 35-66.
- Leal, Claudia y Langebaek, Carl, comps. 2010. *Historias de raza y nación en América Latina*. Bogotá: Universidad de los Andes/CESO.
- Levi, Giovanni. 1989. "Los usos de la biografía". En *Annales*. N.º 6, noviembre: 1325-1336.
- Lomnitz, Claudio. 1999. *Modernidad indiana. Nueve ensayos sobre nación y mediación en México*. México: Editorial Planeta.
- _____. 2005. "Sobre reciprocidad negativa". En *Revista de Antropología Social*, Vol. 14: 311-339.
- López Ocón, Leoncio, 2002. "La América Latina en el escenario de las Exposiciones Universales del siglo XIX". *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, n.º 18: 103-126.
- _____. 1990. "Las relaciones científicas entre España y América Latina en la segunda mitad del siglo XIX. Un balance historiográfico". En *Revista de Indias*, Vol. L, n.º 188: 305-325.
- _____. 1998. "La formación de un espacio público para la ciencia en la América Latina durante el siglo XIX". En <http://asclepio.revistas.csic.es>
- _____. 2002. "La América Latina en el escenario de las Exposiciones Universales del siglo XIX". En *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*. 103-126. Quito: Corporación Editora Nacional, n.º 18.
- _____. 2012. "La Sociedad Geográfica de Lima y la formación de una ciencia nacional en el Perú Republicano". *Terra Brasilis* [Online], 3 | 2001, posto online no dia 05 Novembro 2012, consultado el 5 de noviembre de 2015. URL: <http://terrabrasilis.revues.org/330>; DOI: 10.4000/terrabrasilis.330.
- Lumbreras, Luis. 1998. "Max Uhle y la tradición de investigación arqueológica en el Perú". http://www.iai.spk-berlin.de/fileadmin/dokumentenbibliothek/Indiana/Indiana_15/IND_15_Lumbreras.pdf
- Lumbreras, Luis Guillermo. 2011. *Jacinto Jijón y Caamaño. Estudios sobre Lima prehispánica, Maranga*. Quito: Fonsal.

- Luque Alcaide, Elisa. 2003. "La restauración de la vida católica en América Latina en la segunda mitad del siglo XIX". En *AHIg*, N.º 12: 71-89. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35501205>
- Lyons, Martyn. 2006. "Los nuevos lectores del siglo XX: mujeres, niños y obreros". En Cavallo G. y Chartier, R. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. 478-514. México: Editorial Taurus.
- Maiguashca, Juan. 1994. "El proceso de integración nacional en el Ecuador: el rol del poder central, 1830-1895". En *Historia y región en el Ecuador*, editado por Juan Maiguashca, 355-422. Quito: FLACSO/CEN.
- Majluf, Natalia. 2005. "De la rebelión al museo: genealogías y retratos de los Incas, 1781-1900". En Cummins, T., et al. *Los Incas, reyes del Perú*. 253-320. Lima: Colección Arte y Tesoros del Perú, Banco de Crédito.
- Mallon, Florencia. 2002. "Reflexiones sobre las ruinas: formas cotidianas de formación del Estado en el México decimonónico". En Gilbert, Joseph y Daniel Nugent, comp. *Aspectos cotidianos de la formación del Estado. La revolución y negociación del mando en el México moderno*. 105-143. México: Ediciones Era.
- Mallon, Florencia. 2003. *Campesinado y nación. La construcción de México y Perú postcoloniales*. México: Colegio de Michoacán.
- Marín Torres, María Teresa. 2002. *Historia de la documentación museológica: la gestión de la memoria artística*. Gijón-España: Ediciones Trea.
- Marin, Louis. 2009. "Poder, representación, imagen". En *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N.º 13: 135-153.
- Martínez, Frédéric. 2001. *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República.
- Martínez Riaza, Ascensión. 1994. "El Perú y España durante el oncenio. El hispanismo en el discurso oficial y en las manifestaciones simbólicas (1919-1930)". En *Histórica*. Vol. XVIII, n.º 2, diciembre: 335-363.
- Martínez, Rosa María. 1992. *La Iglesia Católica en la América Independiente. Siglo XIX*. Madrid: Editorial Mapfre.
- Mc Evoy, Carmen. 2003. "De la república utópica a la república práctica: intelectuales y artesanos en la forja de una cultura política en el área andina (1806-1878)". En Maiguashca, J., ed. *Historia de América Andina. Creación de las Repúblicas y Formación de la Nación*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

- Mc Evoy, Carmen. 2013. *En pos de la República. Ensayos de historia política e intelectual*. Lima: Centro de Estudios Bicentenario, Municipalidad Metropolitana de Lima, Asociación Educacional Antonio Raimondi.
- Melo, Jorge Orlando. 1978. "La república conservadora". En Arrubla, M. et al. *Colombia hoy*. 27-46. Colombia: Siglo XXI editores.
- _____. 1987. "Las Vicisitudes del Modelo Liberal (1850-1899)". En Ocampo Gaviria, J., comp. *Historia económica de Colombia*. 61-91. Bogotá: Siglo XXI Editores.
- Minchinton, Walter. 1989. "Los modelos de demanda, 1750-1914". En Cipolla, C. M., ed. *Historia económica de Europa. La Revolución industrial*. 80-194. Barcelona: Editorial Ariel.
- Montero, Feliciano. 2000. "La Iglesia católica ante la modernidad: del jubileo de fin del siglo XIX al fin del milenio". http://www.europeana.eu/portal/record/2022701/oai_dspace_uah_es_10017_8862.html
- Morales, Luis Gerardo. 2009. "Límites narrativos de los museos de historia". *Alteridades* 19, n.º 37: 43-56.
- _____. 1994. *Orígenes de la museología mexicana. Fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional, 1780-1940*. México: Universidad Iberoamericana.
- _____. 2002. "De la historia cultural como objeto signo". En *Producciones de sentido. El uso de las fuentes en la historia cultural*, editado por Valentina Torres-Septién, 119-131. México: Proyecto Conacyt/UIA.
- Muñoz, Carmen Cecilia. 2012. ¿Cómo representar los orígenes de una nación civilizada? Colombia en la Exposición-Histórico Americana de Madrid. Cali: Universidad del Valle.
- _____. 2013. "Imaginario nacionales en la Exposición Histórico-Americana en Madrid, 1892. Hispanismo y pasado prehispánico". *Iberoamericana* XIII, n.º 50: 101-118.
- Muratorio, Blanca. 1994. "Nación identidad y etnicidad: imágenes de los indios ecuatorianos y sus imagineros a fines del siglo XIX". En *Imágenes e imagineros: representaciones de los indígenas ecuatorianos siglo XIX y XX*, editado por Blanca Muratorio, 109-196. Quito: FLACSO.
- Murray, Pamela. 1999. "La Escuela Nacional de Minas, 1887-1930". En Mejía R., Larosa, M. y Nieto, M., editores. *Colombia en el siglo XIX*. 361-391. Bogotá: Editorial Planeta.
- Myers, Fred. 2001. *The Empire of Things: Regimes of Value and Material Culture*, Albuquerque: School of American Research.

- Nerval, Gaston. 1999. "Autopsy of the Monroe Doctrine: the strange story of Inter-American relations". En La Rosa, M., editor. *Neighborly adversaries: readings in U.S. - Latin America relations*. 85-90. Estados Unidos: Rowman and Littlefield.
- Ocampo, Estela. 2011. *El fetiche en el museo. Aproximación al arte primitivo*. Madrid: Alianza editorial.
- Ocampo Gaviria, José Antonio, comp. 1987. *Historia económica de Colombia*. Bogotá: Siglo XXI editores.
- Ocampo, José Antonio y Botero, María Mercedes. 2003. "El café y los orígenes del desarrollo económico moderno en Colombia". En Cárdenas, E., Ocampo, J. y Thorp, R., comps. *La era de las exportaciones latinoamericanas de fines del siglo XIX a principios del XX*. 85-122. México: Fondo de Cultura Económica.
- Palacios, Marco. 1983. *El café en Colombia 1850-1970. Una historia económica, social y política*. Bogotá: El Colegio de México/Áncora Editores.
- Palacios Rodríguez, Raúl. 1988. *La Sociedad Geográfica de Lima: fundación y años iniciales*. Lima: Universidad de Lima.
- Palma, Gabriel. 2003. "La economía chilena desde la guerra del Pacífico a la Gran Depresión. Cómo evitar el 'síndrome holandés' por medio de 'gravar, transferir y gastar'". En Cárdenas, E., Ocampo, J. y Thorp, R., compiladores. *La era de las exportaciones latinoamericanas de fines del siglo XIX a principios del XX*. 297-359. México: Fondo de Cultura Económica.
- Palomeque, Silvia. 1994. "La Sierra Sur (1825-1900)". En Maiguashca, J., editor. *Historia y región en el Ecuador*. 69-137. Quito: FLACSO/CEN.
- Pelayo, Francisco. 2010. "Discurso racial, nacionalismo y darwinismo social en torno a la Primera Guerra Mundial". En Vallejo, G. y Miranda, M., dir. *Derivas de Darwin: cultura y política en clave biológica*. 23- 48. Argentina: Siglo XXI Editores.
- Perazzi, Pablo. 2009. "Cartografías corporales: las pesquisas antropológicas del doctor Roberto Lehmann-Nietzsche, Buenos Aires: 1897-1908". En *Cuadernos de Antropología Social*, Universidad de Buenos Aires, N.º 29: 121-134. <http://www.scielo.org.ar/pdf/cas/n29/n29a07.pdf>
- Pérez, Amada Carolina. 2012. "Representaciones y prácticas en las zonas de misión: los informes de los frailes capuchinos." En *Historia cultural desde Colombia. Categorías y debates*, editado por Max Hering Torres y Amada

- Carolina Pérez, 287-316. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Pontificia Universidad Javeriana, Universidad de los Andes.
- _____. 2011. "La memoria convertida en exhibición: adecuaciones de la sección de historia patria en el Museo Nacional de Colombia, 1880-1912". En Ortega, F. y Chincangana-Bayona, Y. *Del dicho al hecho. 200 años de independencia y ciudadanía en Colombia*. 109-135. Bogotá: Ministerio de Cultura / Museo Nacional de Colombia, Universidad Nacional de Colombia/Pontificia Universidad Javeriana.
- _____. 2015. *Nosotros y los otros. Las representaciones de la nación y sus habitantes. Colombia, 1880-1910*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Pérez Montfort, Ricardo. 1992. *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pérez, Trinidad. 2010. "Nace el arte moderno: espacios y definiciones en disputa (1895-1925)". En Coronel, V. y Prieto, M., coordinadoras. *Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana*. 23-74. Quito: FLACSO, Ecuador/Ministerio de Cultura.
- Pérez, Tomás. 2003. "La construcción de las naciones como problema historiográfico. El caso del mundo hispánico". En *Historia Mexicana*. 275-311. México: Colegio de México.
- _____. 2012. "Historia, antropología y arte: tres sujetos, dos pasados y una sola nación verdadera". En *Revista de Indias*, Volumen LXXII, n.º 254: 67-92.
- Pinneo, Ron. 1994. "Guayaquil y su región en el segundo boom cacaotero (1870-1925)". En Manguashca, J. *Historia y región en el Ecuador*. 251-294. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Podgorny, Irina. 2004. "Tocar para creer". La arqueología en la Argentina". En *Anales del Museo de América*. 12: 147-182.
- _____. 2005. "La mirada que pasa: museos, educación pública y visualización de la evidencia científica". En *Historia, Ciencias, Saúde- Manguinhos*, v. 12 (suplemento): 231-264.
- _____. 2008. "Los medios de la arqueología". En *Redes*, vol.14, n.º 28, noviembre. Buenos Aires: Universidad de Quilmes.
- _____. 2009. *El sendero del tiempo y de las causas accidentales: los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. Rosario: Prohistoria Ediciones.

- Podgorny, Irina. 2010. "Naturaleza, colecciones y museos en Iberoamérica (1770-1850)". En Castillo, A. *El museo en escena. Política y cultura en América Latina*. 53-70. Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- _____. 2013. "Los archivos de la ciencia: prácticas científicas, cultura material y organización del saber". En *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*. 8-14. Córdoba: Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti". Año 4, n.º 4.
- _____. 2010. "Presentación". En *L'Ordinaire des Amériques* [En ligne], 212 | 2010, mis en ligne le 01 novembre 2015, consulté le 22 décembre 2015. URL : <http://orda.revues.org/2468>
- Pomian, Kryztof. 2010. *Historia cultural, historia de los semiósforos*. Xalapa: Al fin liebre Editores.
- Porras Barrenechea, Raúl. 1963. *Fuentes históricas peruanas (Apuntes de un curso universitario)*. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea.
- Pratt, Mary Louise. 2010. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México: Siglo XXI editores.
- Prieto, Mercedes. 2004. *Liberalismo y temor: imaginando los sujetos indígenas en el Ecuador postcolonial 1895-1950*. Quito: Flacso.
- Quijada, Mónica. 2005. "América Latina en las revistas europeas de Antropología, desde los inicios hasta 1880- De la presencia temática a la participación académica". En *Revista de Indias*, vol. LXV, n.º 234: 319-336.
- Quiñones, Leticia. 2007. *El Perú en la vitrina. El progreso material a través de las exposiciones (1851-1893)*. Lima: Universidad Nacional de Ingeniería.
- Ramírez, Dení. 2009. "La Exposición Histórico-americana de Madrid de 1892 y la ¿ausencia? de México". *Revista de Indias* LXIX, n.º 246: 273-306.
- Rancière, Jacques. 2010. *El espectador emancipado*. Madrid: Ellago Ensayo.
- Ravines, R. 1989. *Los museos del Perú. Breve historia y guía*. Lima: Dirección General de Museos, Instituto Nacional de Cultura.
- Reinhardt, Steven y Reinhardt, Dennis, edits. 2006. *Transatlantic History*. Arlington: Universidad de Texas.
- Ricoeur, Paul. 2010. *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Editorial Trotta.
- Riviale, Pascal. 2000. *Los viajeros franceses en busca del Perú Antiguo (1821-1914)*. Lima: IFEA.
- _____. 2008. *Una historia de la presencia francesa en el Perú, del siglo de las luces a los Años Locos*. Lima: IFEA/IEP.

- Rodrigo, Javier. 2017. *La Exposición Histórico, Natural y Etnográfica de 1893*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- Said, Edward. 2009. *Orientalismo*. México: Editorial Debolsillo.
- Salvador Lara, Jorge, dir. 2005. *Historia de la Iglesia Católica en el Ecuador*, Tomo V. Quito: Conferencia Episcopal Ecuatoriana.
- Salvatore, Ricardo, comp. 2005. *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*. Argentina: Beatriz Viterbo Editora.
- Samamé Boggio, Mario. 1986. "El Perú y la Minería". En Yépez, E., ed. *Estudios de Historia de la Ciencia en el Perú*. Vol. I. 125-144. Lima: CONCYTEC y Sociedad Peruana de Historia de la Ciencia y la Tecnología.
- Sampedro, Francisco. 1982. *Del Amazonas en 1830 al Cóndor en 1981*. Quito: Instituto Geográfico Militar.
- Sanders, Karen. 1997. *Nación y tradición. Cinco discursos en torno a la nación peruana, 1885-1930*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva Agüero, Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez Gómez, Gonzalo y Wills Obregón, María Emma, comps. 2000. *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia.
- Sarabia, María Justina. 1992. *Europa e Iberoamérica: Cinco siglos de intercambios*. Sevilla: AHILA, Junta de Andalucía.
- Saranyana, José Ignacio y Grau, Carmen-José. 2008. *Teología en América Latina. De las guerras de independencia hasta finales del siglo XIX*. Madrid: Editorial Iberoamericana.
- Sartori, Giovanni y Morlino, Leonardo, comps. 1999. *La comparación en las Ciencias Sociales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Schaffer, Simon. 2011. *Trabajos de cristal. Ensayos de historia de la ciencia, 1650-1900*. Madrid: Marcial Pons Ediciones de Historia.
- Schön, Wolf. 1993. "El triunfo de la era industrial. El París de 1889 y las exposiciones universales del siglo XIX". En Schultz, U. *La fiesta. Una historia cultural desde la Antigüedad hasta nuestros días*. 303-318. Madrid: Alianza Editorial.
- Schuster, Sven. 2018. "The world's fairs as spaces of global knowledge: Latin American archaeology and anthropology in the age of exhibitions". *Journal of Global History* 13, n.º 1: 69-93. DOI 10.1017/S1740022817000298.
- Seiner Lizárraga, Lizardo. 2003. "Antonio Raimondi y sus vinculaciones con la ciencia europea, 1851-1890", *Bulletin de l'Institut français d'études andines*

- [En línea], 32 (3) 2003, Publicado el 08 diciembre 2003, consultado el 05 enero 2016. URL: <http://bifea.revues.org/6144>; DOI: 10.4000/bifea.6144
- Seiner Lizárraga, Lizardo. 2010. "Antonio Raimondi en el Perú: Viajes, obra científica y redes de influencia en la periferia, 1851-1890". En Sagredo Baeza, R. *Ciencia-mundo. Orden republicano, arte y nación en América*. 255-280. Lima: Editorial Universitaria, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Sepúlveda, Isidro. 2005. *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid: Marcial Pons.
- Sevilla Pérez, Elisa. 2011. *Imperios informales y nacionales poscoloniales: la autoridad de la ciencia*. Tesis doctoral. Quito: Flacso Ecuador.
- Simmel, Georg. 1977. *Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Biblioteca Revista de Occidente.
- Skinner, Quentin. 2000. "Significado y comprensión en la historia de las ideas". En *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n.º 4: 149-191.
- Sloterdijk, Peter. 2007. *En el mundo interior del capital. Para una categoría filosófica de la globalización*. España: Ediciones Siruela.
- Sztompka, Piotr. 1995. *Sociología del cambio social*. Madrid: Alianza Editorial.
- Subrahmanyam, Sanjay. 1997. "Connected Histories: Notes towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia". En *Modern Asian Studies*. Vol. 31. n.º 3, Special Issue: The Eurasian Context of the Early Modern History of Mainland South East Asia, 1400-1800: 735-762.
- _____. 2011. *Comment être un étranger. Goa-Ispahan-Venise- XVI-XVIII siècle*. París: Alma Editores.
- Tantaleán, Henry. 2010. "El pasado tras del espejo: arqueología y nacionalismo en el Perú". En Nastri, J. Y Menezes Ferreira, L., eds. *Historias de Arqueología Sudamericana*. 137-166. Buenos Aires: Universidad Maimónides, Fundación de Historia Natural.
- Taussig, Michael. 2013. *Mi museo de la cocaína*. Cali: Editorial Universidad del Cauca.
- Tauzin Castellanos, Isabelle. 2003. "La imagen en El Perú Ilustrado (Lima, 1887-1892)". En *Bulletin Institute Francais de Études Andines*, n.º 32 (1): 133-149. [http://www.ifeanet.org/publicaciones/boletines/32\(1\)/133.pdf](http://www.ifeanet.org/publicaciones/boletines/32(1)/133.pdf)
- Taylor, Francis Henry. 1960. *Artistas, príncipes y mercaderes. Historia del coleccionismo desde Ramsés a Napoleón*. Barcelona: Luis de Caralt Editor.

- Tello, Julio C. y Toribio Mejía. 1967. "Historia de los museos nacionales del Perú, 1822-1946". *Revista Arqueológicas* 10: 1-259.
- Tenorio Trillo, Mauricio. 1998. *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales 1880-1930*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Tilly, Charles. 1991. *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid: Alianza Editorial.
- Torres, Gema. 2014. "Arquetipos masculinos en el discurso colonial español sobre Marruecos". En *Feminidades y masculinidades*, editado por Mary Nash, 75-101. Madrid: Alianza.
- Urrego, Miguel Ángel. 2002. *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia: de la Guerra de los Mil días a la Constitución de 1991*. Bogotá: Universidad Central-DIUC, Siglo del Hombre Editores.
- Vallejo, Gustavo y Miranda, Marisa. 2010. *Derivas de Darwin. Cultura y política en clave biológica*. Buenos Aires: Siglo XXI / Editora Iberoamericana.
- Vásquez Hahn, María Antonieta. 2009. *El Palacio de la Exposición (sede actual del Ministerio de Defensa Nacional)*. Quito: FONSA.
- Villacorta, Felipe. 2012. "Antonio Raimondi, Archaeology, and National Discourse: Representations and Meanings of the Past in Nineteenth-Century Peru". En Pillsbury, J., ed. *Past and presented. Archaeological Illustration and the Ancient Americas*. 173-204. Washington: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- _____. 2007. *Minerales del Perú y la búsqueda de una imagen republicana*. Lima: Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Golden Associates, Asociación Educacional Antonio Raimondi.
- Villegas, José y Yunis, José. 1979. *La Guerra de los Mil Días*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Vovelle, Michel. 2002. "La historia y la larga duración". En *La historia y el oficio de historiador. Colectivo de autores franceses y cubanos*. 23-52. La Habana: Editorial Imagen Contemporánea.
- Yepes, Ernesto. 1982. "El desarrollo peruano e las primeras décadas del siglo XX". En Aranibar, C., et al. *Nueva Historia General del Perú*. 137-159. Lima: Mosca Azul Editores.
- Yepes, Ernesto, editor. 1986. *Estudios de Historia de las Ciencia en el Perú*. Lima: CONCYTEC, SOPHICYT.
- Wallerstein, Immanuel. 1998. "Análisis de los sistemas mundiales". En Giddens, A. *La teoría social, hoy*. 398-417. Madrid: Alianza Editorial.

- Waxman, Sharon. 2011. *Saqueo. El arte de robar arte*. Madrid: Editorial Turner Noema.
- Werner Michael. 2004. *De la comparaison à l'Histoire Croisée*. París: Editions du Seuil.
- Werner Michael y Zimmermann, Bénédicte. 2003. "Penser l'Histoire Croisée: entre empirie et réflexivité". En *Annales, Histoire, Sciences Sociales*. Editions de l'EHESS, 2003/1-58 année: 7-36.
- Wiedefeld, Kurt. 1957. "La economía de mercado mundial". En Goetz, W., et al. *La época del imperialismo 1890-1933*. Historia Universal, tomo X. 115-136. Madrid: Espasa Calpe.
- Wolf, Schön. 1993. "El triunfo de la era industrial. El París de 1889 y las exposiciones universales del siglo XIX". En Schultz, U. *La fiesta. Una historia cultural desde la Antigüedad hasta nuestros días*. 303-318. Madrid: Alianza Editorial.
- Zárate Toscano, Verónica y Gruzinski, Serge. 2008. "Ópera, imaginación y sociedad. México y Brasil siglo XIX. Historias conectadas: Ildegonda de Melesio Morales e Il Guarani de Carlos Gómez". En *Historia Mexicana*, vol. LVIII, n.º 2, octubre-diciembre, México: 803-860.
- Zorgbibe, Charles. 1997. *Historia de las relaciones internacionales. De la Europa de Bismarck hasta el final de la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Alianza Editorial.

Este libro fue compuesto en caracteres
Garamond Premier Pro 11,5 puntos en 2021
e impreso por Xpress. Estudio Gráfico y Digital SAS
en Bogotá, D. C., Colombia.

Este libro analiza el proceso de construcción de un saber especializado sobre el pasado y sus objetos realizado por intelectuales-coleccionistas en la región andina, entre 1892 y 1915. Durante estos años, las antigüedades, en particular las indígenas, fueron vestigios valorados en múltiples dimensiones: desde la transacción diplomática, el credo hispánico, el discurso de la arqueología transatlántica, las sociabilidades intelectuales y el museo nacional. Esta investigación aborda las distintas experiencias locales y sus conexiones globales que arrancan en 1892 con la conmemoración del «descubrimiento» de América y se extienden hacia las primeras décadas del siglo xx, con la fundación de academias, sociedades e institutos de historia. El estudio crítico de estos procesos de musealización y sus proyecciones públicas, en perspectiva cruzada, nos permiten comprender el complejo escenario en el que se erigen las representaciones nacionales y los distintos sentidos atribuidos a los objetos que fueron exhibidos, obsequiados, negociados o coleccionados.



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá



UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS
PRIMER CLAUSTRO UNIVERSITARIO DE COLOMBIA



Universidad del
Rosario